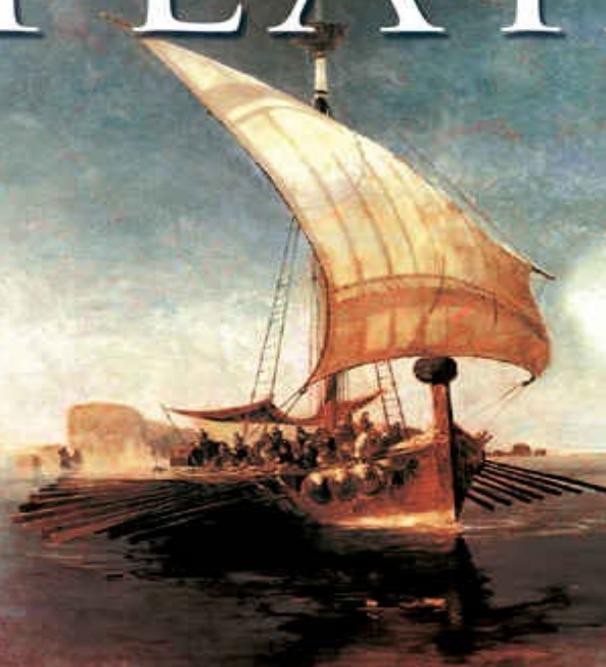


LEÓN ARSENAL

EL
HOMBRE
DE LA
PLATA





León Arsenal

El hombre de la plata

Primera edición digital: enero, 2018

Título: *El hombre de la plata*

© 201- León Arsenal

© De la portada, Pablo Uría

© Maquetación interior: James Crawford Publishing (William E. Fleming)

© 2018 Kokapeli ediciones

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Todos los demás derechos están reservados.

A mis padres, por supuesto.

Índice

Cubierta	
PREFACIO	
0	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
16	
17	
18	
19	
20	
21	
22	
Notas	

PREFACIO

Hay casi diez años entre la primera versión de *El hombre de la plata* y esta segunda que ahora tienen en las manos. Y una década, en algo así, puede ser una gran brecha. En este caso, a la distancia temporal, se une que fue la primera novela que publiqué y que, tras ella, ha visto ya la luz casi una decena de otras obras, de narrativa en su mayor parte. La persona que se sentó hace unos meses a revisar este texto era alguien muy distinto al que le puso el último punto y final al manuscrito, en 1999. Así que a nadie le parecerá disparatado que, tras leer unas páginas por primera vez en años, mi primer impulso fuese el de reescribirlo todo, de cabo a rabo.

Primer impulso que no era sino un arrebató. Un poco de reflexión me hizo entender que hacer tal cosa sería un error. Cierlo es que, con el paso del tiempo, libro a libro, uno gana en experiencia y suma recursos, soltura. Si no es así, por muy mal camino vamos. Es normal que uno haga uso de esa ganancia cuando revisa sus antiguos libros. Es acertado corregir, aplicar soluciones a ciertos puntos que ahora no nos satisfacen, dar algo más de lustre al acabado final.

Pero rehacer es un fiasco. Es injusto. Al cabo de los años, uno es una persona distinta. Otro escritor, casi. Uno cambia y los enfoques también lo hacen. Si en otra época tal vez estaba más interesado en la acción, puede que ahora lo esté en la creación de atmósferas o en recrear el interior de los personajes. O puede que sea al revés. Es tan solo un ejemplo. Pero lo cierto es

que existen tantos planteamientos como escritores, todos válidos por igual, y que incluso para una misma persona varían con el paso del tiempo. Todo responde al momento concreto, a la peripecia vital y a la evolución como escritor.

Visto desde esa perspectiva, irrumpir en una novela escrita hace diez años sería casi como hacer el refrito de la obra de otro autor. Al revisar *El hombre de la plata* he querido respetar las ópticas narrativas que tenía entonces y que no son las mismas que ahora. Ni mejores ni peores, sino distintas. Así que, a la postre, aparte de una corrección de estilo, me he limitado a introducir unas pocas escenas más, para cerrar alguna brecha narrativa de la primera versión. Eso es todo, y creo que ha sido lo mejor. Ahora no escribiría la novela tal como la escribí hace diez años y, dentro de otros diez, lo haría de una tercera forma.

En cuanto al relato en sí, se desarrolla en el siglo VI a. C., en el sur de España, donde entonces se asentaba Tartessos, el primer Estado de nuestra historia, real y legendario a la vez. Real porque los griegos nos dieron noticia de él en su día y, en nuestros tiempos, la arqueología corrobora la existencia de una cultura pujante en aquellas tierras. Legendario porque ya los griegos dotaron a ese imperio y a sus reyes de una aureola, de un mito de civilización, longevidad y opulencia que sobrevivió en la imaginación colectiva al final del estado.

No nos han llegado crónicas sobre Tartessos. Sí referencias griegas y algunos mitos relacionados con sus reyes: Gargoris y Habis, Gerión, el longevo Argantonio. Con tan poco material, casi todo lo tocante a ese imperio fabuloso está sometido a discusión. Y ya he comentado en algún otro prólogo que, a mi juicio, la misión de un escritor, en una novela histórica, es la de jugar con lo conocido y sacarle jugo literario, no el de hacer tesis en historiografía.

Por ejemplo, sobre la misma ciudad de Tartessos existen toda clase de opiniones: se han postulado distintas ubicaciones posibles o incluso que la urbe nunca existió como tal. Al situar Tartessos en lo que ahora es Doñana, o al presentar sus barrios en la novela, yo no me inclino por ninguna de las teorías; entre otras cosas porque, no siendo especialista en el tema, mi opinión

en tal sentido es irrelevante. Elijo lo que más me conviene en el aspecto dramático. Eso es todo. Lo otro, vamos a dejárselo a los que de verdad saben.

En todo caso, las especiales circunstancias me dieron bastante libertad a la hora de escribir. Como en toda novela histórica (protohistórica, dirían los ultrapuristas, dada la ausencia de crónicas antes citada), he procurado ceñirme a lo que sabemos sobre cultura, armamento, fronteras y pueblos limítrofes. También a las relaciones entre tartesios, fenicios y griegos, tan turbulentas como interesantes, así como a la situación geopolítica de la época, que permitió la forja del imperio y que, en último término, acabó por destruirlo.

Con esa situación quise jugar a la hora de escribir la novela. También con ese universo pasajero que se creó en las costas españolas en esos siglos, hecho de indígenas, pueblos mestizos, colonias, mineros, comerciantes, exiliados, que no deja de recordar a la América del siglo XVI y en la que no faltaron sus propios El Dorado. Leyendas sobre reinos felices pavimentados de plata y rebosantes de riquezas sin cuento, aguardando a un tiro de piedra de las playas y que, en su día, movieron hacia el occidente a griegos, fenicios y otros habitantes del Mediterráneo Occidental. Quizá porque, como seres humanos, nuestros motores siempre han sido los mismos y así volvemos, en todo, una y otra vez a los mismos temas.

Octubre de 2008

0

Solo al final de la batalla, los observadores fenicios, que hasta ese momento habían guardado una distancia prudente, apostados en lo alto de un cerro próximo, se atrevieron a bajar al campo. Había armas de bronce y hierro por todas partes, así como gran número de cadáveres traspasados por lanzas. Los cuervos acudían ya a posarse en los muertos, entre graznidos, y el viento arrastraba torbellinos de hojas muertas, agitando los mantos de los guerreros tartesios. A veces alguna ráfaga llegaba desde el sur, llenando el aire de aromas marinos.

Los árboles se mecían susurrando, nubes de lluvia, oscuras e hirvientes, volaban por el cielo de la tarde y se veía pasar a las formaciones de aves contra el azul, aleteando rumbo a África. Los vencedores danzaban y gritaban entre los herbazales pisoteados, y los había que despojaban ya a los caídos mientras personajes lúgubres de mantos blancos y rostros pintarrajeados recorrían el campo con hachas entre las manos, dando el golpe de gracia a los moribundos.

Los fenicios iban de un lado a otro, atentos a los detalles y comentando entre ellos, rodeados siempre de sus mercenarios griegos. Unos pocos grupos de vencidos aguantaban obstinados al borde del campo de batalla, blandiendo armas con gran griterío. Pero eso no era más que un gesto final de los últimos, los más fieros, antes de retirarse. Porque habían sido derrotados en combate, sus fuerzas estaban dispersas e incluso su caudillo había caído. Y nada de eso

tenía ya remedio.

Casi todos los fenicios allí presentes procedían de Tiro, la gloriosa, y habían querido conocer la forma de guerrear de los pueblos del lejano Occidente. Y si algunos, testigos de tremendas batallas en Asia, movían la cabeza al comparar a esos ejércitos tribales con la infantería, los arqueros, los carros de los imperios orientales, otros quedaron impresionados ante el colorido y la furia desplegada en la batalla. Ni unos ni otros, empero, habían sabido ver más allá de la vorágine de bailes, desafíos y luchas, ni descifrar el maremágnum de guerreros que avanzaban y retrocedían sin cesar, como las olas, entre gritos y agitar de hierros.

Pero no así Magón. Nativo de Gadir, había navegado por esas costas y recorrido los caminos del interior. Hablaba las lenguas indígenas, estaba familiarizado con sus costumbres y pocos fenicios como él, pese a su juventud, conocían tan bien la madeja política del imperio tartesio. Había acompañado a los tirios hasta el campo de batalla, tanto para hacerles de guía como por servir a su ciudad natal, y allí donde ellos no vieron sino torbellino y confusión, él había leído tan claro como un augur en las entrañas de las víctimas.

Había seguido de lejos la batalla, como un halcón atento, estudiando las maniobras de los distintos contingentes tribales, así como las actitudes de los reyezuelos y los jefes presentes. Había ponderado su entusiasmo o la falta de él, el brío con el que habían entrado en liza o la facilidad con que cedieron ante el enemigo. Porque todo eso eran como las señales del clima, signos que podían servir a los fenicios de Gadir para navegar las turbulentas aguas de la política indígena.

Caminando junto a los demás, con su manto estampado y su gorro cónico, había dejado ir los ojos por el campo, sin rumbo, y, viendo la cosecha de cadáveres y las columnas de prisioneros maniatados, no pudo ahorrarse un gesto de suficiencia.

—Ved. Los tartesios han vencido y nosotros teníamos razón.

—¿Razón? —Varios de los tirios se revolvieron, picados; porque ellos habían hecho lo imposible para que los gaditanos apoyasen a los rebeldes—. Si Gadir hubiera hecho algo, puede que esta batalla hubiera tenido un final

distinto.

Magón se encogió de hombros. Ciertamente era que los fenicios habrían ganado mucho con un descalabro del imperio tartesio y, por tanto, del aflojar de ese control férreo que ejercía sobre las minas y el comercio con el interior.

Replicó:

—Quizás. ¿Pero qué pasa con los riesgos?

—Sin riesgos no hay ganancia.

—Ya. —Se acarició la barba, espesa y muy negra—. Pero, como ya se os ha explicado mil veces, tomar partido por los rebeldes era apostar con la existencia misma de Gadir. Jugárselo todo por ganar un poco más. Y eso es una locura. Nuestras relaciones con Tartessos son complicadas y ya tontea bastante Argantonio con los griegos, sin necesidad de que apoyemos con nuestros barcos y soldados a sus enemigos.

—Sin embargo, opinamos que...

—Conocemos de sobra vuestra opinión. Pero los ancianos tomaron en su momento una decisión y ya está todo hecho.

Señaló con la diestra a los muertos, zanjando la discusión con escasa cortesía. Pero es que Magón no sentía gran aprecio por hombres como éstos, dispuestos siempre a arriesgarse con vidas y bienes ajenos. Hastiado de todo aquello, volvió de nuevo la mirada al campo ensangrentado.

Sus ojos fueron vagando entre matas rotas y cuerpos caídos hasta fijarse, de lejos, en un hombre de cabellos blancos y fastuoso manto rojo, al que rodeaba una muchedumbre de guerreros armados hasta los dientes. Por donde pasaba, los hombres se volvían y le aclamaban con delirio, al tiempo que jefes y reyezuelos acudían ligeros a postrarse a sus pies, para recibir su bendición.

—Argantonio —anunció el gaditano, ahora solemne—. Miradle, mirad bien para que podáis decir, de vuelta a Tiro, que habéis visto con vuestros propios ojos al rey de Occidente.

Todos se detuvieron para contemplar callados cómo aquel hombre legendario vagaba entre los muertos, con el manto rojo alborotado por el aire de la tarde. A veces se paraba ante los muertos apilados e incluso removía con su báculo, como si buscara a alguien en concreto. Magón, desde tan lejos, comprendió enseguida a quién andaba buscando; aunque, por antipatía, nada

explicó de todo eso a sus compañeros.

Porque había sido en aquella parte del campo donde, viendo la batalla apurada y que sus aliados cedían y se retiraban con sus contingentes guerreros, el caudillo de los rebeldes había empuñado sus armas para lanzarse en persona al combate, en un esfuerzo por cambiar el signo de la lucha. Allí había muerto y no solo, porque gran número de hombres habían caído a su lado y muchos otros lo habían hecho después, tratando de rescatar su cadáver.

Por eso a los tartesios les costó encontrar el cuerpo, tapado por muertos caídos los unos sobre los otros. Sin embargo, tras tanto buscar, cuando por fin los nobles de su guardia pudieron mostrárselo con un gran clamor, el amo de Tartessos tan solo se apoyó en su báculo y, acariciándose la barba, estuvo contemplando en silencio el rostro de su enemigo.

Una nube negra cruzó entonces por delante del sol y todo se volvió oscuro de repente. Muchos alzaron la vista y no pocos quisieron ver algún tipo de señal en aquel suceso. Pero luego el cielo se abrió, el sol de última tarde lo barnizó todo de reflejos melancólicos, oro viejo, fue como si no hubiera pasado nada y casi todos lo olvidaron. Argantonio, como el que espanta algún mal sueño, se volvió hacia sus guardias.

—No le dejéis ahí tirado, como si fuese un cualquiera.

Los hombres se apresuraron a fabricar unas andas con lanzas y escudos, y a depositar sobre ellas el cuerpo manchado de polvo y sangre. El viejo rey le echó otra larga ojeada, aún apoyado en su báculo.

—Soltad a los prisioneros. La guerra ha acabado. Que cada cual vuelva a su casa.

—¿Y sus jefes?

—Dejadlos ir a todos sin excepción, y que se lleven a sus muertos para darles una sepultura decente.

—Pero tanta generosidad, amo, es como invitarles a nuevas revueltas — objetó uno de sus consejeros.

—Para rebelarse, no necesitan excusa alguna. —Sonrió sin humor—. No podemos impedir que los jefes se alcen en armas, así que hagamos más fácil que las depongan ante la derrota. Si los degollamos o los vendemos a los fenicios, la próxima vez lucharán como fieras, hasta el último hombre.

—Pero hay que imponerles un castigo o se tomarán esto como muestra de debilidad.

—Matar no es el único castigo. Tampoco con frecuencia el mejor. Subid los impuestos a los magnates y poblados rebeldes, y multad a las sociedades guerreras que hayan luchado contra nosotros. Eso sí: si alguno se resiste a pagar, que no os tiemble la mano.

—¿Y él, amo? —Uno de los guerreros de la escolta señaló con su espada al cadáver que yacía sobre las andas.

—Confiscad todos sus bienes. Que se respete la vida de sus parientes, todos. Desde este momento están bajo mi protección y pobre del que toque a alguno de ellos. Sin embargo, se les dispersará entre otras familias, de forma que aquí se acabe su linaje.

Hizo una pausa muy larga, siempre apoyado en su báculo, para contemplar de nuevo al cadáver.

—En cuanto a él, enterradle como al grande que fue. Pero lo mismo que aquí acaba su estirpe, desde este momento carece también de nombre. Yo se lo quito. A eso le condeno. —Dio la espalda al cadáver y ese simple acto fue, a ojos de los presentes, como una maldición irrevocable—. Que no falte de nada en su tumba: ni armas, ni joyas, ni comida. Pero ni imágenes suyas ni inscripciones. De hoy en adelante, si alguien se atreve a pronunciar su nombre, no importa quién sea o por qué, matadle en el acto.

1

Al anochecer, Alongis, que estaba de guardia, se encontró durante la ronda con el viejo rey. Le vio llegar por el pasadizo, entre un enjambre de guardias, consejeros, concubinas, y no pudo evitar un escalofrío, un nudo en el estómago, como el que debe de sentirse en presencia de un dios. Porque Argantonio era demasiado sabio y demasiado poderoso, y había vivido demasiados años.

Luces de aceite en vasos de barro ardían a lo largo de aquel pasillo de piedras ciclópeas, alumbrando con resplandor amarillento. A los claroscuros que temblaban sin cesar, la comitiva iba avanzando muy despacio, al paso del rey. Vestía éste manto rojo púrpura, largo y holgado, con un gran pectoral de oro en forma de aspa, y ocultaba el rostro tras su fabulosa máscara de toro, forjada en oro y bronce. Los cuernos, largos y curvados hacia arriba, le convertían en un gigante entre sus cortesanos, pese a que se apoyaba en el báculo y sus andares eran tan trabajosos como los de un hombre muy enfermo.

La máscara prestaba ecos extraños a su voz y sus consejeros asentían reverentes ante cualquier comentario suyo, antes de tomar a su vez la palabra. Eran todos tartesios: magnates de modales reposados que lucían cantidades enormes de oro —pectorales, brazaletes, coronas— que daban fe de su rango. No menos ornados iban los guardaespaldas, hombres devotos juramentados para no sobrevivirle, o sus mujeres, cubiertas con alhajas de pies a cabeza. Símbolos todos del poder y la riqueza del rey.

Alongis, un simple mercenario extranjero, se arrodilló al paso de la comitiva. Argantonio volvió hacia él la cabeza, haciendo resbalar destellos de luz sobre los metales de su máscara. No fue más que un vistazo, un instante, que para Alongis resultó casi eterno. Pero enseguida el viejo rey apartó de él su atención, absorto como estaba en la conversación con sus consejeros. Alongis, sin embargo, siguió cavilando sobre ese encuentro durante toda la guardia y aún seguiría haciéndolo al acabar y marcharse a través del dédalo de patios, galerías y estancias que formaban el palacio de Argantonio.

Todo estaba ya desierto a esas horas, silencioso al resplandor de lámparas y teas, y cada uno de sus pasos arrancaba cascadas de ecos a lo largo de los pasajes de piedra, causándole no poca desazón. Nada más fácil que toparse con el rey en su propio palacio, sobre todo a la caída de la noche, porque con la vejez extrema había perdido el sueño y solía deambular por la fortaleza a horas intempestivas. Sin embargo, el soldado, que era harto supersticioso, sentía como si esa vez hubiese sido de alguna forma distinta; como si los ojos cansados de Argantonio le hubiesen hurgado en el interior, arrancándole sus secretos y dejándole a cambio solo inquietud.

Rumiando tales ideas, bastante estrafalarias, salió de palacio y cruzó el cuerpo de guardia, formado esa noche por mercenarios libofenices, para dirigirse a la ribera. Tuvo que prestar entonces mayor atención a por dónde pisaba, porque estaba muy negro allí fuera y apenas se distinguía nada al brillo de las estrellas. Pero enseguida se animó un tanto al distinguir al pie del agua el resplandor de una antorcha.

En la orilla, tal como habían convenido, aguardaban ya sus dos parientes, Sembeles y Deuso —dos hombres grandes y barbudos, de mantos negros y espadas pendientes de tahalíes—, así como un tartesio flaco y desnudo, que era el que sostenía la tea.

Los tres parientes se saludaron de forma efusiva, entre pullas y palmadas en la espalda. Embarcaron todos en la piragua del tartesio y no tardaron en verse navegando en mitad de las tinieblas. El tartesio, a popa, manejaba el remo con la destreza de toda una vida, sin apurarse, de forma que el bote se deslizaba sobre las aguas nocturnas con un susurro casi sedante. Aquí y allá resonaba cada cierto tiempo el chapuzón de un pez al saltar y, de vez en

cuando, ululaba algún ave nocturna. Pero, por lo demás, todo era silencio. La noche del delta era cálida, calma, saturada de una humedad sofocante.

—Este año, el verano viene adelantado —comentó en la oscuridad Sembeles, que tenía unos pocos años más que los otros dos.

Deuso convino en eso, en tanto que Alongis, que llevaba poco en esas tierras, no dijo nada. En la quietud de la noche, se oían respirar unos a otros. Una infinidad de estrellas titilaban sobre sus cabezas y las islas se perfilaban contra esa bóveda de luces como siluetas negras e irregulares. Dispersas por la negrura, veían el arder de las hogueras de vigía, encendidas en lo alto de atalayas ribereñas. Y el botero, guiado por esos fuegos, enmendaba de tanto en cuanto el rumbo, con un golpe de pala, buscando enfilar la isla de los Alfareros.

—Es tarde. Seguro que ya ha comenzado el banquete —supuso Deuso, más que nada para romper el silencio.

—Bah —se burló Sembeles—. ¿Y quién quiere ser de los primeros en una fiesta?

—Es cierto —rieron los otros dos—. Lo bueno siempre viene después.

Se hizo de nuevo el silencio entre ellos. Con otro toque de remo, el botero volvió a corregir el rumbo. Sembeles, curioso, echó una ojeada a las luces de las atalayas, así como a las masas negras de las islas, sin conseguir sacar nada en claro. Pero aquel tartesio había nacido y crecido en los humedales, y conocía hasta el último recodo de esa maraña de agua, tierra y vegetación situada en la desembocadura del río Tartessos.

—Baalyatón sí que sabe organizar banquetes, ¿eh? —dijo luego Deuso, refiriéndose a su anfitrión.

—Sí —asintió Alongis y, al pensar en ello, se le aclaró algo el humor—. ¿Estarán esta noche Oricena y sus cantadoras? —preguntó después, como de pasada.

—Supongo. Son de lo mejor que hay ahora —admitió Sembeles en el mismo tono, falsamente casual. Reacomodó la vaina de su espada, pendiente del tahalí, sobre su regazo, e hizo ademán de volverse. Abrió la boca, pero no llegó a decir palabra y, en la oscuridad, se pasó los dedos por la barba, dudando.

Había estado buscando una excusa para tratar de aquello con su joven pariente pero, llegado el momento, cuando él mismo le daba pie para ello, se encontraba con que no tenía nada que decirle. Al menos, nada que pudiera sonar razonable o servir de algo. Desistió con un suspiro, dejándolo para más adelante, y espantó luego, con un sonoro cachete, a un mosquito, de forma que el palmetazo sobresaltó a sus compañeros.

Con una voz, el botero les advirtió que estaban a punto de arribar y, al poco, la piragua tocaba la orilla. Al desembarcar, el tartesio les alcanzó una tea que Deuso encendió, no sin cierta dificultad. La sostuvo en alto, iluminando en redor. Delante, a pocos metros de la ribera, comenzaba el poblado de los alfareros: una aglomeración humana sin asomo de urbanismo, en la que las casas de adobe, tapial, mortero, se mezclaban con simples chozas de cañas y barro.

Sembeles trató de orientarse a la luz de la antorcha, más deslumbrado que otra cosa por el resplandor. Se alzó un golpe de brisa nocturna y la luz tembló, en tanto que los árboles y los cañaverales de la ribera se estremecían suspirando.

—Creo que es por ahí —acabó decidiendo.

La casa de Baalyatón, que era de las más grandes, se hallaba algo distanciada de las vecinas. De clara inspiración fenicia, disponía de un amplio patio central con muros de adobe, con una vivienda de dos plantas a un lado y al otro una gran estancia, que servía a la vez de tienda y de entrada, con dos puertas, una dando al patio y otra a la calle. Era en ese patio donde, aprovechando el buen tiempo, se celebraba un convite que, como previera Deuso, había comenzado hacía rato.

La costumbre de esos banquetes había sido introducida en Tartessos por los navegantes griegos y, enseguida, habían alcanzado gran popularidad entre los ricos. Los griegos solían celebrar en su patria festines comunales, costeados entre todos los asistentes, en los que se comía y bebía a reventar, y a los que tenían prohibido asistir mujeres que no fuesen prostitutas, músicas o cantantes. Los tartesios habían adoptado la idea a su manera y nunca faltaban anfitriones del tipo del tal Baalyatón —un mestizo de padre fenicio y madre tartesia—, que organizaban de forma periódica los convites y que, en realidad,

hacían negocio con ellos.

El patio era cuadrado y muy espacioso, embellecido por árboles y emparrados. Ahora ardían lámparas por todos lados, las mesas estaban llenas de comida y bebida, y los esclavos de la casa se afanaban entre la multitud de invitados, acarreando fuentes y jarras. Olía a asados, a frutas, al aceite de las luces, a los perfumes que se quemaban en los pebeteros, y la reunión resultaba tan gruesa y ruidosa como cabría esperar en una de hombres solos. Los comensales —más de medio centenar— se agolpaban en torno a las mesas, recostados en lechos de estilo fenicio, comiendo, bebiendo y hablando a gritos. A un lado, sobre un pedestal, se encontraba una estatua en arcilla del dios Bes —feo, rechoncho y tripudo— y de vez en cuando alguien se volvía hacia él para derramar unas gotas de vino en ofrenda.

Allí se veía a bastantes fenicios, sobre todo de Gadir, con sus ropas estampadas y sus gorros cónicos, tan característicos. No pocos griegos, cada uno de una patria distinta, fáciles de distinguir por sus barbas cuidadas, así como por las túnicas de hilo y los mantos de lana. Y aún había unos cuantos extranjeros más, a cuál más exótico, algunos de ellos nacidos en lugares increíblemente lejanos.

Pero, sobre todo, lo que uno se encontraba en aquel patio eran tartesios de clase acomodada. Como todos los de su raza, eran dados al lujo, la molicie y la ostentación, y competían en la finura de sus mantos, así como en el número y riqueza de alhajas, en una amalgama de refinamiento y barbarie que asombraba a los forasteros. Aparte de eso y de los esclavos, abundaban allí las prostitutas, tartesias y libofenices casi todas, envueltas en mantos de vueltas caprichosas y colores vivos, y cargadas de joyas de metal bruñido que relucían a la luz de las llamas.

Aunque no había gente común en ese banquete, tampoco se veía en él a magnates. Baalyatón, con buen criterio, buscaba sus comensales entre la clientela de los nobles más que entre estos, así como entre los jefes de los mercenarios y los traficantes y mercaderes que visitaban el mercado de Tartessos. A Sembeles, aunque no mandaba sobre muchos hombres, se le invitaba porque era bien sabido el favor que le dispensaba el viejo rey. En cuanto a sus dos parientes, simples soldados, se les admitía en la casa porque

él los llevaba consigo.

Los esclavos les ciñeron coronas de parra y el anfitrión les salió al encuentro mientras algunos invitados les saludaban a gritos, ya que Sembeles era apreciado como buen compañero de mesa. Él se adelantó por entre las mesas mientras replicaba riendo a las pullas, y se hizo sin más con un lecho libre, dejando que sus parientes buscasen acomodo por su cuenta. No tardó en encontrarse con una gran copa de vino aguado en las manos.

El banquete había alcanzado su punto y, si algunos controlaban sus fuerzas, como viajeros ante una larga jornada, otros bebían sin medida y más de uno estaba ya completamente beodo. El vino y la situación invitaban a desatarse. Charlaban a gritos, entre carcajadas; se oía reír a las mujeres, se brindaba incesantemente e incluso griegos y fenicios olvidaban —al menos en apariencia— su vieja rivalidad para beber juntos; porque ambas razas eran comerciantes y aquellos festines no eran ni mucho menos un mal lugar para hablar de forma discreta a la vista de todos.

La noche estaba llena de conversaciones de borrachos, bromas soeces, brindis y un continuo trasiego de cántaros. Algunos dormían ya, despatarrados en los lechos, y a veces se volcaba algún recipiente, haciéndose pedazos y salpicando de vino, entre maldiciones en varios idiomas. Luego, en algún momento, en medio del tremendo bullicio y el incesante entrechocar de vasos, Sembeles descubrió que habían entrado ya las cantadoras.

Eran las chicas de Oricena, tal como habían supuesto antes. Cantadoras de Gadir, aunque se trataba en realidad de cuatro mestizas de la costa suroriental; jóvenes y morenas, con el pelo negro y los ojos oscuros, y una gracia natural en los movimientos. Pero era en Gadir donde habían sido adiestradas para el canto y el baile, en la antigua tradición de esa famosa escuela. Actuaban desnudas y muy maquilladas, con el pelo recogido en complejos tocados y cargadas de adornos de cobre y bronce —gargantillas, ajorcas, pendientes, brazaletes, cadenas— que tintineaban a cada gesto, arrancando continuos reflejos a la luz de las lámparas.

Una cantaba tañendo una cítara, mientras que otra lo hacía repicando unas castañuelas de arcilla —un instrumento de lo más popular en esas tierras—, y las dos restantes actuaban a dúo, cantando una y acompañándole la otra con

una flauta de dos cañas, a la oriental. Se turnaban en las interpretaciones y si algunas canciones eran sutiles como espinas, llenas de guiños y dobles sentidos, otras eran soeces y explícitas. Pero unas y otras, por igual, despertaban las risotadas y los aplausos de esa reunión de borrachos.

Aquellos números eran muy apreciados por los tartesios y muy raro era el festín en el que no hacían acto de presencia cantadoras gaditanas. De hecho, muchos de tales convites eran recordados precisamente por tal o cual actuación en concreto y una fiesta en la que faltasen las artistas de Gadir no se consideraba casi como tal.

En esos instantes la flautista, en un discreto segundo plano, hacía sonar su instrumento mientras la cantante entonaba una canción procaz en tartesio, animando con las manos a corear el estribillo, cosa que muchos hacían a voz en cuello. Sembeles, reclinado en el lecho, no dejaba de reír las ocurrencias de la tonada, aunque distaba de estar del todo alegre. Si alguien, en mitad del jaleo, se hubiera parado a mirar a ese hombre de manto negro y joyas doradas, se habría dado cuenta de cómo se manoseaba la barba, grande y muy negra, y de cómo fruncía a ráfagas el ceño, disgustado.

Sus ojos oscuros iban de la flautista a su pariente Alongis. La chica era menuda, desenvuelta y la mezcla de sangres la dotaba, como al resto de sus compañeras, de una belleza poco común y de lo más sugerente. En cuanto a Alongis, la devoraba con los ojos, como suele decirse: estaba pendiente del más mínimo de sus gestos y apenas hacía amago de disimularlo.

Esa atracción de Alongis por la flautista era hartamente conocida en la fortaleza y daba no pocos quebraderos a Sembeles, ya que, por el parentesco y la diferencia de edad, se sentía responsable del otro. Y si al principio el asunto había provocado poco más que sonrisas maliciosas —porque no era el primero, ni sería el último, en encandilarse por alguna de esas prostitutas que tan bien adiestraban los fenicios de Gadir—, con el paso del tiempo se había convertido en motivo de bromas y burlas y, para los suyos, en un quebradero de cabeza.

La tonada iba llegando a su fin y con ella la actuación. Las cuatro cantantes se mezclaron con los comensales, provocando entre estos no poco revuelo. Sembeles mismo no tardó en dejar de lado sus pensamientos, viendo que

Heos, la bailarina de las castañuelas, se acercaba contoneándose. El mercenario la conocía de otros banquetes y apreciaba su rapacidad y su lengua ágil, así como el hecho de que disfrutase manipulando a los hombres; algo a lo que estos, en ocasiones así, se prestaban encantados.

Llegó repartiendo sonrisas y mofas, y fue a sentarse muy cerca de él, entre varios tartesios, zafándose con desparpajo de más de una mano. En casi nada, todos cuantos estaban alrededor se encontraron pavoneándose y compitiendo por su atención.

—Ya veo que esta noche no me haces ningún caso —se le quejaba en broma Argeso, un tartesio grande y cachazudo, al que los excesos habían hecho orondo—. ¡Qué pronto te has olvidado de mí!

—¿Olvidarme...? —ella le dedicó una sonrisa árida—. ¿No será al revés?

—¿?

—¿No eras tú el que me había prometido un regalo? Algo muy especial: un collar de ámbar decías, borracho. —Le lanzó un mohín, tan marcado que resultaba humorístico—. ¿Y dónde está ese collar, eh? Dime, ¿dónde está? Eres un falso, Argeso.

—Oh... —Cogido a contrapié, el tartesio le mostró las palmas de las manos, mientras el resto se reía de su confusión—. Lo tendrás, lo tendrás. ¿Pero te das cuenta de lo difícil que es conseguir ámbar? Los griegos se lo compran a los escitas, cerca del Ponto, y me han dicho que ellos lo obtienen a su vez de pueblos todavía más remotos.

—Palabras. —Ella volvió a hacer morros—. Vosotros, los tartesios, podéis lograr ámbar sin necesidad de los griegos. ¿O para qué os sirven todos esos barcos y caravanas que enviáis al norte?

—No es tan fácil —se rió otro tartesio, algo borracho, al que Sembeles no conocía—. El ámbar se encuentra en tierras situadas muy pero que muy al norte, y nuestros traficantes no llegan tan lejos. A veces, de mano en mano, acaba llegando algo al país del estaño; pero es muy poco..., aparte de que tampoco se mandan expediciones al norte todos los días. Cuesta mucho organizarlas porque hay que asumir no pocos riesgos.

—Que lo diga Sembeles. —Argeso le señaló con una mano llena de anillos—. Él ha estado ya en más de una.

—Sí que es tan peligroso como lucrativo. —El aludido se pasó los dedos por la barba, antes de dar un trago a su vino—. La ruta del estaño cruza por territorios de nómadas y de pueblos que solo viven para la guerra y el robo. He tomado parte en tres caravanas y en todas las ocasiones tuvimos que luchar para abrirnos paso —acabó, sin poder evitar darse aires.

—Pero, sea como sea, tendrás ese collar —insistió Argeso—. Dentro de unos días, tiene que llegar una flotilla griega a...

En ese preciso instante, a cierta distancia, se desató una pelea, entre gritos desabridos y estrépito de cacharros rotos. Sembeles se alzó en el lecho, temiendo que quizás Alongis, ofuscado por el vino, se hubiese enzarzado a golpes por culpa de Néfele, la flautista. Pero casi en el acto volvió a dejarse caer, más tranquilo, porque la trifulca no tenía nada que ver con su pariente.

Dos de los comensales habían llegado a las manos —a saber por qué— pero ya les estaban sujetando sus vecinos de mesa, así como los esclavos de Baalyatón. El dueño de la casa mostraba su astucia al elegir sus invitados entre tartesios acomodados y no entre magnates; porque incidentes así sucedían con bastante frecuencia. Era inevitable, habida cuenta de cómo corría el vino, y resultaba problemático ejercer violencia sobre gente poderosa. Además, con buen criterio, se exigía la entrega de las armas a la entrada, para evitar que una pelea tuviera consecuencias graves. Aunque más de uno se saltaba la norma; como el propio Sembeles, que ocultaba un puñal filoso bajo el manto negro.

Los esclavos separaron a la fuerza a los alborotadores y, en ese momento, más allá de los hombres que forcejeaban, Sembeles pudo ver a Oricena en la penumbra, al pie justo de la zona iluminada por las lámparas. Hasta ese instante había permanecido en las sombras, observando, pero ahora se había adelantado, quizá temiendo por la suerte que pudiera correr su mercancía humana en el tumulto.

El mercenario entornó los párpados, tratando de traspasar la oscuridad, porque decían de esa mujer —una libofenice, como las chicas a las que explotaba— que era de una belleza más que notable. Pero apenas pudo distinguir otra cosa que una figura envuelta de pies a cabeza en una túnica azul y blanca, y con el rostro tapado. Tras ella, casi invisible en las sombras, había

un hombre alto y magro de cabeza afeitada, con un manto amarillo y dos puñales largos en la faja. Sembeles ya había visto antes a ese sujeto, cuya mirada amilanaba a la mayoría, y sabía que se trataba de Ardis, un eunuco lidio —nativo de ese país remoto, en Asia, con el que los griegos tenían algún contacto— que oficiaba de guardaespaldas para Oricena y sus chicas cuando estas acudían a algún banquete.

El alboroto fue apaciguándose. Los comensales perdieron interés, regresaron a sus lechos, y al rato todo estaba olvidado. Muchos se hallaban ya absortos en diversos juegos de apuestas, algunos de origen fenicio o griego, otros locales. Sembeles, viendo que Heos repartía su interés entre cuatro o cinco tartesios opulentos, que la rodeaban como halcones, se desentendió para beber vino casi puro y contemplar las incidencias del festín.

Pero al poco, dejando el lecho, comenzó a deambular entre las mesas. Algunos invitados jugaban a un juego griego, consistente en beber de la copa sin apurar, antes de voltearla y lanzar los posos hacia un punto, en este caso la peana del dios Bes; ganaba quien más cerca del pie, sin mojar, hacía llegar el vino. Estuvo observándoles durante un rato, aunque declinó unirse al juego, antes de proseguir su ronda. Sin embargo, sí se sumó a una partida de huesos, de origen tartesio, en el que tomaban parte una docena de apostadores. Uno de ellos ocultaba el rostro tras una máscara de madera; alguien de la nobleza, supuso, porque tampoco era tan raro que uno de ellos hiciera acto de presencia, disfrazado, en festines de esa clase. El mercenario perdió varios eslabones de metal antes de renunciar a seguir en el juego para volverse al lecho, a seguir bebiendo. Y, como había tenido un día largo y ajetreado, no tardó en entrarle la modorra; así que, sin el menor reparo, se repantigó y dejó que le llegase el sueño.

* * *

Despertó al rayar el alba. Muchas lámparas se habían apagado y el resto chisporroteaba, próximas ya a extinguirse. A esa hora, como es habitual, la temperatura había bajado de forma notable, soplabla viento de primera mañana y el rocío mojaba mesas y mantos. Las estrellas palidecían y allá a lo lejos, al este, el cielo iba griseando.

Se incorporó con trabajo en el lecho y bostezó aturdido; luego, al sentirse destemplado, se arrebujó en el manto. Como tenía un sabor espantoso en la boca, echó mano a la jarra para enjuagarse con un buen trago de vino antes de ponerse en pie entre nuevos bostezos.

Muchos lechos estaban vacíos y sirvientes adormilados trasteaban entre las mesas, recogiendo los restos de la fiesta; los había que tenían que ayudar a más de un convidado, del todo ebrio, a marcharse. Sembeles, la jarra aún en la mano, fue de lecho en lecho, examinando a los durmientes; porque a esas horas, con muchas lámparas apagadas y aún casi de noche, se distinguía muy poco. Encontró primero a Alongis y luego a Deuso, y a ambos les despertó sacudiéndoles sin miramientos.

Dejaron la casa tras recobrar las armas y anduvieron en silencio por el poblado de los Alfareros, que iba mostrando signos de actividad, hasta llegar a la ribera, donde les esperaba su botero. Dormía el hombre acurrucado al pie de un árbol, envuelto en su manta, y Sembeles le tocó el hombro con cierta amabilidad, antes de acercarse al agua y lavarse brazos y cara para acabar de despabilarse.

Sus parientes le imitaron. Los tres procedían de las mesetas interiores, al norte de las fronteras de Tartessos, y eran nativos de uno de esos pueblos mestizados, muchos de ellos seminómadas, que hormigueaban por aquellas tierras. Tanto Deuso como Alongis tenían el cabello de un rubio oscuro —a diferencia de Sembeles, que lo tenía muy negro—, largo y suelto, como leones. El segundo de ellos, aturdido por tanta bebida, acabó metiendo la cabeza en el agua y luego la sacudió resoplando para esparcir gotas en todas direcciones.

Botaron entre todos el esquife y navegaron largo rato sin cambiar palabra. Clareaba con lentitud, era esa hora, entre dos luces, en la que todo —el cielo, el agua, los perfiles— resulta gris y descolorido. Soplaba un aire húmedo y desabrido, las aves volaban graznando sobre las aguas y había bancos de neblina sobre la marisma, flotando mansamente a merced del viento.

En esa luz grisácea, se distinguían ya las islas, cubiertas de espesas frondas que se agitaban a impulsos de la brisa. A proa era visible la isla Real, con el puerto y la gran mole del palacio: una construcción enorme e intrincada, hecha de grandes sillares, que servía a la vez de fortaleza, almacén, templo,

mercado. Atrás quedaba la isla de los Alfareros, separada de la primera por un ancho brazo de agua. Delante y a la derecha estaba la de los Metalistas y, algo más lejos, la de los Orfebres. Y aún había otras, algunas invisibles y otras apenas una sombra entre las brumas; todo un rosario de islas e islotes, en el que los tartesios habían ido asentándose a lo largo del tiempo, agrupándose según oficios.

—Hace fresco, ¿eh? —dijo de repente Deuso.

—Luego hará calor —le contestó distraído Sembeles—. Ya tendréis tiempo de quejaros en la sierra... Allí, de noche, hace a veces casi tanto frío como en casa —añadió, aludiendo a sus inhóspitas mesetas natales.

—¿La sierra? —se sobresaltó Alongis, que estaba pensando en Néfele y en el poco caso que le había prestado esa noche—. ¿Es que nos vamos a la sierra?

—¿Qué esperabas, hombre? —El otro volvió la cabeza, divertido, para mirarle de soslayo—. ¿Quieres quedarte para siempre aquí, de guarnición? —Se echó a reír—. Buena forma de ganarse la vida, ¿eh? Demasiado fácil. Argantonio es generoso con sus soldados, pero tampoco regala nada. La paga hay que ganársela y esto no es más que un descanso entre dos misiones.

—Pero, ¿cuándo nos vamos? —insistió el otro, tratando de no parecer agitado.

—No me han dicho nada aún, pero no creo que tarden en darnos destino. — Sembeles asintió casi para sí mismo, sabiendo demasiado bien lo que le pasaba por la cabeza al otro.

Tras eso, volvieron a callar. El botero remaba de forma rítmica, alternado las paladas a una y otra banda para mantener el rumbo. El sol, aún rojo y deforme, se alzaba muy despacio sobre la espesura de la ribera e iba disipando los bancos de niebla. Los pájaros levantaban el vuelo en bandadas y se les oía cantar ya por doquier.

—Puede que vayamos a la sierra —insistió luego Sembeles—. Pero quizá nos manden a escoltar una caravana. Sé de cierto que se está organizando una de las grandes.

Hizo una pausa para mirar a su alrededor. El día había perdido ya el gris de primera hora y el delta estallaba en tal avalancha de colores —azules,

verdes, castaños— que casi llegaba a emborrachar los sentidos. El sol se reflejaba en las aguas, desmenuzándose en chispas doradas; el vuelo de las aves llenaba los aires, y los toros y los venados abrevaban en manadas, observándoles con recelo al pasar.

Sembeles contemplaba a sus anchas esa ebullición de vida, sintiendo según miraba cómo iba esfumándose su cansancio.

—Podríamos ir en esa caravana —aventuró—. Tengo buenos amigos y puedo conseguir por ellos que nos destinen a la escolta. ¿Qué os parece?

Deuso dejó escapar un gruñido de asentimiento, Alongis no dijo nada. Sembeles, los ojos puestos en una bandada de flamencos en vuelo rasante sobre el agua, se pasó los dedos por la barba. La ruta del estaño era larga, difícil y llena de exotismo, y el estar ocupado, así como el conocer nuevas tierras y gentes, se le antojaron de repente buen remedio para el embobamiento de Alongis por aquella pequeña prostituta de Gadir, Néfele.

A lo lejos, entre isletas cubiertas de vegetación, bogaba un carguero fenicio —una nave pesada y panzuda, con la proa tallada en forma de cabeza de caballo—, surcando perezosa los canales en busca del mar. La siguió unos instantes con la mirada.

—Sí, hay mucho que ver: nos uniremos a la caravana del estaño —acabó por decidirse en voz alta, sin imaginar que tales palabras iban a cambiar el destino de muchos.

2

También Oricena y sus esclavas abandonaron a no mucho tardar la isla de los Alfareros, aunque ellas lo hicieron en una embarcación un poco mayor y con un rumbo algo distinto. A golpe de remo, su nave arrumbó con pesadez hacia la isla de los Orfebres, aproando a la punta contraria a la del poblado tartesio. Porque allí, en la ribera, era donde se levantaba el Qart, el barrio fenicio de Tartessos.

El sol estaba ya alto y el día se había vuelto húmedo y bochornoso. Las cantadoras, envueltas ahora de pies a cabeza en túnicas estampadas, bostezaban y cabeceaban a cada balanceo de la barca. Las arboledas eran de un verde intenso, las aguas centelleaban. Había alguna gente asomada a las murallas del Qart. La brisa de la mañana hacía flamear sus mantos y, cerca de la ciudad, en una playa de arena blanca, se distinguían las naves varadas.

El Qart, según la costumbre fenicia, era un lugar pequeño para la población que albergaba, de forma que tras los muros se agolpaban los edificios y las callejuelas angostas hervían de muchedumbre. Oricena y su cortejo se sumaron a ese gentío dispar, en el que se mezclaban fenicios de Gadir, de Cartago, Utica, Cerdeña, Ibiza e incluso de la propia Tiro, la ciudad madre de todas las demás. Comercios y talleres estaban abiertos y en la calle se codeaban armadores de ropajes suntuosos, esclavos casi desnudos, mercaderes gesticulantes, cargadores, marineros, aguadores, artesanos, pescadores, revueltos todos en las apreturas del Qart.

En aquel maremágnun, más de uno se había detenido a mirar a la comitiva de mujeres. Pero ninguno de ellos dejó de reparar en el taciturno Ardis, que cerraba la marcha con la mano puesta al descuido en la empuñadura de sus largos puñales. El Qart, aun siendo lugar fenicio y regido por las leyes tirias, no dejaba de ser un puerto occidental, frecuentado por marineros, traficantes y prospectores, además de por no pocos bárbaros, propensos todos a la bebida y los altercados.

En una casa céntrica les aguardaba Eutiques, ya levantado, desayunándose con una copa de vino y agua. Era hombre apuesto, de rasgos expresivos y una barba leonada que cuidaba con el mayor esmero. Aunque vestía como un fenicio, se trataba en realidad de un griego de Corinto que, desde hacía años, tenía sus negocios entre aquellos. Él era el verdadero dueño del grupo de cantadoras. Porque Eutiques, muy griego él, desdeñaba ocuparse directamente de ellas y las explotaba por medio de su esclava Oricena, cosa que más de uno ignoraba.

Ya en su presencia, esta se retiró el embozo, dejando deslizar después todo el tocado sobre los hombros, a modo de mantilla. Él la observó al tiempo que jugueteaba con su copa, porque era de una belleza aceitunada, exótica y algo rapaz, con ese pelo tan negro, la boca llena y, sobre todo, unos ojos oscuros y brillantes que captaron de inmediato su interés, la primera vez que la vio, años atrás, mientras la exhibían en el mercado público de Sexi, en la costa sur.

Apartando luego la mirada, se recostó en un lecho, con cierta languidez. Oricena, con esa confianza que da una larga intimidad, se sirvió un poco de vino con agua a su vez, antes de sentarse en un escabel, junto a su amo.

—¿Qué tal se ha dado el festín? —se interesó este.

—Bien —sonrió ella, algo ojerosa tras la noche en vela—. Ha sido una buena fiesta.

—Estupendo.

—Las chicas se portaron. Todas. Los invitados de Baalyatón quedaron muy contentos de la función; el propio Baalyatón me lo dijo después, y me felicitó personalmente por lo bien que lo hicieron.

—Ahhh —agitó satisfecho la cabeza—. Eso está bien: Baalyatón es un cliente de los que merece conservarse. ¿Qué pasó aparte de la función?

Ella volvió a sonreír y, tras un sorbo de vino, sacó de los pliegues de su manto un atado. Deshaciendo los nudos con dedos ágiles, le mostró el brillo de los metales preciosos.

—Esos tontos, en cuanto beben, pierden la cabeza. —Se rió con voz melodiosa—. Se engallan, compiten entre sí y hacen lo que haga falta con tal de que las mujeres le presten más atención que al vecino.

Eutiques, acariciándose la barba, contempló el envoltorio; pero, con un ademán, desdeñó el tomarlo.

—No: guárdalo tú. ¿Y aparte de esto?

—Una chica, con un poco de maña, puede sacar de esos borrachos lo que ella quiera. —Volvió a reírse, haciendo tintinear las joyas del hatillo—. Hablan por los codos para darse importancia.

—Magnífico. ¿Qué es lo que han averiguado?

—Van a llegar naves a Mainake, pronto. Vienen de lejos, supongo, porque parece que traen ámbar de los escitas. Y se comenta que van a mandar una caravana al norte.

—¿Una caravana? ¿Al estaño? ¿Es eso algo seguro o se trata tan solo de un rumor?

—Parece bastante seguro. Heos se lo oyó comentar a Sembeles, ese oficial del rey que...

—Ya sé quién es Sembeles. —Se quedó pensativo—. Ese tiene que estar bien informado en este tipo de asuntos. Bueno, ¿algo más?

—Los reyezuelos de la sierra andan algo alborotados y parece que Argantonio, en realidad, tiene poco control sobre la zona: no hacían más que comentarlo anoche..., pero supongo que habrá mucha más información de interés: no he tenido tiempo más que de cambiar unas pocas palabras con las chicas. Las he mandado a que descansen y más tarde, cuando se levanten, hablaré con ellas.

—Magnífico. —El griego lanzó una mirada de gratitud al dios casero, ubicado en una esquina, y luego a las grotescas máscaras de arcilla de las paredes, puestas allí para ahuyentar tanto a la mala suerte como a los espíritus dañinos. Se quedó caviloso unos instantes, calculando cuánto podría sacar a sus amigos fenicios por todas aquellas noticias.

—Otra cosa —añadió ella—. Y esta no tan buena.

—¿Qué es? —Volvió él a la realidad.

—Se trata de Néera. —Hizo una mueca—. Anoche hubo una pelea por culpa suya.

—¿Una pelea?

—A puñetazos, nada serio; enseguida les separaron. Pero es que Néera estuvo pinchándolos hasta que ellos, claro, como estaban borrachos perdidos, acabaron pegándose.

—Bah. —Eutiques quiso descartar aquello con un ademán—. Son cosas que pasan: ellas juegan con los hombres, ellos se dejan hacer y, como el vino se les sube a la cabeza...

—No. Néera es de las que les gusta enredar. Vengo observándola desde hace tiempo y ya le he llamado la atención más de una vez. Anoche les hizo llegar a las manos y ya sabes, Eutiques, lo malas que son esas cosas para el negocio. Tienes que castigarla.

—Siendo así... —El griego se acarició la barba. En los convites no se apreciaba a las cortesanas dadas a provocar reyertas entre los invitados y se solía prescindir con rapidez de sus servicios—. Le diré entonces a Ardis que se ocupe de Néera. Él se encargará de que, al menos por una buena temporada, no le queden más ganas de hacer tonterías.

—Una cosa más. Anoche, en el festín, estaba Alongis y no le quitó ojo a Néfele en toda la noche. La verdad es que no me siento del todo tranquila cuando ese anda cerca de ella.

—¿Alongis? ¿Ese que es pariente de Sembeles? Ya. —Asintió despacio. Era sabido que aquel mercenario había perdido el seso por la cantadora. Por desgracia, como carecía de fortuna o posición, tal circunstancia no era de ninguna utilidad al griego. Su apego por ella había llegado al punto de que incluso, en cierta ocasión, había querido comprársela a Eutiques. Este, para reírse, le había pedido un precio exorbitante, haciéndole marcharse desalentado—. Ya sabes que de vez en cuando aparece algún zoquete así.

—La mira de una forma que me inquieta —insistió ella—. No sé, no sé...

—¿En qué estás pensando?

—A ver si intenta raptarla o algo así.

—Estamos en Tartessos y Argantonio da gran importancia a las leyes. Es famoso por ello y ni siquiera un noble puede violarlas impunemente..., aunque, desde luego, a un salvaje como Alongis todo eso le importa muy poco y menos si ha perdido el seso: la gente así obra sin pensar en las consecuencias. —Al tiempo que hacía una pausa, meneó la cabeza—. Desde luego, es mejor prevenir: le diré a Ardis que esté atento.

—Vámonos de aquí.

—¿Irnos de dónde? ¿De Tartessos? —La miró asombrado—. ¿Solo por eso, con lo bien que nos va ahora? ¡Pero qué tontería, mujer!

—No, por eso no. —Le miró a los ojos con aquellos suyos, oscuros y vivos—. Es verdad que ahora nos va bien y que nuestros números son de lo más solicitado. Pero ya sabes lo poco que dura la novedad: algún día se cansarán de nuestras chicas en los convites, se buscarán otras diversiones y acabaremos actuando casi por lo que nos quieran ofrecer.

—¿Y qué? ¿Acaso no es siempre así? —Eutiques, con un suspiro, se incorporó hasta quedar sentado en el lecho—. Lo bueno nunca dura para siempre.

—Pues vámonos ahora, antes de que eso ocurra. Hay mucho que ganar aquí y, si nos marchamos ahora, nos iremos dejando buen recuerdo y les sabrá a poco. Más adelante, dentro de algún tiempo, podremos volver con lo mismo.

El griego se la quedó mirando, ahora pensativo, y dejó pasar un tiempo antes de hablar.

—No te falta razón. —Cabeceó de forma apreciativa, antes de tomar un sorbo de vino aguado—. Desde luego, esto no es un puertucho cualquiera y es cierto que hay mucho que ganar aquí. Déjame pensármelo.

—Vámonos a Gadir o a la costa oriental.

—Ya veremos. Ahora échate un rato; seguro que ha sido una noche muy larga.

—Sí que lo ha sido. —Le sonrió y, como si esas palabras hubieran conjurado el cansancio, tuvo que reprimir un bostezo—. Voy a dormir de un tirón, si es que alguna de esas cabezas huecas no me despierta con alguna de sus tonterías.

Pero los pensamientos de Alongis, aunque sí puestos en Néfele y pese a

los temores de aquellos dos, estaban muy lejos de cualquier idea de rapto. Agobiado al saber de golpe que en plazo breve había de abandonar Tartessos y casi seguro de no verla más, se separó en cuanto pudo de los suyos. Fue dando un lúgubre paseo a lo largo de la orilla, como una fiera enjaulada, forjando ideas a cada cual más descabellada y al cabo, ofuscado por la pena, se decidió a acudir a Segisamo.

Ese era otro mercenario al servicio de Argantonio; un celta nacido muy al norte, grande y blanco, con el pelo entre rubio y rojo. Días atrás se había acercado a Alongis y, entre dos vasos, había estado tanteándole para algún negocio no muy limpio. Pero su interlocutor, al olérselo, se había despedido con excusas antes de que pudiera entrar en demasiados detalles para no tener así que delatarle.

El celta se sorprendió al verlo, porque no había supuesto que volviese. Pero, como antes de aquella conversación tan infructuosa había tenido puestas grandes esperanzas en él, le dispensó un saludo rudo y efusivo para luego llevarle aparte y ofrecerle un trago de cerveza.

Conversaron durante un rato sobre chismes de palacio, así como sobre las nuevas tan inquietantes que llegaban de las fronteras del imperio de Argantonio. Al cabo, tuvo que ser Alongis el que entrase en materia, porque veía que el otro no se animaba.

—Bueno. Necesito oro.

—Amigo, ¿quién no lo necesita? —El celta sonrió de forma ambigua, sobándose la gran barba rubia, salpicada de mechones rojos.

—A lo peor me equivoco. Pero el otro día me dio la impresión de que me estabas sugiriendo que había formas de que ambos pudiésemos ganar bastante.

Segisamo guardó silencio unos momentos, sin dejar de manosearse la barba, tal vez recelando que el otro hubiese regresado para sonsacarle y venderle.

—Sí. Es verdad que sé cómo podemos conseguir oro. Y no bastante, sino mucho —acabó por admitir—. Pero he de decirte que la forma de ganarlo puede ser... —dejó la frase en suspenso, al tiempo que acechaba a su interlocutor con sus ojos verdes.

—Necesito oro —fue toda la respuesta de Alongis. Sacudió la cabeza

abrumado—. Lo necesito. De veras.

—Comprendo. —El celta hizo a un lado cualquier recelo, con hasta una sombra de simpatía en la voz. Él tampoco estaría en esa tesitura, proponiéndole un negocio sucio, de no ser porque era demasiado amigo del juego de las tabas, tenía mala suerte y sus acreedores le acuciaban cada vez con más insistencia—. Además de poco acorde a las leyes tartesias, por decirlo de algún modo, debes saber que puede ser peligroso.

—El peligro no es algo que me haga echarme atrás.

—Así se habla. —Dio un buen trago de cerveza, como tomando con ella valor—. Lo que te voy a contar ahora no te obliga a nada. Cuando me hayas oído, serás libre de aceptar o rehusar y, en ese caso, olvidarte del negocio. Pero, antes de seguir, quiero que me jures por lo que más sagrado te sea que guardarás el secreto.

—¡Por Coros y por Epona! —Casi se atragantó el otro—. Por Lugoves y por todas las Bandes de mi familia...

—Me basta, me basta. —Segisamo, satisfecho, le detuvo alzando las manos—. Oye entonces. No sé si has visto alguna vez un túmulo de los tartesios.

—No. Ya sabes que llevo poco en esta tierra.

—Es igual. Son muy fáciles de reconocer, si ya has visto uno o te han hablado de ellos. En algunos lugares del país, esos túmulos sirven de sepultura a los grandes jefes tartesios.

—¿Es que se trata de robar una tumba? —inquirió Alongis, estremecido.

—Pues sí —admitió el otro sin rodeos—. Eso es: el túmulo de un gran jefe.

Hubo un silencio espeso entre ambos. Segisamo tenía los ojos clavados en Alongis y este, sin saber ahora qué pensar, se frotaba las manos.

—Anda, sigue. —Acabó por decidirse.

—Hace ya tiempo, oí historias sobre un jefe tartesio: un rey con muchos siervos, barcos, sembradíos, minas. Era un hombre muy poderoso en el reino y se creyó lo bastante grande como para desafiar al gran rey Argantonio. Pero fue este el que acabó con él, como ha hecho con tantos. —Hizo una pausa.

—Sigue. —Le animó el otro.

—Esto ocurrió hace bastantes años. Ya sabes lo viejo que es Argantonio. Se rebeló y fue vencido. Y luego de vencido, muerto y olvidado. No conozco muchos detalles, porque el rey lanzó una maldición sobre el asunto y está prohibido incluso pronunciar su nombre. Pero sí sé que, en atención a su alto rango y a que en otro tiempo habían sido amigos y aliados, Argantonio permitió que le enterrasen en un túmulo, como el gran jefe que fue.

—¿Y dónde está esta tumba?

—Al oeste, camino de Onuba, a no más de dos días de aquí. Yo mismo, en cierta ocasión en la que tuve que llevar un mensaje a un noble de las vecindades, pude llegar a verla.

—Y estás seguro de que ahí dentro hay muchas riquezas...

—Muchas. Le enterraron con todos los honores.

Alongis puso el mentón entre las manos, tratando de pensar.

—Bueno. ¿Pero para qué me necesitas a mí?

—Los tartesios guardan celosamente las tumbas de sus grandes. Temen que les roben los tesoros funerarios y recelan de todo aquel que se acerca demasiado a un túmulo. Pero tu pariente Sembeles es hombre de confianza de Argantonio: sé que este le ha dado un brazalete y eso es algo que el rey no otorga a cualquiera..., y tú sabes cuántos obstáculos puede allanar un brazalete del rey.

Alongis sintió un sofoco repentino.

—No solo me hablas de violar la tumba de un jefe —al pasarse la mano por la frente, la notó pringosa de sudor—. También me pides que traicione a un pariente mío...

Segisamo le miraba sin decir nada. Esperaba, jugando con su vaso de cuero.

—Continúa —le instó al fin Alongis, con la voz en un hilo.

—Me he fijado que Sembeles no suele llevar puesto el brazalete, así que debe de guardarlo en algún sitio. ¿Me equivoco? A ti te sería fácil apoderarte de él sin que Sembeles lo echase de menos. No creo que ande mirando todos los días a ver si aún lo tiene. Con ese brazalete, no nos costaría nada acercarnos al túmulo sin despertar sospechas.

—¿Y qué sacaría yo de todo esto?

—Seríamos cuatro: dos amigos míos, tú y yo. Dividiremos el botín a partes iguales.

—Por lo que dices, sin el brazalete nos será imposible llevar adelante el asunto. Partamos en dos: la mitad para mí y la otra para vosotros tres.

—¿Y quién aporta la información? ¿De qué vale ese brazalete sin ella? Partamos en tres y quédate tú con un tercio de cuanto encontremos.

—Es justo.

—¿Estamos entonces de acuerdo? ¿Cuento contigo?

—Solo una cosa más. Quiero que me jures, como tú me hiciste jurar a mí, que respetarás este trato.

—Lo juro por Esa Que No Puede Nombrarse. —Alzó las palmas de las manos—. Cumpliré con cuanto aquí hemos acordado.

—Entonces trato hecho.

* * *

Esa misma tarde, el rey mandó llamar a Sembeles. Este, que no era de los que dejan pudrir las ideas, ya había tanteado a algún consejero real sobre la posibilidad de incorporarse con los suyos a la caravana del estaño. Argantonio, que parecía tener oídos en cada recodo del palacio, debía de haberse enterado ya y quizá por eso reclamaba ahora su presencia.

El sol comenzaba a declinar a la hora que tuvo lugar la audiencia y, como el rey había tenido el capricho de pasar la tarde en una de las azoteas, el mercenario tuvo que subir a los altos de la fortaleza, a través de una maraña de escaleras y estancias intermedias. Arriba, un guardia le detuvo con un gesto, porque Argantonio estaba ocupado con otra entrevista. Así que permaneció alejado y no tardó en asomarse al parapeto, llevado por la curiosidad de observar el mundo desde allí arriba.

A esas horas, el cielo estaba salpicado de nubecillas blancas que flotaban perezosas en el azul. Corría una brisa leve, mitigando un poco el bochorno, y desde allí arriba se tenía ante los ojos una gran extensión de la desembocadura. Las islas cubiertas de vegetación, las barras arenosas, el agua centelleando en los canales. Un carguero panzudo bogaba despacio, allá a lo lejos, y Sembeles detuvo sobre él la mirada; pero tenía el sol de cara y,

aunque hizo visera con la mano, no pudo distinguir muchos detalles.

Acodado en el pretil, se entretuvo con el vuelo de las aves, que pasaban en grandes formaciones sobre las aguas. El río Tartessos, anchuroso y tranquilo, tras formar un gran lago, desaguaba en el mar mediante varios brazos, formando aquel mosaico acuático en el que se emplazaba la capital de Argantonio; fortaleza, mercado, templo y puerto a la vez. Era esa situación privilegiada la que había permitido controlar a los tartesios el comercio con los fenicios, así como enviar sus propias naves al océano y barcazas río arriba, a traficar con las gentes del interior. Fabulosamente ricos, los reyes tartesios pudieron así dominar amplios territorios e imponer su yugo a una multitud de pueblos parientes, a los que habían sobrepuesto su propio nombre.

El guardia de antes le llamó y él, tras apartarse del antepecho, le entregó sus armas dentro de las vainas. El viejo rey estaba sentado al otro lado de la azotea, envuelto en un manto rojo y holgado, con su fabulosa máscara de toro, hecha en metales dorados, sobre el rostro. Tenía entre las manos un báculo, al que daba vueltas de forma distraída, mientras una de sus mujeres, a su vera, agitaba con lentitud un gran abano de plumas de avestruz, para espantar a las moscas.

Con un ademán, le señaló un escabel más bajo que su propio asiento y el lusón —ese era el nombre que se daba a sí mismo el pueblo de Sembeles— tomó asiento tras mostrar las palma de las manos en señal de homenaje. Sin embargo, tras eso, Argantonio pareció desentenderse de él y siguió jugueteando con su báculo, sin pronunciar palabra.

Sembeles tampoco despegó los labios y aguardó sin impacientarse a que le dirigiese la palabra. Servía al rey desde hacía años, era uno de sus hombres de confianza y estaba más que acostumbrado a sus excentricidades. Argantonio era tremendamente anciano —su longevidad asombrosa era ya toda una leyenda en las riberas del Mediterráneo— y los años le habían llenado de achaques y rarezas.

Se reavivó la brisa e hizo agitar el manto rojo del rey. Este movió la cabeza, sacando destellos al oro y bronce de la máscara. Aquella cabeza taurina era una de tantas extravagancias de Argantonio: un día, muchos años atrás, había encargado su forja a los mejores orfebres del momento y, desde

entonces, nadie había vuelto a verle la cara. Se especulaba mucho sobre tal máscara y, si algunos fantaseaban con que al rey se le había vuelto insufrible su propio rostro, consumido por la edad, otros no veían en ella más que otro capricho, uno más. Los más imaginativos especulaban incluso con que Argantonio estuviese muerto y con que un suplantador audaz ocupase desde hacía años el trono, al amparo de esa testa metálica.

Sembeles cambió un poco de postura y, sin pensar en lo que hacía, comenzó a dar vueltas en el dedo a uno de sus anillos. Había guardias dispersos por la azotea y los observó con la cabeza puesta en otras cosas. Jóvenes, fuertes, tartesios todos, vestidos con el traje nacional: un manto que era una gran pieza rectangular de tela en la que cada cual se envolvía a capricho; en su caso los mantos eran blancos sin excepción. Iban armados hasta los dientes y acicalados en grado sumo. Lucían alhajas innumerables, ojos pintados, pelo largo y recogido en tirabuzones, con chicharras de metal entre los rizos. Eran de modales lánguidos y amanerados, aunque el lusón no se dejaba engañar por eso último. Sabía que, hasta el último, eran luchadores hábiles y feroces y que, como muchos buenos guerreros, cultivaban cierto grado de afeminamiento en atuendo y maneras.

Al removerse de nuevo sus ojos se posaron en la concubina del rey que agitaba con parsimonia el abano. Era una chica joven de piel clara, con el pelo negro y los ojos verdosos; puede que hija de algún reyezuelo céltico de las fronteras norteñas, aunque su túnica amarilla y joyas fuesen netamente tartesias. El rey inclinó de nuevo la cabeza, haciendo que otra vez la luz del sol corriera por los metales dorados de la máscara, y Sembeles volvió su atención a él, expectante. Pero aún tuvo que aguardar antes de que por fin le dirigiese la palabra.

—¿Has visto alguna vez un caldero puesto al fuego? —Su voz era extraña y vibrante, debido a la máscara.

—Desde luego, señor —repuso el lusón sin inmutarse, pues sabía cuánto gustaba su amo de divagar en torno a lo que fuese que tuviera en la cabeza.

—¿Pero te has fijado de veras en lo que sucede dentro? —insistió y, como su mercenario no respondiera nada, prosiguió—. Cuando un caldero está al fuego y uno contempla su interior, apenas ve señales de que el agua se va

calentando. Si observa con paciencia, ve cómo de vez en cuando aparece alguna burbuja de vapor, sube a la superficie y estalla. Una aquí y otra allí. ¡Pop! —Hizo un gesto expresivo con la mano enguantada—. Y así puede estar mucho rato. Luego, de repente, aparecen muchas más burbujas y, en casi nada, el agua comienza a hervir.

—Así es, señor. —Se pasó los dedos por la barba, sin saber a dónde quería llegar.

Argantonio inclinó algo más la cabeza y pareció ensimismarse de nuevo. Sembeles esperó paciente, jugueteando otra vez con uno de sus anillos; el mismo de antes, colocado en el meñique. Volvió a fijarse en la concubina, que seguía agitando de forma rítmica el abano, haciendo ondear las plumas de avestruz salpicadas de motas de oro y arrancando a cada vaivén tintineos a las ajorcas de sus muñecas.

—Pues así, como un caldero al fuego, es como veo yo la sierra —abundó de repente el rey—. Hay señales, sucesos; no muchos, nada grande..., pero yo sé.

—Ah. —El mercenario meneó la cabeza.

—Ya sabes a qué me refiero. —Dio vueltas al báculo entre las manos—. Yo tengo a mis consejeros y a mis espías, pero la gente común dispone también de medios para enterarse de qué sucede. Los rumores viajan rápido y lejos y, aunque muchos no sean más que infundios, también los hay que son verdades: informaciones valiosas que casi nunca llegan hasta el rey o sus consejeros.

—No es ningún secreto que hay problemas en la sierra. Está en boca de todos.

—Habla sin reparos.

—En fin. —Se sobó de nuevo las barbas, tratando de escoger sus palabras—. Es como el rey dice: no ha ocurrido nada importante, pero los soldados que vuelven de la sierra se alegran de salir de allí y los mercaderes también lo comentan: se palpa en el aire un algo que...

Dejó la frase en suspenso y ahora fue Argantonio el que cabeceó, dándole a entender que entendía. Las sierras eran uno de los puntos flacos del reino tartesio; siempre lo habían sido. Muy ricas en minerales y madera, eran

territorios abruptos y fragosos, casi imposibles de controlar y habitados por pueblos más fieros y menos amigos de la molicie que sus parientes del llano y las vegas. Gentes dadas al bandidaje y las venganzas de sangre, fuente casi continua de quebraderos de cabeza para los reyes tartesios.

—Todos dicen que ya no hay tanto negocio como hace años —se animó a proseguir el lusón—. Conozco a un traficante que suele viajar por la zona. Me comentó que los reyezuelos montañeses están descontentos y que no se privan de manifestarlo en público. En su opinión, lo único que les impide lanzarse a la rebelión abierta es el hecho de que desconfían unos de otros.

—Un hombre perspicaz, ese mercader. No me importaría contar con él entre mis agentes. —Asintió como para sí mismo—. Es verdad que la situación es menos boyante que antaño: hay problemas en los mercados de oriente y, de un tiempo a esta parte, se ven menos prospectores fenicios. Incluso hay algunas minas de cobre cerradas. Sí. Es verdad que la pérdida de riqueza, tanto como su exceso, suele empujar a la gente a la lucha. Lo he visto ya muchas veces, Sembeles, y lo cierto es que los régulos serranos no son hombres demasiado reflexivos.

—Esos montañeses son buenos guerreros.

—De lo mejor del reino. Lástima que tengan tan poco sentido común y que no piensen más que en matarse entre sí por cualquier ofensa ridícula. Aunque en estos momentos no deja de ser una suerte porque, como dice ese traficante amigo tuyo, de surgir algo o alguien capaz de hacerles olvidar sus rencillas, nos veríamos en un serio apuro.

—Mala cosa depender de algo así —se atrevió a tantear Sembeles—. ¿Quién puede decir que un día no...?

—Así que algo sabes.

—Algo he oído sobre un par de personajes que recorren los poblados de la sierra. No recuerdo sus nombres.

—Totog y Baubalud. Sí. Mis agentes ya me han hablado de ellos. Totog tiene una espada que, según él, fue forjada por los dioses y Baubalud es un viejo conocido; un régulo de lo más turbulento. Dicen de él que sana a los enfermos y que es capaz de hablar con los muertos. —Soltó una risa, resonante a causa de la máscara—. ¡Pero qué crédula es la gente!

Sembeles le observó de reajo, azarado. Aunque alguien como Argantonio podía muy bien permitirse ligereza en tales temas. Después de todo, se dijo, era descendiente directo de dioses y él mismo era tenido por muchos como una especie de deidad.

—Entonces, ¿no cree el rey que...?

—¿Tú qué opinas?

—Entre mi gente hay augures, hechiceros y sanadores. Yo mismo he visto a algunos de ellos hacer prodigios.

—También aquí hay de todo eso. Pero, por cada uno verdadero, hay diez embaucadores.

—Eso es cierto en todas partes. —Sembeles sonrió ahora de manera fugaz—. ¿Cree el rey que esa pareja es capaz de soliviantar a los montañeses?

—¿Quién sabe? A falta de datos suficientes, es pronto para opinar. —Agitó la cabeza antes de, al parecer, cambiar de tema—. Pero el rey ha oído que quieres unirte a la caravana del estaño.

—¿Eh? Sí —aceptó, pillado a trasmano—. He hablado de ello con alguno de los consejeros del rey.

—¿Es que no estás a gusto aquí?

—¿A gusto? Aquí hay todo cuanto uno pueda desear; al menos, uno como yo. —Sonrió de nuevo, haciendo una pausa—. Pero no creo que demasiado tiempo mano sobre mano sea bueno.

—¿A qué te refieres?

—Pienso tanto en mí como en los míos. La inacción ablanda y eso, para alguien como nosotros, es peligroso porque vivimos de las armas y a menudo dependemos los unos de los otros.

—¿Es esa la única razón?

—No sé a dónde quiere ir a parar el rey. —Le miró, ahora perplejo.

—Dicen que el rey es viejo y su mano débil. —Cerró un puño enguantado—. Ya no aprieta con tanta fuerza como antes y los régulos esperan una oportunidad para sacudirse el yugo. ¿Y por qué no iban a hacerlo? Son hombres fuertes y decididos. Los vientos que soplan de la sierra esparcen intranquilidad y, si se rebelan los montañeses, otros podrían imitarles. Y más de uno estaría dispuesto a abandonar al rey o incluso a cambiar de amo.

—¿Cree el rey que quiero ir con la caravana para desertar por el camino y volverme a casa? —Sembeles se agitó, soliviantado—. ¡Por Beles, el dios negro, que ni se me había pasado por la cabeza! ¿Es que he dado algún motivo al rey para que desconfíe de mí?

—Cuando alguien da motivos para desconfiar, ya suele ser tarde para hacerlo.

Eso enfrió de golpe al lusón. Hubo un intervalo de silencio durante el que se manoseó desazonado la barba, rumiando esas palabras.

—Ese es un pensamiento amargo, señor. —Suspiró al cabo.

—Es una verdad amarga. —La máscara taurina se agitó—. Pero el rey es muy viejo y tú aún eres joven. Entonces, tanto te da la sierra como la caravana.

—O las fronteras. Iré donde me mande el rey.

—El rey necesita allí hombres de confianza.

—Me siento muy honrado.

—El caldero puede romper a hervir en cualquier momento; por culpa de ese par, Totog y Baubalud, o por cualquier otra razón. Necesito en la sierra hombres dispuestos a luchar de ser necesario, capaces de negociar si es posible y, desde luego, que no me abandonen si las cosas se ponen difíciles.

—El rey puede contar conmigo.

—El rey debe advertirte que, en caso de que los montañeses tomen las armas, sus partidarios en la sierra se verían en una situación más que comprometida.

—Eso ya lo sé. Procuraré estar a la altura. —El lusón, algo abrumado, le mostró las palmas de las manos—. ¿Cuándo debo partir?

3

Un par de días más tarde, Alongis, Segisamo y un par de amigos de este último, celtas también, cruzaban el río Tartessos en dirección a las regiones occidentales del reino. A ese lado de las aguas, el terreno se volvía llano y cubierto de bosque abierto, salpicado de campos de labranza y dehesas, con los bastantes senderos como para permitir a los tres viajeros desplazarse con rapidez.

Se cruzaron con un par de caravanas, formadas por largas hileras de bueyes cargados de bultos, literas bamboleantes y porteadores con fardos sobre la cabeza, con la escolta de guardias de escudos pintados y dardos de hierro que les saludaban al pasar. A menudo veían grandes rebaños de toros semisalvajes que pastaban en las dehesas y los vaqueros, apoyados en sus lanzas, les contemplaban sin alarmarse porque estaban acostumbrados a los mercenarios extranjeros del rey. Más de uno agitaba amistoso la mano y ellos respondían de buena gana, sonrientes.

En ocasiones, cuando el camino remontaba algún cerro, podían divisar a lo lejos las grandes haciendas de los nobles, aisladas en medio de campos y bosques. Estaban formadas siempre por un conjunto de almacenes, establos, talleres y viviendas en torno a un gran patio central, protegido todo por muros y torres de mortero. Verdaderas fortalezas que en esa parte del reino tartesio servían de residencia tanto a los magnates como a los siervos y esclavos que trabajaban sus tierras.

No había en esa área aldeas ni casas dispersas, y Argantonio, aunque había pacificado a la nobleza local, acabando con sus luchas seculares y favoreciendo así el comercio y la roturación de nuevos campos, poco había podido hacer contra el bandidaje, endémico por esos pagos. Grandes bandas armadas de desheredados y fugitivos azotaban todo el occidente del río Tartessos, viviendo de la rapiña, y no era tan raro que los magnates tuvieran que defenderse dentro de los muros de sus haciendas, librados a sus propias fuerzas para sobrevivir al ataque.

Los tres celtas portaban corazas de cuero y cascos de metal, dos de ellos adornados con tres plumas coloridas, así como escudos pequeños y abombados, dardos y espadas. Alongis lucía un yelmo con gran cimera roja, un escudo más plano, un par de dardos y su espada. Ninguno de esos ajuares guerreros era demasiado rico y todos juntos prometían más disgustos que beneficios a los ladrones; así que, aunque alguna vez avistaron a algún tipo sospechoso que les acechaba de lejos, entre las encinas, no tuvieron ningún mal encuentro.

Alongis hizo todo el viaje cabizbajo y los tres celtas le dejaron estar, sin cambiar apenas palabras con él. Como el tiempo apremiaba, habían tenido que cambiar a toda prisa los turnos de guardia, o habían pagado a alguien para que se los hiciese, y el lusón había distraído el brazalete de Sembeles, aprovechando que eran parientes, que dormían en la misma cámara y que los equipajes de unos eran accesibles a los otros.

Segisamo se encargó de guiarles por las veredas locales y, hacia el mediodía de la segunda jornada, redujo el paso según llegaban a cierta revuelta del camino, en la ladera de una loma. Se acercó al borde y, tras cierto titubeo, con gesto algo teatral, señaló a sus acompañantes hacia unos encinares próximos. Ellos miraron en esa dirección, sin distinguir nada al principio. Pero enseguida uno y luego los otros dos pudieron divisar, entre exclamaciones, el famoso túmulo, que asomaba como una joroba de tierra entre las copas de los árboles.

En ese preciso instante, como por capricho de la suerte, un grupo numeroso de hombres apareció camino adelante. Se detuvieron al verles, sopesando las armas, temerosos de haberse topado con bandidos, y ellos les

observaron a su vez,

Iban todos a pie y eran tartesios, sin duda; unos vestían faldas, otros simples taparrabos y alguno iba del todo desnudo. Muchos lucían pinturas en rostro, pecho y brazos; empuñaban escudos pintados, lanzas, jabalinas, dardos, hondas, y entre sus pies correteaban perrazos que, a primera vista se advertía, eran de presa. Parecían un grupo escandaloso y despreocupado, y Segisamo, que había viajado por el país más que sus compañeros, se relajó con un suspiro.

—Calma —les instó—. Es una partida de caza. Alongis, ten listo el brazalete.

Los tartesios se les acercaban, haciendo señas y dándoles voces de que les esperasen. Segisamo les respondió agitando la mano, con la sonrisa amplia del hombre que no tiene nada que temer.

De entre aquellos cazadores se adelantó un hombre entrecano, de cintura breve, que ceñía una falda color hueso, con pulseras en ambas muñecas y una placa de oro balanceándose sobre el pecho desnudo. En la zurda empuñaba un escudo pintado de rojo, amarillo y negro, así como dos jabalinas, mientras que con la diestra asía una tercera lanza. Debía de tratarse, sin duda, de algún notable local, quizás incluso el amo de aquellas tierras, y Segisamo, más espabilado que los demás, se apresuró a rendirle homenaje.

—¿Qué os trae por aquí, amigos? —El semblante del magnate se aclaró un tanto, sin duda halagado por el gesto del celta.

—El rey nos manda, señor —respondió este en mal tartesio, girándose hacia Alongis—. El brazalete, el brazalete.

El lusón se apresuró a mostrarle el adorno. El magnate lo observó con interés, antes de poner en ellos unos ojos oscuros y vivos, estudiándoles con no menos atención.

—¿Traéis alguna ofrenda a los muertos? —inquirió por fin, al tiempo que señalaba con la jabalina al costado, hacia el túmulo que se alzaba entre encinas.

—El rey nos manda, señor —repuso de nuevo Segisamo, fingiendo no entender.

El tartesio aún le miró unos instantes y luego otra vez al brazalete. Al fin,

se encogió de hombros.

—Id en paz. —Y, por si no le hubieran entendido, hizo un ademán expresivo.

La partida de caza siguió su camino entre voces, ladridos y polvareda, olvidándose de los mercenarios. Estos a su vez cruzaron miradas que lo decían todo, porque ninguno las había tenido del todo consigo. Los tartesios, como bien dijese Segisamo, tenían siempre un ojo en las tumbas de sus reyes y cualquiera que fuese sorprendido cerca de una, sin un motivo válido, podía verse en un apuro más que serio.

—¿Seguro que no mandarán a alguien para vigilarnos? —preguntó Alongis.

—No creo. —El celta se ajustó la coraza, al tiempo que echaba una ojeada casual a una bandada de estorninos que en esos momentos sobrevolaba los encinares—. Los tartesios hacen ofrendas a sus muertos y no es raro que el rey encargue a veces la tarea a sus soldados, a extranjeros como nosotros. Por eso no han desconfiado de nosotros; nos han tomado por enviados..., gracias al brazalete, claro; si no, habríamos salido bastante peor librados.

—¿Pero cómo es que sabes todo esto? —Alongis ladeó la cabeza, tocada por el casco de cimera roja.

—Porque tengo las orejas abiertas y, aparte, he estado indagando. Merece la pena saber en qué clase de terreno se mete uno.

—Vales para jefe, Segisamo. —Su interlocutor cabeceó porque, como todo hombre impulsivo, en el fondo admiraba a los capaces de prever y anticipar.

Sin poder sustraerse al halago, el celta sonrió ligeramente, acariciándose la barba rubia y roja. Se ajustó de nuevo la coraza.

—Vamos allá, amigos —dijo luego—. Hay trabajo que hacer y, desde ahora, estamos en verdadero peligro. Si nos sorprenden, nos espera una muerte horrible. Esperemos que los beneficios sean parejos a los riesgos.

El túmulo se encontraba a no más de cuatrocientos o quinientos pasos, entre viejas encinas grises de copas frondosas, sin que pudieran distinguirse otros monumentos fúnebres en las proximidades. El calor era sofocante, los insectos zumbaban a su alrededor y los contraluces de la arboleda temblaban a cada golpe del aire recalentado. Cerca, un mirlo cantaba de

forma escandalosa, lanzando sus trinos a intervalos.

Los mercenarios, armas en mano, circundaron con lentitud aquel montículo artificial, admirándose de sus dimensiones. Segisamo, más práctico, se dedicó a buscar por las laderas de tierra hasta dar con lo que buscaba.

Aquí, aquí. —Les reclamó—. Hay que cavar aquí.

Y les mostró un punto que parecía algo más hundido, como si ya hubieran escarbado allí con anterioridad. Sin duda, el celta había estado también averiguando acerca de los túmulos, así como sobre las costumbres funerarias locales, y Alongis, al caer en la cuenta, volvió a cabecear para sí mismo de forma apreciativa.

Sacaron pequeñas azuelas de sus sacos de viaje y, sin más, comenzaron a cavar en aquel punto. Al poco toparon con una losa de piedra, grande, pesada y sin desbatar. Todos a una rasparon y tiraron hasta que, esforzándose a una, lograron voltearla entre resuellos. Solo entonces se apartaron mientras se sacudían la tierra de las manos y enjugaban el sudor que les corría por el rostro.

Encendieron un par de lámparas —mechas dentro de vasos de arcilla— y Segisamo, que aún jadeaba por el esfuerzo, alumbró el interior. Los otros se agolparon a sus espaldas, pero no pudieron ver sino el arranque de un corredor estrecho, formado por grandes piedras, que se hundía en el interior de aquel cerrillo artificial.

—Sí que vamos a estar apretados ahí dentro... —suspiró el celta antes de dirigirse a Alongis—. Puedes entrar o quedarte aquí fuera, con Bruco —señaló a uno de sus dos amigos, a vigilar. La decisión es tuya.

El lusón se acarició la barba leonada, dudando. Observó de través a los celtas. El tesoro estaba ya casi a su alcance y, si por un lado le gustaría entrar porque recelaba que le escamoteasen alguna que otra pieza, por el otro le repugnaba despojar con sus propias manos a los muertos, aparte de que sentía bastante renuencia a meterse en lugar estrecho y oscuro con aquella gente.

—Creo que voy a esperar fuera —se decidió tras una nueva ojeada a la boca del pasadizo—. Es verdad que tres íbamos a estar apretados ahí dentro. Más nos estorbaríamos que otra cosa.

—Eso pienso yo también. —Segisamo dejó de lado el escudo y los

dardos, y luego el casco—. Vamos allá. —Hizo un gesto a su compañero, que también se había despojado de las armas—. Si llegase alguien mientras estamos dentro, dadnos una voz por el túnel y no perdáis los nervios. Con algo de suerte, quizá pueda arreglarse.

Se introdujeron a gatas en las tinieblas, cada uno con una lámpara en la mano. Fuera se quedaron Alongis y Bruco, un sujeto largo y flaco, que lo parecía aún más por las tres plumas enhiestas que adornaban su casco cónico, y tan callado que era como si fuese mudo.

Sumirse en las entrañas del montículo fue entrar en otro mundo, tan oscuro y frío como cálido y luminoso era el exterior, y apenas avanzados unos palmos los celtas sintieron cómo se les helaba el sudor del cuerpo. Segisamo iba en cabeza, adelantando con precaución la llama, para iluminar delante. Le seguía su amigo Anderondo, al que había elegido porque, aunque mucho más voluminoso y menos ágil que Bruco, gozaba de una fuerza física más que notable. Pero Segisamo le oía ahora resollar de forma trabajosa a sus espaldas, como si le faltase el aire, y, aunque se conocían desde hacía años, tuvo miedo de que fuera a perder los nervios en aquel lugar oscuro y cerrado.

—Ya llegamos —le avisó—. Aquí está la entrada de la cámara.

Las llamas de aceite eran poco más que chisporroteos en la negrura. Al resplandor, Segisamo contempló una gran losa, otra, que servía de puerta a la cámara mortuoria; ante ella había figuritas de metal y tierra cocida. Tomó una y la sopesó; debía de tratarse de ofrendas que los tartesios llevaban cada cierto tiempo a los muertos, tal como había oído decir. Las apartó con cuidado, para llegar a la losa.

—Voy a dejar la luz aquí, en el suelo. Ten cuidado de no volcarla.

Casi a ciegas, fue deslizando las yemas de los dedos por el perímetro de la losa, encajada a la entrada de la cámara mortuoria.

—Aquí, Anderondo, hay que tirar de aquí. Vamos, los dos a una.

El otro avanzó a rastras, gruñendo, porque casi no cabían juntos, y metió a su vez los dedos en los intersticios. A la de tres comenzaron a tirar, resoplando, y al tercer intento consiguieron moverla una pizca.

—Déjame a mí ahora —jadeó Anderondo, que se jactaba de su fortaleza física—. Puedo hacerlo mejor solo. Los dos juntos no podemos casi ni

movernos.

Segisamo se retiró retorciéndose, mientras el otro hundía los dedos en la rendija abierta para afianzar la presa. Le vio dar un par de tirones vigorosos, como probando la resistencia antes de inspirar con fuerza y cargar todo su peso en contra de la losa, silbando entre los dientes apretados. Hubo un instante. Después, la gran piedra comenzó a deslizarse muy despacio, con ese sonido tan particular de roca arrastrada sobre tierra. Luego, de repente, el gran celta cesó de golpe en sus esfuerzos y gateó apresuradamente hacia atrás.

—¡Dioses, dioses! —boqueaba asqueado—. ¡Qué hedor!

Segisamo jadeó también, tapándose boca y nariz con el dorso de la mano, porque también hasta él había llegado el aire pestilente de la cámara mortuoria.

—¡Es el aliento de la muerte! —Gimoteó atemorizado Anderondo, que, como muchos hombres grandes, era aprensivo y bastante supersticioso.

—No es más que olor a cerrado —trató de calmarle Segisamo, aunque también a él le daban arcadas por culpa de esa fetidez que parecía colmar la oscuridad—. La cámara lleva años cerrada y hay cadáveres ahí dentro. Es normal que el aire esté viciado.

—Es el aliento de la muerte. Me ahogo, me ahogo.

—Espera, vamos fuera. —Casi a tientas le tomó por el brazo, temiendo que perdiese los nervios—. Hay que dejar que esto se ventile un rato.

Tras recobrar las lámparas, se arrastraron de vuelta al sol y, al emerger a la luz, Segisamo se dio cuenta de cuán pálido y sudoroso estaba su compañero, y se alegró de haber salido. Los de fuera, al notar también lo alterado que estaba, se les acercaron inquietos.

—No pasa nada —quiso tranquilizarles el cabecilla—. Ahí dentro el aire está podrido y nos hemos mareado un poco. Hemos salido a tomar un poco el fresco, es todo.

Se sentó en la ladera del túmulo, inspirando con fruición, como para dar fuerza a sus palabras. Esperó cierto tiempo, para dejar que Anderondo se serenase un tanto.

—La cámara está ya abierta, y no nos queda sino entrar y apoderarnos del tesoro. —Hizo una pausa antes de añadir con tacto—: Es mejor que ahora sea

Bruco quien venga conmigo. Tú, Anderondo, eres muy grande y casi no cabemos los dos juntos.

El aludido cabeceó aún pálido, contento de que le dieran tan buena excusa para no volver a las entrañas del túmulo. El reseco Bruco, por su parte, abandonó sus armas sin un comentario, antes de depositar en el suelo, con el mayor de los cuidados, su casco adornado con tres plumas de colores.

Entraron a gatas, de nuevo con Segisamo en cabeza. El olor seguía siendo espantoso, pero él no había esperado de verdad que el túnel, dadas su longitud y angostura, pudiera ventilarse en tan corto espacio de tiempo.

—Apesta, ¿eh? —rezongó por encima del hombro, como para animar a Bruco.

—Vamos —le replicó tan solo el otro.

Llegaron a la boca de la cámara y a la losa ahora desplazada. Segisamo se deslizó por la abertura, escurriéndose como un reptil para adelantar ansioso la luz. Al palpar de la pequeña llama, se encontró una estancia de paredes de piedra, abovedada y de buen tamaño. Luego, algo intimidado, contempló a los cadáveres que yacían en el suelo, sobre esteras podridas, así como la vajilla de barro dispuesta a sus pies. Al cabo, moviendo la luz, creyó distinguir reflejos dorados.

—Aquí, Bruco, aquí está el oro.

Se arrastró hacia el interior, la luz de aceite siempre por delante, y su compañero le siguió sin una palabra. Había muchos muertos allí, convertidos por los años en poco más que esqueletos y dispuestos todos en torno a una jarra cineraria de bronce, que sin duda contenía las cenizas del reyezuelo. Hacía mucho frío en esa cámara de piedra y, mientras examinaba las osamentas al resplandor de la lámpara, Segisamo sintió escalofríos. Pero, justo entonces, la llama volvió a arrancar destellos dorados junto a la jarra.

Al acercarse un poco más la lámpara, observó embelesado las joyas del régulo —brazaletes, coronas, pulseras, pectoral, anillos—, grandes y pesadas, de una orfebrería recargada y magnífica.

—Aquí, Bruco, aquí.

Cerca de la urna, había también algunas armas de excelente factura, así como unos cuantos objetos para uso del alma del muerto: copas y cuencos de

plata, una jarra de bronce labrado, una placa de plata inscrita y quebrada por la mitad, algunas figuritas de arcilla. Los dos celtas reptaron por entre los cadáveres de los sirvientes, algo enervados por su proximidad. Los ajuares fúnebres de estos últimos, a diferencia de los de su amo, eran pobres y escasos: poco más que un collar de bronce en la garganta de este, una espada junto a la diestra de aquel.

Dejaron las lámparas en el suelo, a un lado, y, respirando con fuerza, comenzaron a saquearlo todo. Segisamo echó en el saco el pectoral de oro, un collar, un puñado de anillos. Con un guiño y una sonrisa, le mostró un par de estos últimos a su compinche, antes de guardárselos bajo la ropa. Lo mismo hizo acto seguido con uno de los dos brazaletes.

—¿Llevan los demás algo de valor? Coge lo que sea. —Recobró la luz para pasearla por todos lados, alumbrando los esqueletos—. Vamos a llevarnos cuanto pueda valer algo. —Señaló con la lámpara la vajilla del muerto—. Ya me encargo yo de esto, echa mano tú a sus armas. Son de buena forja: las armas de un jefe.

Antes de abandonar con cierta premura el lugar, pasearon por última vez las lámparas alrededor, huroneando entre las jarras y los cántaros de cerámica para cerciorarse de que ahí solo había comida y bebida. Y se arrastraron de vuelta al exterior, algo estorbados por las lámparas y el botín.

Apenas salieron, Segisamo abrió con gesto teatral el saco, sacando a la luz la colección de joyas. Alongis y Anderondo prorrumpieron en exclamaciones y él, riendo, cogió una de las pulseras y la hizo girar entre sus dedos, haciendo chispear el oro al sol. La devolvió luego al saco y, al advertir la expresión embobada de sus compañeros, decidió que ese era el mejor momento para repartir, mientras a todos les parecía mucha la ganancia; porque temía la codicia de su amigo Anderondo y no sabía muy bien a qué atenerse con Alongis, al que apenas conocía.

—Repartamos como habíamos convenido.

Y, como vio que los tres asentían, dividió las joyas en tres montones más o menos iguales.

—Más o menos... ¿no? —Se volvió a Alongis, que asintió—. Bueno, elige tú primero para que no haya suspicacias.

El lusón dudó, pillado por sorpresa. Pasó los ojos de uno a otro montón y, no queriendo a su vez que le tomasen por avaricioso, señaló uno sin pensárselo mucho.

—Bien. —El celta volvió a reunir los otros dos en uno, antes de girarse hacia sus amigos—. Ya arreglaremos entre nosotros después. Ahora nos queda todo eso. —Señaló la vajilla de plata y bronce, la placa rota, las armas—. A ver cómo lo repartimos —añadió, sopesando la espada del muerto.

—Yo no quiero nada de esas armas —rechazó Alongis, sintiendo un roce helado.

—Pero si son unos hierros magníficos, dignos de un jefe.

—No quiero nada de ellas.

El celta, encogiéndose de hombros, devolvió la espada al montón, para dirigir su atención al resto de objetos. Al final, el lusón se conformó con dos copas y la placa rota, las tres de plata. Todos se quedaron de repente callados, sin saber muy bien qué hacer. Algo había cambiado ya entre ellos y Segisamo, al advertir que Alongis procuraba mantenerse a unos pasos, cuidándose de no dar la espalda a nadie, se decidió a poner las cosas en claro.

—Lo hemos conseguido, ¿no? Desde luego, quizá no había tanto oro como soñábamos; pero tampoco vamos a quejarnos. ¿Eh? —Se dirigió al lusón—. Supongo que ahora, con el oro al cinto, tendrás algunos recelos. —Le mostró la palma abierta para impedir que le respondiese—. Pero no, hombre, es lógico: apenas nos conocemos y que estés alerta solo demuestra que eres sensato. Por eso...

Pero, fuera lo que fuese a proponer el celta, quedó en el aire porque, en ese momento, vieron que por entre las encinas llegaba un tartesio. Un hombre renegrado por el sol, vestido solo con un taparrabos, con medio rostro pintarrajeado de azul y blanco, y con una lanza en la mano. Tal vez un trampero, porque al hombro llevaba tres conejos cazados a lazo.

Se paró de golpe al verlos, aún sentados en las laderas del túmulo y luego, fijándose en la tierra revuelta y el acceso abierto, clavó en ellos una mirada torva. Les espetó a gritos, en un dialecto tan cerrado que nadie entendió palabra, al tiempo que blandía su lanza, sin importarle que ellos fueran cuatro y él solo uno.

—El rey nos manda —quiso apaciguarle Segisamo, alzando una mano e incorporándose con precaución.

Alongis, a su vez, sacó a toda prisa el brazalete de Sembeles y lo blandió en alto para que el tartesio lo viera. Este, al reconocer aquel adorno de los oficiales reales, abatió algo su arma y se detuvo, ahora dudando.

—El rey nos manda —insistía Segisamo, señalando con grandes gestos la entrada abierta y el brazalete—. El rey.

El trampero sacudió la cabeza, dijo algo que de nuevo les fue ininteligible y avanzó unos pasos, estaba ya muy cerca de ellos. Segisamo trató de comunicarse con él por señas pero, mientras lo hacía, Anderondo se adelantó, agarró de repente al tartesio por el cuello y, asiendo en corto un dardo, le apuñaló una y otra vez en los riñones. Su víctima se debatió en vano, chillando, sin poder hacer nada contra la tremenda fuerza del celta. Este lo acuchilló aún con saña y, con el último golpe, hizo girar la punta del dardo dentro del cuerpo. Luego arrojó a un lado el cadáver, con gesto despectivo, sin preocuparse más de él.

Todo había sucedido en un parpadeo. Segisamo miró al cuerpo, luego a su amigo, bañado ahora en la sangre de su víctima y con el dardo goteante aún en la mano.

—¡Por La Que No Debe Nombrarse! —Se apretó las sienes con las manos—. ¿Por qué lo has hecho, hombre? ¿Por qué le has matado?

—¿Por qué? ¿Y por qué no? —Anderondo se permitió una sonrisa turbia—. ¿A ti qué más te da?

—No era más que un cazador, un hombre sencillo. —Volvió a mirar al muerto y se pasó las manos por el cabello—. Le hubiéramos engañado. No hacía ninguna falta matarle y más hubiéramos ganado no haciéndolo.

—Ya está hecho. —El gigante se encogió de hombros y, como era un fanfarrón, pasó la lengua por la hoja del dardo, lamiendo la sangre.

—Sí, está hecho —admitió el otro resignado, antes de encararse con los demás—. Esto lo cambia todo.

—¿Por qué? —Alongis empujó con el pie el cadáver—. Lo escondemos y en paz.

Segisamo le observó, luego a Anderondo, que seguía sonriendo; por último

se detuvo en Bruco, que casi no había cambiado de gesto y que apenas se había movido durante todo el incidente, como si todo aquello no fuese con él. Volvió a apretarse las sienes.

—¡Qué poca cabeza tenéis...! —Suspiró—. Le echarán de menos y, como nos han visto, no tardarán en sacar conclusiones. Claro que tendremos que esconderle. Al menos nos servirá para ganar unas horas. Venga, echadme una mano.

Segisamo y Bruco metieron el cuerpo en la galería y luego, entre todos, pusieron en su sitio la losa, antes de volver a echar tierra sobre la entrada.

—Esto solo nos da un respiro —insistió Segisamo mientras se sacudía la tierra de las manos—. No hay tiempo que perder. Saldrán a perseguirnos, así que vamos a cambiar de planes: nosotros nos vamos derechos al norte. —Miró a sus dos amigos, por si alguno quería plantear objeciones, antes de volverse a Alongis—. Ya sé que tú tienes asuntos pendientes en Tartessos, así que no te invitaré a acompañarnos.

—Es verdad que tengo que hacer allí.

—Te aconsejo que vayas ligero y que resuelvas esos asuntos cuanto antes, porque no tardaremos en tener a todos los guerreros de por aquí a los talones. —Esbozó una sonrisa desgana—. Vuela, amigo. Supongo que al principio estarás más a salvo que nosotros. Puedes hacerte pasar por mensajero.

—Gracias por el consejo. Me voy ahora mismo.

—Y nosotros. —Ya a unos metros uno de otros, Segisamo se pasó de mano las armas para alzar la diestra—. Suerte.

—A todos. —A modo de respuesta, Alongis enarboló en alto sus dardos—. Suerte a los tres.

4

En principio pensó no hacer ni caso pero, al cabo, Eutiques acabó por acercarse al templo de Astarté, en el Qart de Tartessos, porque le pudo más la curiosidad. Había recibido un recado bastante impreciso de un mercenario norteño, Alongis, en el que le pedía verse con él en ese lugar sagrado. Y, pese a que consideraba a Alongis un pelagatos, como el mensaje hablaba de ganancia y Eutiques tenía madera de negociante, y sabía que las ocasiones había que buscarlas, acudió a la hora propuesta, dispuesto al menos a oír qué tenía el otro que proponerle.

El templo de Astarté no era en exceso grande, aunque sí monumental, siguiendo la costumbre de los fenicios en tierras extrañas, edificado con grandes piedras y lleno de relieves y detalles arquitectónicos de la mejor cantería. Situado en el corazón del Qart, en pleno hervidero humano, era tanto un centro de negocios como lugar de culto —al igual que cualquier otro santuario fenicio— y como tal no le era desconocido al griego, que había cerrado allí dentro no pocos tratos.

Pero a media mañana el templo era un remanso en mitad del bullicio del Qart y tanto Eutiques como Ardis, su guardaespaldas asiático, se acogieron a su interior con gran alivio. Al entrar, el segundo se detuvo a echar una limosna a los mendigos que holgazaneaban a las puertas y estos se lo agradecieron a coro, vociferando alabanzas.

Esas horas eran las más propicias para los negocios discretos porque, si

bien a otras horas aquello bullía de prostitutas y comerciantes, entonces estaba desierto. El griego y el lidio remolonearon por el gran patio central, que contenía varias columnas de piedra, cubiertas de inscripciones, y un estanque ritual. Pero enseguida vieron a Alongis que, desde las sombras de una de las naves laterales, cubiertas y columnadas, les reclamaba por señas. El corintio, al que los años habían enseñado a observar, no dejó de fijarse en que el lusón debía de estar recién llegado de algún viaje, porque, aunque se había aseado —no podía uno entrar sucio en un santuario— aún le cubría algo de polvo del camino. También le notó cansado, receloso y, según le pareció, bastante inquieto.

—Aguarda aquí.

El lidio agitó la cabeza calva y se quedó en el patio, con las manos sobre los pomos de sus puñales, en un gesto que no tenía nada de amenaza y sí todo de hábito. El griego se acercó al bárbaro, que seguía al pie de la nave, a resguardo del sol. Se saludaron con cortesía y el mercenario condujo al mercader un poco más adentro, tras las columnas.

—Tengo lo que pediste —dijo despacio, porque hablaba muy mal el tartesio.

—Tú dirás. —El griego le miró intrigado, sin saber a qué podía referirse. El otro le había enviado un simple mensaje verbal mediante un cargador del puerto, indicando que, de estar a tal hora en el templo de Astarté, la diosa cananea del amor, ambos habrían de sacar beneficio.

—Tú pediste por tu esclava Néfele... —el lusón sacudió la cabeza, buscando las palabras— un precio.

Eutiques le miró atravesado, frunciendo algo el ceño y preguntándose si no habría perdido de forma miserable el tiempo. Pero el otro, sin darle tiempo a más gestos, sacó de bajo su túnica negra una saca y, de un tirón, abrió la boca de la misma. El griego pudo ver asombrado el rebrillar del oro y la plata.

—Néfele —insistió, con acento atroz, el mercenario—. Néfele.

Eutiques se acarició la barba, que llevaba muy cuidada y era uno de sus mayores orgullos. Se apoyó en su bastón, alto y con empuñadura en forma de T, ganando unos instantes para pensar.

Tiempo atrás, aquel bárbaro había querido comprarle a su esclava y él, en

broma, le había pedido tal suma que, más que de una mujer, parecía que estaban tratando de un carro con sus caballos. Pero por lo visto, el muy simple se lo había tomado en serio. O al menos allí estaba, con una pequeña fortuna dentro de un saquillo, mirándole fijamente y con un punto de desesperación en los ojos. El viaje le había alborotado las melena y barba castañas, haciéndole parecer un león famélico, y el corintio tuvo la certeza de que, de negarse, le saltaría al cuello.

—¿Me permites...? —Por si el otro no le había entendido, tendió la mano.

El lusón le entregó la bolsa y él fue sacando su contenido para estudiarlo con la mayor atención. Plata y oro de buena ley, sin duda alguna. Alongis había guardado allí lo más voluminoso del botín, reservándose los anillos y alguna pulsera.

El griego, que algo sabía de metales nobles, sopesó y estudió cada pieza: las copas, el pectoral de oro, las cadenas. Acarició los trabajos, tartesios con claras influencias fenicias, y sintió frío de repente, porque supo que no habían sido hechas para adorno de cualquiera. Sin embargo, como era hombre curioso, aún tuvo tiempo de detenerse en la placa rota e, intrigado, deslizar las yemas por la fractura mientras observaba las inscripciones, mezcla de alfabeto tartesio y algún otro que le resultaba desconocido. Notó la roña en los intersticios de las joyas y, al olisquear discreto, sintió un tufo, muy leve, que le produjo un nuevo estremecimiento.

—¿Suficiente?

La pregunta de Alongis le sobresaltó porque era a medias una afirmación, y aquel fulgor de amenaza aún seguía en sus ojos.

—De sobra —suspiró, preguntándose en qué lío se había metido con aquella broma ya olvidada.

—Néfele es mía.

—Fue lo convenido. —Movié despacio la cabeza, viendo con alivio que la mirada de su interlocutor se aclaraba un tanto. Le devolvió el saquillo—. Cuando quieras, formalizaremos el trato.

—Ahora.

—Hemos de ir a un magistrado. Aunque también hay en este templo sacerdotes cuyo sello daría validez al negocio. Pero a estas horas... —Lanzó

al otro una mirada rápida, tratando de pensar algo—. Yo, personalmente, prefiero pasar desapercibido: no me gusta que mis negocios llamen la atención. —Cabeceó al ver al otro asentir—. Así que somos de la misma opinión. Aquí, en el templo, hay un sacerdote que sería el hombre idóneo, discreto a más no poder. Podemos volver esta tarde, a primera hora, y arreglarlo todo.

—Esta tarde, a primera hora.

—Una cosa más. —Y ahora, con familiaridad, el griego le retuvo por el brazo—. Quizá no quieras que el precio real conste en el contrato. Si es así, yo no tengo inconveniente en firmar por una suma menor.

—No te entiendo. —El lusón le contempló con nuevo recelo.

—Me refiero..., tal vez no quieres que se sepa que tenías tanto oro. Podemos vender a Néfele, como suele decirse, por diez y decir que ha sido por dos. Llama menos la atención y yo también lo prefiero: recibo bajo mano lo mismo y, como te he dicho antes, cuanto menos se fije la gente en mis negocios, mejor.

—Oh —asintió el otro, ahora sonriendo—. Entiendo. Eres un hombre listo, Eutiques.

—Tú pásate por aquí justo después del mediodía, con el oro, que yo estaré con Néfele. Ya me encargo yo de avisar al sacerdote y de ajustar sus honorarios. Mientras, ya tendré pensado qué suma podemos registrar en el contrato.

Alongis abandonó sin mayor tardanza el templo. Eutiques, con andares mucho más calmos, volvió a reunirse con Ardis, que aguardaba impasible, la mano sobre la empuñadura de los hierros, a la sombra de las columnas sagradas.

—¿Qué quería ese?

—Hablar de Néfele.

La boca del lidio, ya de por sí delgada, se frunció en un gesto muy suyo, haciéndole parecer una serpiente burlona.

—Vaya un... —zumbó con desdén—. ¿Te has fijado en cómo anda, en cómo mira a todos lados? Ese apesta a ladrón, Eutiques.

—Tienes más que razón —suspiró este. Con un gesto, invitó a su amigo a

caminar hacia la salida. Golpeteó con su bastón sobre las losas—. ¿Te acuerdas de cuando vino a casa queriendo comprarme a Néfele? ¿Y de que yo le pedí...? —Intentó hacer memoria—. Ya ni me acuerdo de cuánto le pedí. Una suma enorme, sobre todo para un don nadie como él.

—No me digas que la ha reunido. —Ardis le lanzó una mirada torcida, rozando con las yemas de los dedos los pomos de sus armas.

—¿No has visto ese saco que lleva bajo el manto? Pues está lleno de oro y plata.

—Lo ha robado.

—Claro que lo ha robado. Vete a saber a quién y miedo me da pensar dónde.

Cruzaron el pórtico, con sus columnas, su dintel y los mendigos sentados a la sombra, para volver al ajeteo del Quart. Anduvieron en silencio entre el griterío, las apreturas y esos empujones que eran como el sello del barrio fenicio. El lidio dedicó una mirada aviesa a un par de desarrapados, que se apresuraron a escabullirse. Ladronzuelos, supuso el griego, de esos que quitan una cadena o un dije de un tirón y se esfuman entre la multitud sin que su víctima llegue a saber quién ha sido. El guardaespaldas debía de haberles calado o quizá ya les conocía de antes.

—Tenemos problemas —manifestó por fin el lidio.

—Y tanto.

De que Alongis había obtenido esa pequeña fortuna por medios poco limpios, no le cabía duda alguna al corintio, lo que le ponía a él mismo en mala situación. La obsesión del bárbaro por la cantadora era de sobra conocida y nada más fácil que se le acusara a él, Eutiques, de haberle incitado al robo, para poder pagar el enorme precio pedido. Incluso podían llegar a considerarle, simple y llanamente, un cómplice.

—En mala hora... —rezongó para sus adentros.

Extranjero en Tartessos, ni siquiera era fenicio, aunque viviese entre ellos, por lo que no podía contar con su pleno apoyo en un caso así. Y, aunque bajo la égida de Argantonio se daba gran valor a las leyes —cosa que él, como griego, sabía apreciar—, también era consciente de lo vulnerable que resulta un forastero a la ira de los poderosos... o al furor del populacho, se dijo

pensativo, al recordar las piezas que le mostrara Alongis.

—Oye, ¿no habrá saqueado ese idiota una tumba? —le espetó de golpe Ardis.

El griego le miró de reojo, porque estaba temiéndose lo mismo. Más de una vez se había preguntado si aquel lidio calvo y enjuto no tendría de verdad poderes, los dones de los que él mismo se jactaba para embaucar a las mujeres y sacarles el dinero a cambio de predicciones y talismanes. Porque, artificios aparte, lo cierto es que había vagabundado en tiempos por Asia y el Cáucaso, donde fue iniciado en diversos misterios y llegó incluso a castrarse a sí mismo con una hoz, en honor a una diosa subterránea de Capadocia; aunque, sobre ese último asunto, él nunca comentaba nada.

—Y, para colmo de males, tenemos ya pasajes para mañana —se lamentó, de vuelta a sus problemas más inmediatos—. Parece que todo se hilara para hacernos parecer cómplices.

Porque, en efecto, haciendo caso a su esclava Oricena, había decidido abandonar Tartessos mientras sus cantadoras gozaban aún de éxito, y había apalabrado sitio en una nave que zarpaba rumbo a Gadir a primera hora del día siguiente.

—Aunque te ofrezca una suma considerable —objetó el lidio—, ¿no sería mucho más prudente rechazarla?

—Tú no le has visto los ojos. A saber qué ha hecho para reunir ese oro y cualquiera le dice ahora que no hay trato.

—A ese le despacho yo con la mano izquierda. —Y frunció de nuevo las comisuras, en una sonrisa que no tenía nada de agradable.

—No es que lo dude, aunque sea un tipo grandote. Pero matarlo solo nos traería problemas. Todo saldría a la luz y nos tomarían igualmente por cómplices. Supondrían que nos habíamos peleado por el reparto. No, no. Estaríamos igual, puede que aún peor.

Se calló, Ardis no dijo más y siguieron deambulando entre la multitud. Luego alguien, de repente, retuvo a Eutiques por el brazo, haciéndole volverse desconcertado.

—¿Qué tal, griego? —le espetaron con familiaridad.

—Ehhh. —Trató de dibujar una sonrisa, al reconocer a dos mercaderes

fenicios con los que había hecho un par de tratos.

—¿A qué esa cabeza tan gacha? —quiso saber el que le había cogido por la manga, el más alto y cetrino.

—Bueno... —Pensó con rapidez—. Si os lo dijese, no os lo ibais a creer.

—Cuenta, cuenta —picó el otro, más gordo y de aspecto jovial.

—Si no sabéis la historia, no tiene gracia: hay un mercenario del interior que ha perdido el seso por una de mis cantadoras...

—¿Aquel al que pediste tanto oro? Me suena —le atajó el gordo mientras buscaba con los ojos a su compañero, que asintió.

—Hoy ha venido a verme y traía lo pedido.

—¡No! —Los otros le observaron con avidez—. Pero si decían que le habías pedido muchas veces lo que vale esa mujer.

—Eso es.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—¿Malo? Nada.

—¿Y entonces a qué esa cara?

—La verdad es que aún no me he repuesto. Ya sé que acabo de ganar un buen montón de oro, pero os juro que es lo último que esperaba y aún no he logrado tragar el bocado.

—Ja, ja. —El más alto le palmeó amigable la espalda—. Eso sí que es un buen negocio: cerrado en un pispás y sin esfuerzo, como caído del cielo. Que todos los días sean así. Haces honor a tu nombre, Eutiques.^[1]

—Sí, eso es. Soy un hombre de suerte. —Esbozó una sonrisa afilada, que ninguno de sus interlocutores pudo descifrar.

—Yo en tu lugar —añadió el gordo— iría sin falta al templo y no escatimaría sacrificios. Hay que ser agradecido con los dioses.

—El caso es que mañana salgo para Gadir.

—¿Que te vas? Entonces, encima, el negocio te ha llegado por los pelos.

—No lo sabes tú bien. Pero, apenas llegue a Gadir, haré un buen sacrificio. —Y con ademán mundano descartó ya el tema—. ¿Pero cómo os van a vosotros los negocios?

Sus dos interlocutores, mordido el anzuelo cada vez más hondo, se lanzaron a una retahíla de lamentos y quejas, como siempre ha sido costumbre

entre los comerciantes, y Eutiques no les fue a la zaga a la hora de hacerles coro. Y así estuvieron un buen rato, en medio del fluir de la muchedumbre, mientras Ardis guardaba silencio, al margen de la conversación. Al final, tras un par de amagos, acabaron por despedirse y marcharse cada uno por su lado.

—¿Por qué les has contado lo de Alongis?

—¿Tú qué crees? ¿Tomarías por culpable a alguien que va contando por ahí que un loco le va a dar un buen montón de oro por una simple flautista?

—Así mirado —el lidio cabeceó despacio—, no es mala manera de cubrirse las espaldas.

El griego, contento consigo mismo, aún se detuvo en un tenderete callejero a comprar una cántara de buen vino y, mientras pagaba, le comentó al vendedor, que también era conocido suyo, que quería celebrar el que alguien iba a pagarle por una de sus esclavas una gran suma, mucho más de lo que en realidad valía. Estuvieron riéndose juntos e incluso el vinatero, contento por la venta de un producto tan caro, les convidó a un vaso.

—Tampoco se te vaya a ir la mano, Eutiques —le previno su guardaespaldas no bien se marcharon de allí—. No conviene que la historia corra demasiado antes de tiempo.

—No le he dado muchos detalles. —Cambió de mano el báculo—. Pero tienes razón.

—Deja que te dé otro consejo. Alongis no parece un hombre reflexivo: es de los que actúan sin pensar en el después y seguro que sus planes no pasan de conseguir a Néfele, y no debe de tener pensado qué va a hacer luego. Coméntale que nos vamos mañana a Gadir en barco y ánimale de forma astuta a venirse con nosotros. Dale a entender que allí podrías echarle una mano.

—¿Y qué ganamos con eso?

—Un hombre así, de armas y con poca cabeza, suele ser útil. Y es una forma de alejarle de los tartesios, porque me juego lo que quieras a que ese oro es robado: este Alongis es un ladrón, si no algo peor.

—Huumm. —El corintio se acarició la barba—. De acuerdo: es mejor que los tartesios no puedan interrogarle. Cuantos menos detalles tengan, mejor para nosotros.

—Y —añadió el otro con sonrisa de áspid— siempre podemos

despacharle si nos conviene. Eso es más fácil hacerlo en Gadir que aquí.

—Aquí ni hablar. ¿Pero no nos comprometemos así? ¿No nos estaremos señalando a nosotros mismos si Alongis sube al mismo barco y con idéntico destino al nuestro?

—Al revés. Lo coge después de nosotros y tendrá que conseguir sitio para Néfele; puedes venderle el pasaje que habías sacado para ella. Yo creo que, a cualquiera, esto le sonaría a caos y confusión. Nadie creerá que hay complicidad entre vosotros dos, sino más bien todo lo contrario.

El griego anduvo unos pasos en silencio, calibrando lo dicho por Ardis.

—Creo que tienes razón. —Ladeó la cabeza—. Voy a ver cómo le convenzo para que se venga a Gadir, con nosotros o por su cuenta.

—No creo que eso sea problema. —El lidio dibujó otra sonrisa—. Siempre has sido un liante.

Eutiques también sonrió halagado.

* * *

Al día siguiente, a primera mañana, zarparon con rumbo a Gadir en uno de esos barcos a los que todos daban el nombre de «caballos». Naves —llamadas así por el mascarón de proa en forma de cabeza de equino— pequeñas y marineras, equipadas con una vela y un par de remos a cada banda. Tartesios y gaditanos las empleaban por igual, tanto para el cabotaje como para la pesca del atún, y su presencia era algo cotidiano en el puerto de Tartessos, por lo que no solía haber problemas para conseguir sitio en alguna de ellas.

Aun así, Eutiques, como su grupo lo componían siete personas —las cuatro cantadoras, Oricena, Ardis y él mismo—, había ajustado con antelación pasaje para todos, algo de lo que ahora se felicitaba en secreto. Porque, si Alongis había robado las joyas de un noble —o algo peor, como se recelaba Ardis—, al griego le urgía desaparecer. Ya que, aunque con tiempo lograría convencer a los tartesios de su inocencia, en caliente estos podían matarle sin más, a pesar de todas las sacrosantas leyes de Argantonio.

La nave estaba atestada de carga y pasaje, y los marineros iban y venían a trompicones, renegando con voces broncas. El mismo patrón gobernaba la

pala del timón. Eutiques y Oricena se sentaban juntos, procurando no estorbar, y muy cerca de ellos estaban Ardis y las tres cantadoras que, al igual que Oricena, vestían ropajes holgados y ocultaban el rostro con un pliegue del manto. Algo aparte, más a proa, se hallaba Alongis en compañía de Néfele, ahora de su propiedad.

El mercenario vestía manto negro, tan propio de la gente del interior, e iba armado con escudo, dardos y espada. Sobeteaba sin cesar sus amuletos y parecía un punto cabizbajo, como quien lleva nubarrones dentro. Su esclava, como el resto de mujeres, iba tapada de pies a cabeza, dejando entrever apenas unos ojos oscuros tras el embozo.

La nave se apartó de la orilla a golpe de remo y al poco los tripulantes izaron la vela cuadrada. El día nacía esplendoroso, con unas pocas nubes blancas en un cielo azul y brillante. Soplaba una brisa tibia y las aguas resplandecían. Eutiques se entretuvo mirando las islas rebosantes de verdor y los bancos de arenas blancas. Siguió con los ojos a las aves que volaban rasando las aguas y acabó poniendo los ojos en la fortaleza de Argantonio, que quedaba a cierta distancia, puesto que habían zarpado del Qart fenicio.

La isla del rey, a la primera luz, se mostraba baja, larga, con playas blancas y cubierta de arboledas. Entre las frondas descollaba la mole del gran palacio, construido con sillares enormes; inmenso, ciclópeo, enmarañado. Cuando el griego llegó a esas costas, años ha —a la estela de los marinos de Samos, que habían pregonado a los cuatro vientos las Fabulosas riquezas de Tartessos—, se había quedado prendado de ese edificio laberíntico, así como de la leyenda de su rey, longevo y cubierto por una máscara de toro, porque todo aquello le hacía recordar algunos mitos de su propia tierra. Aunque luego, con el paso del tiempo, muchas veces se había preguntado si Argantonio no habría escuchado de labios griegos ciertos cuentos y si no se habría hecho forjar la máscara inspirado por estos.

Había buques varados en la arena y obreros trabajando en la orilla, cerca de los muros. Construían diques de troncos porque las corrientes, cuyo capricho había dado a luz ese archipiélago, picoteaban ahora la isla del rey, comiéndole terreno sin cesar.

La nave, empujada por la brisa, fue dejando atrás la isla real para

arrumbar hacia mar abierto. Viento y marea eran favorables, y los viajeros podían ver un número infinito de aves que alzaban el vuelo a su paso, así como manadas de toros abrevando al borde del agua. Eutiques, envuelto en su manto, lo miraba todo embelesado: los grandes bovinos de pesada cornamenta que les observaban con recelo, los pájaros, el centelleo de las aguas. Luego Oricena le distrajo al apoyarse en su brazo, para susurrarle al oído.

—¿Qué dijo Néfele cuando supo que ibas a venderla? —Había curiosidad y malicia en su voz.

—Casi nada —contestó igual de bajo.

Porque, en efecto, la cantadora apenas dijo palabra cuando él la informó, antes de llevársela al templo de Astarté. Ni preguntas ni protestas; tan solo se limitó a escucharle cabizbaja, antes de reunir a toda prisa sus pertenencias, porque ya había cambiado más de una vez de amo.

—Supongo que se las apañará —añadió pensativo.

—Con ese tonto, desde luego. —La libofenice se rió muy quedo, porque estaban casi al alcance de la mano—. Le hará bailar al son que ella le toque.

—Al menos mientras esté así de embobado por ella.

—Nada dura para siempre. —Ella volvió a reírse en sordina.

Él le dio la razón, distraído. Observaba a su antigua esclava y ella le devolvía el escrutinio de soslayo, sujetando el embozo sobre la cara. Tenía ojos oscuros y el griego sabía de sobra cuán zalamera podía ser, con esa falsa docilidad que es una trampa para incautos. Oricena la consideraba de poco cerebro pero lista, de las que nunca pierden de vista lo que les conviene y que, por instinto, tienden a manipular siempre a los hombres, al menos a cierta clase de hombres. Y él, en buena parte, era de la misma opinión.

Alongis, que aún jugueteaba con sus amuletos, se había fijado en ese cambio de miradas y clavó en el griego unos ojos recelosos. Este desvió los suyos, no queriendo problemas. Oricena también se había dado cuenta y, aunque ni dijo ni hizo nada, su amo notó cómo cambiaba de humor. El guardó largo rato silencio, dejándose arrullar por los sonos del agua, la vela, el maderamen. Oricena se aproximó aún más a su oído.

—¿Y si le diera por hablar más de la cuenta?

Eutiques se acarició la barba, sabiendo que se refería al hecho de que sus

cantadoras tiraban de la lengua a los clientes, sacándoles informaciones que él vendía a buen precio a los fenicios.

—Ya me he ocupado de eso: antes de entregársela a Alongis tuvimos unas palabras y le hice entender que todos, incluido ella, saldríamos perdiendo si ciertos asuntos salieran a la luz. No es tonta... Además, ya sabes el miedo que le tiene a Ardis.

El aludido, cazando su nombre al vuelo, les miró intrigado, pero no preguntó nada. Oricena volvió a reírse con malicia, pero enseguida le oprimió el brazo.

—Escucha. Anoche consulté a las suertes...

—¿Las suertes? —La miró porque ella adivinaba con un puñado de huesillos de lanzar y él, aunque tratase de ocultarlo, era bastante supersticioso —. Ya sabes que no me gusta... ¿pero qué te dijeron?

—Problemas, peligros.

—La vida es así. —Con gesto filosófico, volvió las palmas de las manos hacia arriba.

—Pero...

—Pero lo que ha de ser, ya se verá. —Dio por zanjado el tema.

Ella se echó el embozo sobre el rostro y él no dijo más. Pero se quedó pensando, en contra de su voluntad, en aquel presagio. Sin querer, su mano fue al manto, allá donde ocultaba la placa de plata rota. La casi totalidad de lo ganado por Néfele se lo había confiado a Ardis, pero esa pieza le intrigaba, le hacía recordar viejas historias oídas en Gadir y, por algún motivo, se la había reservado.

Volvió a palparla bajo el manto y luego, clavando la mirada en una atalaya ribereña, que se avistaba a proa, intentó sacársela de la cabeza. Pero no pudo y estuvo largo rato dándole vueltas; preguntándose sobre qué podían significar esas inscripciones, mezcla de tartesio y algún alfabeto desconocido, así como por el hecho de que hubiera sido partida por la mitad.

5

Cuando Sembeles supo que el rey le mandaba llamar, se fue sin tardanza a los baños. Sus amigos le ayudaron a cepillar la gran barba, así como a peinarse y adornar la cabellera, muy negra y lustrosa. Luego se envolvió en el manto, a la tartesia, porque, aunque conservaba el color negro de su gente, la vida entre tartesios le había llevado a vestir como estos. Por último se colocó sus alhajas de bronce y oro, y se armó. Titubeó ante el brazalete real: le dio vueltas entre las manos, indeciso, para acabar por guardárselo bajo la ropa.

Nadie fue a buscarle a la hora de la audiencia, cosa que le sorprendió, pues a medias esperaba una escolta. Argantonio se hallaba esta vez en una de las salas inferiores de palacio: una estancia amplia de piedras desnudas, mal iluminada mediante troneras y llena de ecos. Había escaso mobiliario y sí muchas estatuas de dioses tartesios, orientales y célticos ubicados entre las sombras de las esquinas, con lamparillas votivas ardiendo a sus pies.

El rey ocupaba un sitial al fondo, con su manto rojo púrpura, la máscara de toro y el báculo. Tenía a algunos consejeros a su vera, a ambos lados, en asientos más bajos que el suyo, y el lusón no dejó de fijarse, con la boca algo seca, en cuántos guardias había dispersos por la penumbra de la sala.

El más viejo de los consejeros le llamó por señas y él se acercó después de entregar sus armas a uno de aquellos soldados. Tras detenerse a la distancia correcta, rindió el homenaje al rey, que en esta ocasión no le invitó a sentarse. Pero sí, según su costumbre, guardó silencio aún un buen rato mientras

manoseaba su bastón, como rumiando pensamientos secretos. Luego, cuando tomó por fin la palabra, lo hizo sin recurrir a los circunloquios de costumbre.

—¿Sabes ya que tu pariente Alongis ha saqueado una tumba real?

—Sí, señor —admitió, a sabiendas de que la pregunta era mera retórica, pues la noticia había corrido como un incendio por la fortaleza.

—¿Y te han contado cómo él y sus cómplices pudieron actuar sin despertar sospechas, porque mostraban a quienes preguntaban un brazalete real?..., el tuyo, supongo.

—El mío. Es cierto, señor.

—¿Cómo ha podido pasar algo así?

—Me lo quitó aprovechándose de que yo confiaba en él —confesó abrumado—. Me lo robó y después volvió a dejarlo en su sitio. Así yo no supe ni sospeché nada, hasta que me he enterado de lo ocurrido.

—¿Lo devolvió? ¿Dónde está? El rey no lo ve.

—Aquí, amo. —Se apresuró a sacarlo de bajo su ropaje.

Algún guardia, sobresaltado por el gesto, un tanto brusco, echó mano a la espada. Argantonio se removió algo sorprendido y, alzando una palma, apaciguó a sus hombres. Se quedó un lapso en silencio, antes de hablar de nuevo.

—Escucha: cuando el rey da un cargo, solo está dando un puesto. Pero si da su confianza a alguien, el que la recibe la tiene en todo momento y lugar. Así que ponte ese brazalete y no te lo quites más, de forma que no vuelva a caer en malas manos... y siéntate a la izquierda del rey.

Sembeles se volvió hacia allí, bastante perplejo. Un esclavo le acercó un asiento y los consejeros le hicieron hueco.

—Esos malditos han robado algo sagrado: el tesoro de un gran hombre, muerto hace años. Yo le apreciaba mucho, aunque luego se convirtió en mi enemigo y me hizo la guerra. Ese tesoro era su ajuar funerario y su espíritu no estará en paz hasta que se le haya vengado y restituido.

Los consejeros asintieron con solemnidad, él hizo otra pausa y a Sembeles le pareció que, entre las sombras de la estancia, la sonrisa de algunos dioses se había vuelto una pizca siniestra.

—Eran cuatro —le informó, a una seña de Argantonio, uno de los

consejeros—. Mataron a un cazador que debió de sorprenderles. Fue su desaparición lo que alarmó a sus vecinos. Parece que repartieron lo robado y se separaron allí mismo. Tres huyeron juntos hacia el norte y, como se veían perseguidos muy de cerca, salieron del camino y trataron de unirse a una partida de bandidos. Pero estos, en cuanto supieron que habían cometido un crimen sagrado, los mataron a los tres y nos enviaron sus pedazos, así como todo cuanto habían robado en el túmulo. En cuanto al cuarto... —Dejó la frase en el aire.

Sembeles se pasó los dedos por la barba. El cuarto era Alongis, que había regresado a Tartessos y le había devuelto el brazalete.

—Así que Alongis es el único que queda con vida.

—El último —se hizo eco el anciano consejero—. Cuando supimos del robo, él ya había huido a Gadir. Y no iba solo. —Hizo una pausa, antes de espetar a Sembeles—. ¿Es posible que Alongis hiciera todo esto para poder comprar a cierta esclava?

—Habría que preguntárselo a él. —Suspiró—. Es cierto que había perdido el seso por una cantadora. Estaba como loco por ella pero, por Caro, que yo nunca hubiera creído que...

Dejó caer la frase hasta un hilo de voz, mientras los consejeros rompían en un mar de comentarios. Pero Argantonio impuso el silencio con un gesto.

—Está hecho y los motivos de ese hombre no importan. No debe escapar.

—Que el rey me deje a mí —exclamó el lusón—. Le mataré con mis propias manos.

—El rey ya había pensado en ti. Pero —y aquí acentuó sus palabras con el báculo— al rey le interesa más el tesoro que la sangre del ladrón. Ha comprado a esa cantadora con parte del botín. Ya veremos cómo lo recuperamos. Pero seguro que también se habrá guardado algo y, si se desprende de ello, debes recobrarlo. Si tienes que elegir entre seguir la pista de Alongis o la del tesoro, optarás siempre por lo segundo.

—¡Pero me ha traicionado! —Abrió y cerró las manos, enfurecido—. Yo me fiaba de él y me ha traicionado. Tiene una deuda conmigo y esa deuda es de sangre.

—Era pariente tuyo e hizo mal uso de tu brazalete: el brazalete que el rey

te había confiado. ¿No te parece que tú también tienes una deuda con el rey?

—Una gran deuda, es cierto —admitió, cabizbajo de repente.

—Busca al tesoro y al ladrón; pero, sobre todo, trae al rey lo primero.

—Se hará como manda el rey.

—Bien. —Argantonio hizo una pausa, antes de hablar, esta vez para todos—. El rey rezará por el éxito de la misión. —Se puso en pie de forma trabajosa, haciendo que el resto se alzara a toda prisa—. Sembeles me acompañará, para que los dioses sepan a quién deben dispensar su favor.

Los consejeros, en un revuelo de reverencias y gestos, se despidieron en masa, sabiendo que aquello no era más que una excusa para, sin ofenderlos, poder quedarse a solas con el mercenario. Argantonio llamando a su lado a Sembeles con un gesto y a paso lento se dirigió a un grupo de ídolos, en una de las esquinas.

—No irás solo. Te acompañarán dos hombres leales. El rey confía en ellos tanto como en ti.

—¿Dos hombres? —El lusón hizo rodar uno de sus anillos en el dedo—. En ese caso, que el rey deje bien sentado quién de los tres manda. Así no habrá problemas.

—Ninguno estará por encima de los otros. Llegado el caso, tendréis que poneros de acuerdo sobre qué hacer.

Sembeles le miró indeciso. El viejo Argantonio, envuelto en su manto rojo, le observaba a través de las ranuras de la máscara. Aquel hizo girar de nuevo el anillo en el dedo, con una multitud de objeciones en la punta de la lengua. Tres hombres iguales. Quizás aquella era una tradición sagrada entre los tartesios, o tal vez un oráculo había aconsejado obrar así. O quizá solo fuese otra de las extravagancias del anciano rey.

Acabó asintiendo y su interlocutor cabeceó a su vez, como si así cerrasen algún tipo de trato. De nuevo cayó el silencio entre ambos. Argantonio se detuvo ante los ídolos de piedra y madera. Sembeles contempló el polvo que danzaba en la luz que entraba por las troneras, luego puso él también los ojos en los dioses. Cuando el rey habló de nuevo, casi se sobresaltó.

—¿Cómo es que has venido tan engalanado a esta audiencia? —quiso saber, porque le gustaba conocer las costumbres de sus soldados extranjeros

—. Más parece que fueras a la batalla.

—La verdad, amo —admitió con llaneza—, es que pensé que me iban a ejecutar y quise estar arreglado para la muerte.

—¿Creías que te esperaba el verdugo? —Tras las hendiduras metálicas de la máscara, los ojos del anciano se clavaron en los suyos—. Eso es para los régulos de los salvajes o para los monarcas de Oriente. El rey no manda matar a nadie sin, por lo menos, escucharle antes. Además, puede que el faraón o el gran rey de los persas estén sobrados de buenos hombres, pero el rey de los tartesios anda siempre falto de ellos y no puede permitirse el derrocharlos.

Sembeles, sin saber qué contestar, le mostró las palmas en señal de homenaje.

—¿Y por qué has venido, si lo que esperabas era la muerte?

—¿Por qué? Porque hay obligaciones entre el rey y yo.

—¿Y solo por eso te has presentado aquí?

—¿Cómo que solo por eso? Entre mi gente, es ley cumplir con las obligaciones. —El lusón se soliviantó, llevado del orgullo—. Porque también entre los míos hay leyes, amo, aunque no estén en verso, ni escritas en columnas de bronce, como aquí. Pero para nosotros no son menos sagradas.

—Bien dicho —aprobó su patrón, antes de, tras una pausa, cambiar de tema—. Ahora, escucha con la mayor atención. Entre lo robado hay una placa de plata. Puede que no parezca gran cosa si se la compara con otras piezas. Seguro que los ladrones apenas se fijaron en ella, pero es con mucho el objeto más valioso de todos.

—¿Cómo la reconoceré?

—Es una lámina rectangular —poniendo el báculo en la flexura del codo, esbozó con las manos el tamaño aproximado— y está grabada por ambas caras. En realidad es media lámina, porque fue partida en dos.

—¿Y qué pasa con la otra mitad?

—De esa no tienes que preocuparte; solo de la que estaba en el túmulo. No la tenían los tres celtas, así que debió de tocarle a Alongis en el reparto. Lo que no sabemos es si aún la tiene él o se la ha entregado a Eutiques.

—¿Eutiques?

—El antiguo dueño de esa cantadora. ¿No lo sabías? También ha salido de

Tartessos, en el mismo barco que Alongis. La tenga quien la tenga, has de recuperarla a toda costa.

—¿Qué hay de ese Eutiques? Tiene toda la pinta de estar complicado en el asunto.

—A simple vista así lo parece. Pero aún está por ver: no hay que precipitarse.

—¿Y la placa? ¿Es un objeto especialmente sagrado?

—¿Especialmente sagrado?

—Quiero decir: ¿debemos tomar precauciones o seguir algún rito cuando la recuperemos?

—Un objeto de maldición, eso es lo que es. La única precaución a seguir con ella es volver a enterrarla lo más rápidamente posible. —Suspiró—. Trae primero la fortuna a quien la tiene, y luego la ruina y la muerte. Al menos, eso dio a su anterior dueño, que era el que la tenía consigo en la tumba..., hasta que ahora esos sacrílegos la han robado.

—¿Quién era ese hombre grande, amo? —se interesó el lusón, picado en la curiosidad—. No sé si habré oído hablar de él. ¿Cuál es su nombre?

—No tiene ninguno. Se rebeló contra el rey y este, a pesar de ello, le enterró como el gran jefe que era, en un túmulo, con un tesoro y sus armas. Pero, a cambio, le quitó el nombre.

—Entiendo.

—Quien no tiene nombre, tampoco tiene sitio en la memoria de la gente. —Ahora, los ojos de Argantonio echaban fuego tras la máscara—. El recuerdo de lo que fue, de cuanto hizo, se va esfumando hasta desaparecer. Por eso ese nombre ha sido borrado y nunca lo oirás. Solo el pronunciarlo se paga por la muerte. Y también el preguntar por él, así que no vuelvas a hacerlo nunca.

—Entiendo —repitió, mostrándole las palmas en señal de homenaje.

* * *

Apenas llegaron a Gadir, el griego Eutiques hizo lo imposible para ser recibido por Magón, su antiguo patrón en esa ciudad. Y por fin este le hizo llamar al segundo día de su estancia en la colonia, cuando aquel ya iba temiéndose que el gaditano se hubiese desentendido de él y estuviera

haciéndole esperar, con evasivas, una entrevista que nunca iba a producirse.

Pero el viejo Magón, armador y comerciante, no se había olvidado de ese corintio por el que, merced a alguno de esos misteriosos impulsos humanos, siempre había sentido un afecto especial. Habían mantenido durante años una relación de clientela y el segundo había hecho no pocos viajes y negocios por cuenta del primero. Más tarde, el fenicio le había ayudado a establecerse por su cuenta e incluso, cuando se dedicó a explotar mujeres, fue él quien le aconsejó rebautizar a sus cantadoras con nombres griegos, que resultaban sonoros y exóticos a los indígenas de Occidente.

El mercader le recibió en su propia casa e incluso le sentó a su mesa, deferencia que el griego se apresuró a agradecer. Como buen fenicio, Magón hacía alarde de riqueza, de suerte que la sala estaba repleta de lechos, telas, muebles, marfiles, cerámicas. Había máscaras de arcilla en las paredes, para espantar la mala suerte, y diosecillos caseros en pequeños altares ante los que ardían pebeteros que saturaban la estancia de aromas.

Bebieron vino y charlaron largo y tendido, recordando viejos negocios comunes y acercándose al asunto que tratar con ese estilo indirecto y calmo que tanto gusta a los comerciantes de casta. Eutiques rememoró sus andanzas a lo largo de la costa oriental, por los puertos fenicios y los poblados libofenices, así como su estancia en Tartessos. Y desde ahí fue entrando en la historia de Alongis y Néfele, y en cómo una broma había acabado por ponerle en un serio aprieto. Por último, confió a su huésped la existencia de la placa rota y, sacándola, se la entregó.

El fenicio la tomó sin ocultar su interés y estuvo sobándola largo rato, sin palabras. Era de rasgos afilados, alto y ya entrado en años, con la piel más oscura que el común de su raza, lo que, unido a su cabello y barba totalmente blancos, le hacían fácil de reconocer. Como buen comerciante, sabía ser inescrutable y el griego, aunque le conocía bien, no pudo ni imaginar qué le pasaba por la cabeza.

Palpó una vez más las inscripciones y, al descuido, hizo un gesto. Uno de los sirvientes que pululaban en torno a la mesa se apuró a rellenar las copas. Eutiques aprovechó para observar a este último, curioso, porque se trataba de uno de esos esclavos negros que los tratantes cartagineses hacían llegar en

ocasiones a Gadir. Eran contados y caros, y por eso mismo los compraban los ricos gaditanos, para recalcar así su posición. El griego recordó hasta qué punto eran vanidosos los magnates tartesios y no pudo evitar perderse en lucubraciones de tipo comercial sobre aquel asunto.

Magón bebió con aire ausente, los ojos puestos en las máscaras de barro de las paredes. Corría una brisa leve cargada de olores marinos que agitaba los velos de las ventanas. Se quedó mirándolas un instante, los ojos prendidos en el revuelo de cortinajes. Luego, las yemas de sus dedos acariciaron con delicadeza la quiebra de la lámina.

—¿Quién puede entender a los salvajes? —murmuró y, tras un instante de desconcierto, su invitado comprendió que se refería a Alongis—. Tiene credos y costumbres incomprensibles para los demás. Unas veces se conforman con baratijas y otras su codicia no conoce freno. Uno nunca sabe qué esperar de ellos.

Su interlocutor no dijo nada y el gaditano volvió a tomar otro sorbo de vino.

—Ya he visto otros así: maltratan a sus mujeres y las tienen en menos que nada. Pero luego, para conseguir a una en concreto, son capaces de dejarlo todo. —Sacudió la cabeza—. Pero tenías razón, Eutiques: esta pieza es algo muy, pero que muy, especial.

—¡Lo sabía! Apenas llegó a mis manos supe... —Excitado, jugueteó con su copa de cerámica—. Te lo debo a ti: acuérdate de los viejos tiempos, cuando nos sentábamos en tu almacén al acabar el día, y de todas esas historias que contabas sobre tu época de traficante en el interior.

—¿Mi época de traficante? ¡Ah! —El viejo Magón se rió de buena gana—. ¡No creas que no la echo de menos a veces!

El griego cabeceó con deferencia, pero, tras asegurarse de que el otro no iba lanzarse a una retahíla de reminiscencias, prosiguió.

—Tienes dotes de cuentista —dijo, haciendo reír de nuevo al otro—. Es cierto, Magón. Aún me acuerdo de la historia de la mujer que se casó con dos jefes y la de esos dos poblados que se hicieron la guerra por culpa de un huevo de avestruz.

—Un huevo de avestruz pintado. Yo mismo presencié aquel combate.

—Y el oso-demonio de la sierra.

—¡El oso-demonio! Sí. —Se sobó la barba blanca—. Tendrías que haber visto cómo quedaban sus víctimas, o lo poco que dejaba de ellas. Es un monstruo terrible y dicen que aún sigue matando. Cuando caravaneábamos por esa parte de la sierra, le teníamos más miedo a él que a los bandidos. — Volvió a reír, esta vez con un punto de melancolía—. ¡Pero cómo ha llovido desde todo eso! ¿Sabes? Ya casi se me había olvidado.

Su antiguo cliente le sonrió con suavidad, dejando pasar un aleteo antes de seguir.

—Apenas le eché el ojo a la placa, me vino a la cabeza una de tus historias, Magón. Esa de aquel rey sin nombre y el pacto grabado en una lámina partida en dos.

—Tienes buena memoria.

—No tanta; pero sí la bastante como para, al ver esa placa, ponerme a pensar si no...

Dejó la frase en suspenso y, en correspondencia, su anfitrión asintió al tiempo que volvía a pasar los dedos por los grabados. Estudió aquellas inscripciones, en las que la escritura tartesia formaba columnas, intercaladas con otras de un estilo totalmente diferente.

—¿Has conseguido leerla? —se interesó.

—Solo sé un poco de alfabeto tartesio. Me resulta difícil, sobre todo estando la tablilla partida.

—¿No te has dado cuenta de que parte de la escritura no es tartesia?

—Claro que me he fijado. ¿La conoces? ¿Sabes de dónde es?

—Me parece que son símbolos. Esta pieza registra un pacto entre dos pueblos y uno de ellos debe carecer de alfabeto, como sucede con muchos salvajes. —Se llevó la copa a los labios—. ¿Sabes? Los tartesios son una raza que asimila con rapidez, casi tanta como la nuestra ha olvidado ese hecho. Aprendieron de nosotros minería y metalurgia, y orfebrería, y ahora sus trabajos rivalizan con los nuestros. Otro tanto podría decirse de la cerámica.

Dejó correr el índice por la fractura de la placa.

—Hubo un tiempo en el que no tenían más que piraguas, pero no tardaron en copiar nuestras naves. Primero barcos pequeños, con proa en forma de

jabalí y caballo, luego más grandes, y se lanzaron al océano. De ahí procedía el poder del que gozó la familia del rey sin nombre.

—El rey sin nombre..., ¿cómo se llamaba en realidad?

—Se rebeló y fue derrotado; perdió la vida y hasta el nombre: el propio Argantonio se lo quitó.

—Eso ya lo recuerdo. Pero tú debes de saber cómo se llamaba.

—Es verdad que llegué a oír ese nombre. —Se acarició la barba blanca—. Pero no seré yo quien te lo diga. Argantonio maldijo a cualquiera que se atreviese a pronunciarlo y, la verdad, no quiero atraer esa maldición sobre mi cabeza solo para satisfacer tu curiosidad.

—Argantonio no es más que un viejo chocho. —El griego dejó escapar una mueca desdeñosa—. Tiene un pie en la tumba.

—Tiene ese pie en la tumba desde antes de que tú nacieses. —Magón se sonrió—. Es gran rey y sumo sacerdote de los tartesios, y ha alcanzado una edad que no tiene nada de común. Que digan que está consumido por los achaques y senil: que es un moribundo. Pero yo te digo que ya he visto a muchos tratar de enfrentarse con él, aprovechándose de su debilidad, y que todos ellos están muertos.

Su invitado se echó atrás y bebió, algo inquieto por tales palabras.

—¿Qué planes tienes? —quiso saber el fenicio.

—No lo tengo muy claro. Iré al templo, a hacer sacrificios y consultar al oráculo... y también espero tu consejo, Magón.

—¿Mi consejo? Lo tendrás si lo deseas, pero ya sabes que no soy de los que hablan a la ligera. Déjame indagar un poco, para saber qué piensan de ti los tartesios: creo que ahí está la clave de todo.

—Te lo agradezco.

—Por cierto, ¿a qué templo tienes pensado acudir?

—Cuando vivía aquí, solía sacrificar en el de Baal Hammón. No sé si te acuerdas. Cada vez que paso por Gadir vuelvo a él y ahora, la verdad, no sé por qué habría de cambiar.

—Desde luego que no —aprobó el mercader—. Yo también soy de los que piensan que es bueno ser fiel a las costumbres.

6

Gadir, al igual que el Qart de Tartessos, y como casi cualquier otra ciudad fenicia, resultaba a los forasteros abigarrada y populosa. Siguiendo las viejas costumbres, el recinto era de lo más reducido en comparación con el número de habitantes, de forma que dentro de los muros se apiñaban viviendas de varios pisos, comercios, talleres y templos, adosados unos contra otros sin orden ni concierto, y las callejuelas bullían a todas horas de multitud.

El griego Eutiques, antiguo residente en Gadir, había llegado a amar aquella ciudad tumultuosa y comerciante y, al salir de casa de Magón, se entretuvo en deambular por sus revueltas en vez de irse derecho a sus asuntos. Se oían voces de tenderos, gritos de porteadores, batir de yunques; los comercios, abiertos de par en par, eran un batiburrillo de géneros y colores, y el gentío formaba una corriente lenta e imparable que le arrastraba por toda la ciudad. Se dejó llevar por esa marea, sin ninguna prisa, en compañía del taciturno Ardis, recordando lugares y deteniéndose a veces a saludar a algún viejo conocido. Solo al cabo de quien sabe cuánto tiempo, un poco a regañadientes, se decidió a ir al puerto.

Los fenicios ocupaban tres islas frente a la costa: una alargada, otra más pequeña y redonda, y una tercera que era poco más que un islote. La ciudad se alzaba en la segunda, mientras que la primera, separada de aquella por un canal, estaba deshabitada. Sin embargo, esta última, de forma alargada, tenía un promontorio en cada punta y en ambos habían levantado santuarios

famosos: el de Melqart en el extremo más cercano a tierra y el de Baal Hammón en el del canal, frente a la ciudad.

No les costó nada conseguir un bote que les llevase a esa isla de santuarios, a la que llamaban «de los acebuches» por la gran cantidad de estos árboles que allí crecían. El canal intermedio formaba un refugio excelente para los barcos y a eso, además de a su situación geográfica, debía la colonia su prosperidad. Todo ello era un tributo al oráculo que, siglos atrás, había aconsejado a los navegantes tirios fundar un emplazamiento justo allí.

El templo de Melqart era el más antiguo, rico y afamado de Gadir, y quizá de todo Occidente. Tan antiguo como la colonia, había sido desde el comienzo el principal centro de intercambio con los indígenas, que acudían a comerciar confiando en la protección del santuario. Sin embargo, el griego siempre había preferido el de Baal Hammón que, por otra parte, tampoco andaba corto en cuanto a grandeza y suntuosidad.

Hacía tiempo que Eutiques se había acostumbrado a las peculiaridades de la religión fenicia, tan extraña a ojos de un griego. Estaba ya hecho a la ausencia de algunas imágenes, a los tronos votivos de las deidades, las columnas gemelas, los fuegos sagrados, la efusión constante de sangre. Los sacerdotes del templo le saludaron con calor, pues le recordaban como visitante generoso, y tampoco esta vez se vieron defraudados por la suma que les entregó para consultar el oráculo. Y es que el de Baal Hammón, aunque menos renombrado que el de Melqart, gozaba también de una fama más que respetable, y el corintio había acudido a él no pocas veces.

Puesto que el oráculo era secreto, Eutiques y Ardis salieron del recinto sacro para ir a sentarse en las escalinatas, entre los ociosos, a disfrutar como lagartos del sol y la brisa marina. Desde allí arriba, más allá de las copas de los árboles, se divisaba el canal, la ciudad y el litoral cercano, punteado de aldeas. El día no podía ser más claro, el aire agitaba susurrando el follaje y el mar azul se presentaba algo revuelto, con largas olas coronadas de espuma blanca que iban a romper atronando contra la playa.

Aguardaron largo rato; el lidio inmóvil, con las manos sobre las rodillas, el griego jugueteando con su bastón, alto y con empuñadura en forma de T. Al cabo, cuando ya el último iba impacientándose ante tanta demora, un sirviente

del templo salió a llamarles. A la sombra del pórtico les aguardaba un sacerdote, sin duda alguien de rango, a juzgar por sus vestiduras flotantes, sus adornos, el gorro muy alto y la barba patriarcal.

—El oráculo guarda silencio —les informó sin poder ocultar su disgusto.

—¿Y eso qué significa?

—No es favorable ni desfavorable, ni da indicación alguna en ningún sentido.

—¿Pero cómo es posible?

—Alguna vez ha sucedido. —El sacerdote esquivó la pregunta—. Es de lo más extraordinario, desde luego, y no había pasado nunca en todo el tiempo que llevo al servicio del templo, que ya son unos cuantos años. —Agitó la cabeza—. Tu pregunta al oráculo era sobre qué camino debías tomar, ¿no?

—En efecto.

—¿Era una pregunta literal, sobre si ir a tal o cual sitio, o metafórica, en el sentido de cómo obrar en algún asunto en concreto?

—Ambas cosas.

—La pregunta, en sí, es bastante ambigua.

—También suelen serlo las respuestas de los oráculos.

El sacerdote volvió a cabecear, optando por no responder nada. Eutiques, turbado, se apoyó en su alto bastón, sin saber cómo interpretar aquello. Ardis puso las manos en la faja, cerca de los puñales, y fue él quien por último tomó la palabra.

—Si el oráculo calla, ¿no es eso en sí mismo una respuesta?

El fenicio observó con ojos inquisitivos a aquel extraño personaje de cabeza afeitada y túnica amarilla.

—Pudiera ser... —admitió inseguro—. Pero la verdad es que el significado de tal respuesta se nos escapa por completo.

La pareja descendió con lentitud el camino que iba del templo a la playa. Eutiques iba ensimismado y el lidio, a su lado, le dejaba estar. Se cruzaron con algunos devotos que subían cargados de ofrendas; les saludaban al cruzarse y ellos devolvían el gesto. Unos eran fenicios, otros indígenas —tartesios de la zona— y unos cuantos difíciles de clasificar, tanto por atuendos como por rasgos, porque siglos de vecindad habían propiciado abundante

mestizaje por esas costas.

De golpe, Ardis retuvo al griego por el manto.

—¿Qué...? —Volvió este a la realidad, sorprendido.

—Fíjate en esos que vienen por ahí.

Eutiques puso los ojos sendero adelante. Una media docena de suplicantes, mestizos a juzgar por su aspecto, subía hacia el santuario.

—Ya les veo. ¿Qué les pasa?

—No me gustan. Volvamos al templo.

El griego le miró, y luego a los mestizos, tratando de distinguir qué podía haberle alarmado.

—Como quieras —admitió sin ver nada raro y, sin embargo, algo inquieto, pues sabía hasta qué punto venteaba el lidio los peligros—. Regresemos y ya bajaremos después.

Se dieron la vuelta con la mayor tranquilidad, para desandar el camino de subida. Eutiques echó una ojeada furtiva por encima del hombro y no pudo contener una exclamación, porque aquellos mestizos habían apretado sin duda alguna el paso, como queriendo darles alcance. Ellos notaron enseguida que les habían visto; uno dijo algo que el griego no entendió y fue como si se arrancasen caretas del rostro. En un abrir y cerrar de ojos, cualquier aire casual se esfumó y, al tiempo que empuñaban grandes cuchillos, corrieron vociferando hacia ellos.

—¡Ardis! —gritó.

—¡Defiéndete, Eutiques! —Su compañero desenvainó los puñales, curvos y muy largos, con el filo interior aguzado, como las guadañas.

El griego empuñó a dos manos su báculo. Los mestizos se les lanzaron encima en tropel y ellos les plantaron cara en mitad de la senda, aprovechando lo estrecho. El lidio se enzarzó a cuchilladas con varios de ellos y los hierros se encontraron en repetidas ocasiones, rechinando. Eutiques se defendía con vigor, deteniendo las puñaladas y rechazando a palos a sus atacantes. Con un molinete de la empuñadura, arrancó el cuchillo de manos de uno, rompiéndole de paso algún dedo, a juzgar por el bramido que soltó.

Alguien estaba gritando de forma destemplada a sus espaldas, camino arriba, pero no pudieron prestarle la más mínima atención. Ardis manejaba

como un torbellino los puñales, teniendo él solo a raya a cuatro, mientras el griego volteaba sin descanso el bastón, hurtándose a las cuchilladas porque estaba claro que iban sobre todo a por él. Volvieron a escucharse gritos y un par de piedras, muy altas, pasaron zumbando sobre sus cabezas. Otra, mejor dirigida, alcanzó de lleno a un mestizo, haciéndole saltar atrás con un gruñido. Sus compañeros recularon confusos. Ardis aprovechó el desconcierto para asestar un golpe de arriba abajo que abrió el vientre de uno. El hombre cayó con un grito atroz, mientras trataba de sujetarse las tripas con las manos. Con un giro del báculo, el corintio descalabró a otro y, tras un latido en el que parecieron no saber qué hacer, los atacantes huyeron entre una lluvia de piedras.

Eutiques y su guardaespaldas se miraron, jadeantes, antes de volverse a ver qué ocurría a sus espaldas. Un grupo bastante nutrido de fenicios bajaba vociferando por el sendero, con palos, piedras y cuchillos. Les rebasaron en tromba, como si no existiesen, en persecución de los mestizos. Ellos observaron cómo unos y otros corrían cuesta abajo; luego Ardis limpió sus puñales en la falda del muerto, mientras el griego enarbolaba su báculo para lanzar una maldición contra los fugitivos.

—Si les cogen, no lo cuentan —comentó el lidio, volviendo a contemplar la carrera.

Porque los fenicios veneraban sus santuarios, que eran la base sobre la que establecían su comercio con otros pueblos, castigando con crueldad a quien ejercía alguna violencia en su interior o en los terrenos aledaños. Pero al griego, en esos momentos, todo eso le tenía sin cuidado.

—¡Maldito sea Magón! —rugió fuera de sí—. ¡Ha sido él! ¡Él sabía que yo iba a venir a consultar el oráculo de Baal Hammón...!

No pudo seguir, porque su compañero le había aferrado por el codo con tanta fuerza que casi le hizo gritar de dolor.

—No pierdas la cabeza, Eutiques —siseó—. ¿Es que no has visto que no traían más que cuchillos? Esos son de alguna aldea de la costa y, si Magón los hubieran enviado a buscarnos aquí, habrían traído hachas y espadas, y nos hubieran despachado con facilidad.

El corintio se apoyó en el bastón e inspiró con fuerza mientras trataba de

serenarse. Luego asintió. El lidio estaba en lo cierto: los fenicios no permitían que gente armada, sobre todo extranjeros, anduvieran dentro de sus ciudades. Por tanto, si solo llevaban cuchillos, era que habían estado siguiéndoles ya por Gadir, esperando una oportunidad de matar.

—Tienes razón —se enjugó la frente— y yo he hecho mal. Magón ha sido siempre un buen amigo. —Miró ahora lleno de curiosidad a su compañero—. ¿Qué te hizo sospechar de ellos? Confieso que, de ser por mí, nos hubieran cogido desprevenidos.

—Subían al templo con las manos vacías, y no me parecieron de la clase de hombres que compra las ofrendas arriba, a los sacerdotes —repuso, observando con cierto disgusto a su patrón, como dándole a entender lo que pensaba de aquellos que pagaban los precios desorbitados de estos.

—Buena apreciación —aprobó el griego, sin darse por aludido.

Bajaba más gente por el sendero, entre estrépito de armas, y ellos se giraron enervados. Pero solo eran algunos guardias del santuario escoltando a un par de religiosos, uno de ellos el que antes les había atendido. Se detuvieron ante el cadáver, comentando a gritos entre ellos, mientras los sacerdotes de grandes barbas y altos gorros meneaban consternados la cabeza.

—¿Os encontráis bien? —quiso saber el de antes, que parecía el de mayor rango.

—Más o menos. —El griego le mostró las muescas en el báculo, así como un desgarrón en el manto.

—Todo esto es deplorable. —El otro se manoseó la barba—. Nunca, en todos los años que llevo al servicio del dios había pasado esto. Os juro que el templo no descansará hasta que este sacrilegio haya sido vengado...

—Parece que hoy han sucedido muchas cosas excepcionales en el santuario, ¿no? —le cortó Ardis—. Primero el oráculo, guardando silencio, y ahora esto.

El religioso abrió las manos y no dijo nada. El lidio se aproximó al muerto, que yacía con la boca contra la tierra, y le empujó con el pie. Pensativo, se acarició la cabeza calva.

—¿Sabes, sacerdote? —Entornó los ojos—. Tengo la impresión de que el oráculo, de alguna forma, acaba de hablar.

Su interlocutor paseó los ojos entre ellos dos y el cadáver.

—¿Quién sabe? —contestó medio para sí mismo, acariciándose la barba—. Queríais saber qué camino tomar. Decidid vosotros mismos si este incidente es una respuesta a tal pregunta.

—Sí —aceptó el griego, las dos manos sobre el báculo—. Sí que lo es.

—Pues entonces solo puedo aconsejaros que obréis en consecuencia.

* * *

—La respuesta del oráculo, ¿eh? —El viejo Magón agitó la cabeza—. Desde luego, este Ardis tiene unas cosas...

—Pues no le falta razón. —Eutiques dio un sorbo a su copa.

—Desde luego que no. —Su anfitrión echó mano a la suya—. He intentado saber en qué situación te encuentras con los tartesios, como te prometí; pero me parece que no es necesario seguir indagando. El que hayan querido matarte, sin importarles que fuera en un santuario, lo dice todo.

—¿Tú crees que se debe a la placa del pacto?

—Pudiera ser, aunque el hecho de que te crean culpable de un robo sacrílego no es ninguna bagatela.

—¿Tanto vale esto? —Sacándola de entre sus ropas, la examinó como si la viera por primera vez.

El fenicio la tomó de entre sus dedos y, a su vez, le dio vueltas entre las manos, acariciando el borde quebrado.

—Esto, Eutiques, registra el pacto entre dos jefes y dos pueblos. Hace años, los barcos del rey sin nombre navegaban muy al norte y volvían cargados de mercancías valiosas, entre ellas ámbar. Ámbar, Eutiques, ámbar. Así llegó a ser tan rico y poderoso el rey sin nombre. Tanto, que se atrevió a rebelarse contra Argantonio y sufrió el mismo fin que todos los que se han enfrentado a ese viejo demonio.

—Pero, como tú mismo dices, todo eso ocurrió hace años.

—Un pacto es un pacto. Tiene un componente sagrado. La otra mitad de la placa está en manos de esa gente del norte y quien lleve esta allí puede esperar, al menos, ser recibido amistosamente.

—Sigue sin parecerme tanto.

—Tampoco a mí. —El fenicio sonrió con suavidad—. Pero, a veces, basta una chispa para desatar un gran incendio.

Su invitado se reacomodó en el lecho antes de volver a tomar la copa de cerámica roja y negra.

—De buena gana se la devolvería a los tartesios —suspiró—, pero ellos quieren mi sangre. El ámbar es muy apreciado, aparte de que en el norte hay otros muchos productos de valor. ¿No podría interesar a los armadores de Gadir una aventura hacia el norte?

—No, no lo creo.

—Los fenicios sois famosos por vuestras grandes expediciones.

—No, Eutiques. —Magón negó despacio con la cabeza—. La situación ahora es de lo más difícil. Desde hace años, Tiro, la grande, se encuentra sitiada por los persas. Su poder en Occidente se ha debilitado, hemos tenido que abandonar algunas factorías y cada colonia se las arregla un poco por su cuenta. Los cartagineses ganan ascendiente sobre los demás de día en día y un hombre avisado puede ver que, si la ciudad madre cae, ellos ocuparán enseguida su hueco.

—¿Y?

—Gadir, aunque no vea con buenos ojos una posible hegemonía cartaginesa, carece de los bríos necesarios para seguir su ejemplo. Somos de otra madera, Eutiques. Los ricos de la ciudad están divididos en dos bandos: los amigos de Cartago y los amigos de Tartessos. Una expedición al norte, de tener éxito, sería un escollo contra la posición dominante de Cartago y, en cuanto a los tartesios, lo verían como una intrusión en comercios que siempre han sido suyos. No. De andar por ahí enseñando ese pacto, firmarías tu sentencia de muerte y quizá ni yo mismo me librara de la visita de los asesinos.

—Pero si yo ya estoy sentenciado. —El griego se pasó las manos por las sienes—. ¿Qué puedo hacer, Magón?

—Vete a Oriente. Allí encontrarás gente para una expedición al país del ámbar.

—¿Tan lejos? ¿Solo por esta placa? Tú mismo reconoces lo poco que es en realidad.

—Muy poco, cierto. Pero dime. ¿Qué te hizo salir de Corinto? ¿Fue el afán de aventuras? ¿El deseo de conocer nuevas tierras?

—Algo de eso debo de llevar en la sangre —sonrió—. Pero no, para qué voy a mentirme, lo que me sacó de Corinto fue la necesidad.

—Pues entonces ve a Oriente. Los persas están sojuzgando a todo el Asia. Conquistán reino tras reino, los griegos de Jonia les abren sus puertas y casi toda Fenicia se les ha rendido ya. Las ciudades que no lo han hecho, como Tiro, están sitiadas y caerán tarde o temprano. Esta placa, el pacto, es muy poco; pero a los que no tienen nada y a los que lo han perdido todo les basta un resquicio de esperanza, cualquier excusa, para lanzarse a la aventura.

El griego, acariciándose la barba, no repuso nada. Se quedó largo rato pensativo, dando vueltas a su copa y contemplando el poso de vino rojo oscuro.

—Eres un hombre sabio, Magón, y te agradezco el consejo —dijo por último, despacio—. Tienes toda la razón y una vez más estoy en deuda contigo. Haré como dices y me embarcaré lo antes posible con rumbo a Fenicia. Aquí no me espera sino una mala muerte.

7

No tardó Magón en volver a saber de todo aquel asunto. Unos días después, tres hombres llegados del interior le solicitaron una entrevista por medio de varios mercaderes gaditanos, todos ellos bien conectados con los tartesios. Más de uno de sus amigos le desaconsejó ese encuentro, argumentando que cuanto menos se mezclase con el tema del robo —que ya era casi de dominio público— mejor. Aparte de que, de esos tres hombres, solo uno era tartesio y de sangre noble, mientras que los otros dos no eran sino un par de bárbaros mercenarios, de esos que alquilaban sus armas a los reyezuelos indígenas.

Pero eso último, en el fondo, a la mayoría de fenicios gaditanos le daba casi igual, porque en Occidente —siendo como era tierra fronteriza—, la etiqueta tendía a ser mucho menos rígida. Sin contar con que Magón, ya que comerciaba con todos, procuraba no desairar a nadie. Así que concertó un encuentro a través de aquellos mercaderes; aunque, eso sí, lo demoró un día, para dar de esa forma algo más de tiempo a su antiguo cliente Eutiques.

Les recibió en su patio, a la sombra de una higuera, entre hombres de confianza, y no escatimó las cortesías, por lo que les invitó a sentarse y a beber vino antes de entrar en materia, tomándose así también tiempo para estudiarles.

Uno, de nombre Borma, era en efecto un noble tartesio, aunque bastante más grande de cuerpo que el común de la raza. A juzgar por el pelo negro y los ojos claros, así como por el diseño de sus joyas, Magón supuso que sería

oriundo del norte del reino, de esas tierras de frontera donde indígenas tartesios y emigrantes célticos mezclaban con libertad sus sangres.

El segundo, en cambio, era un hombrón moreno, con una gran barba negra que casi se confundía con el manto, negro también. Lucía un brazalete de oro, de los que Argantonio daba a sus oficiales de confianza y, a preguntas del anfitrión, dijo llamarse Sembeles y ser lusón, nativo de las mesetas interiores.

En cuanto al tercero, el fenicio, pese a todos sus viajes y a que Gadir era un puerto cosmopolita, nunca había visto a nadie así. Era alto y huesudo, y llevaba los dos tercios delanteros del cráneo afeitados, con la coronilla y la nuca cubiertas de una larga melena que le caía suelta por la espalda, como la cola de un caballo. Lucía tatuajes en las mejillas, así como amuletos de hueso y cobre rojizo al cuello, respondía al nombre de Mancorio Bordorice y afirmaba ser un sefe.

Parecía hombre reservado y apenas despegó los labios, dejando —como Sembeles, por otra parte— que Borma hablase por todos. Magón no le quitó ojo en toda la entrevista, picado por la curiosidad. Porque los sefes eran un pueblo del noroeste, gente misteriosa, adoradores de serpientes. Y ese mismo apelativo, sefes, no era más que un nombre común que designaba a un conjunto de célticos relativamente recién llegados y superpuestos a sangres más antiguas. Algo que se daba de continuo en aquellas tierras occidentales. Desde luego, aparte del nombre, aquel Mancorio Bordorice tenía muy poco de céltico.

Borma y Magón entraron en materia mientras los otros dos, al igual que los empleados del fenicio, observaban. Se habló del robo del túmulo, de la fuga de Alongis y de la muerte de los demás implicados y, por último, el tartesio se interesó de forma abierta por Eutiques.

—Ni uno ni otro están ya en Gadir —reconoció sin ambages el mercader, pues suponía que sus interlocutores tenían otras formas de averiguar aquello—. Compraron pasaje en una flotilla mercante que zarpó hace un par de días.

—¿Se han marchado? ¿Y no sabrás a dónde piensan ir?

—Ellos no sé. Los barcos se unirán a una flota mayor que, costeando por el norte, se dirige a Tiro. —Se pasó la mano por la barba blanca—. Debo insistir en que Eutiques no tiene nada que ver con ese robo. Ya sabes que todo

fue una broma..., me refiero a la suma desorbitada que pidió por esa cantadora, Néfele. ¿Quién podía pensar que Alongis se lo iba a tomar en serio?

—Ya sé que os une una vieja relación y respeto que le defiendas. Pero, si es inocente, ¿por qué Alongis y él viajan juntos?

—Después de venderle a Néfele, le tomó a su servicio. El tal Alongis parece bueno con la espada y poco dado a reflexiones, todo lo cual hace de él un empleado útil. —Se detuvo un instante, pues tuvo la sensación de que Sembeles había movido la cabeza—. Bueno. Luego, cuando se enteró de lo del robo, ¿qué podía hacer? Quisieron asesinarle a las puertas mismas de un santuario. Ha escapado a toda prisa, temiendo por su vida, y cuando a uno le buscan para matarle sin darle tiempo a explicarse, corre y no escoge a sus compañeros de viaje.

Hizo una pausa, antes de volverse a Sembeles. Aunque tenía el pelo negro y era mucho más oscuro de piel que Alongis, ambos pertenecían al mismo pueblo, los lusones. Pero también con ellos pasaba lo que con los sefes, que gentes de sangres diversas vivían bajo un nombre común, más o menos mezclados.

—¿Puedo preguntarte si hay alguna relación entre Alongis y tú? —quiso saber.

—Es hijo de un primo mío —reconoció el otro, con fuerte acento—. Me ha traicionado y el parentesco que nos une no hace sino más grave su delito.

—Ya veo. Dejadme deciros algo y tened en cuenta que ahora no hablo solo por mí. El robo del túmulo fue sacrílego, pero el intento de asesinato de Eutiques en el santuario de Baal Hammón no lo fue menos. Y eso es algo que no vamos a olvidar.

—Tienes toda la razón. —Borma cabeceó con seriedad—. Así que déjame decir algo a mí también: si detrás de esos asesinos había alguien relacionado con Tartessos, actuó por su cuenta y además se precipitó. Argantonio venera la ley como a un dios y nunca mandaría matar a nadie por sospechas.

—Entonces, ¿venís en nombre del rey?

—Venimos a castigar un sacrilegio —soslayó el otro—. Y también estamos en la obligación de recobrar lo robado, para que el difunto pueda

descansar en el otro mundo. ¿No sabrás tú nada de las piezas...?

—Yo mismo le compré algunas a Eutiques: son hermosas, pero abultan y resultan poco adecuadas para un viaje que puede ser de lo más azaroso.

Sus tres invitados cambiaron miradas. Sembeles se pasó los dedos por la barba negra, Mancorio Bordorice llevó la mano a sus amuletos de cobre y hueso. Borma se inclinó adelante. Pero, antes de que pudiera decir palabra, a indicación del dueño de la casa, uno de los esclavos puso una bandeja ante ellos.

Allí estaban las piezas del tesoro. Los tres las observaron, antes de mirarse de nuevo, sin ocultar su decepción. Por último, fue Borma el que volvió a hablar.

—¿Es todo?

—Todo cuanto me vendió Eutiques. Se guardó alguna pieza menor y creo que Alongis también tiene algunas. Ya sabes: anillos, pulseras, cosas así.

—Esto forma parte de un tesoro sagrado y debe volver cuanto antes a la tumba de la que salió. Pide lo que quieras por ello.

—Es sagrado, tú lo has dicho, y con esto no se comercia. Dadme solo lo que pagué por ellas, para que yo tampoco pierda. Magón siempre ha sido amigo de los tartesios y siente el mayor de los respetos por sus costumbres y sus dioses.

—Nadie lo ha puesto nunca en duda. Y no pienses que este gesto va a caer en saco roto.

El mercader inclinó satisfecho la cabeza, seguro ahora de que de aquel asunto habría de sacar ciento. Hizo otra señal a los esclavos, con la que les instaba a rellenar los vasos, antes de volver a hablar.

—Insisto en que Eutiques es inocente: ni tomó parte en el robo ni sabía nada de él.

—El sacrilegio ha de ser castigado. Pero —Borma le mostró las palmas de las manos— te juro que no queremos para nada la sangre de ese hombre. Solo tratamos de recuperar lo que aún falta del tesoro y, si es de veras inocente, no tiene nada que temer de nosotros.

—Siendo así. —El fenicio se llevó la copa a los labios—. ¿Qué puedo hacer sino brindar por el éxito de vuestra misión? Haré sacrificios por

vosotros.

Magón no mentía: Eutiques y Alongis viajaban rumbo a Oriente. La flotilla, formada por media docena de cargueros, más una birreme de escolta, había zarpado de Gadir y, tras cruzar el estrecho, navegaba ya hacia el norte, a lo largo de una costa salpicada de establecimientos fenicios. Tras recalar en algunos de los principales (Sexi, Abdera, Malaca) para embarcar mercancías y unirse a más naves, la flota se lanzaría a un largo periplo que, tras ir tocando Ibiza, Cerdeña, Italia, Sicilia, Grecia y Asia, terminaría en Fenicia y el puerto madre de Tiro, sitiado por los ejércitos persas.

Eutiques que, como buen corintio, tenía sal en las venas, se encontró enseguida disfrutando del viaje. Navegaban a vela, ceñidos a una costa abrupta y oscura tras la que se alzaban serranías cubiertas de bosques. La temperatura en la mar era agradable, el cielo y las aguas muy azules, y los delfines acudían a jugar con frecuencia a los costados de las naves para alborozo de marinos y pasajeros. A veces avistaban también marsopas, calderones y, en ocasiones, cachalotes y ballenas.

El griego se lo señalaba todo a Oricena, así como los relieves costeros, las nubes, las señales del clima. Ella asentía y echaba a veces una mirada a tierra, con cierta nostalgia, porque ella había nacido en esas playas. Aquel era el país de los libofenices, esa franja entre el mar y los montes en la que los fenicios habían establecido factorías para mejor acceder a las riquezas minerales de la sierra. Y de su mezcla con los indígenas, y con elementos llegados de África, había surgido aquella raza belicosa, alegre, independiente del poder tartesio, que era famosa en todo el Mediterráneo por la belleza de sus gentes.

Cierta mañana, tras varios días de navegación, se quebró la rutina. Eutiques, que estaba acodado en la borda, los ojos puestos en las olas, se volvió al notar alboroto en cubierta. Los marineros corrían, el capitán vociferaba órdenes a los timoneles y algunas de las otras naves enarbolaban grandes estandartes, mientras resonaba el mugido de las trompas. Luego de unos momentos de confusión, el temido grito de «¡Piratas!» barrió como un golpe de mar la cubierta.

La tripulación se aprestó a la lucha, porque aquellos hombres, de las más

diversas naciones, eran veteranos en esas aguas y ya habían tenido que defenderse otras veces. Escudos, cascos, hachas, tridentes, jabalinas, arcos, salieron a relucir como por ensalmo. Eutiques, Ardis y otros pasajeros reclamaron armas, mientras Alongis exigía destempladamente las suyas, ya que se las habían hecho entregar al embarcarse.

Desde los otros barcos seguían flameando las enseñas, entre el resonar vibrante de las trompas. Alguien gritó un aviso y los demás, volviéndose, vieron cómo surgían por estribor las naves piratas. Buques largos, bajos y muy rápidos, con veinticinco remos a cada banda y ojos pintados a proa. Penteconteras griegas, el azote de esos mares occidentales. En su lengua natal, Eutiques maldijo la pericia de sus compatriotas, que les atacaban justo tras doblar un cabo, cuando la flota se hallaba diseminada y casi indefensa.

Los pesados cargueros no podían competir en capacidad de maniobra con las naves griegas, que, seguras de su posición, comenzaron a bogar en torno a ellos como avispas, intercambiando una lluvia de proyectiles, en espera del momento de abordarlos. Los hombres se gritaban unos a otros, los heridos se arrastraban gimiendo por cubierta, las jabalinas se clavaban vibrando en la obra muerta y, desde el buque fenicio, oían claramente el canto de los remeros griegos.

Los mercantes combatían dispersos, sin poder prestarse apoyo unos a otros. Su nave tenía que batirse en solitario contra dos penteconteras que realizaban una pasada tras otra, abrumándoles a tiros de flecha y jabalina. Cuando sus capitanes considerasen que habían causado suficientes bajas entre los defensores, los piratas entrarían al abordaje.

Entonces, de golpe, la birreme de escolta apareció como por arte de magia a estribor, larga y negra como una saeta, pareciendo volar sobre las aguas. Los estandartes fenicios ondeaban al viento, el retumbar de los timbales marcaba el compás de los remos y, sobre las plataformas de proa y popa, una multitud de arqueros tensaba entre alaridos sus armas.

Como los griegos estaban volcados en el asedio del carguero, no la avistaron hasta que la pentecontera de estribor la tuvo casi encima. Estalló entonces entre ellos un tremendo clamor de alarma, mientras los timoneles se lanzaban con todo su peso sobre el gobernalle. Pero la birreme, como el rayo,

la embistió con el espolón de bronce.

Los remos saltaron en pedazos, hubo una lluvia de fragmentos y astillas, y el agua entró en torrente por la gran brecha. Sin pausa, a un nuevo toque de tambores, la nave fenicia se desgajó de la griega entre el chascar de maderos rotos y el griterío de los heridos. En un abrir y cerrar de ojos la pentecontera se fue a pique, arrastrando a muchos de sus tripulantes. Los demás chapoteaban entre los restos y se zambullían tratando de escapar a las saetas, porque desde las plataformas los fenicios seguían tirando contra ellos.

Todo fue en un suspiro. Enseguida acudieron al quite otras dos naves griegas, trabándose en batalla con el buque de guerra fenicio. La pentecontera superviviente, de las dos que les habían estado hostigando, llegó a su vez costado a costado con el carguero, quizá temiendo que se les escapase, y marineros y hoplitas entraron vociferando al abordaje. Irrumpieron en tromba y, como los mercantes llevaban en esos mares una dotación numerosa, aparte de que había allí pasajeros hechos a las armas, se encontraron con una oposición de lo más encarnizada.

El capitán y sus pilotos se defendían con furia a popa, y otro tanto hacían algunos marineros a proa, mientras un tercer grupo luchaba en torno al palo. Allí estaban Ardis y Eutiques, protegiéndose mutuamente. El lidio repartía golpes con una espada falcata, cuyo filo causaba heridas atroces, en tanto que su patrón enarbolaba un hacha, respondiendo a los insultos y maldiciones en griego con otros en la misma lengua.

Peleando en total confusión, el corintio logró abatir a uno de los piratas y, ya sobre la tablazón, aún le propinó varios hachazos, con tanta saña que se olvidó de lo demás y si los compañeros del caído no le mataron entonces fue porque Ardis logró defenderle con no pocos apuros. Luego, mientras el lidio le hacía recular a la fuerza, pudo ver a Alongis en el meollo del combate, luchando contra lo que parecía una multitud. El lusón bramaba como un oso y parecía haber ganado en estatura, descollando como un gigante sobre los griegos. Perdida la espada, se había apoderado de un hacha y a cada golpe que daba, como martillazos, los escudos se abollaban y hundían, las armas saltaban de las manos y los hombres rodaban ensangrentados por cubierta.

Batiéndose en solitario con muchos, mató e hirió a varios, y rechazó por

dos veces al resto. Acto seguido, viendo a sus contrarios vacilar, sacudió como un león la melena castaña y, blandiendo el hacha, se arrojó aullando contra ellos. Los griegos cedieron en total desconcierto, atemorizados por aquel bárbaro furioso. Eutiques y Ardis acudieron en su ayuda y, viendo la ocasión, el capitán y sus compañeros bajaron entonces de la popa, repartiendo hachazos a diestro y siniestro.

Los griegos titubearon primero, luego retrocedieron. Alguno reembarcó precipitadamente, sin hacer caso de los insultos de su capitán. El pánico cundió entre el resto y, en total desorden, cada cual abandonó como pudo la cubierta del carguero, mientras los fenicios les apuñalaban por la espalda. Más de uno, al verse perdido, arrojó sus armas y se tiró de cabeza al agua. El propio capitán griego cortó entre denuestos las amarras y las naves se separaron.

Los fenicios comenzaron a vitorear, enarbolando sus hierros ensangrentados. Eutiques se enjugó el sudor y, tras una mirada de agradecimiento al ídolo de proa, corrió a cerciorarse de que su mercancía humana no había sufrido daño alguno. Algunos marineros se aprestaron a degollar a los enemigos heridos, porque los suyos les habían abandonado en la huida, pero el capitán fenicio, vociferando, se lo impidió a empujones.

La pentecontera griega se había alejado a un tiro de flecha y, desde el carguero, podían ver cómo el patrón cubría de insultos a sus hombres, agitando el puño ante sus rostros. A esa distancia, sus gritos les llegaban a capricho de la brisa marina. Entre ambas naves, algunos náufragos griegos nadaban desesperadamente, voceando para llamar la atención de sus compañeros. Más lejos, mar adentro, uno de los mercantes fenicios ardía con furia, envuelto en una humareda negra y muy espesa.

Eutiques paseó los ojos por la cubierta, sembrada de muertos, antes de cruzar la mirada con su guardaespaldas, que se recostaba indolente contra la borda, con la falcata manchada de sangre en las manos. Algunos tripulantes, los libofenices e ibicencos sobre todo, bailaban de forma escandalosa la victoria. También Alongis, tras comprobar que Néfele estaba sana y salva, se había unido a la danza, entrechocando con ellos hacha y escudo.

Pero el corintio, tras la primera euforia, veía cuán desesperada era su

situación, ya que habían perdido a muchos hombres en la lucha. De hecho, los griegos eran más y mejor armados, y se hubieran apoderado del mercante de no haberse dejado dominar por el pánico, tal y como en esos mismos instantes les recriminaba a gritos su capitán. Sin embargo, todavía eran los bastantes como para lanzar otro asalto con éxito, aun cuando no aparecieran otras penteconteras a ayudarles.

También el capitán fenicio, desde un primer momento, se había hecho cargo de todo ello y por eso había impedido que rematasen a los piratas heridos, cosa que tampoco pasó desapercibida a su oponente griego que, como no tenía nada de tonto, entendió enseguida el gesto.

La pentecontera se acercó despacio, a golpe de remo, y su capitán les conminó, haciendo bocina con las manos, a que se rindiesen sin más lucha y jurando por un montón de dioses que, si así lo hacían y no mataban a sus heridos, no solo les respetaría la vida, sino que dejaría libres a los marineros y aceptaría un rescate razonable por oficiales y pasajeros. Algunos de estos últimos echaron mano a las armas, protestando que no podrían pagar nada. Pero el capitán fenicio les señaló con amabilidad que la esclavitud podía ser una alternativa a tener en cuenta, dado que sus hombres, viendo la oportunidad de escapar a una muerte segura, no dudarían en asesinarles a él y a sus oficiales si trataban de rechazar la oferta griega.

Aún negociaron a grito pelado durante varios minutos y al fin el fenicio, encogiéndose de hombros, dio una voz de asentimiento. La nave griega fue acercándose, bogando con suma lentitud. Los fenicios depusieron las armas y, para evitar malentendidos, las apilaron junto a la proa, lejos y bien visibles.

Alongis, que había estado observando los acontecimientos con gesto torvo, arrojó con rabia su hacha y escudo sobre la tablazón. Luego, rechinando los dientes, se abrió paso como un toro entre los pasajeros, buscando a Néfele, que estaba con las cantadoras de Eutiques, sujetándose como ellas un pliegue del manto sobre el rostro y esperando resignada lo que el destino quisiera darle; pues, siendo como eran esclavas, mercancías, el acuerdo no iba con ellas y pasarían a manos de los vencedores.

Llegó a ella, tambaleándose al compás del balanceo del buque, y de un tirón le quitó el embozo, arrancándole una exclamación de sorpresa.

Vociferando en su lengua natal, que nadie entendía, echó mano al puñal y antes de que alguno pudiera siquiera preguntarse qué mosca había picado a aquel bárbaro, la degolló de un tirón. Ella lanzó un chillido espantoso al sentir el filo en el cuello; un grito que se convirtió en gañido cuando la hoja le cortó la garganta y que a Eutiques, que estaba cerca, le resultó aún más terrible que el alarido previo.

La sangre caliente salpicó a los más próximos. Las mujeres chillaban, los hombres retrocedieron espantados. Pero el lusón, con miradas llameantes en torno, atravesó entre ellos con el cadáver a rastras y el puñal aún en la mano. Llegó a la borda y, sin detenerse, se tiró al agua con la muerta en brazos. Cayeron al mar con estruendo, alzando un gran surtidor de espuma, y, como él ceñía algunas piezas de armadura, el peso se los llevó al fondo en un abrir y cerrar de ojos.

Durante un buen rato, los ocupantes de ambas naves contemplaron boquiabiertos el punto en el que se habían sumergido, esperando en vano a que volvieran a asomar. Nadie dijo nada. El carguero se balanceaba y daba guiñadas, solo se oía el batir de las olas contra los costados y los crujidos del maderamen y las jarcias. Aprovechándose de la situación, Oricena se escabulló hasta la banda contraria y se deshizo rápidamente de sus ropas, así como de las alhajas más pesadas, antes de descolgarse por la borda y dejarse resbalar con sigilo al mar. Y, como todos estaban embobados por el otro suceso, nadie se dio cuenta, fuera del lidio Ardis, que siempre tenía un ojo en todo.

Por fin, el capitán griego gritó a sus hombres que despabilaran y volviesen a la boga. La pentecontera reanudó su aproximación y solo entonces Eutiques, aún anonadado, echó en falta a su esclava Oricena. Pero Ardis le retuvo por el brazo, impidiéndole hacer siquiera un gesto.

—Se ha tirado al agua; supongo que tratará de llegar nadando a tierra —le susurró.

El griego fue hasta la borda pero, aunque estuvo escudriñando la superficie de las aguas, no pudo ver señal de ella. Acabó por desistir con un suspiro y echó una última mirada de desasosiego a la costa.

—Es buena nadadora; quizá lo consiga —le confió a su guardaespaldas,

con un nudo en el estómago—. Ardis, ahora, de repente, me doy cuenta de que la voy a echar de menos.

El otro asintió.

—Acaba pasando; al menos, a los que no están por encima de tales carnalidades. —Los brazos cruzados sobre el pecho, calculó la distancia a la que estaba el carguero de la orilla—. Es como jugar con serpientes; tarde o temprano acaban picándote. En lo que a mí respecta, hace tiempo que la hoz sagrada me libró de todo eso.

—Yo hubiera hecho lo imposible por volver a comprarla, no importa a qué precio.

—Puede que consiga llegar a tierra y apañárselas: es una chica lista y, después de todo, es libofenice, ¿no?

—Eso le va a servir de poco. Ese —señaló con la barbilla a la costa— es un país de salvajes: sus mismos padres fueron los que la vendieron a los tratantes fenicios. La esclavizarán, si es que no se ahoga.

—Pero estará viva. —Movi6 filos6fico la cabeza calva—. ¿Y qui6n sabe? No la subestimes..., en todo caso, ser6 mejor que ahora nos preocupemos de nosotros mismos. Puede que dentro de un instante estemos muertos.

Como al comp6s de esas palabras, los costados de ambas naves fueron a encontrarse. Los griegos pasaron con agilidad de una a otra, armas en mano. Entre ellos hab6a desde hoplitas de armadura pesada a marineros casi desnudos que bland6an un hacha o un tridente. Los fenicios los recibieron con las manos abiertas y hubo unos instantes de angustia, pues todos tem6an que, a pesar de tanta garant6a y tanto juramento, los degollasen en masa. Pero el capit6n de la pentecontera parec6a dispuesto a cumplir su palabra y estaba gritando a sus hombres que matar6a con sus propias manos a quien hiciese alg6n da6o a los vencidos.

Los piratas atendieron sin dilaci6n a sus heridos, la carga fue saqueada y los prisioneros conducidos a bordo del buque vencedor, donde un escriba anot6 el nombre y la condici6n de cada uno. Eutiques, hablando con sus captores en griego, se las ingeni6 para llegar hasta el capit6n.

Este, un hombr6n grande, de barba espesa y desgre6ada, respond6a al nombre de Crates y era nativo de Rodas. Se hallaba a popa, supervisando el

trasiego de mercancías y sin quitar un ojo del mar, por si volvía a aparecer la birreme fenicia. Pero esta, como tiempo después llegaría a saber Eutiques, aunque logró hundir a una segunda pentecontera, había tenido que retirarse debido a las muchas bajas sufridas, dejando a los cargueros a su suerte.

Los que rodeaban a Crates quisieron rechazar a Eutiques, pero aquel hizo gesto de que le dejasen acercarse, prestándole atención a medias y sin dejar de dirigir a grito pelado a su tripulación, que era una increíble mezcla de rodios, chipriotas, griegos italianos y jonios diversos.

—Yo también, a pesar de estas ropas, soy griego... —trató de explicarse el corintio.

—Hay muchos griegos con los fenicios —le cortó el otro—. Si intentas sacarme algo solo por eso, no te molestes, amigo. Te vi cuando luchabas hace un rato y tengo que reconocer que sabes manejar el hacha. Has matado a más de uno de mis hombres y no te acordabas entonces de que todos éramos griegos.

—¡Cómo! —saltó Eutiques, aun sabiendo que debiera morderse la lengua—. Pues sí que os habéis fijado vosotros mucho en eso, abordando mi barco para quitarme cuanto tenía en el mundo.

Crates le lanzó una mirada muy curiosa que, con el tiempo, llegaría a serle familiar; aunque en ese instante pensó que iba a hacerle matar.

—Estoy muy ocupado —le dijo al cabo de un momento—. Dime lo que tengas que decirme y, si me has molestado para nada, mando que te tiren dentro de un saco al agua.

—Es muy sencillo —replicó sin dejarse amilanar—. ¿Ves a esas tres mujeres de ahí? Eran mías y yo en tu lugar no las entregaría a la tripulación. No son esclavas corrientes, son cantadoras de Gadir y de las mejores. Resérvatelas y podrás venderlas después a buen precio, porque lo valen. Hazme caso, capitán, y saldrás ganando mucho. Además —añadió con astucia—, no te preocupes, que yo guardaré silencio y los hombres no sabrán de su verdadero valor.

Crates miró rápidamente en torno, para ver si les habían oído. Luego asintió, mientras se acariciaba sonriente la barba. Dado que en ese barco, como en casi todos los piratas, el botín se repartía en función de su valor, él

saldría ganando si al quedarse con aquellas cantadoras, las hacía pasar por esclavas comunes, de mucho menor valor.

—Bien, bien. Ya veo que eres un tipo despierto. —Hizo un ademán—. Ya hablaremos más tarde... Espera —cambiando de opinión, le retuvo con otro gesto—. Esa otra mujer, ¿era también una cantadora?

—Lo era. —Eutiques asintió, pues sabía muy bien que el pirata se refería a Néfele—. Aunque no me pertenecía.

—¿Por qué la apuñaló el bárbaro ese? —Se mesó las barbas—. Le cortó el cuello y se tiró luego al agua con ella, ¿no? Nunca había visto cosa igual.

—Uff —suspiró—. Es toda una historia, capitán.

Crates detuvo los ojos en él para dedicarle otra de esas miradas tan particulares suyas.

—¿Tienes alguna prisa? —sonrió.

8

Si la emboscada fue tan comentada, hasta acabar por convertirse en una leyenda local que pervivió largo tiempo en boca de los ancianos, no fue por la astucia con que se tramó, ni porque tuviese éxito. De hecho, fracasó. No solo las tres supuestas víctimas salieron ilesas y ahuyentaron a sus atacantes, sino que mataron a dos de ellos y dejaron heridos a casi todos los demás. Que estos últimos fuesen una veintena fue lo que hizo tan sonada la refriega, aunque también ayudó a ello que tuviese lugar ante multitud de testigos.

Porque todo aquello ocurrió muy cerca de una encrucijada, justo el día en que gentes de distintas aldeas de la zona se habían reunido allí para comerciar. Los tres viajeros se dirigían precisamente a ese mercado, que estaba bajo la protección de los dioses familiares de cuantos linajes hacían negocio allí, y contaba con la garantía de los jefes locales y sus guerreros. Luego se supo que andaban buscando algunas joyas menudas, procedentes del saqueo del túmulo de un rey en las tierras más occidentales de Tartessos. Querían recuperarlas, pagaban sin regatear y, para atraerles a la trampa, alguien les había indicado que en ese mercado de encrucijada quizá pudieran encontrar alguna.

En el mismo camino que llegaba desde occidente al cruce, a la vista ya del mercado, que a esa hora estaba lleno de lugareños que habían acudido a vender, comprar y trocar, una veintena de desarrapados salió al paso de los tres viajeros. «Gente de la arena», llamaban por allí a los tipos de esa calaña, aludiendo de forma despectiva a que sus madres se prostituían en las playas

con los comerciantes griegos y fenicios, a cambio de alguna baratija. Vagos sin linaje, oficio ni beneficio, prestos siempre al crimen.

Los tres viajeros les vieron llegar de frente, en piña, cerrándoles el camino, con sus mantos raídos y toda clase de armas en las manos —espadas, puñales, garrotes, hachas y hasta un tridente— y se pusieron sin inmutarse en guardia. Los hombres de la arena, por su parte, hubieron de advertir hoscos que aquellos tres forasteros, a los que tenían que matar, acudían mucho mejor armados de lo que habían creído, pero aun así no se echaron para atrás, porque la recompensa prometida era elevada. Tras mirarse y cambiar unas palabras de ánimo por lo bajo, cargaron contra los viajeros con un gran griterío que pretendía paralizarles, para salvar así los pasos que mediaban entre ellos y arremeter con una lluvia de golpes. En aquel preciso instante, comenzó aquella pelea famosa.

Los tres viajeros, lejos de acobardarse, se echaron a su vez contra sus agresores. Uno de ellos, un salvaje de tierras lejanas, arrojó un palo de lanzar con tanto tino que golpeó las rodillas de uno de los que iba delante. Le hizo caer y, los que corrían agrupados detrás tropezaron con él y también se fueron al suelo, en confusión. Sus compañeros, por su parte, tiraron también con lanzas e hirieron a dos.

En la encrucijada, a menos de cien pasos, todo el mundo dejó en suspenso sus regateos para salir a observar aquella pelea desigual entre bandidos de ribera y tres que luego resultaron ser enviados del mismísimo rey de Tartessos. Uno era casi un gigante armado a la celta, el segundo un hombrón de manto negro y casco de cimera roja, y el tercero, aquel salvaje, un sujeto casi prodigioso, nervudo, tatuado, con los dos tercios delanteros calvos y en la nuca una gran cola como de caballo que ondeaba al pelear.

Escudos por delante, fueron a chocar los tres contra los enemigos que se apelotonaban, algunos caídos en confusión. Los espectadores veían con asombro cómo la masa de atacantes nada podía hacer contra la furia de aquellos tres. Los gritos de lucha y el choque de armas y escudos llegaban a ellos de lejos y, como soplaba brisa, iban y venían a ráfagas. Los viajeros rugían al enarbolar sus armas, sobre todo el salvaje —después sabrían que era un sefe, un adorador de serpientes del lejano noroeste—, que volteaba su

segundo palo de lanzar, rompiendo cuanta cabeza se ponía a tiro.

Quizá los relatos sobre aquel combate se adornaron después un tanto, según fueron pasando de boca en boca. En realidad fue un encuentro confuso, entrevelado a ojos de los espectadores por el polvo del camino que los pies desnudos de la multitud de atacantes levantaban. A través del tumulto y la polvareda, veían cómo uno se apartaba con las manos sobre una herida, cómo otro echaba a correr, agarrándose la cabeza descalabrada y con la sangre corriéndole por el rostro, cómo otro huía cojeando.

Todo se resolvió con relativa rapidez, entre el revuelo de polvo y los gritos, antes de que nadie pudiera casi hacerse cargo real de qué estaba pasando. Cuando los observadores quisieron de verdad darse cuenta, el grupo atacante se había ya deshecho y los supervivientes escapaban cada uno por su lado, unos cuantos renqueando o haciendo eses, dejando caídos a varios de los suyos en mitad del camino, muertos o incapacitados.

Los mirones que desde lejos vitoreaban a los vencedores, pues a los libofenices les gustan los bravos, observaron cómo aquellos tres se quedaban unos instantes en su sitio, escudos y armas en puño, entre enemigos caídos. Consultaron algo entre ellos, sin quitar ojo a los que huían a la desbandada. Luego el más alto, que más tarde sabrían que era hijo de un rey celta de la frontera norte tartesia, con las plumas del casco ondeando en la brisa, se llegó hasta uno de los enemigos que aún vivía. Algo le preguntó y en respuesta el otro señaló a lo lejos, entre gestos apaciguadores, hacia un hombre que se alejaba renqueando campo a traviesa, pues había recibido un buen garrotazo en el muslo.

Los tres viajeros cambiaron de nuevo unas palabras entre ellos. El sefe recogió el palo de lanzar que antes arrojase y el hombre del manto negro y casco con cimera roja arrancó su lanza del vientre de uno de los muertos. Luego salieron a una en pos de ese fugitivo en concreto, sin rematar a los heridos ni detenerse a despojar a los muertos. Por eso, tras constatar que de verdad se habían ido, una vez que los vieron a una buena distancia, algunos oportunistas abandonaron a su vez el mercado de encrucijada para caer sobre el lugar de la refriega y robar a los caídos cuanto de valor tuviesen, que no era mucho. Les dejaron desnudos y, a uno que trató de resistirse, lo mataron. Aun

después se pelearon entre ellos por aquel botín mísero, más por cuestiones de orgullo que de codicia, porque no habían obtenido sino mantos gastados y adornos de cobre. Tuvieron que mediar terceros de más edad para impedir que en el camino corriera ese día más sangre de la ya vertida.

Entretanto el fugitivo, al ver que le perseguían, había apretado el paso pese a la pierna herida, que, a juzgar por sus gestos, debía de dolerle horrores. Motivos tenía para apresurarse, lo mismo que los otros tres para perseguirle a él en concreto, pues él era quien había instigado a todos los demás a asesinar a los viajeros. Y el miedo ganó la partida al dolor, ya que, con unos cien pasos de ventaja sobre sus perseguidores, logró remontar la ladera de un cerro para refugiarse en un pinar que había en lo más alto.

Los tres emisarios de Argantonio subieron la cuesta a buen paso, prudentes, las armas prestas, mientras desde abajo les observaban los que habían salido al camino a ver cómo acababa todo aquello. Iban a entrar entre los pinos cuando, por entre los troncos rugosos, apareció una anciana que voceaba y sacudía los brazos entre resonar de cuentas. Los tres se pararon a observar, entre desconcertados y aprensivos, a aquella vieja de ropajes rojos y blancos, con el cuello y los antebrazos llenos de collares, de dijes y abalorios que entrechocaban a cada uno de sus aspavientos. Tenía el pelo alborotado y pinturas sobre el rostro, de forma que no supieron muy bien durante unos instantes si estaban ante una bruja del monte o una sacerdotisa. Luego Borma, el celta, advirtió a sus compañeros de que era lo segundo; que ese pinar debía de estar consagrado a dioses locales y que, por tanto, invadirlo era hollar en sagrado. Como la vieja usaba la jerga costeña, llena de palabras fenicias y africanas, y además gritaba con acento muy cerrado, solo Borma pudo entenderla. Fue él también el que le respondió, con gesto reposado.

—Respetamos al pinar y a sus dioses, madre. Pero nos han atacado y fue ese hombre que se ha refugiado el instigador de todo. No sé si las deidades del pinar querrán darle asilo, pero nosotros contamos con el favor de los dioses del camino y del comercio, a los que el ataque sin duda ha ofendido. Además, el gran Argantonio es a su manera un dios. Uno terrible y de brazo largo.

—Fuera. Fuera —farfullaba la vieja entre los pocos dientes que le quedaban—. Argantonio no es rey aquí.

—Eso no libraré de su justicia a aquellos que ofendan a sus emisarios —repuso el celta con suma calma.

La vieja se retiró mascullando tras hacerles gesto de que esperasen en el mismo borde del pinar. Y allí se quedaron los tres, observando de reojo hacia abajo, pues solo ahora se habían dado cuenta de que algunos buitres humanos habían caído sobre los vencidos para hacerse con el poco botín que sobre el polvo había quedado. Estallaron luego gritos en el corazón del pinar y ellos se olvidaron de lo que ocurría en el camino para aprestarse a luchar contra los devotos del sitio si fuese necesario.

Pasaron unos instantes, seguían las voces, pero más parecía discusión destemplada que clamor de combate. Se consultaron con los ojos, los dedos firmes sobre las astas de las armas, cuando vieron llegar a un grupo de hombres por entre los pinos. Algunos iban pintados como sacerdotes y, entre todos, sacaban a la fuerza al que allí se había refugiado. Era ese el que chillaba. Le llevaban en volandas, porque se retorció, pataleaba y vociferaba echando espuma, loco de terror ante la certeza de la muerte inminente. Los de allí dentro, ganados por las razones de Borma, o temiendo vérselas tarde o temprano con los agentes del rey de Tartessos, habían decidido echarle a la fuerza. Además, pudiera ser que aquellos tres hombres terribles —pues los del pinar también habían presenciado desde allá arriba la refriega del camino—, fiados de contar con el favor de muchos dioses, osasen invadir el lugar sagrado para matar a quienes se atrevieran a cerrarles el paso, derribar a los ídolos de sus peanas y apoderarse por la fuerza del fugitivo.

Le arrojaron como a un saco a los pies de sus perseguidores, para después dar la espalda a todo ese asunto, sin palabras, e internarse entre los pinos. El otro cayó de bruces y aún quiso alejarse a cuatro patas, fuese porque el miedo abyecto le impedía hasta levantarse o porque la pierna herida no podía ya sostenerle. Chillaba, agitaba la cabeza sin atreverse a levantarla siquiera y, como había perdido fibulas al debatirse, se le había soltado el manto, de forma que iba medio desnudo.

Mancorio Bordorice, el sefe, se cernió sobre él, imponente con su cola de

caballo y los tatuajes de las mejillas, el palo de lanzar apoyado sobre el hombro. Al ver caer sobre él la sombra de aquel salvaje, el libofenice redobló en sus berridos y los tres enviados no pudieron por menos que observarle con sumo disgusto. Era rechoncho y poco agraciado porque los libofenices, fruto del mestizaje de varias razas, a la par que daban ejemplares humanos bellísimos, también alumbraban, de vez en cuando, frutos como ese, feos por fuera y por dentro.

—Basta —le conminó Borma.

Como el otro no le hiciera caso —tal vez, con el miedo, ni le oyó— y aún siguiese alejándose a cuatro patas, cerca ya del borde donde comenzaba la pendiente, y sin dejar de vociferar, el celta le hizo un gesto de cabeza al sefe. Este soltó con su pie desnudo tal patada que puso al cautivo bocarriba. Luego enarboló su palo en gesto harto explícito y el otro se cubrió el rostro entre nuevos gritos, creyendo que lo iban a matar a garrotazos.

—He dicho que basta —repitió Borma—. Deja de chillar como los perros o este hombre te romperá las piernas. Es ofensivo haber podido morir por las intrigas de un cobarde como tú. Es casi deshonoroso matarte. Habla y salvarás la vida. Si rehúsas, si nos ocultas algo o tratas de engañarnos, te daremos entre los tres una muerte lenta.

El otro, al ver que tenía una oportunidad, se fue serenando. Dejó de berrear y acabó por sentarse, porque la pierna de veras no podía sostenerle. Se secó las lágrimas, se arregló un poco el manto y allí, desde el suelo, mientras los tres emisarios se cernían hoscos sobre él, contó cuanto estos quisieron saber.

De sus labios, tuvieron por fin la certeza de que el griego Eutiques había salido vivo del asalto de piratas a la flotilla fenicia de Gadir. Aquel ataque, en el que se perdieron varios cargueros, era ya noticia por toda la costa y las colonias fenicias, en una docena de versiones. Según unas, Eutiques había muerto, según otras no, y alguna sostenía incluso que algo había tenido que ver con la pérdida de la nave en la que viajaba.

Pero, a juzgar por las palabras del prisionero, Eutiques había ayudado a la defensa del carguero. Y debía de ser cierto porque, con la captura, él mismo había sido hecho prisionero y lo había perdido todo, incluidas por supuesto

las bailarinas que eran su negocio. También, y eso interesaba más a los tres viajeros, la famosa placa de plata, que habría ido a parar a manos de sus captores. A bordo del buque fenicio se encontraban también Alongis y Néfele. El primero había muerto al parecer luchando contra los piratas, aunque otros decían que se había arrojado al agua con todas sus armas. Cualquiera de las dos versiones convenía al lusón Sembeles, que al menos tendría algo bueno que contar a sus parientes cuando les enviase noticia. Sin faltar a la verdad, podría decirles que Alongis había muerto con valor y omitir las circunstancias que le habían llevado a ese combate marino, para ahorrarles así pesar.

Al parecer, y de ahí algunos infundios que corrían, Eutiques había hecho después buenas migas con el capitán de sus captores, un rodio llamado Crates, que incluso le había liberado. Crates tenía grandes relaciones con la colonia griega de Mainake y lo normal era que allí diese salida al fruto de sus comercios y rapiñas. Los tres se consultaron con los ojos, porque entonces la plata tenía que estar en Mainake, a no ser que el rodio se la hubiese reservado. Un par de preguntas ambiguas al respecto solo consiguieron desconcertar al prisionero y, como este estaba muerto de miedo y era dudoso que osara ocultarles nada, tras un nuevo cambio de miradas, los emisarios de Argantonio llegaron a la conclusión de que ese hombre inmundo ignoraba el valor de la placa de plata.

Sí era posible que lo conociese Crates, tal vez gracias a Eutiques; aunque, en tal caso, sabían los dioses cómo podía haberse enterado a su vez el corintio. Pero había sido Crates el que había enviado a ese personaje que ahora se arrastraba a sus pies. Era uno de sus agentes entre los indígenas de la costa y, en un encuentro a pie de playa, le había encargado que procurase, de la forma que fuese, la muerte de tres enviados de Argantonio que recorrían la costa libofenice en busca de piezas concretas de un ajuar funerario. Los piratas habían usado algunas de esas piezas para pagar a lo largo de la costa y quizá, después de todo, todo se reducía a que Crates recelaba que tratasen de asesinarlo, por ser un botín sacrílego.

—No sé más —concluyó el prisionero, de nuevo al borde del llanto—. No me matéis.

—Los enviados de Argantonio no tienen más que una palabra —le replicó

Borma hosco.

Le dieron la espalda y no pensaron más en él. Bajaron despacio la cuesta, discutiendo si retomar el camino o acercarse a las playas. Convinieron en llegarse primero al mercado, para cumplir su primer objetivo de averiguar si había allí algo del ajuar de la tumba. Después partirían hacia Mainake, por si allí estuviese la placa de plata. Pero antes habían de decidir cómo hacerlo, puesto que los griegos, o al menos un griego en concreto, ya había intentado que los matasen, justo por aquel asunto que les iba a llevar a la colonia.

En cuanto a su informante, se arrastró como pudo de vuelta al pinar, para invocar la protección de sus deidades, porque temía que los de allá abajo, en cuanto se hubieran alejado aquellos tres lo suficiente, subieran para matarle y robarle, como ya habían hecho con algunos de sus cómplices.

9

La historia de la placa rota llamó tanto la atención de Crates que no solo dio la libertad a Eutiques, sino al compinche de este, Ardis. En un primer momento, el corintio solo había hablado al pirata del origen de aquella pieza quebrada, así como de la profanación del túmulo y de la tormenta que eso había desencadenado. Pero, más adelante, siempre temiendo que Crates se deshiciera de ella, comenzó a insinuar lo que esa tablilla podía llegar a valer, dada su condición de pacto sagrado con los habitantes del país del ámbar, en el norte lejano.

Porque aquel Crates era un tipo de griego de los que se daban con frecuencia en ultramar. Comerciante y pirata, la vida entre pueblos bárbaros le había hecho bastante más abierto de opinión y de trato que el común de sus compatriotas. A cambio, justo ese vivir en tierras extrañas le daba un sentimiento muy fuerte de identidad como griego, sobre todo en lo político; algo muy difícil de encontrar en Jonia o la misma Grecia, donde pocos eran capaces de ver más allá de los sembradíos de su ciudad natal.

Abundaba ese tipo de personajes en las colonias, y Eutiques les calaba casi al primer vistazo, ya que se había topado con muchos a lo largo de sus viajes y él mismo, en ocasiones, gustaba de creerse un poco así también. Tampoco había echado en saco roto los consejos de su viejo amigo Magón acerca de qué clase de hombres estaban dispuestos a acometer grandes empresas. Y ahora razonaba que podía encontrarlos, tanto como en Tiro, en la

Jonia amenazada por los persas o en las colonias de Occidente, rebosantes de aventureros y desposeídos.

Movido por tal idea, fue agitando poco a poco el cebo ante las narices de Crates y este, tal como esperaba, fue prestándole oídos. En las escalas, solían sentarse a solas bajo un toldo, a charlar, con una cántara de vino y dos copas entremedio. Eran horas de calor, de silencio. Las olas iban a morir susurrando contra la playa mientras la brisa cálida agitaba los matorrales costeros. La tripulación dormitaba bajo cualquier sombra y, a veces, los golpes de aire ardiente arrastraban torbellinos de arena a lo largo de la playa. Luego el viento cesaba y todo volvía al silencio.

El corintio, con astucia, desplegaba el señuelo de grandes riquezas, así como de la fama imperecedera, y el pirata asentía pensativo, acunando entre sus manos la tablilla de plata. A veces, contemplaba con ojos entornados su nave, varada en la orilla, o el mar más allá, sobre el que danzaban miles de reflejos del sol. Discutían sobre dificultades, bloqueos, financiación, y al final siempre, ofuscados por el vino y el calor, se perdían en sueños tan grandiosos como impracticables.

Luego, un día, la pentecontera de Crates se reunió, en una cala recóndita, con un segundo buque llegado de Mainake. El rodio, como muchos piratas griegos de esas aguas, daba salida al botín de sus asaltos gracias a los mercaderes de esa colonia focense, que no le hacían ascos a tales negocios, a condición de que se llevasen de forma discreta, para no empujar a los fenicios a una expedición de castigo contra su ciudad. Las tripulaciones se juntaron a pie de playa, y las negociaciones no fueron arduas ni prolongadas, ya que los dos capitanes se conocían de mucho tiempo. Cuando se separaron, Eutiques y Ardis viajaban a bordo de la nave focense, junto con un hombre de confianza de Crates, y con ellos iba la placa de plata, rumbo a Mainake.

El corintio había visitado ya antes ese puerto y guardaba muy buenos recuerdos del mismo, pues era salubre, opulento y muy soleado. Una colonia reciente, fundada hacía pocos años, aprovechando el declive del poder tirio en esas aguas, que los fenicios consideraban de su monopolio. Había sido edificada en lugar favorable, sus murallas eran sólidas y su puerto un buen abrigo para los buques, aparte de que contaba con un camino de caravanas

que, a través de las sierras, llegaba hasta el corazón del imperio tartesio.

Según costumbre arraigada entre los griegos coloniales, el trazado urbano era una cuadrícula de calles rectilíneas que se cortaban en ángulos rectos para formar manzanas rectangulares y de igual tamaño. La prosperidad de esa ciudad se reflejaba por doquier: en ropas y alhajas, en lo espacioso de casas y patios, en los numerosos templos alzados por toda la ciudad que, sin bien no podían competir en grandeza con los de Oriente, resultaban airoso y de buena arquitectura y estaban llenos de estatuas de dioses.

Separada de Mainake por una muralla y hacia tierra, se levantaba una segunda ciudad, la indígena, mucho más caótica y mísera, de chozas y con población mezclada, aunque predominaban en ella, de largo, los libofenices. En el mar, pegada a la costa, había una isla reservada a los tartesios que les servía de residencia, depósito de mercancías y santuario lunar. En esa ciudad feliz, a instancias del pirata Crates, Eutiques dirigió sus pasos a la casa de un tal Piripompo; un mercader rico, ya entrado en años y todo un personaje en Mainake.

Piripompo no era focense de nacimiento y nadie conocía a ciencia cierta su origen, aunque se especulase mucho sobre tal extremo. Decían que era nativo de alguna localidad griega de Asia, que la conquista persa le había arrebatado fortuna, familia y libertad, y que había sufrido toda clase de indignidades. Tras fugarse, con el tiempo había logrado rehacer su vida en Occidente, donde llevaba establecido ya muchos años, amasando riquezas. Fuera o no verdad todo eso, lo cierto era que el mercader solo tenía palabras amargas acerca de la desunión y la cortedad de miras de los griegos asiáticos, lo que propiciaba toda clase de males, tanto pasados como futuros, que él auguraba aún más terribles que los ya sufridos.

Piripompo era un defensor a ultranza de lo griego frente a la corrupción de lo bárbaro; un hombre ardiente de opiniones y a menudo extravagante. Eutiques, recomendado por alguien como Crates, obtuvo en su casa la mejor de las acogidas. De hecho, el corintio no tardó en descubrir que, aprovechándose de aquella faceta idealista del mercader, toda una patulea de gorriones y visionarios hormigueaban por su patio, comiendo y bebiendo a su costa, adulándole y dándole a cada paso la razón.

Porque se banquetaba cada dos por tres en aquella casa, siempre a costa del anfitrión. Piripompo —fornido, sanguíneo, de pelo gris y escaso— bebía hasta el estupor y, a menudo, jaleado por su corte de aduladores, lanzaba soflamas contra la política de las ciudades griegas, contra la mezquindad de sus magistrados y sus rencillas aldeanas, todo salpimentado con alusiones a los bárbaros, orientales u occidentales, a los que tachaba de crueles, traidores e indignos.

En esos festines tumultuosos, en los que el amo no reparaba en gastos, donde corría el vino y no faltaban jamás flautistas, cantantes ni prostitutas, no se sentaba Eutiques precisamente en el último lugar, porque sus desventuras, narradas con habilidad, le habían granjeado las simpatías del dueño.

—Ay, sí. También yo tuve que malvivir entre bárbaros —le había confiado en más de una ocasión, con voz pastosa, confirmando así en parte las habladurías—. Yo también lo perdí todo. Lo mío, los míos, todo. Pero me rehíce, sí, me rehíce —farfullaba siempre, echando mano a la copa.

En aquellas parrandas se juntaba un poco de todo: filósofos de mala muerte, mercenarios de capa raída, poetastros, vagabundos, gandules y fracasados, a los que había que sumar algunos idealistas de tres al cuarto. Aquello era como una de esas sociedades medio secretas que tanto abundaban en la Grecia asiática, pero en clave de farsa, y a Eutiques no podía por menos que pasmarle que Piripompo, con lo sagaz que era en otros terrenos, fuese incapaz de darse cuenta de la ralea de sus acompañantes.

Alguna vez se lo había comentado a Ardis, quien, como lidio y por tanto bárbaro, no era admitido en casa del mercader y sobrevivía como podía en una choza del barrio indígena.

—Bah. —El lidio dejó entrever una de sus sonrisas afiladas—. ¿Qué tiene de raro? Hay muchos que parece que tuvieran una cantidad fija de sentido común: si le pones mucha en una parte, es como si se la quitases de otra. Ese Piripompo será un lince en los negocios, pero, en otros temas, es un primo como he visto pocos.

Lo cierto era que, en aquellas reuniones, la historia del pacto no iba a pasar desapercibida, que era lo que esperaba Crates al enviar a Eutiques con la plata a Mainake. Sin embargo, en garras de aquellos parásitos e iluminados,

el primitivo plan de despachar una o dos naves al norte, tras burlar el bloqueo fenicio del estrecho, dio paso al cabo de poco a proyectos más fabulosos.

Fantaseaban acerca de fundar colonias e incluso toda una nueva Grecia en el norte brumoso. Los había que invocaban los ejemplos de la Magna Grecia del sur de Italia o las colonias del Ponto Euxino. Allí, lejos de grandes imperios, los helenos prosperaban sin que sus vecinos salvajes supusieran un enemigo serio para su supervivencia. Los hombres más instruidos, que allí los había, recordaban viejos relatos de viajeros según los cuales existía muy lejos al norte un mar sembrado de islas, semejante a aquel Egeo que tan favorable había sido siempre a los griegos.

Eutiques se reía para sus adentros ante tanto dislate pero, como no tenía donde caerse muerto y Piripompo daba alas a esas quimeras, de boquilla seguía la corriente. Como contrapunto, los hombres prácticos —alguno que otro acudía también a esos cenáculos— llamaban la atención sobre las dificultades que podían suponer el clima, la recluta de hombres, los gastos. Tras muchas discusiones, se llegaba a la conclusión de que lo mejor era mandar una expedición previa, de una o dos naves, con el pacto de plata, para establecer contacto con los bárbaros de aquellas tierras y valorar las posibles riquezas de sus lugares. Todo lo cual, al corintio, le pareció una forma bastante retorcida de volver al punto de inicio, luego de ir dando tumbos entre fábulas y disparates.

Así fue pasando el tiempo. Unos calentaban la cabeza al anfitrión y otros le instaban a armar un buque para enviarlo más allá de las columnas de Hércules, hacia el norte. Eutiques no tardó en sospechar que más de uno de los primeros hacía cuanto podía para estorbar a los segundos, quizá porque tal empresa amenazaba su vivir a costa del dueño de la casa, sin dar golpe y llenándose la boca de palabras. El corintio, por su parte, nunca dejó de valer a Crates ante Piripompo. Poseía su propia nave, argumentaba, por lo que los gastos serían menores; él mismo era marino avezado, hecho al combate, contaba con tripulación veterana y, sobre todo, no era un energúmeno al que le perdía la sed de oro y sangre, como ocurría con tantos piratas. Por tanto, no había candidato mejor para la aventura. El mercader asentía, le daba la razón, pero nunca terminaba por decidirse a nada.

El día en que estalló aquella burbuja absurda, cómoda para unos cuantos, Eutiques la vio reventar de primera mano, ya que él fue uno de los que acompañaron a Piripompo hasta una playa próxima a Mainake, a una entrevista con varios libofenices llegados de algo más al oeste. Si se reunieron allí fue tanto por discreción como porque las leyes de Mainake prohibían a los indígenas el acceso a la colonia, para evitar así un golpe de mano. Se acercaron pues por mar, al rayar el alba, casi de incógnito, en una embarcación pequeña de remos y, a la primera luz, advirtieron que les esperaba ya en la arena un grupo de hombres armados.

Los griegos desembarcaron con escudos y lanzas, un ojo puesto en los pinares próximos a las arenas, porque en aquellas tierras todos hacían negocios con todos, pero nadie se fiaba de nadie. Entre chapoteos, los remeros vararon la nave, en tanto que los libofenices se mantenían algo distantes, tanto por cortesía como por prudencia. Iba despuntando ya el sol rojo sobre las aguas y soplaba un terral que alborotaba los pinos, los matorrales, los mantos, los cabellos.

Apenas Piripompo echó pie a tierra, del brazo de uno de los suyos, un libofenice abandonó de forma ostentosa sus armas para acercarse con las manos abiertas. Era bajo, rechoncho, feo, a diferencia de sus apuestos compañeros de raza. El mercader le conminó al silencio con un gesto y, con otro, le indicó que se apartase con él un trecho, antes de hacer seña a Eutiques y a otro de sus acompañantes, de nombre Prolampo, para que fuesen con ellos.

A unos pasos de ambos grupos, el indígena comenzó a explicarse en una jerga costeña tan cerrada a veces que les costaba entender pese a que los tres habían negociado por todo aquel litoral durante años. De su parloteo pudieron sacar en claro que, días atrás, se había producido una batalla campal en uno de los caminos del interior, entre tres viajeros procedentes de la ciudad de Tartessos y un grupo de valientes de ribera. Crates había pagado a los segundos para que matasen a los primeros, al enterarse de que eran enviados del rey Argantonio con la misión de recuperar unas piezas robadas en un túmulo, sobre todo una placa de plata rota a la que, por algún motivo, daban especial valor. Al parecer, Crates conservaba en su poder algunas de esas piezas y, aunque no había participado en ningún saqueo sacrílego, temía una

venganza. El caso era que la emboscada salió mal y aquellos tres —hombres terribles según el libofenice— habían vencido a un número muy superior de enemigos, al punto de dar muerte a varios y poner en fuga al resto.

Los tres griegos habían escuchado con suma atención, antes de cambiar miradas entre ellos.

—¿Cuánto habrá de verdad en lo que nos ha contado? —preguntó Piripompo en jonio, casi para sí mismo.

—Bastante —admitió entre dientes Eutiques, en la misma lengua—. Por la forma en que los ha descrito, creo que conozco incluso a dos de esos emisarios. Si son los que yo creo, sí son en verdad hombres temibles.

Piripompo, el manto alborotado por el viento de primera hora, asintió sombrío. El tercer griego allí presente, Prolampo, se encaró con el libofenice para preguntarle en jerga de la costa:

—¿Por qué nos lo cuentas a nosotros? ¿Has hablado con Crates? —Aquel Prolampo era uno de tantos parásitos que rodeaban al mercader. Aún joven, apuesto, se las daba de filósofo y era uno de los mayores aduladores de Piripompo, al que daba siempre la razón, cambiando de opinión según lo hacía el amo, sin que este se diese ni cuenta.

El libofenice procuraba explicarse entre aspavientos. Era difícil localizar a Crates, que siempre estaba en la mar, de un lado a otro. Los tres viajeros se dirigían a Mainake, ya que suponían que ahí estaba la placa rota, y él había creído conveniente acudir a la colonia para advertir a Piripompo, ya que eran bien sabidas las relaciones que mantenía con el pirata.

Piripompo asintió pensativo, antes de regresar a su embarcación. Entregó luego unos eslabones de plata a Prolampo, que volvió sobre sus pasos para, tras cambiar unas palabras con el libofenice, ponérselos en las manos a modo de recompensa.

—Tenemos que avisar a Crates y rápido —le indicó el mercader a Eutiques—. Hemos de enviar una nave a través de las columnas de Hércules. Él tiene una y, como tú siempre has dicho, es el hombre adecuado. La placa tiene que salir de Mainake antes de que lleguen los enviados de Argantonio.

* * *

Viento y frío eran para Totog, tan solo, dos adversarios más a los que doblegar y, por eso, recorría casi con gusto los senderos monteses en plena noche, en respuesta al llamado de Baubalud el curandero, con apenas luz de luna suficiente para ver por dónde ponía el pie y no despeñarse al fondo de algún barranco. Las ráfagas le zarandeaban, rugían a su alrededor con aullidos de malos espíritus, alborotando su manto como si quisieran arrancárselo del cuerpo. Nubes negras pasaban ante la luna, oscureciéndolo todo a intervalos, de forma que a veces debía detenerse, en espera de que luciese de nuevo lo bastante como para poder continuar.

Era difícil orientarse entre las peñas peladas, convertidas en un laberinto de oscuridades y claro lunar, y ya iba Totog recelando de haberse extraviado cuando descubrió la luz de la hoguera de Baubalud, como un faro ardiente en mitad de tanta oscuridad. Apretó pues el paso, sin miedo a resbalar, porque sabía que el curandero le aguardaba a la puerta de la choza de piedra, sentado ante la fogata. Y allí le encontró, grande, muy gordo, envuelto en pieles de cabra. Se agitaban las llamas a cada golpe de aire, envolviendo al curandero en nubes de chispas, haciendo correr las sombras sobre su rostro y, a veces, alumbrando el interior vacío de la choza sagrada.

Totog se acucilló ante las llamas, lanza en mano, agradecido del calor de aquel fuego. Baubalud, al que llamaban el Curandero, famoso por su magia y uno de los jefes más poderosos de aquellas sierras, arrojó algunas ramas al fuego, sin despegar los labios. Fue pues Totog, el jefe guerrero, el que primero tomó la palabra.

—Me has llamado.

—Lo hice. Sí. —Arrojó aún otra rama—. Hay una placa de plata. Una placa rota. ¿Has oído hablar de ella?

—No.

—Oirás. Argantonio la tenía oculta, pero ha salido a la luz. Unos ladrones la robaron de una tumba real, para su desgracia. De mano en mano, de muerte en muerte, esa placa ha llegado ya a Mainake y yo lo he sabido. El viento mismo me trajo la noticia, subiendo desde la costa hasta nuestras montañas.

Hombre de pocas palabras, Totog no respondió nada. Nunca sabía cuándo el curandero usaba la retórica y cuándo aludía de verdad a su magia y a sus

alianzas con los espíritus y los elementos. Baubalud, a su vez, acostumbrado al mutismo del otro, prosiguió envuelto en las nubes de chispas.

—Esa placa vendrá a las montañas. Vendrá. Yo lo sé. Y he de tenerla.

—¿Para qué?

—Está cargada de magia. Del poder de un hombre muy grande, enemigo en tiempos de Argantonio. Cuando la tenga en mis manos, podré volver esa magia contra él.

—Dices que fue robada en una tumba. ¿No seremos también malditos si robamos esa placa?

—No temas. —Baubalud permitió que una sonrisa cruzase su rostro grueso —. Ni cometimos ese robo, ni lo instigamos, ni tuvimos nada que ver. Estamos a salvo.

Un golpe de aire arrojó de nuevo luz dentro de la choza. Un forastero no hubiera visto en ella sino una construcción tosca, de paredes de piedra apiladas, techo de ramas, entrada sin puerta e interior vacío. Pero aquella era la morada de dioses poderosos, sin nombre ni imágenes. Por eso Baubalud abandonaba cada cierto tiempo las comodidades de su poblado, para vestirse de pieles y pasar allí la noche. Para conferenciar con esos dioses sin rostro ni nombre, y renovar junto a ellos su poder. El curandero habló de nuevo.

—Apresta a tus hombres y manda aviso a tus aliados. Envía espías por toda la sierra. Que estén alerta. La placa entrará en nuestras montañas. Así me ha sido revelado. Y yo he de tenerla.

10

Solo un par de días después de aquel encuentro a pie de playa, Eutiques recibió un aviso de Piripompo en el que le urgía a reunirse con él. Fue ya al ocaso y el corintio, que se encontraba en esos momentos en un festín, apartó en el acto su corona de vides para acudir sin demora a casa de su benefactor. Suponía que algo extraordinario debía de haber ocurrido, ya que Piripompo, al margen de aquellos famosos banquetes que celebraba a veces, llevaba la vida ordenada de un mercader, se acostaba pronto y despachaba todos sus asuntos antes del mediodía.

En cuanto Eutiques pisó la casa, le salió al encuentro el viejo Pleistodoro, hombre de confianza del dueño, para llevarle hasta él. Se encontraba en la azotea, lugar al que solía subir este a aquellas horas para disfrutar del aire fresco que se levantaba con el ocaso. El sol se había puesto ya tras la sierra, las sombras eran grandes y espesas, y el cielo, de rojos y violetas que viraban hacia el negro, iba encendiéndose poco a poco de estrellas.

—Eutiques —le anunció con mesura el mercader, que estaba sentado en la casi oscuridad, con una copa de vino entre las manos—, mis agentes han confirmado la historia que nos contaron el otro día. Hay, en efecto, tres enviados de los tartesios que recorren el país libofenice dispuestos a recuperar los tesoros del túmulo al precio que sea, mejor si es pagando que a punta de armas. Buscan la placa de plata y también andan preguntando por ti.

—¿Y? —Como no le invitaban a sentarse, se apoyó en su bastón largo.

—No tardarán en llegar a Mainake.

—Y no se irán sin la placa. —Eutiques, amigo de cazar las ocasiones al vuelo, no perdió la oportunidad que se le brindaba—. No debes demorar más tu decisión. Es tiempo de actuar, Piripompo, antes de que...

Se interrumpió, porque el anfitrión había alzado una mano entre las sombras.

—Por desgracia, tenemos ahora un problema más grave e inmediato. —Suspiró—. Me han robado el pacto de plata, Eutiques. Delante de mis narices, en mi misma casa.

El corintio se quedó de piedra. Se acarició la barba y, tras aguardar unos momentos, viendo que el otro no añadía nada, acabó por preguntar:

—¿Cómo ha ocurrido tal cosa?

—Ha sido Prolampo —aclaró entonces el mercader, con voz estrangulada.

—¿Cómo?

—¡Prolampo! —rugió de repente el anfitrión, perdida la máscara de calma, de forma que hizo dar un brinco a su visitante. Arrojó rabioso la copa, que se rompió en mil pedazos contra una esquina de la azotea—. ¡Prolampo! ¡Él! ¡Maldito canalla!

Eutiques apartó inquieto los ojos de su rostro, que ahora se retorció entre dos luces con una cólera insensata mientras seguía barbotando maldiciones.

—¡Así me ha pagado la hospitalidad! ¡Robándome! ¡Cuando le ponga la mano encima...! —Hizo un esfuerzo por serenarse, tal vez al advertir la mirada del otro—. Le están buscando, porque tiene que estar aún aquí. Desde el mediodía, no ha salido ningún barco, y el robo ha tenido lugar esta misma tarde.

—Yo no estaría tan seguro de que siga en Mainake. Piensa que hay otras posibilidades. —El corintio se acarició la barba—. Tengo un buen amigo en el barrio indígena y quizá sepa algo. Y, si no lo sabe, podrá averiguarlo. Si te parece, me voy a hablar ahora mismo con él.

—Te lo agradezco. —El mercader se removió en la oscuridad—. Las puertas ya están cerradas, pero eso se puede arreglar.

—Lo sé. No es necesario que hagas nada. Me voy ahora mismo extramuros —concluyó, notando que acababa de crecer mucho en la estima del mercader.

—Aguarda, hombre, que te vamos a buscar a alguien que te acompañe —le contuvo Piripompo, quien, pese a sus manías, era un hombre en general sensato—. Si vas solo, lo único que conseguirás es que te den una paliza o algo peor, y que te roben hasta las barbas.

Uno de los mayores temores de los focenses de Mainake era un posible golpe de mano desde tierra, sobre todo por la zona rayana con la ciudad indígena, donde las chozas llegaban casi al pie de la muralla. Por eso siempre había muchos guardias a las puertas y estas se cerraban al ocaso. De noche, brillaban fogatas y teas en lo alto de los muros mientras hombres armados hasta los dientes patrullaban sin cesar los parapetos, atentos a movimientos sospechosos abajo.

Pero todo eso no quería decir ni mucho menos que fuese imposible salir o entrar luego de la caída del sol. Siempre había quienes —viajeros rezagados, juguistas, prostitutas indígenas— necesitaban cruzar tras la hora de cierre, dificultad que se allanaba mediante sogas y una buena propina a los guardias.

A Eutiques no le costó nada ajustar un precio para él y sus dos acompañantes, dos esclavos de Piripompo que esgrimían buenos garrotes. Mientras los soldados lanzaban las cuerdas, él se asomó al borde para contemplar el barrio indígena, ya callado y sumido en sombras. En la periferia del mismo, se veía sin embargo resplandor rojo de llamas y hasta sus oídos llegaban música y algarabía.

—¿Qué pasa ahí? ¿Es que hay fiesta? —le preguntó a uno de los guardias.

Este se volvió un momento para observar el reflejo de los fuegos que dibujaba, negro contra el temblor del rojo, las siluetas de las cabañas.

—Como todas las lunas llenas. —Agitó la cabeza, tocada con casco cónico, antes de dar un tirón tentativo a la cuerda—. Ya podéis bajar. Cuando volváis, dadnos una voz y os subiremos. Si traéis mujeres, tendréis que pagar aparte. Y que no vengan hombres, bárbaros, se entiende, porque no les dejaremos pasar.

Ya abajo, uno de los esclavos encendió una antorcha y se aventuraron en las tinieblas del barrio, yendo hacia el resplandor del fuego que se agitaba por encima de las techumbres de cañizo.

En las afueras del poblado, junto al muro de adobe indígena, habían

dispuesto un gran círculo de hogueras y, en su interior, una multitud bailaba una danza suelta y muy movida. Brincaban, giraban y, en un lateral, músicos casi desnudos batían toda clase de tambores, soplaban flautas, hacían resonar carracas y crótalos, o redoblaban palos de diversa longitud. Y, fuera del ruedo de fogatas, se agolpaba una muchedumbre aún mayor, batiendo palmas o sencillamente mirando. Aunque no había verdadera diferencia entre unos y otros, porque a cada momento alguien se animaba a participar o, cansado, salía resollando del baile.

Allí no había estatuas de dioses ni altares, y aquella danza misma resultaba una mezcla de sagrado y profano. La gente bebía, conversaba, reía, y Eutiques pudo ver a más de un griego allí. Aunque casi todos eran libofenices: garbosos, aceitunados de piel, con una gracia natural en los gestos, ligeros de ropa, cargados de joyas bruñidas y con los hierros desnudos metidos en la faja.

Anduvo de acá para allá, buscando a Ardis, porque suponía que estaría en ese descampado y no en su choza. Y no se equivocaba, al poco pudo verle algo aparte, echando la buenaventura a un par de mujeres. Se inclinaba sobre la tierra parda ciñendo un lienzo amarillo a modo de falda, con sus dos largos puñales en la cintura y los amuletos balanceándose sobre su pecho desnudo. A intervalos, lanzaba un puñado de huesecillos al aire, antes de inclinarse e interpretar su disposición mientras las dos mujeres reían.

Esperó hasta el final de la sesión y, haciendo aguardar a los dos esclavos, se llevó a su viejo compinche a un lado al tiempo que las dos mujeres se alejaban ya, comentando los vaticinios. El lidio casi no cambió de gesto al saber lo ocurrido. Se limitó a agitar con párpados entornados la cabeza calva, dejando aletear las yemas de los dedos sobre los pomos de sus cuchillos.

—Lo que yo me pregunto, Ardis, es: ¿para qué puede querer robar alguien como Prolampo el pacto de plata?

—Para venderlo y no precisamente por lo que pueda valer la plata de la que está hecho.

—Eso es. —Se permitió un guiño de astucia—. Ahí quería yo llegar. ¿Y a quién acudirías tú, en su lugar, con la placa? A alguien que tuviese mucho interés en obtenerlo; alguien que pudiese y quisiese pagar mucho por ella.

Alguien con el que, además, pudieses ponerte fácilmente en contacto.

El otro, los brazos cruzados sobre el pecho, asintió lentamente.

—Ya: a los tartesios.

—No creo que Prolampo trate de salir de Mainake por mar, sino por tierra. Quizá no está en la ciudad, como piensan, sino escondido en alguna de estas chozas. —Abarcó con la mano la aglomeración de cabañas a oscuras, tras el muro de adobe—. En esto es en lo que me puedes ayudar.

—Voy a preguntar por ahí. Conozco a más de uno que parece no tener otra cosa que hacer que enterarse de todos los chismes. Y no deben de andar muy lejos.

—Te espero aquí mismo.

El lidio desapareció entre el gentío. Eutiques se entretuvo dando paseos cortos a la luz de las llamas, parándose a ratos para mirar el tumultuoso baile de la luna. Hacía mucho calor, apenas soplaba aire y el retumbar de los tambores parecía llenar la oscuridad. El olor a cuerpos apretujados era muy fuerte y las pavesas incandescentes saltaban en torbellinos de las fogatas. El bullicio era apabullante y muchos allí estaban más o menos borrachos. Se entretuvo en contemplarles, porque aquellos libofenices eran de veras una raza agraciada, amante de los colores llamativos y las joyas.

Por fin regresó el lidio como se había marchado, apareciendo de repente entre el gentío arremolinado.

—¿Ya? Poco has tardado.

—No te creas que me ha salido barato, pero ha merecido la pena. —Cogiéndole de forma familiar por el codo, le arrastró consigo hasta casi el borde de la luz, lejos de posibles oyentes—. Ese Prolampo ya no está en Mainake, se ha marchado esta tarde por el camino de tierra.

—¡Cómo! —Eutiques, que lo último que esperaba escuchar era eso, golpeó de forma impulsiva el suelo con su báculo—. ¿Pero cómo es posible? ¿Es que se ha ido solo?

—No. Tampoco andabas tan descaminado en tus suposiciones. Se ha marchado con una pequeña caravana tartesia, que es la que ha llamado la atención de la gente; porque su salida ha sido cualquier cosa menos normal —sin ningún motivo en concreto, echó una ojeada en torno—. Esta noche los

tartesios bailan también en su isla, en honor de la luna. Ya sabes que esa tradición es para ellos tan sagrada como para esta gente —abarcó con un ademán a los juerguistas que les rodeaban—, aunque mucho más formal en su caso. Por eso una partida así, tan de repente, resulta tan extraña.

—Porque tienen la plata y estaban todos compinchados. Prolampo debió de ponerse de acuerdo con ellos, antes de robar la placa. —Se pasó la mano por la frente—. ¿Cuántos van en esa caravana?

—Apenas una veintena de hombres, contando guardias y porteadores.

—Sí que es pequeña.

—Y más ahora, con la sierra llena de bandas guerreras, rebeldes a Argantonio. Lo normal era que hubiesen esperado hasta que se reuniese un grupo mayor. Además, han salido ya por la tarde, cuando lo suyo es hacerlo de mañana y cubrir etapas, para ir haciendo noche en los enclaves controlados por los tartesios.

—¿Pero cómo es posible que nadie en Mainake se haya dado cuenta de lo raro que resulta todo eso?

—Los griegos no prestáis demasiada atención a lo que hacen las demás gentes. —Al resplandor cambiante de las llamas, dejó escapar una sonrisa desabrida—. Además, Prolampo ha salido de la ciudad a solas y se ha reunido después con los caravaneros, ya al pie del camino.

—No hay más que hablar. —El corintio volvió a remover el polvo con su bastón—. Ese filósofo de pega lo tenía ya hablado con ellos. En cuanto ha tenido ocasión, ha robado el pacto y todos juntos han puesto tierra por medio. Seguro que esperan que Argantonio les cubra de riquezas.

—Por lo menos con su peso en plata —asintió—. Y si cruzan la sierra..., a ver quién se atreve a presentarse en país tartesio a reclamarles algo que, después de todo, es suyo.

—Me voy a casa de Piripompo. —Eutiques movió los hombros, como quien se sacude la inacción—. No sé qué medidas piensa tomar ese hombre, pero, por si acaso, estate donde te pueda localizar que, si se organiza algo, ya me encargaré yo de que tomes parte en ello.

—El baile dura hasta el alba. Andaré por aquí sacándome algo con la lectura de las suertes. Después, estaré en mi choza.

* * *

El mercader aún estaba en la azotea de su casa, en compañía de su factótum Pleistodoro; aunque ahora habían encendido un par de lámparas, mitigando en parte la oscuridad. Eutiques, sin perder tiempo en zalemas, le informó de todo.

—¡Claro que hay que perseguirles! —Aporreó la mesilla que les separaba, haciendo bailotear la vajilla mientras las luces temblaban. Con un gesto brusco, le invitó a sentarse—. Si no lo hacemos, podemos dar por perdido el pacto y todo lo que él significa —bufó rabioso—. ¿Pero cómo? ¿Cómo?

—Si me permites —terció con tacto el viejo Pleistodoro—. Están tus invitados, que son no pocos y, muchos de ellos, jóvenes y aguerridos... y todos dispuestos a lo que sea por la causa griega —añadió con cierta sorna, que el dueño de la casa prefirió ignorar.

—No conocen la sierra, ni la ruta —objetó—. Prolampo y los tartesios tendrán guías, llevan ventaja y, en estas condiciones, no harán sino aumentarla. Nunca los cogerán.

—No tiene por qué ser así. No, si Xanto acepta hacer de guía para los nuestros.

—¡Xanto! —El mercader dio un brinco, derramando parte del vino—. ¿Es que ese descastado está en Mainake?

—Si no está, yo sé de uno que me ha mentado.

—¿A qué esperas, hombre? Que venga ahora mismo a verme.

—¿Y si estuviera acostado? La hora...

—¡Que se levante! —Volvió a golpear la mesa, esta vez a mano abierta, con fuerte sonido, tan imperioso como un déspota oriental.

Encogiéndose de hombros, Pleistodoro se fue a cumplir el encargo. Oyeron durante unos instantes resonar su báculo, al golpear el suelo de la terraza y las escaleras. Luego, todo quedó en silencio. Piripompo y Eutiques aguardaron sentados en silencio, sumidos en la penumbra amarilla de las lámparas. Al cabo, el primero avanzó el cuerpo con brusquedad para coger la jarra y llenar a rebosar una copa para tendérsela después a su invitado.

—Bebe mientras esperamos.

No hubo más palabras, volvieron a reclinarse en sus divanes. La noche era

calma, despejada y un calor sofocante colgaba como una losa sobre los tejados. El corintio, al dar el primer sorbo, se percató de que el vino era fuerte y espeso, con muy poca agua. Según lo paladeaba, se sonrió para sus adentros, notando la paradoja, porque, por otras veces, sospechaba que, en el fondo, a Piripompo como más le gustaba el vino era así, casi sin aguar, tal como lo bebían los bárbaros.

Al recordar lo que le había dicho Ardis sobre la fiesta lunar de los tartesios, se asomó al mar, ya que estaban sentados casi al borde de la terraza. Pero la casa de Piripompo no estaba en línea con el islote, otros edificios tapaban la vista y no pudo distinguir nada. Con la imaginación, se pintó una escena de grandes hogueras, lámparas encendidas y tambores redoblando mientras los bailarines enmascarados evolucionaban entre el revuelo de pavesas, interpretando danzas que sus sacerdotes decían que eran tan viejas como el mundo.

Pero enseguida apartó tales imágenes y, reclinándose de nuevo, volvió a abismarse en el vino. Al cabo de cierto tiempo, sin mediar palabra, su anfitrión le rellenó la copa.

Por fin, tras una espera que —en la oscuridad, el calor, el silencio— a Eutiques se le hizo casi interminable, Pleistodoro regresó, anunciándose por anticipado con el golpeteo del báculo. Le acompañaba un personaje que, a la escasa luz de las lámparas, parecía de talante huraño, flaco y magro. Un hombre de edad incierta, renegrado por el sol y con el cabello tan rubio que resultaba casi blanco. Su manto se veía viejo y raído y, terciada a la espalda, con la empuñadura asomando bajo la axila, a la griega, llevaba una espada falcata de factura indígena.

—Gracias por honrar mi casa, Xanto —le recibió sin levantarse el mercader con un tono que desmentía la bienvenida de las palabras—. Bueno, espero poder llamarte aún así. ¿O has cambiado ya tu nombre griego por algún otro bárbaro?

—¿Has hecho que me molesten a estas horas para preguntarme tonterías? —El recién llegado apoyó su peso sobre el pie izquierdo para adoptar una postura que tenía mucho de desdén.

—No. Se trata de algo mucho más importante.

—Ya está informado —intervino Pleistodoro—. Yo mismo se lo he contado mientras veníamos.

—¿Por qué has hecho eso? No es algo de lo que uno deba ir hablando por ahí, con el primero que pasa, a la ligera.

—Te pido perdón —el viejo factótum manoseó su báculo, impertérrito—, pero supuse que era más importante ganar tiempo.

—Ah, es cierto: has hecho bien, como siempre. —Su patrón desarrugó un tanto el ceño, antes de encararse otra vez con Xanto—. Entonces, ya conoces cuán importante es todo esto.

—Por supuesto que conozco lo importante que es: nada en absoluto.

Hubo un momento de silencio pero, en contra de lo que temía Eutiques, Piripompo no explotó. Echando mano a su copa, dio un trago reposado y se tomó su tiempo antes de replicar.

—¿Esa es tu opinión? —dijo con suavidad—. Bueno, pero somos unos cuantos los que pensamos que esa plata es muy importante y que no debemos dejar que se nos escape de las manos.

—Allá cada cual..., pero, ¿qué tiene que ver todo esto conmigo?

—Como si no lo supieras, farsante. No hay griego que conozca como tú la sierra: quiero que hagas de guía a un grupo de persecución. Hay que recuperar ese pacto a cualquier precio.

—¿Un grupo de...? —sonrió lleno de desprecio—. ¿Con quiénes lo vas a formar? ¿Con esos bribones a los que das techo?

—Vuelvo a decirte que tus opiniones no me interesan lo más mínimo. Lo que yo quiero de ti es saber si vas o no a guiarlos.

Xanto descansó la zurda sobre el pomo de la espada que le asomaba bajo el sobaco mientras con la diestra se acariciaba la barba rubia, como sopesando la propuesta. Eutiques, reclinado entre las sombras, le contempló con interés, porque ya en su época de traficante por el interior había oído hablar acerca de aquel Xanto. Un griego que vivía desde hacía años entre los bárbaros, hablaba a la perfección sus lenguas, era respetado por sus jefes y hechiceros, y tenía un par de esposas entre ellos. Un personaje que tenía un algo de leyenda en la sierra pero al que hasta entonces nunca había tenido ocasión de ver.

El guía cambió el peso de pie y Eutiques volvió a observarle, dando casi por supuesto que iba a declinar con alguna respuesta hiriente y preguntándose cómo reaccionaría Piripompo. Pero se equivocaba.

—Muy bien —aceptó, aunque con otra mueca desdeñosa—. Vamos a divertirnos: si esos gandules son capaces de formar una partida, cosa que hasta dudo, yo estoy dispuesto a hacer de explorador para ellos.

11

Sin más tardanza, Piripompo mandó llamar a todos cuantos le debían algo. Y así, mientras sus esclavos iban por toda la ciudad, aporreando puertas en mitad de la noche, el viejo Pleistodoro se ocupaba de levantar a los invitados y, luego de ponerles en antecedentes, armarlos a costa del dueño. Sin poder ahorrarse la zumba, el factótum había contemplado con una media sonrisa aquella colección de rostros abotargados, ojos enrojecidos, gestos hoscos, antes de apostillar:

—Bueno, amigos: pudiera haber alguno que, después de haber estado medrando en la generosidad del amo, se sienta ahora reacio y esté tentado de escabullirse. —Sonrió, al tiempo que se acariciaba con la punta de los dedos la barba blanca—. De ser así, yo, en su lugar, no me limitaría a quedarme tan tranquilo en Mainake, sino que pondría por medio cuanto mar o tierra pudiese. —Volvió a sonreír ante las expresiones, de repente cautas, que aparecieron en los rostros de algunos de sus oyentes—. He de advertir, a quienes no lo sepan, que Piripompo es un hombre bastante desmedido, tanto en la amistad como en la enemistad; como sin duda va a descubrir ese ingrato de Prolampo cuando le atrapéis.

De esa forma, una banda de correligionarios, clientes, parásitos y esclavos de Piripompo fue a descolgarse en plena noche por los muros de la ciudad mientras los guardias, asomados al pretil, movían la cabeza ante lo diverso de los personajes y la disparidad de armamentos. Al pie de la muralla les

aguardaban Ardis y dos guías libofenices, llamados estos últimos a instancias de Xanto. Enseguida, bordeando por las tapias del barrio indígena, cogieron el camino de caravanas que llevaba tierra adentro.

La luna, muy grande y amarilla, aún brillaba en el cielo y, a su resplandor, acometieron a buen paso la subida. En aquellos pagos, la sierra llegaba casi al mar, conformando una costa pétrea y salvaje, rota por las vegas de ríos monteses —largas, estrechas, feraces—, donde se asentaba la población indígena además de no pocos colonos fenicios y griegos.

Los libofenices, que se conocían al dedillo la ruta, iban adelantados para prevenir emboscadas, volviendo de tanto en cuanto a consultar con Xanto, que iba arriba y abajo del grupo tratando de que nadie se rezagase. Este último tuvo enseguida una agarrada con Metacles, un sujeto de buena familia al que Piripompo había confiado el mando de esa turba. Metacles, todo un atleta, acuciaba a sus hombres, mientras Xanto no dejaba de reprocharle que, a ese paso, estarían demasiado agotados cuando llegase la hora de luchar.

—¿Pero no te das cuenta de que estamos ganando terreno? —mascullaba—. ¿No sabes que llevan porteadores? ¿Cuánto crees que pueden recorrer hombres cargados con fardos? Maldición, podemos alcanzarles sin necesidad de llegar con la lengua fuera.

—¡Bah! —A la luz descolorida de la luna, Metacles agitaba la cabeza, flameando la cimera del casco como las crines de un caballo impetuoso—. Si consiguen llegar al primer puesto tartesio, podemos dar la plata por perdida.

—¡Qué tontería! —se impacientó Xanto. Su interlocutor aludía a las fortalezas y poblaciones controladas por los tartesios que, todo a lo largo de esa ruta, servían de parador a las caravanas, así como de punto de comercio con las tribus de la sierra—. Los puestos se sitúan de forma que cubren jornadas o puntos estratégicos, y los mercaderes pueden ir haciendo noche en ellos. Pero estos han salido por la tarde y van a tener que acampar al raso.

—¡Estúpido! Aún nos sacan ventaja. Buscarán la protección de los suyos y los tartesios, desde luego, no nos van a entregar la tablilla, ni a Prolampo.

—¡El estúpido lo serás tú! ¡A ver si os molestáis alguna vez en fijaros en lo que sucede más allá de vuestras murallas! Así sabrías más de vuestros vecinos y sacaríais quizá más provecho. Los puestos tartesios están al mando

de nobles, pobres o de poca monta, es cierto, pero nobles al fin y al cabo. Si esos a los que perseguimos se confiaran a uno de ellos, este se apoderaría del pacto para ganarse él los honores. Ellos, como solo son mercaderes, no podrían impedirselo y solo sacarían una pequeña recompensa... No creo que corran tantos riesgos por tan poco. De lo contrario, no habrían salido así de Mainake.

Así anduvieron, entre palabras gruesas, amenazas mutuas, promesas de ajustar luego las cuentas e intentos de los demás por aplacarlos, hasta que Metacles aceptó a disgusto reducir algo el paso.

Pero poco después, al ocultarse la luna, tuvieron un segundo altercado, igual de desabrido. Porque Metacles era partidario de seguir al resplandor de las teas, mientras que Xanto aducía que, aparte de peligroso, esas luces pondrían sobre aviso a todos los montañeses de la vecindad. Y eso, con bandas de guerreros recorriendo la sierra, en abierta revuelta contra el poder tartesio, no era otra cosa que una locura. Siguieron discutiendo un trecho, de muy malos modos, mientras a su alrededor los hombres tropezaban y maldecían en las tinieblas hasta que, de nuevo, Metacles, aunque hirviendo de rabia, se atuvo a las razones del guía.

Se detuvieron a descansar al borde de la senda, en completa oscuridad. Los más curtidos echaron una cabezada, mientras el resto se arrebujaba tiritando en sus ropajes porque soplabla el viento cortante de la sierra, silbando y aullando entre las peñas. Miles de estrellas palpitaban sobre sus cabezas y, en la negrura, se intuían las formas masivas de los riscos, a ambos lados del camino. Xanto y los libofenices montaban guardia y, aparte del viento, el ulular de los búhos y algún crujido ocasional, producido por los durmientes, el silencio era completo.

Así transcurrieron unas pocas horas y, apenas hubo un resquicio de claridad, Metacles se incorporó de un salto, despertando a todos con voces destempladas y, en apenas nada, reanudaron la marcha.

Amanecía claro y limpio, con un cielo despejado, y si a esa primera hora el aire era frío, enseguida comenzaría a apretar el calor. La ruta serpenteaba por un terreno agreste y despoblado, hecho de roquedales, peñascos y árboles que se aferraban a cualquier grieta, colgando sobre las cabezas de los

viajeros. A veces, una vuelta del camino les permitía mirar atrás: a la falda de los montes, la costa rocosa, las playas blancas y el mar al fondo, azul y dorado. Asomándose al borde de los despeñaderos, en alguna ocasión llegaban a divisar, ya muy lejos, los muros, los templos, las casas, los barcos de Mainake, y más de uno se preguntaba entonces, con un punto de desazón, si volvería a pisar aquellas calles.

Cada cual se había armado a su gusto, porque en Mainake, como en cualquier colonia, abundaban los grandes depósitos de armas. Y, si bien los hombres de sentido común habían optado por armamentos ligeros, los había que caminaban bajo el peso de corazas, grebas, cascos, hoplones, bañados en sudor y resollando como bueyes. A esos, Xanto les azuzaba de palabra, preocupado de que alguno se rezagase.

—Nos vigilan: hay montañeses al acecho. —El curtido guía señalaba con el dardo hacia los peñascales y las espesuras colgantes que flanqueaban el camino—. Están ahí, esperando una ocasión. Si alguien se para a descansar, morirá. Eso es lo que hacen, atacar como lobos a cualquiera que, por una u otra causa, se aparta o se queda atrás.

Multitud de aves revoloteaban entre las peñas. Los buitres, desde lo alto de los riscos, abrían sus grandes alas y levantaban vuelo aprovechando las corrientes de aire cálido. Alzando los ojos, los hombres les veían trazar amplios círculos en el azul de lo alto, y se preguntaban si eso sería buen o mal augurio. Y precisamente sobre el vuelo de esos buitres fue sobre lo que Xanto llamó la atención de Metacles, un poco después.

—¿Ves cómo acuden y dan vueltas por allá? —Se los mostró, apuntando con el dardo—. Me apuesto lo que quieras a que hay carroña camino adelante.

—Es verdad. —El otro se echó algo atrás, hacia la nuca, su casco de gran cimera—. Manda a indagar a uno de los guías.

—Ya lo he hecho.

Siguieron todavía un trecho, ahora aún más alerta, con las armas listas y ojeadas recelosas a la rocalla y la maleza circundantes. El libofenice volvió a la carrera, agitando los dardos que empuñaba en cada mano y dando grandes voces. Xanto salió de forma apresurada a su encuentro. Cambiaron unas pocas palabras rápidas.

—Los mercaderes están ahí, a pocos pasos. —El griego se encaró con sus compatriotas—. Les han asaltado y están todos muertos.

—¡Vamos! —Se arrancó el impetuoso Metacles.

—¿A qué apurarse, hombre? —El guía se pasó los dedos por entre la barba rubia—. ¿No te digo que están bien muertos?

—Acerquémonos con cuidado —medió Eutiques, más que nada para evitar que se desatase una nueva disputa entre esos dos—. No sea que repitan la emboscada con nosotros.

Reanudaron la andadura, ahora en una formación más apretada, por si hubiera que luchar de un momento a otro y, al cabo de unos doscientos pasos, tras una curva, el libofenice pudo enseñarles el escenario de la matanza.

En aquel punto, las peñas retrocedían y la cuesta se rellanaba, formando una especie de pequeño anfiteatro natural, muy cerca del camino. Era evidente que los tartesios se habían detenido a pernoctar en ese lugar, y que allí les habían sorprendido los bandidos montañeses. Había un par de fogatas, ya apagadas, y los muertos yacían muy cerca, en un corto radio. Los cadáveres estaban completamente desnudos, les habían cortado la cabeza, como trofeo, y también los genitales, a modo de humillación.

Tras deliberar de forma breve, Xanto y los dos libofenices se lanzaron como hurones en busca de rastros mientras el resto deambulaba por entre aquella carnicería. Dejando a unos y otros, el lidio Ardis se dirigió al borde del anfiteatro, a la umbría, allá donde el agua de un manantial resbalaba susurrando por la roca. Eutiques se reunió con él.

—¿Sabes? —El griego se refrescó el rostro—. Empiezo a pensar que de veras hay una maldición sobre esa tablilla.

El otro dejó escapar una de sus sonrisas, antes de beber un sorbo de agua helada, recogida en el hueco de las manos.

—¿De qué te ríes, hombre? Para haber sido sacerdote, a veces resultas un tipo de lo más descreído.

—He viajado mucho y he estado muy lejos, buscando... —El lidio agitó la cabeza calva, poniendo los ojos en el otro lado del circo rocoso—. Tú sabes que he pagado sin rechistar el precio de la iniciación, un precio que no es nada barato. Por eso, muchas veces, soy tan escéptico..., porque yo sé.

—Entonces no crees que...

—Lo que yo creo es que no hay necesidad de buscar explicaciones complicadas cuando se tiene una sencilla a mano. Es verdad que, allá donde va, esa plata siembra la traición, la desgracia y la muerte. Pero, ¿no sucede así con todo lo valioso o —y aquí dejó escapar una sonrisa taimada— con lo que la gente cree que es valioso? Si hay alguna maldición, está en la codicia de la gente, que les vuelve locos, Eutiques, y no en la plata.

Ahora fue el griego quien no dijo nada. El lidio comenzó a jugar con un dardo, haciéndolo redoblar suavemente sobre su escudo, pequeño y redondo. Al poco, se arrancó a canturrear entre dientes, al ritmo del tamborileo, en una lengua que Eutiques no pudo, no ya entender, sino ni siquiera identificar. Luego, se detuvo bruscamente.

—Ahí viene Xanto.

Al levantar la cabeza, Eutiques vio a los tres guías que llegaban saltando entre las rocas. Los griegos se arracimaron en su torno, expectantes.

—Es un grupo grande, desde luego —anunció lacónico Xanto—. Llevan a tres prisioneros consigo y uno de ellos pudiera ser ese Prolampo; por lo menos, eso me hace pensar la huella de sus sandalias, que son de tipo griego. Pero tampoco puedo jurar nada: ya ves —dijo eso volviéndose hacia Metacles— que les han robado todo y es posible que él también esté muerto y uno de los montañeses se haya calzado sus sandalias.

—No, no —se opuso alguien—: tiene que ser Prolampo. He estado mirando y estoy casi seguro de que ninguno de esos cadáveres es el suyo.

—Pues no perdamos más tiempo. —Metacles se abrió paso a través de los hombres como un toro entre las olas. Se caló el casco de gran cimera—. Tienen la plata y Prolampo les acompaña. Vamos tras ellos. Xanto, guíanos.

Se desató una marejada de protestas y objeciones. Xanto meneó la cabeza.

—¿No has oído lo que te he dicho antes? Nos superan en número y están en su terreno.

—También tú lo estás. ¿O no dicen de ti que te conoces estos montes como la palma de tu mano? Guíanos y, cuando les demos alcance, ya veremos.

—¿Así de fácil?

—Yo no he dicho nada de fácil. Pero le prometí a Piripompo, que es como

un padre para mí, que recuperaría esa plata y volvería con Prolampo, vivo o muerto. Y estoy dispuesto a cumplir mi palabra, cueste lo que cueste. — Encarándose con los otros, sacudió la cabeza, haciendo arremolinarse la cimera de crines—. En cuanto a vosotros, todos, de una u otra forma, estáis en deuda con Piripompo. En los buenos días aceptasteis su favor y ahora estáis obligados a corresponderle. Y, el que no quiera hacerlo por gratitud, que lo haga por miedo. Ya sabéis cómo las gasta él con quienes le disgustan.

—Oye, Metacles. —Xanto se le llevó un poco aparte, bajando la voz—. ¿Te emperras en perseguir esa plata? Bien, pero por lo menos dividamos el grupo en dos: en uno de ellos pondremos a los que no nos sirvan y les mandaremos de vuelta a Mainake...

—¡No!

—¡Asno! —El guía comenzaba ya a acalorarse—. Pero mira a ese, o a ese otro. ¿De qué sirven excepto de estorbo? Hay que andar por terreno abrupto, por entre barrancos y malezas. Debemos escoger solo a los que nos sean útiles y deshacernos del resto.

Tras un intervalo de silencio, su interlocutor inspiró con fuerza y asintió muy despacio, a regañadientes. Entre ambos, fueron descartando a los demasiado viejos, a los débiles y a los que, a simple vista, estaban muy bajos de forma. Luego aún hicieron intercambiar a algunos las armas y, como había quienes agobiaban con protestas a Metacles, como moscones en su redor, diciendo que estaban agotados, sin fuerzas, y pidiéndole que les incorporase al grupo de regreso, aquel acabó explotando.

—¿Pero aquí quién manda? —rugió—. Yo ya he elegido quiénes irán en cada grupo. Sin embargo, el que quiera volverse por su cuenta, que lo haga. Pero, lo dicho. —Les apuntó con el dedo, exasperado—. Piripompo no es de los que pasa por alto cierto tipo de desaires.

A pesar de todo eso, más de uno, al final, con ojos gachos y arrastrando los pies, prefirió unirse a los que se volvían. Metacles les observó apretando el puño sobre el asta del dardo, pero no hizo amago alguno en su dirección.

—Déjalos. Estamos mejor sin ellos —le consoló Xanto, meneando la cabeza ante el cuadro que formaba aquel grupo—. Si no tienes inconveniente, voy a mandar que les acompañe uno de los dos libofenices.

—¿Para qué? —se opuso, huraño—. Solo tienen que seguir el camino: no creo que vayan a perderse.

—Hay muchos sitios propicios a una emboscada y, sin un guía que los conozca, dudo mucho que logren llegar a Mainake. La verdad, Metacles, es que no quisiera tener la sangre de esa gente sobre mí; al menos, no sin una buena razón..., no quiero que ningún espíritu vengativo venga a rondar mi puerta, al caer la noche, pegando aullidos.

—No digas esas cosas.

—Aparte de que, si esos hombres mueren, eso no traerá más que disgusto a Piripompo. Y a ti también. Bastantes de ellos son ciudadanos de la propia Mainake y no creo que sus magistrados se crucen de brazos ante una matanza...

—Basta, basta. De acuerdo. Que uno de esos dos les acompañe.

De esa forma, el grupo se escindió y algo más de la mitad de sus integrantes se volvió a la costa. Se despidieron con voces y gestos algo exagerados, y hubo quien los estuvo mirando hasta que desaparecieron de vista, con no poca envidia. Mucho más tarde, se enterarían de que, en efecto, los rapaces montañeses, a la vista de lo débiles que eran, así como de la riqueza en armas que portaban, les habían atacado a lo largo de la ruta, acosándoles con dardos y pedradas. Cuantos fueron quedando tan heridos que no podían continuar, fueron siendo abandonados, y los serranos les asesinaron y despojaron de hasta el último lienzo de tela.

Pero eso estaba aún por suceder y los que se quedaban todavía tardarían en saberlo. Mientras les contemplaban alejarse, alguien llamó la atención de Xanto.

—¿No vamos a hacer nada con estos muertos? —inquirió, señalando los cuerpos mutilados de los tartesios.

—No.

—Son bárbaros, pero...

—Nosotros nada tenemos que ver con su muerte. Además, vamos a perseguir a sus matadores. Los espíritus de estos muertos no tienen nada que reprocharnos y, si derramamos la sangre de sus asesinos, estarán contentos —mostró la palma de la mano, dando por zanjado el asunto, antes de volverse hacia Metacles—. Por mí, cuando quieras.

—Pues andando.

12

Guiado por Xanto, el segundo grupo abandonó el camino para adentrarse en el corazón de la sierra; un maremagno de riscos, barrancos y espesuras en el que aquellos griegos, poco amigos de alejarse de la costa, se hallaban más que a disgusto. En un terreno tan difícil como aquel, Xanto demostró por qué se le consideraba en Mainake el mejor de los guías, ya que tanto él como el libofenice tuvieron que esforzarse, yendo de un lado a otro en busca de pistas, mientras que Metacles, al ver que sabían lo que hacían, aceptaba todas sus sugerencias sin rechistar.

La marcha les resultaba penosa y lenta. El sol era deslumbrante, el calor abrasador, y el aire ardiente, alzándose en vaharadas, robaba hasta el aliento. Los hombres, desorientados en medio de ese laberinto rocoso, vigilaban sin cesar los alrededores, recelando de cada grieta, cada árbol, cada mata. Los rastros se desvanecían a menudo en aquellos suelos pedregosos, obligándoles a detenerse mientras los guías buscaban nuevas huellas. A veces les llevaba su tiempo, y en más de una ocasión tuvieron que volver sobre sus pasos, pero siempre acababan por retomar la pista, frustrando así las esperanzas secretas de algunos, que solo pensaban en encontrar una excusa para regresar a Mainake.

Al segundo día, Xanto volvió de repente, brincando entre las rocas. A sus voces de aviso, los hombres se detuvieron a observarle, más de uno con envidia, porque aquel sujeto parecía incansable. Llevaba la túnica con soltura,

con un hombro en claro para facilitar los movimientos; empuñaba un dardo en la diestra, mientras que con la zurda sujetaba manto y escudo, terciados sobre la espalda. La falcata le bailoteaba bajo la axila y los cabellos, muy rubios, chocaban de forma llamativa con la piel, renegrida por años al aire y el sol de la sierra.

Cruzó unas pocas palabras con Metacles, antes de, con un gesto, conminarles a seguirle hasta donde habían acampado sus perseguidos solo unas horas antes. El libofenice les esperaba allí, lanzando con despreocupación dos dardos al aire y volviéndolos a recoger, tal como haría un malabarista con sus palos. El lugar no podía ser más recóndito: una hendidura en la pared rocosa, cubierta en parte por salientes, y los restos de fogatas mostraban que era un lugar de acampada bastante habitual.

Pero lo que centró la atención de los griegos no fueron esas cenizas ni los pedazos de cerámica rota, dispersos por todo el lugar, sino una estructura de madera situada al fondo de la grieta. Un armazón sólido de troncos sin desbastar, formado por dos postes verticales que sujetaban, a unos dos metros de altura, un tercero horizontal. Bajo ese marco de madera había una hoguera, ya consumida, y del travesaño, sujetos de los talones por tiras de cuero, colgaban dos cadáveres desnudos y quemados.

Los cuerpos estaban medio carbonizados, sobre todo cabeza, torso y brazos, y una nube de moscas negras zumbaba frenética a su alrededor. Los griegos, asqueados, examinaron el tinglado de tortura, espantando a los insectos a manotazos. Flotaba un desagradable olor a carne quemada, mezclado ya con el tufo de la corrupción, lo que hizo que más de uno, tras un vistazo, se alejase.

No así Xanto, que, imperturbable, circundó despacio el dintel, antes de agacharse a examinar lo poco que quedaba de aquellos rostros. Escrutó un instante los rasgos ennegrecidos, los ojos blancos, los dientes descubiertos entre labios consumidos por las llamas.

—¿Quién de ellos es Prolampo?

—Es difícil decirlo, pero me parece que ninguno de los dos. —Metacles se quitó el casco, para pasar los dedos por entre el cabello, húmedo de sudor. Se acarició la barba, mientras echaba otra ojeada. Como cualquier griego de

Mainake, había oído muchas historias acerca del trato que dispensaban los serranos a sus prisioneros—. Estaban vivos, ¿no?

—¿Cuando les quemaron? Sí, claro —asintió con gesto distraído—. Les cuelgan de los pies y encienden el fuego debajo; no muy vivo, para que puedan retorcerse y debatirse, intentando escapar de las llamas... la cosa puede durar mucho, mucho. Ahí está la gracia.

El alto Metacles miró de reojo a su enjuto interlocutor y en la punta de la lengua tuvo la pregunta de si, durante sus correrías por la sierra, había presenciado él mismo algo así. Pero no llegó a hacerla porque no tenía suficiente confianza con él, así que se ocupó de temas más prácticos.

—¿Qué habrá sido de Prolampo?

—Antes de avisaros estuvimos rastreando un poco. —El guía señaló a la boca de la hendidura con su dardo—. Por lo que vimos, ya sospechaba yo que no había muerto. Los serranos, no sé por qué, se han dividido en dos grupos: uno grande y otro pequeño, de no más de media docena. Han tomado caminos distintos y, en el grande, hay huellas de un hombre con calzado griego.

—¿Y si le han matado? Uno de los montañeses podría haberse puesto sus sandalias.

—¿Dónde está entonces el cuerpo? No: la profundidad de las huellas es la misma de ayer, así que sigue calzándolas el mismo.

—¿Por qué habrían de perdonar la vida a Prolampo? —intervino Eutiques, que también estaba inspeccionando los cadáveres—. ¿Y por qué se han separado?

—Lo segundo no lo sé. —El guía descartó el asunto con un ademán—. Pero, respecto a Prolampo, no le han perdonado la vida. De momento no le han matado, que no es lo mismo.

Metacles, que no cesaba de agitar las manos, intentando en vano alejar a las moscas, boqueó al recibir una vaharada de mal olor.

—Salgamos de aquí. Esto apesta.

—¿Qué quieres? Con este calor... —Xanto se encogió de hombros.

Abandonaron la quebrada y, como de común acuerdo, se desparramaron a la sombra de árboles y rocas, siempre unos a la vista de otros. Metacles dio vueltas a su casco entre las manos.

—¿Quién tendrá la plata? ¿Los del grupo grande?

—Es de suponer. —Haciendo una pausa, Xanto manoseó su dardo—. Pero deja que vuelva a decirte algo: sigo pensando que lo mejor es dejar correr el asunto y volvernos.

—¿Volvernos? ¿Sin la plata? —Frunció el ceño—. Ni hablar.

—Pero Metacles —se quejó alguien—: si son más que nosotros y están en su terreno...

—Xanto conoce esto tan bien como ellos. Les seguiremos hasta darles alcance y, entonces, les atacaremos por sorpresa. —Paseó la mirada por los hombres, dispersos a la sombra, con ojos que echaban chispas—. Vamos a recuperar esa plata para Piripompo y, por supuesto, también le llevaremos a Prolampo, vivo o muerto.

Las expresiones eran de poco entusiasmo, pero nadie se animó a discutir. Eutiques y Ardis cruzaron de forma discreta una mirada, algunos suspiraron y Xanto mostró las palmas con gesto de hastío. Metacles atusó la cimera del casco, para después calárselo, como dando por zanjado el tema, y se puso impetuoso en pie.

—Arriba, hombres. Xanto, guíanos.

* * *

Durante otros dos días erraron por aquellos montes salvajes y casi sin sendas. Apenas vieron signos de vida humana, aunque, por consejo de Xanto, más de una vez dieron un rodeo para evitar poblados. De vez en cuando se topaban con una deidad local, esculpida en la piedra de las laderas, y los más supersticiosos hacían gestos para espantar el mal, porque aquellos dioses indígenas no podían serles sino hostiles.

De día, el calor era espantoso. Las aves planeaban entre los riscos con graznidos que rebotaban de forma interminable a lo largo de los desfiladeros. Los ánimos se resentían de la caminata, del saberse en peligro constante, y en varias ocasiones tuvo que intervenir Metacles para aplacar altercados que amenazaban con acabar en derramamiento de sangre.

Por eso, incluso los más tibios, casi se alegraron cuando Xanto volvió para avisarles de que al fin habían dado con los bandidos. El libofenice y él

los habían descubierto a unos mil quinientos pasos, en lo que parecía ser su madriguera: una especie de gruta que servía también como templo a un dios local.

Existían entre los pueblos de la sierra, al igual que entre sus parientes del llano, un sinfín de sociedades guerreras, de carácter sagrado y medio secreto. Muchos varones, llegados a la pubertad, ingresaban en alguna de ellas. Estaban formadas por hombres de distintas parentelas y contaban con caudillos electos, por lo que servían de contrapeso al poder de los jefes y senados tribales, además de ser un factor aglutinante entre los distintos linajes montañeses, harto amigos de las venganzas de sangre y las guerras familiares.

Según Xanto, aquel debía de ser el santuario de una de esas sectas guerreras y allí tenían que encontrarse tanto Prolampo como la plata. Y, aunque Metacles se frotase las manos, satisfecho de que estuvieran ahí y no en una aldea, el guía no dejaba de mostrar su preocupación, porque no era asunto banal el profanar el adoratorio de un dios local.

Algunos querían atacar la caverna al caer la noche y pasar a cuchillo a cuantos encontrasen, pero los guías se sonreían escépticos ante esos planes. No era tan fácil, argüían, que un grupo de hombres como el suyo pudiera deslizarse en la oscuridad sin ser descubiertos por los centinelas. El ruido alertaría a Estos, el golpe fracasaría y, dada la desproporción de efectivos, se encontrarían en un serio aprieto.

En cambio, el plan de Xanto era atacar a plena luz del día. La caverna era en realidad un espacio situado bajo un enorme saliente de la pared rocosa, resguardado por arriba y con los lados abiertos. Lo que él proponía era atacar por uno de esos flancos, por sorpresa, matando a cuantos les hiciesen frente y, aprovechando la confusión, hacer huir al resto. De ninguna forma, insistía una y otra vez, había que acorralarles contra el fondo, porque entonces lucharían como fieras y la escaramuza podía acabar en desastre.

—Se trata de recuperar esa dichosa plata —alzó un dedo para recalcar las palabras—, no de morir en vano. Dejadles una vía de escape y la aprovecharán, y podremos matar a unos cuantos por la espalda, sin riesgos. Pero, si los arrinconáis, ¿quién sabe cómo puede acabar todo? Son guerreros natos y son más que nosotros.

Tras larga deliberación, y con bastantes dudas, Metacles acabó asumiendo aquellos puntos de vista y, sin perder más tiempo, emprendieron el camino del santuario. Lo hicieron en una formación algo más suelta, los unos a la vista de los otros, sin hablar y tratando de hacer el menor ruido posible. Aquellos pagos eran de lo más abruptos y, de vez en cuando, alguien, en un mal paso, hacía correr un arroyo de guijarros cuesta abajo. Otras veces era algún animalejo, que se escabullía entre los matojos, o un ave que, asustada, alzaba de repente el vuelo.

Los guías, que iban algo adelantados, volvieron de golpe, surgiendo entre la maleza. Por señas, les indicaron una línea de grandes rocas, veteadas de liquen, que se hallaba unos pasos más allá. Los griegos se deslizaron hasta ellas para, con todas las precauciones, atisbar por encima. Del otro lado, el terreno bajaba y volvía a subir, hasta llegar a una pared de peñas y oquedades, que era dónde estaba el templo.

Xanto se deslizó hasta donde se hallaba Metacles y, juntos, estudiaron la situación. Algunos les imitaron, en tanto que otros se sentaban a esperar, la espalda contra las piedras, aprovechando la sombra. El gran saliente pétreo estaba casi enfrente y, debajo del mismo, en una penumbra que no dejaba vislumbrar demasiados detalles, se podía ver bastante movimiento de gente.

—Están todos ahí: ahora es el momento. Iremos por ese lado, a la derecha, a cubierto de esos árboles —Xanto se los mostró con el índice—. Nos acercaremos cuanto podamos antes de atacar. Yo os daré la señal.

—¿A qué ese rodeo? —quiso saber alguien, arriesgando una ojeada rápida.

En respuesta, el otro le indicó una de las peñas. Allí, en lo alto, se divisaba la figura de un centinela, acuclillado y con un dardo en cada mano, oteando con paciencia infinita las quebradas.

—Si no damos un rodeo —volvió a apuntarle—, nos verá y dará la alarma.

—Basta de charla —se impacientó Metacles—. Xanto sabe lo que hace. Vamos allá.

Se escabulleron cuesta abajo, las armas prestas y con toda clase de precauciones. Los dos guías volvieron a adelantarse, en prevención de algún

encuentro fortuito, en tanto que Metacles azuzaba a los hombres con gestos enérgicos. Al poco, llegaron a los primeros árboles que, nudosos y retorcidos, crecían entre las rocas de la ladera.

Metacles, que iba a hacer señal de avanzar, se interrumpió a mitad del gesto porque entre los troncos, algo más adelante, resonó de repente un gran grito. Los hombres se detuvieron sobresaltados; muchos se revolvieron, blandiendo escudos y dardos, escudriñando los contornos y sin saber a qué atenerse. Hubo un instante de quietud. Luego, una gran bandada de pájaros alzó de forma estruendosa el vuelo a su derecha, en una súbita explosión de graznidos y aleteos.

—¡Vámonos de aquí! —rugió alguien, perdiendo los nervios.

Se arremolinaron, roto ya el silencio, pero apenas tuvieron tiempo de nada. Con un clamor tremendo, una horda de bárbaros pintarrajeados surgió tras los árboles y los peñascos de la cuesta para lanzar contra ellos una lluvia de dardos y piedras. Usaban pinturas de colores, tocados de plumas y crines, mantos rojos; aunque los griegos, al alzar los ojos, apenas pudieron ver otra cosa que un estallido de movimiento y color entre el verde y los marrones de la ladera.

Dos, tres hombres, se desplomaron chillando, con astiles de lanza vibrándoles en las carnes y, enseguida, entre el silbido de los proyectiles, los montañeses se les echaron encima. Desconcertados, los griegos cedieron en un instante. Solo unos pocos, los más fieros y los más aturdidos, les hicieron frente, pero se vieron arrollados por el empuje de sus atacantes. El resto echó a correr cuesta abajo, gritando, en desorden total y más de uno, llevado por el pánico, tiró sus armas para huir más ligero.

Se produjo un combate tan rápido como desesperado en la arboleda y, en pocos instantes, casi todos los que plantaron cara habían caído, abrumados por el número de adversarios.

No ocurrió lo mismo con el forzudo Metacles. Al primero en acometerle, le asestó tal golpe de hacha que le mandó por los aires, de vuelta cuesta arriba. Al segundo le recibió sobre el escudo y, volteándole, le envió rodando cuesta abajo. Y luego aún, bramando, se arrojó sobre tres a la vez y los hizo retroceder, sin que ninguno de ellos escapase ileso del lance.

Los bárbaros se arremolinaban ya a su alrededor, gritando y blandiendo sus armas y sin que nadie, no obstante, se decidiese a atacarle. Entonces un hombrón alto, de barba larga y salvaje, se abrió paso a empujones. Apartó de muy malos modos a uno que se cruzó en su camino y, lanzando una mirada torva a sus compañeros, echó a un lado el manto rojo en un gesto que tenía mucho de bravata.

Se evaluaron unos instantes mientras sopesaban las armas. El griego contempló a aquel bárbaro feroz y renegrado, desnudo a excepción de un holgado lienzo rojo, ceñido a las caderas, y un puñado de joyas de metales bruñidos. El montañés escudriñaba a su vez a ese extranjero alto y fornido, tocado con un casco de vistosa cimera. Después, como puestos de acuerdo, se acometieron a la vez.

Hubo un rápido cambio de golpes; el hierro de las hachas chirriaba al entrechocar y los escudos sonaban como gongos al recibir un golpe, entre el griterío de cuantos asistían al duelo. Luego los contendientes se apartaron sudorosos, pero, casi sin tomar aliento, Metacles volvió a la carga con un alarido retumbante. El bárbaro, cogido a contrapié, casi no tuvo tiempo de cubrirse y el hachazo del griego hundió su escudo pintado, derribándole con la fuerza del golpe.

El griego se le echó encima entonces, rugiendo, pero el montañés se hurtó como una culebra y, desde el suelo, lanzó un golpe en abanico que alcanzó la pierna de su enemigo, desjarretándole. Metacles se derrumbó de espaldas, aullando de dolor, y, antes de que pudiera reaccionar, el otro echó mano a su puñal y le acuchilló repetidas veces. Los gritos cesaron y el vencedor, incorporándose jadeante, aún se tomó unos latidos de descanso antes de, entre los vítores de sus amigos, recoger el hacha y decapitar al muerto de un solo golpe.

Mientras, Eutiques y Ardis estaban en apuros. Los dos compinches eran de los que habían preferido salir corriendo, pero, al percatarse de que cuesta abajo había montañeses apostados, y que alanceaban a los fugitivos, optaron por plantar cara y defenderse espalda contra espalda.

Por cuatro veces algunos enemigos, borrachos de victoria, les habían atacado en desorden, y en todas habían tenido que retroceder, maldiciendo y

malparados. Tras el último encontronazo, los montañeses, enfriados, dudaban; pero acudieron más y se pusieron a discutir unos con otros, tan vehementemente que casi llegaron a las manos. Por fin, haciendo caso a los más prudentes, comenzaron a rodearles manteniendo las distancias.

—Me parece que este sí que es el final del camino. —Eutiques se enjugó los labios al ver cómo sus enemigos, sin dejar de gritarse entre ellos, recogían piedras del suelo.

Los bárbaros se abrían para cerrar huecos en torno a aquellos dos. Ellos se liaron el manto a la cabeza, para protegerse de las pedradas. Un montañés adelantó un pie, sopesando con mirada aviesa el canto que tenía en la mano, y ellos estaban a punto de arrojarse a la desesperada contra sus enemigos, cuando un grito áspero les contuvo a todos.

El lidio y el griego, al volver la cabeza, vieron llegar al hombretón de barba salvaje y ojos ardientes. Llevaba el manto rojo echado al hombro, un hacha ensangrentada en la diestra y, con la zurda, sujetaba por los pelos una cabeza recién cortada. Los bárbaros se apartaban ante ese hombre impetuoso y Eutiques, al que ese rostro le era familiar de sus tiempos de traficante, se exprimió en vano la memoria.

—Rendíos ahora mismo —les conminó en el dialecto de la sierra, con una voz que llamaba la atención por lo profunda.

—¿Rendirnos? ¿Para qué? ¿Para que podáis asarnos a fuego lento? —El griego aún tuvo arrestos para echarse a reír, enarbolando su hacha—. Anda a buscarte la diversión en otra parte.

El montañés le contempló con el ceño fruncido y la cabeza algo ladeada, tratando de descifrar qué le había respondido; porque hacía años que Eutiques no visitaba la sierra y su pronunciación del dialecto debía de sonar de lo más extraña. Luego, al comprender, dejó escapar una sonrisa fiera.

—Rendíos y os daré la oportunidad de ganaros la libertad, con las armas en la mano.

—¿Y por qué íbamos a creerte?

—Aceptad mi palabra o morid ahora mismo. —El hombretón se encogió de hombros.

—Tú eres Behor Cutúa —le soltó Eutiques, reconociéndole de repente por

tal gesto.

—Ese soy yo —admitió el otro con solemnidad.

El griego se pasó el dorso de la mano por la boca mientras observaba a los bárbaros de manto rojo, que esperaban su decisión con piedras en las manos, antes de volverse hacia Ardis para buscar su consejo.

—Quizá nos espera una muerte horrible —dijo este último por lo bajo—. Pero yo soy partidario de dejar que las Parcas hilen un poquito más.

—Lo mismo opino —convino en el mismo tono antes de alzar la voz—. Nos rendimos, Behor Cutúa.

—Esta es una buena espada. —El lidio Ardis enarboló su falcata—. Deja que la ponga en el suelo, en vez de tirarla.

—Hazlo, hombre —aceptó sonriente el bárbaro.

* * *

Atados de manos, fueron conducidos al santuario de los montañeses, donde tampoco había tanto que ver, fuera de piedras cinceladas, pinturas en la roca, cerámicas y cestos, un foso de ofrendas y la deidad tutelar de la sociedad guerrera: una diosa de madera negra, del tamaño de un hombre grande, ubicada al fondo de esa especie de caverna, con un pequeño fuego ceremonial encendido a sus pies.

Como enseguida descubrieron, también habían sobrevivido los dos guías, capturados en la emboscada, así como otros tres griegos, todos ellos con heridas más o menos graves. Pero a estos últimos, casi de inmediato, les arrastraron ante la diosa negra, y, entre una algazara tremenda, los sacrificaron en su honor.

Eutiques, al ver que Behor Cutúa se acercaba a ellos, y temeroso de correr igual suerte, si no peor, se lo echó en cara.

—¿Esto es lo que vale tu palabra?

—A esos no les di ninguna —el bárbaro puso una mirada iracunda sobre los cuatro prisioneros, maniatados y de rodillas—, así que cuida la lengua, no vaya a ser que te la corten. No se rindieron, sino que les capturamos, lo mismo que a estos dos. —Señaló con el mentón a los guías, antes de encararse con uno de ellos—. ¿O digo mentira, Xanto?

El aludido cabeceó a desgana. Luego, como si no pudiera contenerse, levantó los ojos hasta encontrarlos con los de Behor Cutúa.

—Admito que me pillasteis completamente desprevenido. —Movi6 de nuevo la cabeza—. Sin embargo, tus hombres estaban aqu6 solo un instante antes..., no entiendo c6mo pudiste tender tan r6pido la emboscada.

—Aqu6 no hab6a m6s que un pu6ado de hombres. Pero les orden6 que se movieran mucho y que se colocasen de distintas formas el manto, cada vez que entrasen o saliesen, para que pareciera que hab6a muchos m6s.

—Buen truco —admiti6 el griego agachando de nuevo la cabeza.

—Eres bueno, Xanto, pero Behor Cutúa —se golpe6 con la mano abierta el pecho, haci6ndolo resonar— es a6n mejor.

Fue a sentarse en una piedra y dej6 correr un tiempo, entretenido en pasarse los dedos por la barba espesa sin dejar de estudiar a sus prisioneros.

—¿Qu6 cuenta pendiente tienes conmigo, Xanto, que andas persigui6ndome?

—¿Yo? Ninguna —sonri6 de forma desgana—. A m6 me pagaban por hacer de gu6a a esos de Mainake.

—Bueno. ¿Y ellos?

—Ten6is algo que consideran suyo: una placa de plata, con inscripciones, que est6 partida por medio...

Se detuvo, porque, a la menci6n de la tablilla, fue como si una nube negra pasase por el rostro del b6rbaro.

—¡Ese objeto de demonios! —explot6 congestionado—. ¡Ojal6 la Mujer de la Noche lo hunda en lo m6s hondo de la tierra y ning6n ojo humano lo vea m6s!

Los prisioneros se miraron unos a otros, estupefactos, mientras Behor Cutúa les contemplaba a su vez con el semblante ennegrecido por la furia.

—Si tanto te disgusta —se atrevi6 Eutiques al cabo—, d6nosla. Nos la llevaremos lo m6s lejos posible y nunca sabr6s m6s de ella.

—¡Ja! —El montañ6s le dirigi6 una sonrisa bastante salvaje—. De todas formas, no est6 aqu6. La tiene Mantel6r.

—No entiendo nada —Xanto mene6 la cabeza.

El b6rbaro, repantingado sobre la roca, suspir6 y, poniendo los codos

sobre las rodillas, se inclinó adelante. Les observó un momento.

—Bueno —concedió—, entonces os lo voy a contar.

Hizo otra pausa, jugueteó con sus pulseras de oro macizo y, poniendo los ojos a lo lejos, en el paisaje montañoso que se divisaba más allá de la abertura, comenzó a hablar.

Esa banda era, en efecto, la que había atacado a los tartesios en el camino de Mainake, matando a todos excepto a dos de ellos y a un griego que les acompañaba. Los primeros fueron algo después asesinados, pero el tercero — que, como había viajado un poco por la zona, chapurreaba el idioma local— tenía algo que podía interesar a los jefes de la banda.

Estos, que eran dos, habían escuchado con el mayor interés la historia de la placa quebrada. Más tarde, sentados ante una hoguera, habían estado calculando qué hacer con ella y cuánto sacarle. Y, como el vino iba de mano en mano y los ánimos estaban exacerbados por el asalto y la tortura al fuego de los mercaderes, casi sin darse cuenta habían comenzado a discutir, cada vez con mayor violencia, hasta acabar batiéndose a puñal a la luz de las llamas, en un duelo que había costado la vida de uno de ellos.

—Ya sabéis cómo son estas cosas. La sangre se calienta y... —Behor Cutúa cabeceó con amargura, dejando la frase en el aire.

El vencedor había mirado aturdido el cadáver de su hermano de sangre, y luego el puñal enrojecido en su propia mano, casi preguntándose qué había pasado, pero ya nada tenía remedio. La mayoría de sus hombres se habían apartado con horror de él, porque dentro de aquellas sectas guerreras se establecían vínculos sagrados entre sus miembros y el hecho de que uno vertiese de esa forma la sangre de otro resultaba tan atroz como hacerlo con la de un pariente.

A la mañana siguiente había partido, llevándose la plata y acompañado por algunos hombres leales, así como por el griego Prolampo. El resto, dirigido por Behor Cutúa —un guerrero con renombre en la sierra, que desdeñaba sin embargo el cargo de caudillo— había vuelto al santuario de su diosa tutelar, cargando con el cadáver del jefe muerto.

—Ese Prolampo tiene a los dioses malos de su parte —rezongó Xanto—. Pero, ¿por qué les hicisteis el favor de despistarnos con ese cambio de

calzado?

—¿De qué me estás hablando, hombre?

—Alguien de los tuyos cambió sus sandalias con Prolampo: un buen truco, porque tengo que reconocer que consiguió engañarnos por completo.

Behor Cutúa le miró de hito en hito, con el ceño fruncido, antes de llamar a su lado, con gesto brusco, a uno de los lugartenientes.

—A ver: búscame ahora mismo a uno que lleve puestas las sandalias del griego. Tráemelo aquí en cuanto lo encuentres.

El otro, aunque le miró de reojo, se fue a cumplir el encargo sin decir esta boca es mía. No tuvieron que esperar mucho, porque al poco volvió acompañado de uno de los guerreros, un hombre —calculó Eutiques— de igual peso y altura que Prolampo.

—Bueno, bueno —le interpeló con expresión tormentosa Behor Cutúa—. ¿Cómo es que llevas las sandalias del griego, hombre?

—Las cambiamos.

—Ya. ¿Y cómo fue eso? ¿Te lo pidió y tú aceptaste así, por las buenas?

—Es que me dio un eslabón de oro... —Bastante intimidado, rebuscó en su bolsa hasta encontrarlo—. Mira, mira; este es.

—Pero vamos a ver, hombre. ¿No te chocó que un prisionero tuviera un eslabón de oro y te lo diese por cambiar con él de calzado?

El otro agachó la cabeza y, farfullando, removi6 los pies. Eutiques comprendió que no debía de ser hombre de muchas luces. Behor Cutúa lo estuvo contemplando con muy mala cara, sin dejar de sobarse la gran barba.

—Tenías que ser tú —inspiró de forma sonora—. Desde luego, no serías más tonto ni aunque hubieras nacido de culo —hizo luego un gesto de aburrimiento—. Anda, vete.

Se quedó después como ensimismado, toqueteando sus pulseras de oro, antes de volver a dirigirse a los prisioneros.

—No sé si Prolampo tiene suerte o no; pero de lo que no tengo duda es de que es hombre de recursos. Consiguió a base de labia que Mantel6r le liberase y el truco este de las sandalias me suena a cosa suya. Mantel6r es bueno con las armas en la mano, pero —y aquí abrió con desprecio las manos— no tiene mucho en la cabeza.

—¿Qué piensas hacer con nosotros? —Se atrevió a preguntar Eutiques—. Dijiste que nos darías una oportunidad de ser libres.

—Lo dije y os la daré, y también a vosotros —añadió, dirigiéndose a los guías, antes de señalar a sus espaldas, a un cadáver depositado a la diestra de la diosa negra—. Era un jefe y, aunque se peleó con Mantelot, y a mi juicio es tan sacrílego como él, hemos de darle unos funerales dignos de su condición. Os batiréis en el funeral, para honrar su memoria, hasta que de los cuatro solo quede uno.

—¿Y ese? —quiso saber Xanto.

—Tendrá que luchar conmigo, cara a cara y en igualdad de condiciones —respondió con soltura el bárbaro—. Si consigue matarme, quedará en libertad.

13

Había un sinfín de ritos que llevar a cabo, aparte de consultar los agüeros, antes de que pudieran celebrarse las honras fúnebres. Entretanto, los cuatro prisioneros fueron encerrados en jaulas de madera suspendidas mediante correas de árboles, al borde de un precipicio hondo y umbrío.

Allí pasaron días, balanceándose entre la tierra y el cielo. El barranco caía casi a pico y, entre sus rocas, anidaba una multitud de aves de todas clases. Los presos las veían planear a lo largo del desfiladero, con chillidos que reverberaban entre las paredes pétreas, mientras más abajo, al fondo, un torrente espumaba furioso entre peñascos manchados de liquen.

De día el sol les abrasaba y por las noches se oían tiritar unos a otros. El menor cambio de postura hacía bascular las jaulas y, cuando silbaba el viento nocturno, cortante como una hoz, iban de un lado a otro con tal violencia y tales crujidos que Eutiques, en la negrura, se agarraba con desesperación a los barrotes, esperando que, de un instante a otro, cediesen las ataduras entre los palos para precipitarles de cabeza al abismo.

Solo al octavo día, Behor Cutúa se acercó a echarles una ojeada. Le acompañaban dos sujetos morenos, de ropas costosas y recargadas, adornados con montones de joyas doradas y con espadas de ricas empuñaduras metidas en las fajas. Eutiques no tuvo dificultad alguna en identificarles como libofenices y, en cuanto a su calaña, debían de ser algún personajillo y su guardaespaldas, o eso supuso. También iba con ellos una mujer, con una mano

posada familiarmente en el antebrazo del jefe serrano. Se cubría con un manto estampado, de clara inspiración fenicia, y uno de los pliegues, echado al descuido a manera de embozo, le ocultaba en buena parte la cara.

El griego, con las piernas colgando en el vacío y las manos en torno a los barrotes de palo, se fijó en esta última, en cómo se cargaba del brazo del montañés, en la forma en que reían y gesticulaban, sin que al jefecillo libofenice pareciera importarle gran cosa, y, a pesar de la situación en la que se hallaba, no dejó de sacar sus conclusiones.

Se detuvieron al borde del precipicio y echaron un vistazo, sin demasiado interés, a las jaulas y sus ocupantes. El guardaespaldas, aburrido, fue a recostarse contra un árbol, a la sombra. Ahora que estaban más cerca, a los oídos del corintio llegaba el runrún de su conversación, así como los tintineos de las pulseras de la mujer, que entrechocaban cada vez que hacía un gesto. El murmullo de la voz de ella le llamó la atención, de forma que levantó con fatiga los ojos para observarla, el corazón latiéndole ahora con fuerza. Ocho días de privaciones, allí colgado, le habían dejado débil y febril, de forma que no podía fiarse gran cosa de sus sentidos. Tal vez por eso, pese al manto y embozo de ella, y a que lo veía todo turbio, no tuvo de repente ninguna duda de que aquella libofenice tenía que ser su antigua esclava Oricena, a la que él había dado por ahogada.

Se esforzó por enfocar la vista, por distinguir algo de sus rasgos bajo el embozo, pero no llegó a distinguir nada y el momento de certeza comenzó a esfumarse, como un golpe de fiebre que viene y va. Ella, si de verdad era Oricena, no dio muestra de haberle reconocido y él, a su vez, tampoco hizo gesto alguno, pese a que por dentro sus venas eran como torrentes desbordados. Behor Cutúa, al tiempo que se ajustaba el manto rojo, afirmó algo a lo que sus interlocutores respondieron asintiendo. Luego los tres se giraron para volverse por donde habían venido. El guardaespaldas se apartó a su vez con pereza del árbol. Arrojó un puñado de chinas al vacío. Observó durante un momento cómo caían abriéndose en abanico antes de volverse a su vez para seguir a su jefe.

El griego se quedó mirando cómo se iban, aunque enseguida las rocas y la maleza los ocultaron a sus ojos. Se recostó con fatiga contra los barrotes,

preguntándose de nuevo si sería de veras Oricena o si había sufrido un espejismo fruto de las penalidades. Ladeando la cabeza, trató en vano de alcanzar con la mirada a Ardis, porque la jaula de este colgaba al otro extremo, con la de los guías de por medio. Acabó por desistir con un resuello, aunque no pudo ya sacarse todo aquello de la cabeza.

Behor Cutúa regresó a la mañana siguiente, esta vez acompañado por algunos de sus hombres, que se ocuparon de jalar de las jaulas para, tras abrirlas, ayudar a salir a sus debilitados inquilinos.

—¿Piensas hacernos luchar así? —le recriminó Xanto, al que el encierro no había suavizado el talante—. No te va a costar nada vencer al superviviente, granuja. Podrías derrotarnos ahora, a los cuatro a la vez, con una sola mano.

—Mira que tienes grande la boca. —El montañés se pasó los dedos por la barba, de buen humor—. Ocurre que he cambiado de opinión. Voy a devolveros la libertad y las armas, y ya no tendréis que luchar entre vosotros en el funeral.

—¿Cómo es eso?

—Me he hecho otra idea. Soy así. —Observó a los cuatro prisioneros; sucios, famélicos, con la piel ennegrecida y pelada por la solana—. Pero os pongo una condición: a cambio de la libertad, tendréis que buscar a Mantelot y matarle.

—¿Cómo? —Se miraron boquiabiertos los unos a los otros.

—Creo que al difunto le agrada más la sangre de su asesino que la vuestra. Así que, si aceptáis, seréis hombres libres. —Hizo una pausa para observarles—. ¿Y bien?

—Estoy de acuerdo —le faltó tiempo a Eutiques para asentir, secundado casi en el acto por los otros tres.

El bárbaro les contempló de hito en hito antes de proseguir.

—Es un trato. Tengo vuestra palabra. Si faltáis a ella... —Dejó la frase en suspenso por un latido, para después alzar la palma de la mano como en juramento—. Si faltáis a ella, que mi maldición caiga sobre vosotros.

Hubo un momento. Luego, tras rebuscar bajo su manto rojo, sacó un pellejo de vino y, con un gesto de la cabeza, se lo lanzó.

Xanto, que fue el que lo cazó al vuelo, bebió con largueza antes de, con un suspiro satisfecho, tendérselo a los otros. Fue circulando de mano en mano hasta volver al montañés, que tampoco le hizo ascos a un buen trago.

—Mejor que el agua sola. ¿No? —Se echó a reír con fuerza, antes de volver a empujar la bota.

—Si hay que cortar el cuello a Mantelot —inquirió Xanto—, a mí me gustaría saber algo más de lo que ha pasado. O, al menos, a dónde ha ido y qué se supone que piensa hacer con la plata.

—No hay gran misterio en ello. —El montañés se enjugó los labios con la mano—. Ya te lo conté. Nuestros dos jefes se pusieron a discutir sobre qué hacer con la plata y acabaron dándose de puñaladas.

—Ya, ya. ¿Pero qué...?

—Calma, hombre. La intención de Mantelot, lo que quería, era ofrecérsela a Baubalud.

—¿Baubalud? ¿Baubalud el curandero?

—El mismo.

—¿Y para qué iba a querer Baubalud esa tablilla rota? Que yo sepa, no es ningún objeto mágico.

—Te equivocas. Lo es. Está cargada de magia mala. —Behor Cutúa dejó escapar un mal gesto—. Pero no son sus propiedades mágicas lo que más puede interesar a Baubalud. Ese Prolampo nos contó que el gran rey Argantonio custodiaba de manera celosa la plata. Ahora quiere recuperarla a toda costa y ha enviado a sus hombres a buscarla. Y eso para Baubalud es suficiente. Ya sabes cuánto odia a los tartesios. Los aborrece con toda su alma y, si ellos quieren tenerla, él hará cuanto esté en su mano para que no la consigan.

—Mucho espera sacar Mantelot de todo esto, si ha sido capaz de matar a su jefe hermano y abandonarlo todo.

Behor Cutúa le entregó el pellejo de vino meneando la cabeza.

—Se emborracharon y se pelearon. No fue algo premeditado. En todo caso, hay una explicación sencilla. Mantelot desea a una de las hijas de Baubalud y supongo que pensará que, si le lleva este obsequio, conseguirá que se la entregue como esposa. Una historia tan vieja como los dioses o como

estos mismos cerros.

—Empiezo a creer que sí, que hay algún tipo de magia en esa placa de plata —rezongó el lidio Ardis—. Porque si no, ¿cómo es posible que ese pedazo de metal atraiga a tantos idiotas, y todos de la misma clase?

—¿Qué dices, hombre? —le espetó con cierta aspereza el montañés, porque el otro había usado el jonio—. Cuando hables, hazlo de forma que yo te entienda.

—Decía que sin duda tienes razón. Esa plata ha sido tocada por los demonios. Allá por donde pasa, lo va sembrando todo de traición y muertes.

—Tú lo has dicho.

—¿Pero qué necesidad tenía Mantelot de todo esto? —insistió Xanto—. Es él quien está tocado por los demonios y no esa plata. ¿No podía enviar a los casamenteros a hablar con Baubalud, como todo el mundo, en vez de organizar todo este enredo?

—Ya lo hizo. Pero Baubalud no le tiene en mucho. Piensa que no es más que un jefecillo, por debajo de su rango, y despachó a sus enviados con palabras poco amables. Ya sabes los humos que tiene y el genio que se gasta.

El guía asintió mientras el montañés, de repente huraño, se contemplaba las palmas de las manos, encallecidas por el uso de las armas.

—Maldito gordo —gruñó de repente—. Si alguna vez llega a tratarme a mí de esa forma, soy capaz de quemarle el poblado.

—¿Y qué pensaba hacer él con la plata? —quiso saber luego Xanto.

Eutiques, que asistía sin abrir la boca a la conversación, tardó un instante en comprender que el guía se estaba refiriendo al segundo jefe, el que resultó muerto en la disputa. Y solo entonces cayó en la cuenta de que, en ningún momento, Behor Cutúa había mencionado su nombre. Xanto parecía seguirle la corriente. Eutiques, como había traficado en tiempos por esas sierras y sabía lo inclinados que eran los indígenas a supersticiones y prohibiciones rituales, tampoco se extrañó tanto del hecho. Después de todo, como bien había dicho Behor Cutúa, los dos jefes habían obrado igual de mal peleando entre ellos y quizá por eso eludían ahora pronunciar su nombre.

—Él pensaba que lo mejor era vendérsela a los griegos o a los fenicios de la costa, al mejor postor.

—Más hubierais sacado.

—No sé qué decirte. Estoy recordando que poco antes de que todo esto ocurriera, un emisario de Totog, el jefe guerrero de Baubalud, vino y estuvo hablando con Mantelot. Pero en fin, nada de esto tiene ya remedio. —El montañés hizo una señal a sus hombres, que se habían mantenido hasta ese momento algo apartados—. Vamos, os sentaréis con nosotros a la mesa.

—Ah —aprobó el guía—. Sí. Será mejor que cobremos algo de fuerzas, si es que vamos a matar a Mantelot por ti.

—¡Eh! ¿Cómo? —saltó el otro, picado en su soberbia—. Yo no necesito que nadie mate por mí: si quiero ver a alguien muerto, yo mismo lo hago con estas manos. Yo, en este asunto, ni quito ni pongo. No intervine en la pelea por esa plata del diablo y ahora, sencillamente, dejo que el agua siga su curso..., así que no te vayas a equivocar.

Echaron todos a andar en dirección al santuario, pero no tardó el jefe serrano en retener a Eutiques por el codo, haciéndole rezagarse unos pasos.

—Dime, hombre, ¿qué es lo que hay entre vosotros dos?

—¿Entre qué dos? ¿De qué me hablas?

—No te hagas el tonto conmigo. ¿O es que no viste a la mujer que se acercó conmigo ayer hasta las jaulas?

—Claro que la vi.

—¿Y me vas a decir que no la conoces?

—¿Conocerla? ¡Y yo que sé! Pero si llevaba la cara tapada...

El montañés le miró a los ojos, dudando, mientras se acariciaba la gran barba negra. Caminaron unos pasos más, antes de que Eutiques, sin poder contenerse, le preguntara:

—¿Cuál es el nombre de esa mujer?

—Dice llamarse Oricena —repuso el otro, observándole expectante.

—Hubo una Oricena, hace no mucho tiempo —admitió entonces el griego con un suspiro.

El bárbaro cabeceó por fin satisfecho, antes de volver a pasarse la mano por la barba.

—Es una chica muy lista —dijo—. Pero Behor Cutúa tampoco es ningún tonto.

Hubo un silencio mientras seguían andando.

—Si alguna vez te la encuentras, ya puedes darle las gracias —añadió al cabo.

Eutiques le dedicó una mirada de soslayo, sin atreverse a preguntar más. Su interlocutor, a su vez, también pareció conforme. Solo más tarde el griego, sonsacando a los hombres del montañés, lograría averiguar que los libofenices del día anterior eran contrabandistas, gentes que daban salida, en los mercados de la costa, a los frutos de los robos y extorsiones de aquellos montañeses. Subían cada cierto tiempo a la sierra y, en cuanto a la mujer llamada Oricena, era la amante del jefe de la banda desde no hacía mucho tiempo, pero ya había ganado no poca influencia en sus decisiones.

Pero todo eso lo sabría más tarde. En esos momentos anduvo cabizbajo y perdido en suposiciones hasta que Behor Cutúa, en un arranque de los suyos, le tiró la bota, obligándole a levantar las manos para atraparla al vuelo.

—Vamos, hombre —vociferó—, bebe y levanta ese ánimo. Estás vivo, libre y te espera una buena comilona. ¿Qué más puede uno desear?

—Saber que mañana también estará vivo, libre y con una buena comilona esperándole.

Behor Cutúa, de repente de muy buen humor, se echó a reír en forma estruendosa.

14

Una luna después, Ardis le había comentado a Eutiques, con bastante sarcasmo, que tal vez hubieran debido rechazar la oferta de Behor Cutúa, quedarse en las jaulas y morir de una sola vez. Razones no le faltaban, porque habían abandonado la compañía del montañés para encontrarse con que toda la sierra estaba en armas. Los jefes más hostiles a los tartesios habían logrado desatar una insurrección general, de forma que se luchaba por todas partes, y las veredas y los bosques estaban llenas de bandas de guerreros errantes en busca de combate. Así que ellos cuatro, más que llegar hasta Mantelot —o bajar a la costa y olvidarse del asunto, como proponía Fluxe, el guía libofenice, pese a sus juramentos sagrados—, habían tenido que procurar salvar la vida, y eso buen trabajo les había dado.

De hecho, tras ir errantes por los caminos de la sierra, esquivando una y otra vez la muerte, habían acabado por refugiarse en una población aliada de los tartesios, en el corazón de la sierra, donde, como decía Eutiques, tampoco tenían asegurado seguir vivos, libres o poder comer siquiera. Algo a lo que Ardis replicaba que peor hubieran estado fuera, ya que los montañeses hormigueaban alrededor de aquel poblado, lanzando un asalto tras otro. Por suerte aquel lugar estaba en alto, asomado a un barranco, defendido por murallas ciclópeas y hombres bravos, y había resistido de momento todos los ataques, tal como se decía que había hecho durante siglos.

Aquel era el hogar de un pueblo antiguo y misterioso que, pese a que con

los siglos se había mezclado con sus vecinos y adoptado su idioma, aún se jactaba de su origen distinto. Antepasados que llegaron del mar en épocas remotas para desparramarse por occidente y levantar por doquier fortalezas colosales. Eran gentes activas, mineras, amigas del adorno. Aliados de los tartesios de las llanuras, no habían dudado en abrir las puertas a cuantos forasteros —mercenarios de Argantonio, prospectores fenicios, traficantes griegos— habían acudido en busca de asilo, huyendo de bandas errantes que hacían arder la sierra.

Los montañeses por su parte, codiciando los bienes que se atesoraban en su interior, acudían como moscas al asedio. Los grandes tambores retumbaban día y noche, y al oscurecer encendían hogueras rugientes. Los defensores, desde los pretilos de piedra, les veían bailar danzas guerreras, recortados en negro contra las llamas rojizas, como en un teatrillo de sombras.

Todos los días se acercaban a los muros en desorden, agrupados por hermandades, blandiendo con gran griterío sus lanzas y escudos pintados y, cada cierto tiempo, lanzaban un ataque tumultuoso que acababa siempre en retirada. A veces, algún guerrero solitario abandonaba los rangos para vociferar su desafío contra los muros, entre gestos obscenos. Era habitual que alguien —casi siempre otro montañés de sangre caliente— se descolgase del muro y entonces se libraba un duelo a muerte en tierra de nadie, entre el clamor de ambos bandos. Los jefes de la defensa se veían incapaces de impedir tales duelos, aunque cada baja les mermaba mucho más a ellos que a los sitiadores.

El asedio en sí era caótico y, por la orografía, imposible de cerrar. A veces una banda se desanimaba, o se aburría, y partía sin contar con los demás sitiadores. Otras, en cambio, guerreros frescos se sumaban, soñando con su parte del botín. Y así, una tarde, mientras sesteaban a la sombra de los muros, no les extrañó que comenzasen a redoblar los tambores del poblado, y a mugir las trompas de barro, mientras, desde los parapetos, los vigías llamaban a gritos a las armas. No eran horas habituales de lucha, pero todo era ahí de esperar, hasta que les atacasen a plena solana y hora de más calor. Al ponerse a toda prisa en pie, metiendo mano a los hierros, llegó ya hasta sus oídos una algarabía tremenda y, cuando ganaron los parapetos, pudieron comprobar que

los alrededores hervían de enemigos enardecidos.

Comenzaba, sí, a pasar la hora de la siesta y a insinuar que iba a refrescar un poco, pero aún quedaba mucha tarde por delante. La luz cegadora del mediodía se había suavizado ya un tanto y, muy arriba, los buitres trazaban círculos en un cielo sin nubes, como anticipando la matanza. Los serranos, tras comer y beber sin medida, y echar una cabezada, se habían despertado muchos sudados y con dolor de cabeza, y embotados, de mal humor, lanzaban ahora un ataque masivo.

Los tambores atronaban, los jefes arengaban a gritos a sus hombres y las enseñas —adornadas con lobos y jabalíes— se agitaban en mitad de un mar de hombres embravecidos que vociferaban mientras enarbolaban las armas. Había allí guerreros de todos los pueblos de la sierra, así como un número nada despreciable de renegados griegos y fenicios, vagabundos célticos e incluso una banda de arqueros desnudos y pintados, oriundos de la frontera noreste de Tartessos y famosos por su puntería.

Ahora esa balumba de gentes, entre una barahúnda ensordecedora, se lanzaba en oleadas contra los muros mientras los de dentro se aprestaban a la defensa una vez más, gritándose entre ellos. Los pretiles, todo a lo largo de la muralla, abundaban en hombres armados. Grupos de jóvenes ocupaban los lugares más expuestos, con manojos de dardos, e incluso los más viejos y las mujeres tomaban armas, por si hubiese que acudir a algún punto por que el enemigo amenazase romper las defensas.

Entre los silbidos de dardos y piedras, aquella riada humana fue a estrellarse contra la fortaleza. Olas de guerreros rompían en las piedras ciclópeas y, una vez tras otra, se veían forzadas a retirarse, alzando sus cetras pintadas para resguardarse de la lluvia de proyectiles.

Arqueros desnudos y pintarrajeados, con flechas entre los dientes, corrían tirando sin descanso. Los honderos volteaban sus correas y guerreros de mantos rojos o blancos que arriesgaban miradas rápidas por el borde del escudo lanzaban impetuosos soliferros y faláricas llameantes. Los jefes soplaban las trompas de barro y, con grandes gestos, animaban a los suyos al asalto, adelantándose ellos mismos a tocar las enormes piedras de los muros para dar ejemplo.

Diluviaban proyectiles, pero los atacantes aguantaban como toros encorajinados para retirarse solo muy a regañadientes, con los escudos en alto, llevándose consigo a sus heridos y siendo sustituidos por una nueva oleada. El escándalo era ensordecedor y, entre el zumbido de las piedras, las faláricas envueltas en llamas cruzaban el aire como cometas, dejando largas estelas de humo negro. Apoyaban escalas contra los muros, tratando de entrar al asalto, y más de una vez llegaron al cuerpo a cuerpo con los de arriba, pero al final eran siempre rechazados y las escalas abatidas.

Desde los muros se defendían con desesperación, lanzando toda clase de armas arrojadizas. Hombres con haces de dardos corrían a los puntos más amenazados y los heridos se arrastraban intentando salir de allí. Los tambores redoblaban sin descanso y, allá donde los tiros incendiarios habían logrado prender, las techumbres de las casas ardían con humaredas espesas, a bocanadas negras.

Obligados varias veces a retroceder, los sitiadores no cejaban sin embargo y hubo un momento en que, pese a la lluvia de dardos, llegaron en tal número a las murallas que lograron romper por tres o cuatro puntos a un tiempo. Se produjo entonces un combate furioso al borde de los pretiles. Los atacantes se agolpaban, intentando hacer valer su mayor número, mientras los defensores acudían gritando a reforzar, y en algún sitio se vieron tan apretados que, soltando otras armas, tuvieron que echar mano de los puñales para poder luchar.

Pero, poco a poco, los del poblado fueron haciéndose con la situación. Primero acá y luego allá, el asalto fue rechazado y los enemigos muertos o arrojados desde lo alto; muchos, al verse perdidos, saltaron ellos mismos y huyeron cojeando. Las escalas fueron derribadas y los serranos, pasado el momento de mayor ardor, se replegaron sin asomo de orden, acuciados por los insultos y proyectiles de los de dentro.

Fue entonces, acabando el combate —mientras los sitiadores retrocedían cada uno por su lado y en la muralla empezaban a cantar y a bailar—, cuando Ardis, que había estado espada en mano en uno de los puntos más difíciles, tomó a Eutiques por el codo.

—¡Mira allí! —le instó—. ¿No lo ves? ¡Allí, hombre!

El corintio, jadeante y sudoroso por el esfuerzo, se volvió a mirar por entre la desbandada, buscando lo que pudiera haber llamado la atención de su amigo. Y entonces los vio.

Cuatro hombres. Cuatro que corrían como diablos en sentido contrario a los demás, como queriendo aprovechar el caos de la retirada para acercarse al poblado. Eutiques entornó los párpados para aguzar la vista, perplejo, porque uno de ellos, grande y de barba salvaje, con un manto rojo que flameaba con la carrera, era casi sin duda Behor Cutúa, aquel imprevisible guerrero de la sierra. Y el resto..., el griego, haciendo visera, se inclinó aún más sobre el borde de piedra.

Había uno de manto tartesio y casco celta, adornado con tres largas plumas, y otro flaco y lleno de tatuajes, con la cabeza calva por delante y melena en la nuca, que ahora le aleteaba en la espalda al correr, como la cola de un caballo. En cuanto al tercero, moreno, con gran barba negra y manto también negro, le era conocido de sobra.

—No estoy borracho; así que ese tiene que ser Sembeles, el tío de Alongis.

—O él, o su hermano gemelo, o su espíritu. —Ardis, la falcata aún ensangrentada entre los dedos, puso los antebrazos en el pretil para observar la carrera desesperada de aquellos cuatro.

Se acercaban a toda velocidad, armas en puño, haciendo zigzags entre peñas, árboles, matas. Muchos de los sitiadores, en su desbandada, se cruzaron en su camino, pero casi ninguno reparó siquiera en ellos, atentos solo a alejarse, y aquellos que lo hicieron optaron por no cerrarles el paso, ni ponerse al alcance de sus hierros.

—Les persiguen —advirtió Xanto, que se les había unido.

Al alzar un poco los ojos vieron que, en efecto, por entre los que huían, había aparecido un nutrido grupo de guerreros serranos, con mantos unos bermejos y otros blancos, y vistosos escudos pintados, desplegados en abanico y aullando como fieras. En los muros, muchos se habían fijado ya en esa carrera mortal y, sin conocer de nada a los fugitivos, les estaban animando con gran escándalo de voces y entrechocar de hierros contra cetras y rodelas.

La caza del hombre seguía, cada vez más cerca del poblado. En ocasiones,

unos u otros desaparecían en un desnivel del terreno, solo para asomar de nuevo, un instante más tarde. Algunos perseguidores, los más rápidos, iban destacándose del resto y, en ocasiones, con esfuerzo, arrojaban un dardo a los fugitivos, pero esos tiros llegaban débiles y desviados y se perdían sin herir a nadie.

La mirada de Eutiques estaba puesta ahora en el grueso de cazadores. En concreto, en un hombre de manto carmesí, como los de los serranos, y un casco corintio —cerrado por completo, con una ranura en forma de Y para ver y respirar— rematado con una gran cimera de crines color rojo sangre. Todo su atuendo era una mezclanza y, sin saber por qué, apenas le puso los ojos encima, Eutiques estuvo convencido de que aquel era griego de nacimiento. Uno de esos renegados que, por una u otra razón, casi siempre un delito, abandonaban las colonias de los suyos para ir a vivir con los indígenas.

Debía de gozar, además, de cierta posición entre esos hombres fieros, a tenor de cómo enarbolaba su lanza, instando a los demás a esforzarse en la persecución.

Algunos sitiadores se habían percatado, al fin, de lo que estaba pasando y ahora corrían en diagonal, intentando cortar el paso a los cuatro fugitivos. Muchos otros, aunque también se habían dado cuenta, se habían detenido a mirar —porque ya habían tenido lo suyo con el último combate, o quizá porque no sabían muy bien a qué atenerse—, sin hacer amago de unirse a la carrera.

En los muros, algunos estaban pidiendo a voces sogas, escalas, cualquier cosa con que subirles, mientras muchos sopesaban los dardos, confiando en que los serranos, al calor de la caza, se pusieran a tiro. Alguien, exaltado aún por la lucha, se descolgó con las armas entre los dientes, ignorando los gritos de los más prudentes, y arrastrando con su gesto a otros. Enseguida hubo una, dos docenas de guerreros agrupados tras los escudos al pie de la muralla, esperando la llegada de unos y otros.

Los cuatro aparecieron haciendo eses, entre el vuelo de los dardos; a sus talones se apuraban los serranos, dispersos y alguno ya bastante cerca. Desde los muros les jaleaban a gritos mientras comenzaban a tirar lanzas que pasaban silbando sobre sus cabezas, buscando a los perseguidores. Ninguna dio en el

blanco, pero bastaron para hacerles parar en seco y aun recular.

El primero en llegar fue el flaco de los tatuajes, el de la melena, como cola de caballo en la nuca. Alcanzó al grupo de guerreros arracimados y, boqueando por el esfuerzo, quiso ponerse a su lado, blandiendo en cada mano un palo de lanzar, largos como brazos y ligeramente curvos. Pero los que allí estaban le empujaron hacia las escalas.

Enseguida llegaron Sembeles, Behor Cutúa y el hombre del casco céltico, sin resuello y con muy poco intervalo entre uno y otro. También les hicieron subir, mientras los de arriba les metían prisa a todos. El grueso de los perseguidores ya estaba también allí, aunque se habían detenido a una distancia segura, fuera de tiro, y parecían discutir de forma acalorada entre ellos.

Unos cuantos hicieron intención de acercarse pero, al ver que sus presas ganaban la seguridad de los muros, el renegado —o por tal le tenía Eutiques— les llamó y todos juntos retrocedieron sin hacer caso de los defensores que aún estaban fuera, al pie de la muralla, y que les retaban ululando.

En los pretilos, la gente se agolpaba alrededor de los recién llegados, atosigándoles a preguntas. El hombre de manto tartesio y casco céltico se despojó de este para enjugar el sudor; se sentó al borde, jadeando, y alguien le ofreció un poco de agua. Behor Cutúa, a su vez, pidió a voces cerveza, entre la hilaridad general; uno, risueño, le tendió una copa de cerámica, llena a rebosar.

Los de abajo volvían, subiendo las escalas, y los jefes estaban diciendo a sus hombres que se apartasen, que dejaran respirar un poco a esos cuatro. Behor Cutúa apuró de un trago y, mientras se relamía, fue a reparar de repente en Eutiques y sus compañeros. Se les acercó con mirada torcida, abriéndose paso.

—¡Gandules! ¿Así cumplís vuestra palabra, escondiéndos detrás de muros?

—¿Qué quieres, hombre? —El griego Xanto se encogió de hombros, sin dejarse amilanar—. Las hermandades están en armas: ahora es imposible hacer nada y suerte hemos tenido de poder llegar hasta aquí. Cuando todo esto amaine...

—Imposible, imposible. ¡Bah! —El otro rebuscó en los pliegues del manto. «Solo me faltaba eso», le oyeron rezongar entre dientes mientras lo hacía, «que se me hubiera caído con la carrera». Pero luego dejó escapar una exclamación de triunfo—. ¡Ah! ¡Aquí está!

Con gesto teatral, alzó una placa metálica que el sol en declive, al gesto, hizo brillar. Xanto y Fluxe, el libofenice, le observaron intrigados; pero Ardis y Eutiques se quedaron mirando boquiabiertos, y no a él, sino a lo que tenía entre manos. Porque lo que allí, entre sus dedos, centelleaba, no era otra cosa que el tan traído y llevado pacto de plata.

—¡Mirad! ¡Vagos! Ha tenido que ser Behor Cutúa el que se metiera en el cubil de Baubalud y se apoderara de esta plata de los demonios.

Un hombre ya entrado en años, alguien de rango en aquel poblado, le retuvo con familiaridad por el brazo y se lo llevó, hablando amistosamente. Fue justo entonces, cuando Eutiques iba a darse la vuelta, más que perplejo, para decirle algo a Ardis, cuando se topó de frente con Sembeles.

Hubo un momento de silencio.

—Tú eres Eutiques. —El hombretón de manto negro parecía más curioso que otra cosa—. Me acuerdo de tu cara y de la de tu amigo, allí, en Tartessos.

—Y tú eres Sembeles. Yo también te recuerdo —sonrió el corintio. Con gran disimulo, había cogido el dardo que llevaba en la mano como si fuese un puñal, no fuera que aquel bárbaro le saltase de repente al cuello. Con el rabillo del ojo, comprobó que Ardis también estaba cerca, al quite. Hizo intención de dar explicaciones, pero el otro le cortó enseguida con un ademán brusco.

—No te molestes: el asunto del robo del túmulo está, al menos en lo que a mí respecta, más que claro. No es por vuestro pellejo por lo que os vengo buscando.

—No sabes cuánto me alegra oír eso. ¿Y qué es lo que quieres entonces de nosotros?

—Dos cosas. —El lusón alzó un par de dedos—. La primera es cualquier joya del túmulo, por pequeña que sea, si es que os queda alguna. Se os pagará y a buen precio, por eso no temas.

—Siento decirte que no nos queda nada; los piratas nos quitaron hasta el

último alfiler. Tendrías que ir a Mainake: es muy posible que les hayan dado salida a través de los mercaderes de la colonia.

—Ya hemos estado allí.

—Ah —cabeceó—. Bueno, ¿y qué era esa segunda cosa?

—Quiero saber, en detalle, qué es lo que pasó con mi sobrino Alongis.

El griego y el lidio se miraron entre ellos, luego volvieron los ojos a él.

—Estaba con vosotros, ¿no? —Aquel bárbaro cetrino se paseó los dedos por la barba, poblada y negra—. Éramos de la misma sangre. Yo le di mi confianza y él me traicionó; ojalá se pudra en los infiernos y las diosas subterráneas le coman por siempre los hígados. Pero, aun así, era el hijo de mi primo y, ya que ha muerto, me gustaría tener algo bueno que decir de él a sus padres. Oí contar que tuvo una muerte digna, pero quisiera detalles de primera mano.

Hubo un momento de silencio.

—Ya veo —Eutiques asintió, antes de hacer un gesto informal—. Anda, ven con nosotros. Tenemos algo de cerveza. Tomamos un trago y te cuento todo lo que quieras saber. Pero, a cambio, tienes que explicarme cómo diablos tiene ahora Behor Cutúa el pacto. Me muero de curiosidad por saberlo.

* * *

Sin embargo, al cabo, no fue Sembeles el que les sacó de dudas. Se habían sentado a beber mientras el cielo iba enrojeciendo, próximo al ocaso, y soplaba ya la brisa del anochecer, fresca y a ráfagas. El bárbaro estaba aún contando su historia —las peripecias vividas, las emboscadas, el viaje a Mainake— cuando un heraldo fue a anunciarles que Nader, jefe del poblado, reclamaba su presencia.

Nader, grueso y chaparro como un ídolo fenicio, estaba instalado al aire libre, en un sitial de madera tallada y marfil, en medio de un semicírculo de hombres también sentados. Su manto era el más rico y los bordados distintos a todo cuanto Eutiques hubiera visto en la sierra. Se cubría con una cantidad asombrosa —incluso para los usos de la sierra— de joyas bruñidas: brazaletes, ajorcas, cadenas, collares. Destacaba sobre todo la diadema, con un gran disco de oro que se situaba en mitad de su frente, que indicaba su

rango de jefe. Los de ambos lados eran ancianos y notables del poblado, así como algún tartesio de alcurnia. A los extremos del semicírculo se sentaban personajes de posición inferior, y tras ellos se agolpaba la gente común, de pie.

Eutiques advirtió que, entre los sentados, se encontraba Borma, el del casco celta con tres plumas, que se había adecentado. Más tarde le contarían que era oriundo del norte de Tartessos —de la parte alta del río del mismo nombre, donde los emigrantes célticos se establecían pacíficamente desde hacía generaciones y se mezclaban con los indígenas— y que era hijo de un reyezuelo de la zona, vasallo de Argantonio.

Más hacia un extremo estaba su compañero de los tatuajes y la coleta, en su calidad de enviado de Argantonio. También Behor Cutúa. Este último parecía ser viejo conocido de los lugareños e incluso gozar de su confianza, cosa que tampoco extrañó al griego. Porque aquel serrano, sin ser un caudillo, gozaba de gran renombre, de excelente reputación como guerrero; algo que, en aquellas tierras violentas, valía tanto o más que los rebaños o la plata.

Algunos esclavos iban y venían, escanciando cerveza a los que estaban sentados. El mismo heraldo que fuera en su busca se encargó de darles acomodo, casi en una punta, y también de que les sirviesen bebida. A Sembeles, en cambio, le sentaron mucho más cerca de Nader, al lado de Borma, porque era un oficial de confianza del rey tartesio.

Aquello tenía todo el aire de asamblea tribal, a medio camino entre la audiencia y el festejo. Los hombres salían, por turno, al centro de aquel semicírculo de oyentes, a exponer asuntos y quejas, y eran oídos por el jefe y los ancianos mientras la gente que se apiñaba detrás lo contemplaba todo como un espectáculo, aprobando o desaprobando, a veces, con gran algazara.

El tiempo fue pasando. La luz había ya menguado mucho y las sombras eran densas cuando el último ponente se retiró y Nader, al tiempo que mostraba la palma de la mano, se encaró con Behor Cutúa para invitarle a salir al centro.

Habían encendido una hoguera y a la luz, movediza y rugiente, de las llamas, el montañés se incorporó, la copa de cerámica aún en la mano, ajustándose en torno al cuerpo el manto de color rojo. Hubo un cruce de

cortesías entre el jefe del poblado y el guerrero, familiares a Eutiques de su época de traficante.

—Te conocemos y te saludamos, Behor Cutúa —le había dicho el jefe, las manos sobre los muslos—. Todo el mundo sabe de tu valor y que eres un hombre de palabra, tu nombre te precede.

—Yo también os conozco y os saludo. Eres un hombre sabio, Nader, y los herreros de tu pueblo son famosos en toda la sierra y aun más allá.

—Aquí eres siempre bienvenido, si vienes en son de paz. Ya lo sabes. Sin embargo, nos sorprende verte en estos días. —Sonrió—. Hay guerra. Muchas hermandades han tomado las armas y tú no eres precisamente un amigo de nuestros aliados, los tartesios.

—No soy amigo de tartesios, ni de extranjeros, ni de ciertos jefes —gruñó—. Ni de nadie que quiera ponerle camino a mis pasos. Yo soy un hombre libre.

—Así se habla. —El otro cabeceó, haciendo retemblar la papada—. Pero, volviendo a nuestro asunto, lo cierto es que has llegado a nuestro poblado perseguido, en compañía de tres hombres de confianza del rey Argantonio.

—¿Cómo negarlo? Todos en la muralla lo han visto.

—Y seguro que, detrás de eso, hay una historia digna de ser escuchada.

—Toda una historia.

—Adelante —Nader trazó un abanico con la mano abierta—. Ya sabes cuánto nos gustan aquí los relatos y creo recordar que tú tampoco eres un mal narrador.

Behor Cutúa asintió muy despacio, se acomodó con aire ausente una de las vueltas del manto rojo y, tras una pausa en la que solo se oyó el crepitar del fuego y el canto nocturno de los grillos, comenzó a hablar.

15

Tras liberar a aquellos cuatro, y una vez concluidas las honras fúnebres del caudillo muerto, Behor Cutúa abandonó el cubil de su hermandad para ir de visita a casa de sus padres. Ambos, ancianos ya, vivían en el poblado natal, con el primogénito, que se había convertido en el cabeza de la familia.

Allí se entretuvo unos días, comiendo, bebiendo y saludando a parientes y amigos de la infancia. Luego se despidió con formalidad de su hermano y, con las alforjas bien repletas, tomó el camino de regreso al santuario. Porque Behor Cutúa, siendo hijo menor, no había heredado sino lo puesto, como tantos otros, vivía de la rapiña y el bandidaje y su verdadera familia era su hermandad, y no los de su sangre.

Aquellos pagos eran agrestes y casi despoblados, abundantes en barrancos, fuentes que espumaban entre las peñas y árboles que crecían en las cuevas, aprovechando cualquier rendija. No eran muchos los que se atrevían a viajar solos, por miedo a las fieras, las brujas y los ladrones; pero Behor Cutúa tenía una fama de temerario de la que estaba más que orgulloso, así que se echó al camino con despreocupación, sin apurar el paso, con su rodela de cuero pintado en la zurda y dos dardos en la diestra. Y no sufrió mayores contratiempos fuera de que una vez descubrió a varios hombres pintarrajeados que le acechaban desde la espesura, a un lado de la senda. Se detuvo y, con un aullido retumbante, hizo entrechocar dardos y escudo invitándoles a bajar a robarle. Pero los otros, tras estudiarle durante unos momentos, optaron por

escabullirse y dejarle vía libre.

Luego de una jornada, llegó a la vecindad del santuario y solo entonces, de golpe, perdió la pachorra con que había hecho toda aquella andadura. Porque allá a lo lejos, hacia donde se encontraba el refugio de la estatua de la diosa, se observaba a gran número de buitres que daban vueltas en el cielo azul. Contempló ceñudo cómo los grandes carroñeros giraban en lo alto. Aguzó el oído, venteó tratando de captar algún olor. Pero el viento soplaba en contra y no pudo oler nada. Por último, haciendo de lado cualquier precaución, se encaminó a buen paso hacia allá.

Lo que fuera solar del santuario era ahora un caos de destrucción y cadáveres, y los insectos se agolpaban zumbando sobre la carne muerta y la sangre seca. Olía a podredumbre y el hálito de la muerte, como un velo, parecía suspendido sobre aquel lugar. A un lado, donde la tierra era blanda, habían construido unas cuantas plataformas de madera, sobre postes, cada una con un cadáver, y sobre ellas los buitres, apiñados, se disputaban con gran escándalo los despojos.

Había allí cinco hombres aún vivos; cinco serranos que tomaron las armas gritando apenas él surgió como un toro por entre la maleza, solo para deponerlas al reconocerle. Eran de la hermandad, supervivientes con el rostro embadurnado de pinturas de luto, que salieron a su encuentro lamentándose, y a Behor Cutúa le costó un buen rato calmarles, para sacar de ellos un relato coherente.

Según le explicaron, Mantelot, el antiguo caudillo de la hermandad, había vuelto con cuatro de sus seguidores, con la intención de aplacar, mediante ofrendas y sacrificios, a la diosa negra. Estuvo hablando muy largo y tendido con los veteranos de la banda y, como la discusión se alargaba, él y los suyos hicieron noche allí mismo. Pero luego, al amparo de la oscuridad, enemigos con pinturas de guerra habían degollado a los centinelas y atacado a la banda en su propio cubil, causando una matanza.

—¿Cómo os sorprendieron así? —Behor Cutúa, con otra ojeada a los muertos, azotó enfurecido una mata con sus dardos, haciendo volar las hojas verdes—. ¿Cómo es posible que os pasaran a cuchillo?

—Sabían dónde estaban apostados nuestros vigías —se disculparon—.

Además, Mantelot traía licor y estuvimos bebiendo hasta caer redondos. Muchos no fueron capaces ni de defenderse.

—Todo planeado —suspiró—. ¡Ay, si yo hubiese estado aquí! A lo mejor no les habría sido todo tan fácil.

—Mantelot preguntó por ti. Pareció disgustado cuando supo que no estabas.

—Y más disgustado que va a estar. ¿Quiénes han hecho esto? ¿Pudisteis ver quiénes eran?

—Eran guerreros de Baubalud. Baubalud, seguro.

—Baubalud...

Solo esos cinco, alguno de ellos herido leve, se habían salvado de la matanza. Behor Cutúa echó a andar y, mientras iba por entre los cuerpos, observando el rostro de los muertos, fue como si la rabia cuajase en pena negra, tan amarga como la bilis, y por un momento sintió como si las piernas fueran a fallarle.

Dentro, bajo el gran voladizo de roca, los emblemas de la hermandad habían sido destruidos o robados, y las cerámicas sacras hechas mil pedazos. Asimismo, la estatua de la diosa yacía por tierra. Le habían propinado numerosos hachazos y le faltaban la cabeza y las manos. Cosa curiosa, ningún cadáver había sido mutilado; quizás el propio Mantelot lo había impedido, sujeto por un resto de escrúpulos hacia aquellos a los que había traicionado.

Los supervivientes de la matanza lo eran gracias a que habían huido en la oscuridad. Más tarde volvieron y desde entonces, aturridos, se afanaban en alzar plataformas para exponer los cuerpos a los buitres, tal como solía hacerse con los guerreros caídos en combate. Behor Cutúa, haciendo de tripas corazón, se hizo con un hacha y organizó a gritos el trabajo, mandando dos hombres a cortar madera y otros dos a transportarla, en tanto que el quinto superviviente y él hincaban postes y construían plataformas.

Tuvieron que trabajar todo ese día y parte del siguiente, dada la cantidad de muertos. Pero al cabo, rozando ya el mediodía, auparon al último de los cadáveres hasta su lecho de ramas trenzadas y pudieron suspirar mientras se secaban el sudor con el dorso de las manos. El sol de la sierra caía a plomo, el olor a muerto era ya terrible y los buitres no cesaban de acudir, hozando y

peleándose ruidosos sobre los restos.

Entonces apilaron la leña sobrante y, tras disponer encima a la efigie mutilada de la diosa, encendieron una gran hoguera. Cuando las llamas se alzaron rugientes, mientras el calor y el humo obligaban a recular a los hombres, Behor Cutúa se hizo un corte en el canto de las manos y dejó que la sangre goteara silbando sobre el fuego. Allí se quedó un rato, pese a la temperatura, antes de retirarse despacio.

—La diosa ha sido derribada. La hermandad ya no existe —se dirigió con gesto ahora fatigado a los hombres al tiempo que se vendaba las palmas—. Buscad refugio en otras hermandades, no faltará la que quiera acogeros, y dad aviso a las familias de los muertos para que, los que así lo deseen, puedan disponer de sus huesos.

—¿Y tú?

—Yo me vengaré.

—Voy contigo. —Uno de ellos enarboló el hacha y, al gesto, los demás se le unieron acalorados.

Pero Behor Cutúa movió negativamente la cabeza.

—No, no.

—Eran tan tuyos como nuestros. Eran nuestros hermanos de sangre. No puedes impedir que te acompañemos —coreaban.

—No. Anoche tuve un sueño... —No acabó de explicar nada. Meneó despacio la cabeza—. He de hacerlo yo, a solas.

Más tarde, después de que los demás, a regañadientes, se fueran juntos y desapareciesen de la vista, Behor Cutúa se ciñó el manto rojo y fue a situarse en mitad del campo de tablados fúnebres. Pese al olor a corrupción que envenenaba el aire del lugar, tomó asiento en una roca y allí se quedó, con el escudo y las lanzas sobre el regazo.

El tiempo iba pasando. Los buitres graznaban, arrancando pingajos sangrientos a los cadáveres, y las moscas y las avispas, en nubes densas, zumbaban enloquecidas entre los postes. El serrano seguía sentado, indiferente a la solana y al hedor, espantando de vez en cuando a los insectos con un vaivén de los dardos.

Ya después, cuando el sol iba cayendo hacia el oeste, el bochorno remitía

algo, y la luz de la tarde comenzaba a suavizarse, tres hombres aparecieron al borde de aquel bosque de plataformas mortuorias. Llevaban los rostros untados de colores para que los espectros de sus víctimas no pudieran reconocerles, y en las manos, al igual que Behor Cutúa, escudos pequeños y redondos de cuero pintado, así como dardos. Uno, el más alto, lucía un tocado aparatoso, con cuerno de cabra y plumas multicolores.

Behor Cutúa les observó con ojos entornados, según se acercaban sorteando postes, entre las nubes de insectos, con los mantos ondeando en el soplo ardiente de la tarde. No mudó de gesto, pues desde un primer instante había estado esperando aquello, en la suposición que Mantelot habría dejado a alguien detrás, a esperarle. Los tres hombres llegaron hasta unos pasos de distancia sopesando los dardos.

—¿Eres Behor Cutúa? —inquirió el del tocado.

—Ese soy yo.

—Nos han enviado a matarte.

—Pues venga: venid a matarme.

Abandonando sus lanzas, se puso en pie y, al echar mano a la espada, la hoja salió siseando de la vaina. Los otros se consultaron con los ojos y, sin necesidad de palabras, hicieron también a un lado los dardos; dos empuñaron hachas, el tercero una espada. Nada más fácil, entre tres y a esa distancia, que acribillarle con sus proyectiles y acabar todo en un momento. Pero aquellos serranos, dados al engaño y la emboscada, eran también de esos que no pueden sustraerse a los gestos de cierta clase.

Se valoraron largo rato, adelantando escudos e hierros. Behor Cutúa contemplaba bajo párpados caídos el rostro pintarrajeado de sus adversarios. Ellos, a su vez, calibraban a aquel hombre grande y ceñudo, de barba salvaje. Luego, de improviso, los tres corrieron hacia él agitando las armas, entre aullidos que se repitieron, rebotando, entre peñas y barrancos. Behor Cutúa, a su vez, se arrojó rugiendo a su encuentro.

Chocaron con gran confusión de armas y mantos. Behor Cutúa, bramando, paró un hachazo con la espada, mientras que con la rodela trazaba un arco que detuvo los filos de los otros dos. Un aleteo después entraba como un toro al cuerpo a cuerpo, arrollándoles y haciéndoles trastabillar del impacto; uno

incluso tropezó y se fue de espaldas al suelo.

Bloqueó un par de golpes más antes de descargar a su vez un tajo con la espada haciendo crujir la rodela de un oponente, que tuvo que retroceder un paso, tambaleándose. Paró por un pelo otro hachazo del último y, engancho su escudo con el del otro, le hizo perder el equilibrio de un tirón para, como una víbora cuando pica, clavarle dos veces la espada en el flanco descubierto.

El herido se desplomó con un lamento, pero Behor Cutúa ya tenía que defenderse de su compañero, mientras, el que había caído volvía también rugiendo a la carga. Cruzaron un torbellino de golpes, sin más resultado que cortes y pequeños pinchazos. Los escudos resonaban, los hierros chocaban entre chispazos y la sangre saltaba, salpicando de rojo a los luchadores.

Tras ese intercambio se separaron, mostrando los dientes y manoseando las empuñaduras de las armas. Entonces, con algo más de astucia, los dos que aún seguían en pie —el tercero yacía en tierra, inmóvil, y con los moscardones zumbando ya golosos sobre las heridas— se abrieron para amenazarle por ambos costados, haciéndole más difícil la defensa.

Hubo fintas, amagos, remover de pies sobre el polvo. Las armas, en manos de los contendientes, destellaban al sol de la tarde y los adornos de cobre bruñido tintineaban a cada quiebro. En un momento dado, Behor Cutúa fue a secarse la frente con el brazo de la espada, porque el sudor le cegaba, y en el acto sus enemigos saltaron sobre él como resortes.

Todo era una argucia, claro. El hombrón se repuso como un rayo para recibir al de la derecha —el del tocado— con un tajo que le hizo recular y que a punto estuvo de segarle los dedos. Después, sin transición, entró a la corta con el otro. Le estrelló el escudo en el pecho, cortándole el aliento, y de zancadilla lo derribó. Luego tuvo que volverse otra vez contra el primero, que le atacaba de nuevo espumando de rabia.

Encajó varios hachazos furiosos en la rodela y el que estaba en el suelo, retorciéndose, le tiró un tajo que, aunque no logró desjarretarle, le abrió un surco sangriento en la pantorrilla. Behor Cutúa le pateó en el rostro, haciéndole caer de nuevo.

El guerrero del tocado, que era de los de sangre ardiente, se le fue encima con el hacha, descargando golpes como martillazos. Al tercero, Behor Cutúa

enganchó la hoja con el borde del escudo y, tirando, hizo tambalear a su enemigo. Luego, antes de que pudiera recobrase, le dio de lado con la misma rodela, descalabrándole, y la soltó para sujetar el mango del hacha, que el otro ya volvía a enarbolar, rugiendo. Se debatieron un instante entre gruñidos y jadeos. Behor Cutúa le pegó de cabezazos en el rostro y, aprovechando el hueco, usando la espada como un puñal, le cortó el cuello.

Se revolvió casi sin tiempo de enfrentar al último, que ya saltaba sobre su espalda rechinando los dientes. Solo pudo parar en parte con el hierro, y el filo del otro rebasó el suyo propio, abriéndole un tajo en el hombro. El propio impulso de su enemigo le llevó a chocar contra él.

El hombretón dejó caer la espada para sujetar la muñeca del otro. Con un quiebro le zancadilleó, le hizo caer al suelo y se arrojó encima de él echando mano al puñal. Con la zurda le estampó varias veces la cabeza contra el suelo y, hundiéndole la rodilla entre los hombros, le puso la hoja al cuello. No le mató, sin embargo, y, resoplando como un fuelle, detuvo el filo al borde de la yugular.

—Te voy a dejar la vida —siseó, con dificultad—. Quiero que le digas a Baubalud, de mi parte, que ni él ni su gente valen nada. ¡Montón de boñigas! ¡Anda que no se os da bien matar a traición o luchar siendo varios contra uno! —Con la rodilla, le hundió aún más contra el polvo—. Lleva este mensaje a los tuyos: díles que Behor Cutúa os maldice, a vosotros y a vuestra sangre, a los que ya están muertos y a los que todavía no han nacido. Y malditos sean también vuestros dioses. Díles también que les estoy esperando y que no me dan miedo; que vengan a matarme si pueden..., de uno en uno o todos a la vez, a mí me es igual. Y ahora —le soltó de golpe—, vete. Vete o te dejo cojo.

Tras recobrar la espada, se retiró unos pasos. Pero su enemigo no hizo más que lanzarle una mirada torva antes de limpiarse la sangre del rostro e irse sin decir esta boca es mía.

Behor Cutúa recogió su rodela, luego los dardos. Fue a sentarse de nuevo en la misma piedra y allí se quedó, las armas sobre el regazo, mirando cómo el otro se alejaba con las manos vacías y la cabeza gacha.

* * *

El montañés permaneció varios días en aquel lugar de muerte, mientras las aves picoteaban los despojos, porque temía que alguna fiera de gran tamaño pudiera aparecer, atraída por el olor, y apoderarse de alguno de los cuerpos.

De día, deambulaba armado por el campo de plataformas, entre el revuelo y los graznidos de los carroñeros, el zumbido de las moscas, el calor. Un hedor asfixiante colgaba como una losa sobre todo el lugar y él, de tanto en cuando, llevado de la soledad y la tristeza, se detenía al pie de algún tablado, a hablar un rato con alguno de sus amigos muertos.

Pero a la caída del sol, cuando se alzaba viento y limpiaba algo el aire, encendía una gran hoguera, un poco retirada, y ya no se movía de ella en toda la noche. Las ráfagas, soplando entre los riscos, aullaban y gemían, y él, en esos lamentos, creía a veces reconocer las voces de los muertos. Entonces avivaba el fuego, echando más ramas, acariciaba sus amuletos y, arrebuñado en el manto, no podía evitar miradas de reojo a las tinieblas circundantes.

Solo cuando las aves hubieron descarnado los huesos —al menos lo bastante como para que fuera difícil que un oso se molestase en derribar una estructura, o un león en subir de un salto—, se ajustó el manto rojo y, con un nudo en el estómago, se despidió de sus compañeros. Se fue de allí a paso de tortuga, con la mirada yéndosele una y otra vez atrás. Aquel había sido su hogar durante años y aquellos su verdadera familia. Poco a poco, sus pasos fueron alejándole, y las peñas y los barrancos acabaron por ocultar a la vista el santuario.

Fue como si se hubiera librado de un maleficio. Se detuvo, inspiró, acarició la empuñadura de sus armas, luego los amuletos y, tras atusarse la barba espesa, encaró más ligero el camino.

Anduvo unos días al tuntún, vagando, yendo de un lado a otro y evitando siempre la vecindad de poblados. En ocasiones se paraba a mirar el vuelo de las aves, buscando un presagio. La cuarta o la quinta jornada, mientras él andaba buscando la sombra, alguien a sus espaldas le llamó con un grito largo y áspero.

Se giró en redondo. Por la senda, a paso ligero, llegaba un hombre bajo y fornido, de manto blanco, con rodela y soliferros, esos dardos todos de hierro que suelen emplearse en la guerra. Gritó de nuevo, haciendo remontar el vuelo

a los pájaros, y Behor Cutúa buscó con los ojos un lugar apropiado para combatir, mientras sopesaba ya sus lanzas, porque a un primer vistazo se había dado cuenta de que el otro era uno de los guerreros de Baubalud.

Le dio alcance enseguida, aunque se detuvo a una docena de pasos, las armas prestas. Se contemplaron unos instantes.

—Eres Behor Cutúa —afirmó y, al ver que asentía, añadió—: Han salido muchos a buscarte, pero he sido yo el que te ha encontrado. Soy un hombre con suerte.

—Depende de lo que entiendas por suerte.

—Has maldecido a nuestra sangre, a nuestros muertos y a nuestros dioses. Voy a ser yo el que te arranque el corazón. Yo. —Se golpeó el pecho con los dardos sin descuidar la guardia.

—Hace mucho calor —Behor Cutúa ladeó la cabeza, como amodorrado—. Si tenemos que luchar a estas horas, mejor ahorremos el aliento.

Hubo un largo silencio; luego, fue el otro quien habló de nuevo.

—Digo yo que aquí hay sitio de sobra. —Señalaba con sus armas el terreno circundante—. ¿Qué tal a escudo y dos lanzas?

—Hecho.

Los dos, como de acuerdo, sujetaron con la zurda rodela y un dardo para blandir con la diestra el segundo. Comenzaron a girar uno alrededor del otro, los escudos adelante y amagando, pero los dos eran demasiado duchos como para dejar que su rival le mantuviera con el sol en los ojos.

Daban vueltas despacio, sin prisa, mirándose fijamente. A veces uno fintaba, otras hacían gesto falso de tirar. Era casi un baile, una danza circular en la que ninguno daba un paso errado. Aquel juego mortal era uno de los favoritos de los pueblos de la sierra y hasta los niños lo jugaban con palos.

Tras largo rato, fue Behor Cutúa el que arriesgó un primer tiro, pero el otro, inclinándose, recibió con el escudo de medio lado y la lanza resbaló sobre la curvatura perdiéndose sin herir entre las matas. Behor Cutúa, como un rayo, empuñó el segundo de sus proyectiles.

Volvieron a dar vueltas, acechándose entre quiebro y amagos. El sol caía a plomo, los insectos chirriaban entre las hierbas y, a golpes, se alzaba un aire ardiente que hacía ondear los mantos robándoles el resuello.

Luego fue el otro, tras varios tanteos, el que lanzó. El tiro iba bajo, con muy mala intención, pero Behor Cutúa lo detuvo sin gran problema, golpeando con el filo de la rodela. El soliferro salió desviado y fue a clavarse con fuerza en tierra, donde quedó vibrando.

Ya ambos con un solo dardo en la mano, el duelo se volvió más que nunca un juego de fintas y argucias. A veces, uno quebraba de repente, buscando un hueco en la guardia de su oponente, y el sentido de giro se invertía. Movían los escudos, amenazaban con los hierros, observándose con ojos entornados para protegerse de la luz de mediodía, sin tomarse prisa en disparar.

De forma brusca, el otro arriesgó el tiro. Y de nuevo Behor Cutúa lo interceptó en pleno vuelo con un golpe de escudo. Su enemigo recurría ya al hacha que llevaba al cinto, pero él, que había matado a más de un hombre así, aprovechando ese instante de apuro, arrojó a su vez. El dardo, rozando el borde de la rodela, fue a clavarse bajo la barbilla del otro atravesándole el cuello.

El hombre de Baubalud cayó de espalda, soltando hacha y escudo, y quedó tendido, gorgoteando. Behor Cutúa, recurriendo a ese puñal filoso que tan bien manejaba, se le fue encima y le acuchilló hasta que dejó de moverse.

Luego, con calma, limpió el hierro en las ropas del vencido, antes de buscar sus dardos. Uno, el que le había herido, se había roto en las convulsiones de la muerte, así que se apoderó también de los de su rival. Arrancó uno de donde se había clavado y estuvo buscando un rato el otro entre la maleza, en vano. Al cabo, desistió.

Despojó al muerto de cuanto pudiera valer algo y pesase poco. Las moscas ya acudían al cadáver y, de pasada, Behor Cutúa se preguntó de dónde saldrían siempre tantas, en tan corto espacio. Por último, se echó las alforjas al hombro y, sin una segunda mirada, reanudó su andadura.

16

Al saber, por boca del último, que toda una horda de enemigos se había lanzado a los caminos en su busca, Behor Cutúa dirigió sus pasos hacia algún lugar que pudiera considerar más o menos seguro. Y así fue cómo, al día siguiente, llegó a un campamento fenicio que ya conocía de antiguo.

Desde hacía siglos, los más audaces entre los tirios —prospectores, metalúrgicos, mercaderes— abandonaban sus colonias costeras para adentrarse en el interior en pos de sus tesoros minerales. Como todos los de su tipo, eran hombres de una clase muy peculiar, hechos tanto al trabajo duro y al regateo como a defender lo suyo con las armas en la mano. Tales grupos solían ser bien recibidos por los indígenas, pues llevaban riqueza allá a donde iban. Y, los de este campamento en particular, estaban en muy buenas relaciones con los poblados vecinos, aparte de que procuraban no acumular nunca demasiada mercadería, a fin de no incitar la codicia de los serranos, siempre propensos al pillaje.

Lo que no quiere decir que descuidasen la guardia, o que no se produjeran incidentes, sobre todo en épocas turbulentas. De hecho, al acercarse, Behor Cutúa pudo ver una hilera de cadáveres desnudos, empalados a alguna distancia del campamento. Los cuerpos aún estaban bastante enteros, aunque ya apestaban y los cuervos, tras sacarles los ojos, habían abierto grandes boquetes en las carnes buscando las vísceras. Alguna banda había intentado un asalto, supuso, y los fenicios les habían empalado allí, a modo de advertencia.

Se detuvo un momento, a escrutar aquellos rostros mutilados por las aves, pero no reconoció a ninguno.

Sin embargo, en aquel lugar era bienvenido cualquiera que acudiese en son de paz y con algo de plata o cobre. Además, Behor Cutúa era viejo conocido de esos mercaderes, pues, en el curso de sus correrías, solía pasar cada cierto tiempo por esos andurriales.

El enclave estaba defendido por muros y estacadas, y contenía numerosas viviendas que eran al tiempo taller, distribuidas sin orden alguno. Casas cuadradas, de piedra y tapial, con una curiosa pared curva situada ante la puerta, como la entrada a un laberinto.

No había allí sembrados, ni huertos ni rebaños, y sí las humaredas de las fraguas —hilos negros que se alzaban en el aire azul de la sierra—, así como un incesante batir de metales, audible en leguas a la redonda. Algunos vigías oteaban los contornos, mientras el resto trabajaba, con las armas siempre al alcance de la mano. Eran casi todos fenicios: hombres fornidos e industriosos, de grandes barbas, que se aplicaban a la fragua casi desnudos, con mandiles de cuero y esos gorros cónicos y multicolores tan suyos. Aunque también había algunos indígenas que habían unido su suerte a la de ellos, y también mestizos, habidos de sus emparejamientos con mujeres de la tierra.

Esos aventureros mercadeaban con lo que fuese —cerámicas, madera, vino, armas, esclavos—, aunque lo que buscaban, sobre todo, era metal: plata, oro, estaño, cobre. Incansables, lo majaban con sus yunques y sus martillos de piedra, convirtiéndolo en lingotes que enviaban luego a sus colonias costeras. Sin embargo, como buenos comerciantes, jamás desdeñaban una ganancia y a Behor Cutúa, con su fama de manirroto, le dispensaron una acogida calurosa.

Él tampoco defraudó a sus huéspedes, ya que se quedó unos cuantos días sin reparar en gastos, bebiendo vino y frecuentando prostitutas, que algunas había allí: libofenices de la costa sur, con esa peculiar belleza aceitunada suya, a las que se daba muy bien desplumar a los, en algunos aspectos, cándidos habitantes de las serranías.

Aunque, al cabo de unos días, el reposo se acabó. Fue mientras comía acompañando a una prostituta, cuando recibió, en la morada de esta; la visita de Hannón, el jefe de aquellos aventureros. Un hombre chaparro, tan ancho y

forzudo, y con la piel tan tiznada y la barba tan negra y chamuscada, como un dios subterráneo de la fragua.

—Behor Cutúa —le saludó—. Sabes de sobra el respeto que te tengo y lo mal que me sabe molestarte en mitad de una comida.

—Me consta. Pero eres siempre bienvenido. Tú dirás qué sucede. Pero antes, siéntate y toma un poco de vino. Hace calor hoy.

—El asunto es serio. De lo contrario, no te molestaría.

—No me cabe duda. De todas formas, siéntate con nosotros y bebe un poco.

El visitante, sin hacerse más de rogar, se instaló en una estera, con las piernas cruzadas y, para mayor comodidad, libró la daga —de hoja ancha y empuñadura de marfil, muy ornamentada— del cinto, dejándola a un lado. La mujer no perdió tiempo en servirle vino de una ánfora. Él bebió, agradecido, y se quedó contemplando la copa, de una cerámica híbrida entre los estilos griegos y fenicio, como si viera algo así por primera vez y no fuera de las mismas que gracias a ellos se habían difundido entre los lugareños.

—Pues ahora tú dirás. —El serrano hizo un gesto a la libofenice, apremiándola a escanciar un poco más.

—Behor Cutúa —el tirio le miró de soslayo, la copa entre sus manazas tiznadas—, hay ahí afuera dos hombres de Baubalud, el curandero. Están a las puertas del campamento y preguntan por ti.

—Ah, ya.

—Dicen que has lanzado una maldición contra su sangre y sus dioses familiares, contra los que están muertos y contra los que aún no han nacido. Y dicen también que vienen a matarte.

—Vaya. —El otro se pasó los dedos por la gran barba sonriendo de forma aviesa.

—Ni que decir tiene que no les hemos permitido entrar. Aquí estás a salvo. No podemos dejar que un invitado nuestro sufra daño alguno. Sería una ofensa para los dioses. —Echó, al decir eso, una ojeada a las máscaras grotescas que adornaban las paredes, según la usanza de su gente.

—Tampoco sería muy bueno para el negocio.

—Nada bueno —admitió con una gran sonrisa el herrero.

Hubo una pausa que la libofenice aprovechó para rellenar las tres copas. Al inclinar el ánfora, sus pulseras de cobre y de plata entrechocaban, tintineando en la penumbra de la estancia.

—Hannón —el serrano se llevó la cerámica a los labios—, ¿sería mucho pedir que alguien de los tuyos les lleve un recado de mi parte?

—Tú dirás.

—Que les digan que aguarden, que dentro de un rato saldré a matarles.

—¿Es que vas a batirte con ellos? —La mujer le miró, sonriéndole con sus ojos oscuros—. ¿Con los dos a la vez?

—Por supuesto. Pero no ahora. Hace demasiado calor. Ahora voy a reposar la comida y echar una cabezada. Luego, querida, cuando haya refrescado un poco, iré a sacarles los hígados. —Se volvió a Hannón—. ¿Les harás llegar ese recado de mi parte?

—Cuenta con ello. —El otro, tras apurar el vino, se puso en pie y, volviendo la gran daga a la cintura, hizo una reverencia—. Yo en persona me voy a hablar con ellos ahora mismo.

* * *

La noticia de que un famoso bandido y dos vengadores, enviados a matar al primero, iban a luchar a las puertas mismas, corrió como incendio por el campamento, de forma que, al llegar la hora marcada, los herreros dejaron sus yunques y martillos, desaparecieron las columnas de humo negro y fue apagándose poco a poco el resonar de metales, hasta que un silencio insólito cayó sobre aquel lugar.

Pero no solo fenicios se agolpaban en las tapias, luchando por un hueco desde el que presenciar el duelo, sino también buen número de otras gentes. Hombres de naciones y oficios varios, sorprendidos en la sierra por la revuelta de Baubalud y Totog, que habían tenido que refugiarse allí. Algunos, veteranos, habían vivido ya estallidos similares y esperaban pacientes a que pasase todo; pero otros se desesperaban encerrados. Los tirios, que no hacían ascos a ninguna ganancia, no rechazaban a ninguno y aun sus eternos rivales, los griegos, encontraban sus puertas abiertas de par en par.

Entre los asilados, se encontraban tres viajeros. Borma, un noble tartesio

de sangre céltica y temperamento volcánico. Sembeles, un bárbaro de manto negro con un brazal de oro, de los que el viejo rey Argantonio daba a sus hombres de confianza. Mancorio Bordorice, un sefe del noroeste, flaco y lacónico, con la frente calva y el pelo del cogote largo y suelto, como la cola de un caballo.

A ellos, como a los demás, les había faltado tiempo para ir a los muros apenas conocieron el desafío. Pese a la aglomeración, se habían hecho con un buen sitio, así que Borma y Sembeles estaban asomados al pretil de adobe, en tanto que Mancorio Bordorice se había sentado al borde, con las piernas colgando, como los niños, y sus dos palos arrojadizos en el regazo.

Desde las tapias, el terreno caía en cuesta pedregosa, llena de matas, para rellenar más abajo, a bastantes pasos ya. Allí, los espectadores podían ver a dos hombres sentados a la sombra, entre la ladera y la fila de cadáveres empalados. Uno vestía manto rojo, el otro blanco, y ambos gastaban las rodela, los dardos, las hachas y los puñales que tan comunes eran en la región. El uno jugueteaba con sus hierros y, de vez en cuando, tiraba una china contra los matojos. Su compañero parecía dormir.

Remitía ya el calor y las sombras iban alargándose cuando, al fin, apareció Behor Cutúa, el manto rojo enrollado a capricho en torno al cuerpo, y las armas y las joyas recién bruñidas. Los hombres de guardia corrieron a abrirle las puertas y él, con parsimonia, echó cuesta abajo mientras los espectadores le aclamaban de manera sonora, aunque a la mayoría tanto les daba el uno como los otros.

Le vieron llegar hasta aquellos dos que, por su parte, apenas echarle el ojo, se habían incorporado con igual languidez, desperezándose como panteras. Distantes unos pocos pasos, se entretuvieron charlando largo rato: cabeceaban y asentían, con ademanes tan dignos y reposados como los de jefes, mientras los mirones, aupados a las estacadas, cruzaban infinidad de apuestas.

Después, como si al fin se hubieran puesto de acuerdo, los tres dejaron a un lado sus lanzas. Behor Cutúa desenvainó la espada, al tiempo que los otros echaban mano a sus hachas serranas.

Corría brisa ligera, de media tarde, refrescando un poco. Algunas nubes

blancas flotaban en el cielo azul de la sierra y grandes bandadas de aves pasaban muy arriba, aleteando con lentitud. Abajo, los tres montañeses ya se estaban midiendo, zigzagueando de un lado a otro, perdida cualquier languidez. Blandían escudos y hierros, unos intentando coger al otro por ambos flancos y este haciendo cuanto podía por evitarlo.

Estuvieron así, jugando al gato y al ratón, hasta que los dos, como a un gesto, se le echaron encima a la vez. Behor Cutúa los recibió sin ceder un ápice. Los filos se encontraban, entre chispazos, o iban a morder los escudos, y desde las tapias podían escuchar, a capricho de la brisa, el entrechocar de los metales, así como las exclamaciones que se lanzaban.

En mitad de aquel furioso cruce de tajos y estocadas, y sin que los espectadores pudieran luego ponerse de acuerdo sobre lo sucedido, uno de los rivales de Behor Cutúa —el de rojo— se apartó con paso inseguro de la contienda para ir a apoyarse en el tronco de una sabina. Luego, como un hombre muy cansado, fue dejándose resbalar hasta quedar sentado a la sombra del árbol.

Los otros, sin prestarle atención, seguían enfrascados en una lucha furiosa, dando vueltas y más vueltas, y lanzándose tajo sobre tajo. En sus giros, iban a veces a dar contra alguna roca, o una mata, y por un instante se separaban, antes de arrojarse de nuevo el uno contra el otro. De vez en cuando, el sol rozaba el plano de una de las hojas, haciéndola destellar.

En esa lucha cuerpo a cuerpo se llegaba incluso al choque físico y entonces cada uno intentaba meter un golpe de cabeza o de rodilla. En una de aquellas ocasiones, Behor Cutúa soltó de repente las armas y, aferrando a su enemigo, le volteó por encima del hombro. Bastantes espectadores creyeron incluso oír el porrazo que se dio el otro al caer de espaldas, aunque, dada la distancia, eso era imposible.

Behor Cutúa se le echó encima para arrebatarse el arma de entre los dedos y enarbolarla contra él. El del manto blanco se debatió y trató de agarrarle la muñeca, pero él zafó el brazo y, mientras le sujetaba por la garganta, le dio de hachazos hasta que dejó de patear. Tras un momento, se incorporó despacio y se enjugó la sangre ajena antes de arreglarse el manto. Tiró a un lado el hacha enrojecida para recobrar su propia espada y se acercó a su segundo

enemigo, que seguía sentado a la sombra, la espalda contra el tronco de la sabina. Solo tras comprobar que también estaba muerto se volvió y, alzando la espada, respondió a los gritos de los espectadores que, asomados a los parapetos, le vitoreaban.

Limpió la hoja de la espada, antes de envainarla. Se pasó los dedos entreabiertos por el cabello y las barbas. Por fin, despojó a los vencidos de cuanto tuviesen de valor y, tomándose su tiempo, se encaminó de regreso al reducto fenicio.

* * *

Más tarde, ya un poco desahogado Behor Cutúa de la multitud que se agolpaba para felicitarle, Sembeles y sus compañeros se le acercaron con la misma excusa.

—Un gran combate. —Fue Borma quien le abordó.

—Gracias. —Behor Cutúa se encogía de hombros, con esa falsa indiferencia de los que, en el fondo, adoran los halagos.

—No hay muchos capaces de batirse en duelo con dos hombres así, simultáneamente. —El céltico agitó la cabeza, haciendo ondear las tres largas plumas de su casco—. Deja que te diga que, sobre todo, me ha impresionado la forma en que has vencido al segundo, al del manto blanco. Nunca había visto nada igual. Si acaso, me recuerda a la forma en que pelean los griegos por diversión, a manos desnudas.

—Y de un griego aprendí el truco, ese y unos cuantos más. Era un traficante con el que tenía cierta amistad y me enseñó cómo luchan los suyos a brazo partido.

—Bien hecho. Cuando se trata de salir vivo de una pelea, todas las armas son pocas.

—Y que lo jures —convino el montañés con sonrisa distraída y haciendo gesto ya de concluir la charla y marcharse.

—Aguarda —intervino entonces Sembeles—. Nos han dicho que eres Behor Cutúa.

—Behor Cutúa, sí. —Observó al bárbaro de manto negro, con ojos entornados—. Ese soy yo.

—Cuentan que, hace no mucho, tu hermandad aniquiló a una partida de guerra griega que se había atrevido a invadir vuestro santuario.

—Más o menos, eso también es cierto.

—Y, poco antes de eso, tú y los tuyos asaltasteis a unos comerciantes tartesios en el camino de Mainake.

Durante un momento de silencio, el hombrón miró de hito en hito a sus interlocutores.

—Y yo he oído que tú eres un noble del norte de Tartessos, y que tú y tú — iba señalándoles con el dedo— sois mercenarios de Argantonio. Así que, ¿a qué tanta pregunta? ¿Tenéis alguna cuenta de sangre conmigo? Pues salgamos fuera y la ajustamos.

—No, no. —Sonriendo, Sembeles mostró las palmas de las manos, para aplacarle tanto a él como al temperamental Borma, que ya se adelantaba para responder al desafío—. Calma, hombre. No nos entiendas mal. Lo único que queremos es conversar un rato y quizá proponerte un asunto que pueda sernos beneficioso a todos. Si es que quieres oírnos, claro.

—Por escuchar, nada se pierde. —Volvió a manosearse la barba—. Hablemos.

—Pero no aquí, delante de todo el mundo. Vamos a la casa de alguien, algún fenicio conocido tuyo, si te parece bien, para que no haya recelos entre nosotros.

—Por mí de acuerdo. Solo una cosa.

—Tú dirás.

—Conforme en ir a la casa de un fenicio. Quién, me da más o menos igual, pero eso sí, que sea la casa de uno que tenga vino.

* * *

—¡Esa plata de los demonios! —Behor Cutúa se les había quedado mirando de una forma tal que, por un instante, Sembeles temió que fuera a tirarles la copa al rostro. Pero, en vez de eso, lo que hizo fue pegar un buen trago.

—La has visto, sabes de qué estamos hablando. —Los tres se habían inclinado adelante, con avidez.

—¿Que si la conozco? La he tenido en estas manos y es por ella que me hallo aquí, en este aprieto. Esa plata está maldita; por su culpa han muerto todos mis amigos. —Abría y cerraba las manazas, como necesitado de algún cuello que romper.

En la penumbra de la estancia, sus interlocutores cruzaron miradas. Por fin, Sembeles, carraspeando, le hizo signos de que se apaciguase un poco.

—Estoy viendo que tenemos historias que cambiar.

—Y tanto. —El otro se pasó la mano por el cabello—. Yo os contaré la mía y vosotros me contaréis la vuestra. Pero antes, bebamos un poco más.

Tendió su copa y el taciturno Mancorio Bordorice escanció para los cuatro. El serrano paladeó aquel vino oscuro y áspero, rebajado con agua, hizo chasquear los labios y, después, comenzó a hablar acerca de su hermandad, del asalto en el camino de Mainake, de lo que sabía sobre Prolampo y la plata, del duelo de los dos jefes, la emboscada a los griegos y de la matanza de todos los suyos, así como de la destrucción del santuario.

Fue un relato largo y los otros le escucharon callados, sin apenas interrumpir hasta la conclusión. Después, el propio Borma echó mano al ánfora para servir un poco más de vino, y Sembeles habló al serrano de su largo peregrinar en busca de las piezas robadas en el túmulo, sobre todo aquella placa quebrada.

Cuando acabó, se quedaron un rato en silencio, en la penumbra de esa casa de piedras y adobes, con máscaras de arcilla cocida en las paredes. Por último, fue Behor Cutúa el primero en decir algo.

—Mala, mala cosa esa de robar a los muertos —dijo, refiriéndose al saqueo del túmulo.

—Tenemos que recuperar esa plata.

—Es Baubalud quien la tiene. —Agitó huraño la cabeza—. Baubalud el curandero. Ojalá le traiga la misma mala suerte que a todos los que la han tocado antes que él.

—Estamos obligados a recuperarla.

—Baubalud es un jefe muy poderoso, con un montón de familias y de guerreros a su mando, y odia a los tartesios. Nunca os entregará la placa, ni por todos los tesoros del mundo.

—Entonces habrá que quitársela.

—¿Cómo? Su poblado es fuerte y está bien situado, y él está muy protegido. —El serrano aún cabeceaba—. Es enemigo jurado de Argantonio, lo ha sido durante largos años y, si hay algo que le quite el sueño, es el puñal de los asesinos.

—Hemos dado palabra de recuperar esa plata —Sembeles se encogió de hombros—, para que Argantonio pueda devolverla a la tumba de... —titubeó—, a ese túmulo del que te hemos hablado. Si alguna vez has estado en ese poblado, o sabes algo que pueda ayudarnos, te ruego que nos lo hagas saber. Después de todo, Baubalud es también tu enemigo.

—No lo olvido ni por un momento. Lo es tanto o más que el traidor de Mantelot o ese liante de griego, Prolampo. Fueron sus hombres los que mataron a mis hermanos de sangre y abatieron la estatua de la diosa. Es a los suyos a quienes maldije y son ellos los que ahora me buscan por toda la sierra para matarme. —Se quedó mirando dentro de la copa, como prendido por el espejo de aquel vino oscuro—. Os ayudaré. Si de veras estáis dispuestos a asaltar el poblado de Baubalud, yo iré con vosotros.

—¿Acompañarnos? —Desconcertados, cambiaron miradas en la penumbra tibia de la choza.

—He de vengarme de Baubalud. Es un hombre poderoso y se ha vuelto soberbio. Se cree más que los demás jefes y estos le temen porque tiene poderes mágicos. Pero, si le robo la plata, le humillaré. Su prestigio sufrirá y yo, Behor Cutúa, habré vengado a mis amigos..., sueño casi todas las noches con ellos. Vienen a mí, me piden a gritos venganza y sé que no podré descansar hasta que se la haya dado.

Los tres volvieron a mirarse y, por la forma en que lo hacían, el serrano tuvo la impresión de que, en cierta forma, dejaban la cuestión en manos de Sembeles.

—Esa placa rota tiene que volver a Tartessos.

—Desde luego, que Argantonio la tenga hará aún más daño a Baubalud. No os hacéis idea de cuánto le odia.

Asintiendo, el lusón alzó las palmas de las manos y el otro puso las suyas en ellas, para cerrar así el trato.

—Estamos juntos en esto —dijo con solemnidad el hombre del manto negro.

—Lo estamos. Hasta el final.

17

Al ocaso, fueron deslizándose entre las rocas hasta tener ante los ojos el poblado de Baubalud. El sol, ya muy bajo y a punto de ponerse, rozaba los picos más lejanos y, en el azul de última tarde, flotaban unas pocas nubes blancas. Algunos buitres planeaban a lo largo de los cañones en sombras, de vuelta ya a sus nidos, y corría una brisa de anochecer que mecía las copas de los árboles. Behor Cutúa, agazapado tras una piedra, les había hecho detenerse con un gesto para luego señalar más allá. Sus acompañantes se escurrieron tras las matas y, uno tras otro, con cautela, echaron una ojeada. El poblado estaba ya al alcance de la vista, en la vertiente opuesta de un vallejo estrecho y profundo, en un alto de fácil defensa, según era costumbre en esas tierras belicosas.

Era grande, advirtió Sembeles, de muchas moradas, encerrado entre muros y cortaduras y —también según costumbre local— al borde de un barranco, lo que, además de dar mayor protección, permitía deshacerse con facilidad de los desperdicios. Estuvieron estudiándolo largo rato, entre dos luces, buscando formas de poder entrar. Al cabo retrocedió el lusón para sentarse con la espalda contra una roca.

—¡Por Epona...! —suspiró—. Eso sí que es lo que se dice un nido de águilas. Ahí no hay quien entre.

—Lo que es por la fuerza, nadie lo ha conseguido. —Behor Cutúa también se escabulló para ir a sentarse a su lado—. Y todos los que han intentado un

golpe de mano han fracasado, y de mala manera. Que yo sepa, tampoco a los tartesios se les ha ocurrido ni siquiera mandar una expedición de castigo..., y eso que Baubalud es uno de sus enemigos más encarnizados. Lo es desde hace años.

El céltico Borma se asomó de nuevo por encima de la roca, ceñudo. El sol se ocultaba y las hondonadas estaban ya en sombras, en tanto que los picachos seguían llenos de luz resplandeciendo con matices añejos. El cielo se había vuelto violeta a oriente y las nubes, al oeste, brillaban en blanco teñido de arrebol. El celta observó la presencia de algunos vigías, aquí y allá, en lo alto de riscos, luego, volvió los ojos al poblado. A simple vista, se distinguía mucho movimiento, ir y venir de gentes, así que los informadores de Behor Cutúa no mentían cuando les hablaron de los festejos.

Habían llegado hasta allí a escondidas, con pocos rodeos, gracias a que el serrano, a lo largo de ese viaje, había recurrido a parientes y amigos. Fue a través de ellos que supieron que, en plena revuelta contra los tartesios —con poblados y fortalezas en pie de guerra, y escaramuzas a la orden del día—, Baubalud había anunciado la boda de Mantelor con una de sus hijas: Tasgetia; la misma por la que aquel se había batido en duelo con el otro caudillo de su hermandad, para hacerse con la plata, y por la que al final había traicionado a sus hermanos de armas, causando la muerte de casi todos.

Nada podía alegrar más a Behor Cutúa que tal noticia. Veía la ocasión, si lograba robar la plata en el curso de los festejos, de humillar por partida doble a Baubalud y de menguar incluso su prestigio en la sierra, ya que el curandero gozaba de una aureola de protección sobrenatural. Aparte de que el momento no podía ser más propicio, ya que, como había explicado a sus tres compañeros de aventura, en esos días habría gran número de invitados en el poblado, lo que podía ayudarles a pasar más desapercibidos.

En su momento, Sembeles le había dado la razón. Pero ahora, a la vista de las defensas y de lo inaccesible del poblado, todo lo hablado con anterioridad le parecía poco más que un juego de ociosos.

—Ahí no hay quien entre —gruñó Borma, como haciéndose eco de los pensamientos del lusón sin dejar de observar los muros, las empalizadas, los cortados.

—Cuatro hombres, desde luego que no. —El montañés hizo entrechocar sus dardos, sacando de ellos un sonsonete bayo y repetido—. Pero uno solo sí que puede lograrlo. Yo mismo, por ejemplo.

El céltico echó un vistazo al cielo, cada vez más oscuro, antes de pasar los ojos a su interlocutor. Contempló de nuevo el poblado, cada vez más borroso en la penumbra previa a la noche. Habían encendido ya hogueras, muchas, y se veían numerosas figuras contra los resplandores.

—La boda es mañana. Esta noche habrá fiesta. Van a comer, a beber y a bailar hasta caerse redondos. Yo soy de esta tierra y sé de sobra cómo son estas celebraciones. Puedo entrar, apoderarme de la plata y salir sin ser visto. Vosotros no podríais.

—No estés tan seguro de eso —se picó Borma. Sembeles también había hecho amago de replicar, aunque acabó por no decir nada. Incluso a Mancorio Bordorice, que casi nunca, por no decir nunca, abría la boca, se le escapó un mal gesto ante esa afirmación.

—No hace falta calentarse. —El serrano sonrió para quitar un poco de hierro al asunto—. Tan solo quiero que entendáis que, como soy de por aquí, me conozco el terreno y puedo moverme por él incluso de noche. Y, de todas formas, tenéis que reconocer que cuatro son demasiados. No podríamos pasar desapercibidos, ni para los vigías ni mucho menos dentro.

—¿Y cómo piensas hacerte con la plata? —quiso saber el lusón, que dudaba incluso de que un hombre solo pudiera entrar en aquel nido de águilas—. ¿No nos has venido diciendo que Baubalud tiene un miedo atroz a los asesinos? ¿Que siempre anda rodeado de guerreros de confianza?

—Es casi a lo único que teme. Ya veis que, aquel que piense en atacar ese poblado, perderá el tiempo si no la vida. Si Baubalud tuviera la plata en su tesoro, dentro de su casa, no habría nada que hacer. Pero me juego lo que haga falta a que no es así. Esa plata tiene que estar en la Casa de las Mujeres.

—¿En la Casa de las Mujeres? ¿Seguro? —Era Borma de nuevo.

—Y tan seguro. Esa plata llegó a él porque Mantelor quería la mano de su hija, mañana habrá boda y... —De repente se sacudió, cambiando de humor, como un oso gándul al que de repente alguien molesta—. ¡Bah! Basta de palabrería. Sé lo que me digo: la plata tiene que estar en la Casa de las

Mujeres, como ofrenda a la diosa del lugar. ¿Estamos o no estamos de acuerdo en que sea yo el que se acerque a intentar recuperarla?

Los otros se miraron, en una oscuridad ya casi total. Silbaba el viento. Arriba, iban encendiéndose cientos de estrellas y solo a poniente restaba un atisbo muy débil de claridad. Por fin Sembeles, al ver que los otros no decían nada, aceptó en nombre de todos.

—De acuerdo.

—Me esperaréis en este mismo sitio. Si no vuelvo, si fracaso, será cosa vuestra el recuperar esa plata de los demonios.

—Bien.

—Y una cosa más. —Hizo una pausa y sus interlocutores, más que ver, intuyeron cómo se atusaba la gran barba negra—. Si no regreso, quiero que contéis por ahí la historia, para que todo el mundo sepa cómo cayó Behor Cutúa.

—Eso dalo por hecho.

—Entonces me voy a ello. Suerte a todos.

Hubo un intervalo de silencio, muy breve, hasta que los otros tres se dieron cuenta de que el serrano, con un sigilo increíble para un hombre de su tamaño, se había ido ya, esfumándose entre las matas. Se quedaron callados un rato, en la negrura, sentados y con la espalda contra las rocas.

—Suerte sobre todo a ti —dijo luego, por lo bajo, el lusón.

* * *

El poblado de Baubalud, colgado de los riscos, tenía pocos accesos, casi todos a través de taludes muy empinados que subían entre los rocales, cerrados en lo alto mediante muros de cantería y tapial. Además estaban los centinelas y, aunque esa noche se relajaría algo la disciplina, por la fiesta y la bebida, Baubalud el curandero —como perro viejo que era— habría sin duda reforzado la guardia para evitar una mala sorpresa.

Pero Behor Cutúa tampoco desatinaba al afirmar que un hombre solo, a costa de gran riesgo, podía colarse en aquel nido de águilas. La noche era ya cerrada, muy negra. Miles de estrellas parpadeaban en un cielo sin nubes y, solo al este, una luna creciente, angosta y aún baja, arrojaba un poco de

claridad. La temperatura había descendido mucho, tal como ocurre en tierras altas, y un viento frío alborotaba las copas de los árboles, que se agitaban entre susurros mecidos contra el cielo estrellado. Aves nocturnas ululaban a intervalos y él, con paciencia de serpiente, fue deslizándose por las tinieblas, el puñal filoso entre los dientes, buscando un resquicio en las defensas por el que colarse.

Los centinelas —de a dos y de a tres— pasaban el rato charlando. Reían y a veces alguno maldecía su suerte, por tener que montar guardia en noche de fiesta. Behor Cutúa escuchaba sus idas y venidas en la oscuridad y, guiado de tales sonidos, se escurrió por una cuesta rocosa. Demasiado abrupta como para permitir un asalto, estaba sin amurallar. Pero un hombre solo, con maña y suerte, podía entrar justo por ahí. Culebreando con toda clase de precauciones, el puñal siempre en la boca y evitando hacer el menor ruido, fue pasando, pasando, hasta rebasar la línea de vigías. Luego, agachado, se escabulló con rapidez hasta llegar a las primeras moradas.

Allí aguardó un buen rato inmóvil, entre las sombras. Las casas del poblado de Baubalud eran de planta rectangular, casi todas de una sola habitación, con paredes de piedra y tapial, y tejados de enramada y barro. Muchas, dado lo pronunciado del terreno, tenían el suelo a dos niveles, formando escalón.

Ahora los moradores estaban todos en el exterior, celebrando con gran algarabía. Behor Cutúa podía verlos en corros, hombres, mujeres, alrededor de las hogueras. El fuego saltaba y rugía, y bocanadas de pavesas se arremolinaban en la negrura. Los lugareños bailaban, cantaban, reían. Aquel poblado era de los más ricos de la sierra, de forma que la comida y la bebida iban de mano en mano, sin restricción. La opulencia se notaba también en los ajuares, muchos de ellos de gran calidad. Mantos, armas, joyas, cerámica de barro cocido y motivos geométricos, todo proclamaba el poder de Baubalud el curandero y los suyos.

El invasor, ahora con el puñal en la mano, fue deslizándose por las zonas en sombras, evitando exponerse al resplandor de las llamas. Si alguien acertó a verle pasar, no debió de pensar sino que era otro celebrante, porque Baubalud, para reforzar aún más su prestigio, había hecho correr la historia de

la plata e invitado a muchos notables de otros poblados. De hecho en esos momentos, más arriba, en algún lugar, el propio Baubalud debía de estar instalado ante una fogata, a las puertas de su casa, banqueteando con jefes y caudillos forasteros.

Behor Cutúa, en otros tiempos, había visitado aquel pueblo, por lo que recordaba, más o menos, cómo orientarse por aquel dédalo de chozas. Más de una vez tuvo que ocultarse a toda prisa, porque pasaba algún festejante, pero ninguno de ellos, despreocupados y algo bebidos, reparó en aquella sombra pegada a la oscuridad de los muros, puñal en mano.

Tras merodear un rato, consiguió dar con la Casa de las Mujeres, inconfundible gracias a sus dimensiones, aparte de que era la única, junto con la residencia del jefe Baubalud, con paredes totalmente de piedra. No había hogueras ni juerguistas cerca, que era lo que más preocupaba al intruso porque podían frustrar sus planes. Pero, aunque sobraba terreno a las puertas, los del poblado habían evitado reunirse allí delante, quizá por respeto a aquel lugar casi sagrado.

Sí que había un hombre armado de guardia ante la entrada, adintelada y con quimeras de piedra a cada lado puestas allí para ahuyentar a los malos espíritus. Un guerrero muy joven, fornido, con dos lanzas y un hacha, con toda seguridad, uno de los hermanos de la novia. Sin embargo, también había cedido a la hora, la oscuridad y puede que a la bebida, porque se había sentado junto a una de las efigies, la espalda contra la pared y las armas en el regazo, y estaba roncando.

Behor Cutúa, como un fantasma nocturno, se llegó hasta él entre las sombras y, por un largo instante, tentado estuvo de degollarlo. Pero después, al ver cuán profundo era su sueño, lo dejó estar, a sabiendas de que aquello — que alguien invadiese el santuario de las mujeres mientras el centinela dormía la borrachera— habría de humillar aún más si cabe a Baubalud, sobre todo si el guardián era uno de sus propios hijos.

Tanteando en la oscuridad, con infinito cuidado, apartó las cortinas de tiras y abalorios, siempre con un ojo puesto en el durmiente. Después, como una culebra, se deslizó dentro de la Casa de las Mujeres.

El interior era de una sola sala, muy amplia, sumida en la penumbra

movediza de las lámparas de aceite, que creaban la ilusión de un espacio mucho más grande. Había estatuas de madera, grandes vasijas de arcilla, cuencos con ofrendas, pieles, telas, armas, dispersos por toda la estancia y, desde las paredes de piedra, algunas máscaras fenicias parecían gesticular a cada chisporroteo de las llamas.

Behor Cutúa, puñal en mano, se quedó a las puertas, escudriñando los claroscuros y las sombras, atento a cada detalle. Por último, posó los ojos en una diosa de madera situada al fondo, que destacaba entre las sombras rodeada de lámparas. Incluso a la luz de esas pequeñas llamas, distinguió enseguida, sobre su regazo, la placa quebrada, la plata brillando tenue al resplandor amarillo del aceite.

Había una mujer, muy engalanada, sentada sobre los talones ante la estatua de la diosa, de espaldas a la puerta. El intruso, sin mover una pestaña, la observó largo rato. El ambiente allí dentro era cálido, con regusto a estancado, y en una esquina, de un pebetero tartesio de bronce, brotaba el humo a vaharadas espesas inundando la penumbra de aromas pesados. La mujer, sin duda la novia, seguía sin moverse y su respiración era tan calma y regular que el serrano acabó por suponer que ella también había cedido al sueño.

Solo entonces se despegó, como una sombra, del quicio y fue a ella muy despacio. Las luces del aceite brincaban agitando las penumbras, las máscaras de las paredes sonreían, el rostro de la diosa parecía esbozar una mueca de advertencia. El humo surgía a oleadas del pebetero y se arremolinaba con lentitud en el aire de la sala, formando láminas nubladas.

El montañés de la gran barba llegó a espaldas de la novia. Se quedó un momento allí, al acecho, y luego, rápido como las víboras, le tapó la boca con la zurda para apuñalarla repetidas veces. Su víctima soltó un grito sofocado entre sus dedos, mordió su mano, le arañó el antebrazo tratando de librarse. Las ajorcas, las cadenas, los collares pectorales, tintineaban mientras se debatía forcejeando, pero su verdugo siguió dando cuchilladas hasta que dejó de moverse.

Dejó resbalar el cadáver hasta el suelo, con suavidad, y se estuvo un momento quieto, el puñal goteando rojo. Se arregló luego el manto y, acercándose a la diosa del lugar, se hizo con la plata. Acto seguido, se dedicó

a rebuscar por todas partes, hasta dar con la cabeza y las manos de la diosa negra, tutelar de su vieja hermandad. Tomó aquellos restos entre las manos, con veneración, para contemplarlos a la luz vacilante de las lámparas antes de asegurarlos entre los pliegues de su manto.

Luego escupió al rostro de la diosa del lugar, para después apuñalarle repetidas veces los rasgos. Retrocedió con sigilo, se detuvo un instante —a mutilar con el filo del arma el rostro de la muerta, para humillar aún más a su enemigo— y por último abandonó de puntillas la Casa de las Mujeres. El guardián aún seguía desparramado, roncando y con las armas en el regazo. El intruso pasó a su lado sin un ruido, sin poder contener una sonrisa cruel, antes de esfumarse como un espectro entre las chozas de piedra y tapial.

* * *

Volvió con el mismo sigilo con que se había ido. Tanto que, sobresaltado, Sembeles estuvo en un tris de atravesarle con su espada, pues surgió de repente como una sombra en medio de la oscuridad.

—Está hecho —anunció lacónico, muy en el estilo de la sierra.

—¿Y la plata? —Quiso saber Borma.

—Yo la tengo. —Notaron que hacía un gesto, como si sacase algo, pero, en las tinieblas, apenas distinguieron nada—. Y yo seré el que la guarde.

—¿Pero qué estás diciendo?

El céltico, impetuoso, echaba ya mano a su hacha y, al notarlo, Sembeles le retuvo por el codo. Habló él con más calma.

—Behor Cutúa, hicimos un trato. Esa plata debe volver al tesoro de un rey muerto, en cierto túmulo.

—Y así será. ¿No tenéis mi palabra? Además, nada podría doler más a Baubalud que el que Argantonio la recupere. Creo que solo por eso, porque el rey de Tartessos la quiere, la aceptó de Mantelor a cambio de su hija. —Volvió a repetir el gesto en la negrura y ellos intuyeron que, de nuevo, enarbolaba en alto la placa—. Pero he sido yo quien ha entrado en casa del enemigo, el que la ha robado de entre los dedos de una diosa y, mientras estemos en estas sierras, seré yo quien la guarde, porque el saberlo herirá aún más a Baubalud.

—¿Y después?

—Después toda vuestra.

—Entonces no hay por qué discutir. —Con un último apretón de advertencia, el lusón soltó el brazo de Borma—. No tiene sentido.

—No. —En las tinieblas, alguno creyó notar que el serrano sonreía—. Baubalud va a mandar a sus guerreros a perseguirnos. Y no solo ha perdido la plata. Mañana, cuando vayan a buscarla para la ceremonia, se van a encontrar con que la novia está muerta y la diosa mutilada.

—¿Una novia muerta? ¿Una diosa mutilada? —graznó el céltico.

—Así se ha hecho, con estas mismas manos.

—Los dioses son testigos de que yo vine a recuperar una pieza de plata, robada por unos sacrílegos en una tumba. Nada tengo que ver con lo que has hecho esta noche. —Borma se frotaba las manos, como lavándoselas, para dar a entender que rechazaba cualquier relación con esos crímenes—. Nada.

Sembeles, que tenía su veta supersticiosa, pensó que, de golpe, el silbido del viento parecía llevar susurros vengativos, como de espíritus nocturnos, y sintió un poco de miedo. Incluso el taciturno Mancorio Bordorice se había removido inquieto.

—Yo lo hice. Yo respondo por ello —gruñó el montañés—. Basta de cháchara inútil. En cuanto descubran lo ocurrido, van a salir todos a buscarnos y seguro que no tardan en encontrar alguna pista nuestra.

—Sí. No hay tiempo que perder —convino Sembeles al tiempo que echaba una mirada al cielo nocturno—. Vámonos ya. No se ve gran cosa con esta luna, pero tampoco hay mucho donde elegir.

—No creo que podamos salir así como así de la sierra —rezongó Borma, incorporándose—. ¿Qué has hecho, Behor Cutúa? En menudo lío nos has metido mezclándonos en tu venganza. Nos van a dar caza como a fieras. Tenemos que cambiar de planes.

—Busquemos refugio —sugirió el lusón.

—Que no sea en asentamiento fenicio. Si los guerreros de Baubalud se les presentan a las puertas y la cosa se pone fea, nos entregarán para evitarse jaleos.

—Fenicios no. Tenemos que llegar a algún enclave tartesio, pero yo no

conozco bien la zona. ¿Behor Cutúa...?

—¿Desde aquí? A Ruga. Quizá podamos llegar a Ruga.

—¿Ruga? ¿Ruga? —Sus tres compañeros buscaron ese nombre en su memoria—. ¿Es plaza tartesia?

—Es un poblado. Siempre han sido aliados de Argantonio.

—¡No! —Saltó Borma en la oscuridad—. Nos entregarán a Baubalud atados de pies y manos, o nos matarán ellos mismos, por miedo o por oro. Los pactos valen de muy poco en casos así.

—Los de Ruga no son como la demás gente de la sierra. No son como nosotros. Son brujos y herreros, sus antepasados llegaron del mar hace mucho, mucho tiempo, y su poblado tiene murallas de piedras enormes, más fuertes aún que las de las fortalezas tartesias. Son de una raza aparte y, de toda la vida, han sido amigos de Tartessos.

Los otros se agitaron, tratando de consultarse con los ojos en esa oscuridad. Los tres habían oído hablar de esa raza antigua y misteriosa, y tanto el lusón como el sefe habían visto alguna de sus fortalezas ciclópeas en el curso de sus viajes. Al cabo, como casi siempre, fue el hombre del manto negro el que tomó la palabra.

—No hay mucho donde elegir, ¿no? Es eso o resignarse a ser cazado y tener una muy mala muerte. —Suspiró—. Probemos entonces fortuna en Ruga.

18

Behor Cutúa había hecho una pausa para tomar aliento y ajustarse el manto en torno al cuerpo al tiempo que echaba una ojeada a sus oyentes. El último rayo de sol había desaparecido hacía ya rato. El poblado estaba en la oscuridad y, en la plaza, las luces de las lámparas arrojaban reflejos cálidos que temblaban sin cesar.

Esa primera hora de la noche era aún tibia, el aire suave y, en las sombras, revoloteaban insectos y murciélagos. El resplandor del fuego hacía bailar los contraluces, acentuando los rasgos de sus oyentes, que le observaban sentados y en silencio con copas de vino en las manos. Tras ellos, de pie, el gentío era un bosque negro y compacto que se agitaba en la penumbra.

—Behor Cutúa. —Habló Nader, el obeso jefe del poblado—. ¿De verdad has asaltado la Casa de las Mujeres de ese poblado, matado a una novia y mutilado el rostro de la diosa del lugar?

—Así sucedió, tal como lo he contado.

—¿Es que no respetas nada? Esos son actos atroces.

—¿No mataron los hombres de allí a todos mis amigos? ¿No lo hicieron a traición? ¿No mutilaron ellos a la diosa de mi hermandad? ¿Y quién fue el canalla que les ayudó a todo ello? Mantelot, al que estaba destinada esa novia; la hija de Baubalud, el curandero. Él lo hizo todo para conseguirla a ella; primero mató a..., al otro caudillo de mi hermandad, luego le llevó la plata a Baubalud y, entre los dos, tramaron la muerte de todos mis hermanos de

sangre, por si acaso, más adelante, decidíamos vengar la muerte de aquel caudillo.

—No te digo que no. Pero todas esas razones no van a aplacar en nada a los espíritus de la venganza.

—Esos solo se acallan con sangre. Pero yo no tengo miedo, ni de los vivos ni de los muertos.

—Behor Cutúa, eres un hombre terrible.

El aludido se pasó los dedos por entre la gran barba, aceptando aquello como un cumplido. Sentado entre los oyentes, en la penumbra de las llamas, Eutiques sintió cómo le ponían, con suavidad, una mano en el brazo. Se volvió para descubrir que era Ardis, el lidio, que estaba sentado al lado suyo.

—La historia se repite —susurró.

—¿Por qué dices eso?

—Primero Alongis robó la placa, cometiendo sacrilegio y traicionando a los suyos, para conseguir a una mujer. Este otro, Mantelot, ha hecho lo mismo. Aquel hombre y aquella mujer murieron. Tú y yo estábamos presentes. Ahora esta otra mujer también ha perdido la vida por culpa de la plata, también sin comerlo ni beberlo.

—Esa plata trae la desgracia a cuantos se cruzan en su camino, sean inocentes o no. —A escondidas, el griego esbozó un gesto contra la mala suerte.

Pero mientras, en el centro, Behor Cutúa reanudaba ya su relato.

—No hay mucho más que contar. Salimos de allí lo más rápido que pudimos y no nos equivocábamos al suponer que Baubalud iba a mandar a todos sus lobos a cazarnos. Hemos estado huyendo sin descansar, desviándonos y volviendo a veces sobre nuestros pasos para despistar a sus rastreadores. Pero ya has visto lo cerca que estaban de nosotros. Hemos conseguido llegar aquí por los pelos.

—Por los pelos —se hizo eco uno de los ancianos del poblado, de manto rojo y grandes barbas blancas, cargado de alhajas de oro y cobre—. Pero, entre los que os perseguían, han visto a un hombre de casco y armas griegas con cierta autoridad. ¿Quién...?

—Se llama Prolampo. Es griego y tiene bastante que ver con todo este

enredo de la plata, aunque eso es toda una historia aparte. Es un liante y ha logrado, en muy poco tiempo, hacerse un hueco al lado de Baubalud.

En la penumbra de los fuegos, Eutiques cruzó con Ardis una mirada que lo decía todo. Así que aquel individuo con todo el aire de un renegado era, nada más y nada menos, que su viejo conocido Prolampo, el que había robado la plata en Mainake y les había lanzado a ellos de cabeza a esa aventura en la sierra. El corintio frunció los labios; el lidio, sonriendo con acidez, acarició la empuñadura de sus largos cuchillos.

—Behor Cutúa —estaba diciendo el jefe Nader—, tú sabes que te respetamos, a ti y a tus compañeros, ya que son enviados del gran rey Argantonio, nuestro aliado. Pero venís con la mancha del sacrilegio y he de consultar con los ancianos y con los sacerdotes, pedir una señal a nuestros dioses, porque temo que esos crímenes nos salpiquen a nosotros también y traigan la desgracia a nuestro poblado. No obstante, mientras deliberamos, estáis en vuestra casa y seréis tratados como huéspedes.

Y, con un ademán de veras regio, el grueso Nader dio por concluida esa especie de audiencia. El montañés le mostró las palmas, acatando aquellas palabras, y se retiró de vuelta a su asiento.

Más tarde, Eutiques tendría nueva ocasión de hablar con el lusón Sembeles, en esa ocasión al pie de una hoguera, bebiendo cerveza amarga. Habían encendido grandes fogatas cerca de los muros de piedra y, a su alrededor, se apiñaban guerreros jóvenes del lugar así como forasteros. Las llamas rugían y, entre nubes de chispas, los hombres bailaban sin soltar las armas. Imperaba allí esa alegría ruidosa y bastante desquiciada de los tiempos de guerra; la de los que acaban de sobrevivir a un combate y tienen la certeza de que les quedan aún otros por librar.

Bebían sin control, reían alto y los gestos eran exagerados. Eutiques, en cierto momento, se había ido algo aparte con Sembeles, porque quería dejar lo más claro posible su inocencia respecto al robo del túmulo. Luego, se les habían ido uniendo sus compañeros, tanto los de uno como los de otro, incluido Behor Cutúa, que ya estaba un poco achispado.

—Ándate con ojo —le advirtió a este último Xanto, el guía griego—. Ten en cuenta que Nader ha evitado darte, daros, la bienvenida formal a su

poblado. Yo que vosotros no me descuidaba ni un instante.

—Menudo zorro, este Nader —suspiró el serrano, dando otro trago de cerveza.

—¿A qué te refieres? —los otros se habían vuelto hacia él, intrigados por el tono y las palabras.

—No os habréis tragado toda esa palabrería suya sobre sacrilegios y maldiciones. —Les contempló a la luz del fuego, sonriéndose ante las distintas expresiones—. ¡Bah! Todo eso lo arreglan los sacerdotes con sacrificios; o sea, que todo se reduce a poner un poco de plata en la mano adecuada. Eso es lo que pienso hacer yo mismo en cuanto tenga una oportunidad: iré a visitar a algún hechicero. Tampoco a mí me agrada tener espectros vengativos a la espalda. Bastante tengo con los de mis amigos, que me visitan todas las noches y no me dejan descansar.

—Al grano —le instó Borma.

—De acuerdo. Lo que sucede es que a Nader no le ha hecho la menor gracia que hayamos venido, y menos con la plata. Debe de temer, y supongo que con razón, que Baubalud envíe a sus guerreros en masa contra el poblado, tanto para vengarse de nosotros como para recuperar la plata.

—¿No te decía yo que, llegado el caso, todas estas alianzas no valen lo que una brizna en el viento? —Huraño, el céltico tentó su hacha.

—¿Y qué otra cosa podíamos hacer?

—Nada, lo admito. Pero, ¿se atrevería a entregarnos a Baubalud? Aquí hay tartesios y no lo iban a permitir así como así: somos enviados del propio Argantonio y yo mismo, además, soy noble, hijo de rey. Por no hablar del asunto de la plata.

—No creo que obre tan abiertamente —supuso Xanto—. Se produciría una buena refriega y los de fuera podrían aprovechar el momento para atacar el poblado.

—Pero si Nader y Baubalud llegan a un acuerdo...

—Baubalud puede responder por sus propios guerreros y poco más. Su autoridad sobre los caudillos es más que limitada y no puede garantizar que, de presentarse una ocasión, los demás no aprovechen para asaltar y saquear el poblado. Eso es así y Nader lo sabe. ¿Tengo o no tengo razón, Behor Cutúa?

—Toda la razón.

—¿Entonces en qué quedamos? ¿Estamos o no estamos seguros aquí? —
Borma volvió a acariciar su arma.

Soplaba ya un aire frío, propio de la noche en la sierra, que aventaba bocanadas de chispas incandescentes en la negrura. El montañés se abrigó en su manto rojo antes de responder.

—No lo estamos. Nader se ha cogido a un pelo para no darnos una bienvenida formal al poblado. Es zorro viejo; sabe que el poder de Baubalud es humo, niebla, y que esta guerra es como agua en la arena, que corre sin llegar a ninguna parte. Así ha sido ya otras veces. Nosotros, los de la sierra, somos incapaces de unirnos bajo un jefe. Nader lo sabe, sabe que esta tormenta pasará y que, cuando eso ocurra, volverán los tartesios y ajustarán cuentas con los poblados que les hayan traicionado. Pero, si mañana o pasado, aparecemos muertos y la plata no está, tampoco se va a reventar buscando a los asesinos.

—Entonces estamos en peligro.

—En gran peligro.

—Yo que vosotros, salía de aquí volando —volvió a mediar Xanto.

—Tienes toda la razón —aceptó Sembeles—. Ya sé que estamos agotados, pero tenemos que irnos y cuanto antes mejor; esta misma noche, a ser posible —se volvió hacia los dos griegos, el lidio y el libofenice, mientras se sobaba la barba negra—. ¿Por qué no venís con nosotros?

Los cuatro se miraron entre ellos, pillados de sorpresa por lo brusco de esa invitación.

—Aquí no vais a ganaros nada, como no sea un lanzazo —dijo Borma—, y nosotros vamos a necesitar gente de armas. Sé que el asunto es peligroso, pero os puedo asegurar que la recompensa no va a estar a la zaga. Ya sabéis que el rey Argantonio no ha escatimado nunca con sus amigos.

—Me lo debéis —apostilló, ceñudo, Behor Cutúa—. ¿O acaso no sois vosotros los que me jurasteis ayuda en mi venganza contra Mantelora a cambio de la libertad? Me disteis vuestra palabra.

—¿Y por qué rayos te crees que te estaba poniendo, hace un momento, en guardia contra Nader? —explotó Xanto, que tenía muy mal genio—. ¿Por lo

simpático que me caes?

—Calma, hombre —recoló, algo cortado, el serrano. Se paseó los dedos por la gran barba—. Bueno, ¿qué decís?

—Antes, una cosa. —Sembeles se adelantó un paso, viendo que aún dudaban—. Sabemos que fuisteis enviados a la sierra por un mercader de Mainake, un tal Piripompo, a buscar la plata.

—Así es —admitió Eutiques.

—Entonces hay algo que quizás os interese saber: Piripompo ha muerto.

—¿Muerto? ¿Piripompo?

—Muerto y bien muerto.

Los cuatro volvieron a mirarse a la luz del fuego. A Sembeles, perplejo, le pareció que, más que nada, lo que sentían era alivio. Les había informado sobre todo para evitarse traiciones; que alguno pensase hacerse con la plata y ganar la recompensa del mercader. Pero él no podía saber que aquellos estaban en esa empresa, sobre todo, por miedo. Piripompo había sido lo bastante influyente como para que Xanto no volviera a hacer un negocio en Mainake, ni Fluxe, el libofenice, a contratarse en una caravana; por no hablar de Eutiques y Ardis, que no tenían a dónde ir.

—Sufrió un cólico y, de un día para otro, murió.

—¿Un cólico? —gruñó Xanto—. Le vendría de uno de sus berrinches.

—Hablo de lo que me contaron cuando fuimos en busca de piezas del tesoro fúnebre. Decían que hubo gente a la que no le gustó nada que, por su culpa, murieran varios ciudadanos de Mainake, además de unos cuantos holgazanes, invitados suyos, a los que nadie echó de menos.

—¿Eso es lo que decían en Mainake? ¿Que le habían envenenado?

—Los tenderos y las putas tienen la lengua muy larga. Pero a saber qué hay detrás de cada rumor.

—A saber —convino el guía, pasándose la mano por el cabello rubio, antes de encararse con Behor Cutúa—. Contad conmigo. Es cierto que te di mi palabra, y no lo he olvidado. Pero tú ya debieras saber que Xanto, el griego, cumple siempre con lo acordado.

—Me alegra tener a un hombre como tú con nosotros —dijo con solemnidad Sembeles—. ¿Qué pasa con los demás?

Eutiques y Ardis cruzaron otra mirada, aún dudosos.

—Hecho —aceptó al fin, por ambos, el corintio.

—Muy bien. ¿Y tú? —el lusón se volvió hacia el guía libofenice, moreno y agraciado, que se limitó a asentir con un gesto.

—Entonces todos de acuerdo —dijo por concluido Borma—. Ahora lo importante es salir de esta trampa, y cuanto antes, mejor.

—Esta misma noche —Behor Cutúa se cercioró de que no había nadie cerca—. Pero tampoco hay que precipitarse: tenemos que esperar hasta después, cuando estos estén todos borrachos. —Y señalaba a los que danzaban y bebían en redor de los fuegos.

—¿Cuándo? ¿Cómo? —Ese era Sembeles—. ¿Qué es lo que tienes en la cabeza?

—Saldremos del poblado por detrás, por la parte de los barrancos.

—Allí también hay guardias, no podremos pasar sin que nos vean.

—Eso tiene solución.

—Miedo me das. Preferiría que no hubiese muertes, bastantes enemigos tenemos ya.

—No se me había ocurrido matar a nadie. —El serrano se echó a reír—. Más bien estaba pensando en repartir un poco de vino y algo de plata entre los centinelas, seguro que no les cuesta tanto mirar hacia otro lado.

—Eso ya me gusta más. —El lusón alzó los ojos hacia la luna, todavía en cuarto creciente—. De todas formas, aunque los guardias no levanten la liebre, tampoco van a tardar mucho en echarnos en falta. Si nuestros temores son fundados, Nader mandará un mensajero a los hombres de Baubalud en cuanto descubra que nos hemos ido.

—Eso sí que tiene fácil solución —intervino, ufano, Borma—. Ahora mismo uno de nosotros, yo mismo si hace falta, tiene que ir a hablar con los jefes tartesios. Que corran la voz de que estamos con ellos y con sus hombres, descansando. Eso nos hará ganar, al menos, un poco más de tiempo.

—De acuerdo. De todas formas, mejor no contarles más de lo necesario.

—Descuida.

—Ahora lo mejor es que nos separemos —sugirió el serrano, lanzando a su vez una ojeada a la luna—. Comed, bebed e iros escabullendo. Cada cual

que recoja sus bártulos con disimulo. Nos vemos de nuevo por aquí, dentro de un rato. En cuanto estos estén lo bastante borrachos, nos vamos.

Los demás asintieron y cada cual se fue por su lado, caminando como ociosos entre las fogatas y los hombres que bailaban, hierros en mano, y que no les prestaron la menor atención.

19

Más tarde, Behor Cutúa habría de regresar junto a las hogueras, esta vez con todas sus armas y con el hatillo medio oculto entre las vueltas del manto. Como haraganeando, de acá para allá, se acercó hasta donde ya estaban Eutiques y Ardis.

—Está hecho. Ya lo he arreglado todo y estos están ya como tinajas —fue paseando la mirada por entre los fuegos, en cuyo redor los borrachos reían y se tambaleaban. Entornó los ojos, sobándose la barba—. Un momento, ¿dónde está vuestro amigo, el libofenice? No le veo.

—Eso mismo estábamos preguntándonos nosotros —admitió preocupado el corintio—. Tenía que andar por aquí.

El serrano se quedó un rato inmóvil, al resplandor cambiante de las llamas, pasándose la mano por la gran barba y buscando en vano, con los ojos, a Fluxe.

—¿Crees que le pueda haber pasado algo? —Eutiques también se acariciaba la barba inquieto.

—¿Pasar? Más bien creo que el pájaro ha volado. —El hombretón hizo rechinar los dientes—. Malditos costeños...

—Opino como tú —se puso de su parte Ardis, los labios fruncidos—. Ese granuja nos ha dado esquinazo. Y, con nuestra suerte, ya le habrá ido con el cuento a Nader, a ver si le saca un buen puñado de plata.

—¿Qué podemos hacer? —El corintio se pasó la mano por la boca,

sintiendo cómo un sudor frío le mojaba el espinazo.

—Salir a escape de aquí y, cuanto antes, mejor. —Behor Cutúa hizo una seña discreta a los demás, que estaban repartidos entre los beodos—. Venga, vámonos ya.

—Pero, ¿y sí...?

—Sea lo que sea, quedarse sería aún peor. Sin nos paran, diremos que íbamos a instalarnos en las cabañas de los tartesios; y eso es lo que haremos, llegado el caso. Al menos, con ellos, tendremos de momento la piel a salvo.

Se escabulleron de forma discreta por entre las fogatas para volver a reunirse un poco más allá, junto a las primeras moradas. Ya todos juntos, echaron a andar a través de las sombras como quien pasea, incluso charlando con aire casual, de forma que, si alguien se fijó en ellos, no vio nada sospechoso.

Behor Cutúa les llevó a la parte de atrás del poblado, la que daba a barrancos, guiándoles a un terreno en el que no había ni viviendas ni rediles. En esa zona, las ciclópeas murallas de piedras se convertían en muretes a la altura del pecho de un hombre, y en las zonas más escarpadas ni eso.

En la oscuridad, oían balar a las cabras y, por allí, había centinelas con dardos y antorchas. Pero, tal como había asegurado Behor Cutúa, estos últimos lo único que hicieron fue apartar la vista. El serrano les condujo a una cuesta de tierra, estrecha y muy empinada, como una lengua, que descendía hasta la hondura, encajonada entre rocales. Eutiques, enervado, retuvo al montañés por un codo.

—Oye, ¿no nos alancearán por la espalda, en cuanto empecemos a bajar? —susurró en su oído.

—Nader, mientras pueda, hará todo lo posible para no mancharse con nuestra sangre, al menos, no de forma directa. —Se desasíó antes de pasar por encima de la valla de piedra—. Más me preocupa que los hombres de Baubalud puedan estar ya ahí abajo, esperándonos..., pero no tiene remedio.

Iniciaron el descenso con toda clase de precauciones, a la escasa luz de la luna, cuidando de no pisar en falso, resbalar y caer dando tumbos hasta el fondo. Ahora era Xanto el que abría la marcha, porque era el más ágil y el más hecho a guiar en toda clase de terrenos. A sus espaldas, cuesta arriba,

brillaban las luces de los vigías. Abajo, peñas y arboledas eran sombras en la oscuridad lunar. El menor de los ruidos parecía atronar en el silencio de la noche; el susurro del follaje, agitado por la brisa, el ulular de búhos, la cantinela del torrente saltando entre piedras.

Sin embargo, el guía les detuvo antes de llegar más abajo para reunirles a todos a su alrededor.

—Iremos por ahí —señalaba a la derecha entre cuchicheos—. Es mejor eso que bajar hasta el fondo y seguir el curso del río.

—Lo que sea, que sea rápido —musitó Ardis—. Si Fluxe nos ha vendido a Nader y este ha mandado aviso a los hombres de Baubalud...

—Aunque así sea, pisad con cuidado. Tenemos que medir cada paso y hacer el menor ruido posible. Hayan advertido o no a Baubalud, puede haber algún centinela por esta zona.

—Esto no me gusta. —El lidio meneaba la cabeza calva—. No me gusta nada. He tenido un presentimiento mientras bajábamos.

Eutiques, que había aprendido a respetar las corazonadas de su amigo, no pudo evitar estremecerse. También algún otro se removió inquieto en la negrura, aunque nadie dijo nada.

—Ojalá tuviéramos dónde elegir, pero no podemos retroceder —murmuró Sembeles que, cetrino como era, y vestido de negro, resultaba poco menos que invisible en las tinieblas—. Hay que seguir y, lo que haya de ser, que sea.

—Así se habla —aprobó, entre dientes, Behor Cutúa—. ¿Vamos a estarnos toda la noche de palique? Vamos, Xanto, vamos.

El griego se encogió de hombros y, chistándoles para que le siguiesen, echó a andar a paso de gato, empuñando uno de sus dardos. Los demás le siguieron más o menos en fila atentos a cualquier posible movimiento entre las sombras.

Xanto sabía lo que se hacía y, sin volver sobre sus pasos ni una sola vez, los guió por la ladera, a la luz escasa de la luna, llevándoles hacia abajo en diagonal. De vez en cuando, hacía gesto de detenerse y se quedaba escuchando unos instantes, tratando de detectar algo que no fuese el suspiro del viento, el susurro de las hojas, el canto de los grillos, el murmullo del agua. En otras ocasiones se adelantaba a explorar unos metros adelante.

Los otros iban detrás, las armas prestas, sin cambiar palabra y comunicándose en susurros, sobresaltados cada vez que alguien, al pisar mal, lanzaba una pequeña cascada de tierra y chinias por la cuesta rebotando en la oscuridad. A veces, al cruzar alguna arboleda, se sumían en una tiniebla casi total y tenían que desplazarse con el mayor de los cuidados, casi a tientas.

Sin embargo, pese a todas sus precauciones, cuando se toparon con enemigos fue por sorpresa y sin que ninguno de los dos grupos se diese cuenta hasta chocar casi unos contra otros.

Acababan de cruzar el torrente, chapoteando en el agua helada, y se dieron de bruces con unos serranos que debían de estar explorando por la otra margen, tal vez buscándoles. Todo fue todo muy rápido. Al atravesar una zona de árboles y malezas, Xanto se encontró de golpe con los que encabezaban la otra banda. Hubo un sobresalto general, gritos sofocados, repicar de hierros y alguno, al dar un salto atrás, perdió pie y cayó de espaldas.

Xanto, quizá porque iba temiéndose un encuentro así, saltó sobre el primero y le clavó el dardo antes de retroceder con un brinco, al tiempo que echaba ya mano a su espada falcata. El montañés se derrumbó gorgoteando, con el dardo en la garganta, mientras, con un griterío formidable que hizo alzar el vuelo a las aves nocturnas, los demás se lanzaban los unos contra los otros sin orden alguno.

Se produjo una escaramuza tremenda entre los troncos, las zarzas y las rocas. Un resquicio de luna que se colaba por entre el follaje permitía columbrar apenas lo suficiente como para no acuchillarse entre amigos. Como estaban luchando al cuerpo a cuerpo, habían todos abandonado los dardos, inútiles a la corta, para empuñar hachas y espadas y, entre las sombras, se lanzaban tajos que, cuando se encontraban entre sonos metálicos, hacían saltar nubes de chispas en la oscuridad.

Pese a la escasa luz, debían de haber reconocido a Behor Cutúa, porque muchos de los serranos iban contra él bramando como jabalíes. El hombrón de la gran barba les hacía frente rugiendo y se escabullía entre árboles y rocas para estorbar sus golpes al tiempo que se defendía con espada y rodela.

Golpes y paradas se sucedían casi a ciegas, y el montañés, aunque era uno contra varios, atacaba a su vez con ferocidad de forma que sus golpes hacían

crujir los escudos de cuero e iban a cruzarse, rechinando, con los hierros enemigos. Sembeles, acudiendo como un espectro, hirió por la espalda a dos de los que atacaban al montañés antes de que los demás advirtiesen que estaba ahí. Nuevos gritos, más confusión y Behor Cutúa, siempre al quite, le abrió la cabeza a otro con la rodela y de refilón.

Luchaban con furia, cruzando cuchilladas y dando tumbos entre sombras negras y penumbra lunar, como en una pesadilla. Cada cual combatía por su cuenta, demasiado ocupado en salvar la piel como para fijarse en qué ocurría más allá del alcance de sus brazos. La algarabía y el entrechocar de hierros, al rebotar a lo largo de riscos y gargantas en el silencio de la noche, debían de llegar a muchas leguas de distancia.

Eutiques se había trabado con un rival en especial correoso, un guerrero alto y nervudo que blandía dos hachas y que descargaba un verdadero chaparrón de golpes sin darle respiro. El corintio se defendía a la desesperada, parando de escudo, hurtándose entre las sombras y buscando en vano un hueco por donde asestar él un golpe. Pero su contrario hacía caer sobre él los hachazos, incansable, forzándole a retroceder cada vez más resollando con fatiga creciente.

Tropezó con algo, resbaló. El otro le lanzó un golpe en arco que apenas pudo detener. Trastabillando, se fue hacia atrás y por fin, perdido el equilibrio, cayó de espaldas. Se retorció como una sabandija, tratando de hurtar el cuerpo, mientras el serrano se cernía con un rugido sobre él enarbolando sus dos hachas. Y entonces, como ya había sucedido otras veces en el pasado, el enjuto Ardis surgió como por arte de magia de las tinieblas para, con su espada falcata, malherir al montañés.

Este se desplomó entre la maleza. Pero, mientras Eutiques iba a levantarse, con un suspiro largo de alivio, otro enemigo más brotó de entre las sombras, tan inesperado como el propio Ardis, y abatió al lidio de un hachazo. Eutiques, con un bramido de desesperación, desde el mismo suelo le rompió la rodilla con su hacha y le hizo caer a su vez dando gritos. Sin respiro, el corintio se arrojó encima de él y, en el forcejeo, logró coger su arma en corto y hundirle el cráneo a golpes.

Se puso en pie de un brinco, el hacha presta. Pero los serranos, que había

perdido ya a varios hombres, al ver aquel bocado demasiado duro, se retiraban ahora con rapidez, aún con ánimos suficientes como para hacerlo plantando cara, entre voces, y llevándose consigo algún que otro herido.

Entonces sí que unos y otros arrojaron unos cuantos dardos, que fueron a perderse inofensivos en la oscuridad, entre los matorrales. Eutiques se quedó plantado unos instantes mientras sus compañeros se llamaban unos a otros. Pero los serranos habían huido para esfumarse en la noche. Con un lamento, el corintio se dejó caer entonces de rodillas y, a tientas, buscó a Ardis.

Sus manos tocaron con un cuerpo. Se inclinó y, aun en esa penumbra lunar tan escasa, sembrada de sombras, reconoció sin duda a su amigo. Le palpó buscando algún signo de vida. Posó la oreja junto a sus labios con la esperanza de captar un hálito. Le sacudió en vano.

—Ardis —musitó, acunando el cuerpo entre sus brazos, aunque estaba claro que había muerto—. Ay, Ardis...

Mancorio Bordorice llegó hasta él, con sus palos de lanzar en las manos. Luego Xanto, aún empuñando la espada falcata, y después los demás, alguno herido de levedad. Nadie se acercó mucho ni dijo nada y el corintio, sin prestarles atención o mirarles siquiera, no se apartó del cadáver.

Se oían gritos a lo lejos. Xanto se acercó a Sembeles.

—Ahora ya saben que estamos aquí. Lo mejor es que me adelante un poco, a ver cómo están las cosas.

—¿Y qué quieres que hagamos nosotros mientras? ¿Que te esperemos aquí tan tranquilos? —refunfuñó Behor Cutúa, que jadeaba por el esfuerzo de la pelea—. Está claro que Este no es el único grupo que ronda por los alrededores. Cuando los que han huido avisen a los demás, se nos van a echar encima como una jauría.

—Tenemos que averiguar cuál es la situación. Hay que ser tontos para seguir a ciegas si podemos evitarlo. No tardaré mucho y, entretanto, podéis vendaros las heridas.

—De acuerdo. Ir, echar una ojeada y volver.

—Ir y volver —aceptó el griego sumergiéndose ya en la negrura.

Se quedaron quietos unos instantes en la oscuridad, sin hacer nada. Se oían más gritos aunque, con tanto eco entre peñas, era difícil precisar de dónde

procedían. El agua murmuraba, el viento estremecía los follajes, Eutiques seguía junto al cadáver, hablándole por lo bajo. Mancorio Bordorice, que algo entendía de heridas y remedios, abrió su morral para atender a sus compañeros.

Pasó el tiempo. Ellos manoseaban las armas, alertas ante cualquier movimiento en la oscuridad. A veces uno de ellos, engañado por la luz de la luna, alzaba el dardo creyendo haber visto algo, pero no eran sino espejismos nocturnos.

—¡Este Xanto! —bufó Behor Cutúa, que rabiaba de escozor, porque el sefe le estaba aplicando uno de sus ungüentos—. ¿Dónde rayos se habrá metido?

—Dale un poco más de margen —quiso aplacarle Sembeles, aunque él mismo no cesaba de escrutar receloso los juegos de sombra y penumbra en la floresta.

—Si aparecen otros..., la próxima vez no tendremos tanta suerte.

—No. No la tendremos.

Los miembros de aquella partida enemiga se habían lanzado en tromba contra Behor Cutúa —quizá porque eran hombres de Baubalud y buscaban venganza, o quizá porque habían supuesto que era él quien tenía la plata— y eso, a la postre, les había salvado. Porque, sedientos de sangre, aquellos guerreros salvajes habían descuidado todo lo demás y varios de ellos habían sido muertos por la espalda, lo que había enfriado a los supervivientes y les había hecho al final huir.

—¿Dónde está ese maldito Xanto? —rugió exasperado el montañés.

—Aquí está Xanto, bocazas —siseó el aludido surgiendo sin un ruido de entre las sombras como conjurado por ese exabrupto.

—¿Qué has visto? —Se congregaron en torno suyo, ansiosos.

—Ver, poco. Pero hay muchos hombres por aquí cerca. Se les oye ir y venir, de un lado a otro, como toros, y no hay duda de que nos buscan a nosotros. Alguno se debe de haber topado ya con los de antes, porque estoy seguro de que vienen hacia acá.

—¿Podremos pasar entre ellos?

—Si nos crecieran alas... —El guía hizo uno de sus gestos displicentes, de

esos que tanto irritaban a la mayoría—. Calculo por lo oído, pero creo que son demasiados y que no tenemos la menor oportunidad. Sobre todo ahora, que saben dónde buscarnos.

Sucedió a aquello un silencio, cargado de desaliento. Luego, el propio Xanto dio su consejo:

—Solo hay una salida sensata. Tenemos que retroceder.

—¿Retroceder?

—Volvemos a Ruga. O al menos intentarlo.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? Allí, al menos, no nos espera una muerte inmediata. Aquí, tenemos tantas oportunidades como un pez en la red.

—A Ruga —se puso de su parte, sin más, Behor Cutúa—. ¿Estamos o no estamos de acuerdo?

Los otros fueron aceptando, más o menos reacios. Borma se acercó a Eutiques.

—Griego —le posó la mano en el hombro, con más amabilidad de lo que era costumbre en él—. Griego, tenemos que irnos. Los hombres de Baubalud pueden aparecer en cualquier momento.

Hubo un silencio largo.

—¿Griego?

—Vámonos. —Apremió Eutiques con voz ronca poniéndose en pie—. Ayúdame a echarme a mi amigo al hombro.

—¿Cómo?

—Échamelo al hombro. No voy a dejarle aquí tirado como a un asno muerto.

—No puedes cargar todo el camino con él, hombre. —El céltico manoseó su hacha, turbado—. No de noche y por un terreno como este, con los guerreros de Baubalud pisándonos los talones.

—Lo que no puedo es dejarlo aquí.

—Te has vuelto loco.

—Déjale estar, hombre —intervino de repente Behor Cutúa, al que sus amigos muertos visitaban en sueños y no le dejaban descansar en paz—. Tiene razón. Uno no puede abandonar así a los amigos. —Se encaró con Eutiques—. Déjame a mí: yo puedo cargar con él sin problema.

Borma los observó a ambos, primero al corintio y luego al gigante montañés, aunque no eran más que dos borrones en esa oscuridad.

—Estáis mal de la cabeza los dos. Llevarle con nosotros va a retrasarnos, lo queramos o no.

—¿Y quién rayos te ha pedido ayuda? —explotó de repente el serrano—. ¿Te da miedo que los hombres de Baubalud nos den alcance? Pues anda, aprovecha y adelántate.

—¡Eres un bocón y voy a hacer que te comas esas palabras! —rugió el otro, irguiéndose. Los demás acudieron a interponerse, no fuera que en el calor del momento llegasen a las manos. Pero el céltico lo único que hizo fue añadir señalando al cadáver—. Cógelo. Si eres capaz de llevarlo a Ruga, yo lo soy de cubriros todo el camino las espaldas para que no te atrevas a ir diciendo por ahí que Borma tiene miedo de esto o de lo otro.

—Yo claro que soy capaz. Tú ya veremos.

El céltico abrió la boca para replicar de nuevo, pero Xanto, siseando, zanjó la discusión.

—Si aligeramos, puede que ninguno tenga que demostrarle nada a nadie. Y menos voces.

Los demás se pusieron en marcha, como devueltos a la realidad por esas palabras. Behor Cutúa se cargó el cadáver a la espalda y todos juntos, las armas dispuestas, volvieron a cruzar el torrente.

—Haremos igual que antes —indicó Xanto—. Yo iré un poco adelantado, no sea que nos demos de narices con otra partida.

—A lo mejor tenemos suerte. —Sembeles rozó sus amuletos.

—A lo mejor.

El griego, a la carrerilla, se adentró en las sombras seguido por los demás a un ritmo más lento. El agua corría a sus espaldas y, en la distancia, se oía a los hombres de Baubalud llamándose unos a otros en la oscuridad. El cuarto creciente brillaba a través de la enramada, la espesura crujía con los mil pequeños sonidos de la noche y, a cada instante, casi esperaban ver una horda de enemigos surgir de entre las sombras. Nadie había dicho nada aunque, quien más quien menos, sabía que, pese a esas últimas palabras, tendrían que pelear para llegar a Ruga.

Si es que conseguían llegar.

20

Al alba, los centinelas de las escarpas paseaban al borde de los rocales, abrigados en sus mantos rojos y llamándose unos a otros, el aliento formando nubes de vapor. Amanecía frío, húmedo, destemplado, mientras el sol apenas comenzaba a despuntar a oriente tocando ya de luz los picachos más altos. El viento, a ráfagas heladas, azotaba la copa de los árboles y la maleza, largos bancales de niebla se arrastraban por las laderas y las hondonadas estaban todavía en sombras.

Los vigías, más alerta que de costumbre, no cesaban de otear sobre los barrancos, lanza en mano, porque durante toda la noche habían estado oyendo gritos allí abajo, como de hombres que trataran de orientarse en la oscuridad. Ahora, pese al amanecer, el fondo seguía casi cubierto de nieblas y oscuridad y se distinguía aún bien poco.

Se escuchaban de nuevo gritos que arrancaban largos ecos a los acantilados. Las aves alzaban el vuelo en la luz descolorida del alba y los guardianes se llamaban de puesto en puesto intimándose a estar atentos. Al cabo, uno lanzó una gran voz de alarma que pareció alargarse sin fin a lo largo de las gargantas de piedra para poner en guardia a sus compañeros.

Porque, entre los remolinos de bruma, había aparecido un hombre armas en mano brincando con agilidad por entre las rocas húmedas. El viento le alborotaba los cabellos y las barbas, de un rubio muy claro. Su túnica y manto, así como el escudo, eran sin duda alguna griegos; la espada que empuñaba en

la diestra, en cambio, era una falcata de forja indígena. Muchos de los vigías, pese a la distancia y la poca luz, reconocieron enseguida a Xanto, el guía y traficante griego, porque solía visitar Ruga a menudo y no pocos de los lugareños habían hecho algún negocio con él.

Correteaba de acá para allá, en apariencia sin rumbo, mientras ojeaba receloso cada piedra, cada mata y cada tronco. Pese al frío de primera hora, se había retirado el manto del hombro derecho para dejarlo en claro y tener así más libre el brazo de la espada.

Otro hombre —este un serrano de manto rojo que empuñaba hacha y rodela— le salió al paso de repente, surgiendo desde detrás de unos zarzales. Los de arriba gritaron a coro un aviso, pero el guía ya le había visto. El serrano le saltó encima, Xanto paró el hachazo con el escudo. Comenzaron a pelear, dando tumbos entre matas y rocas, tirándose golpes y perdiéndose a veces de vista entre la maleza. Por fin, el griego, con un molinete de la falcata, desarmó a su enemigo. Pero este, sin dudar, le tiró el escudo a la cara y salió corriendo. Se esfumó en la niebla, en un parpadeo, mientras desde arriba vitoreaban de forma ruidosa al griego.

Él, con apenas una ojeada a lo alto, volvió a husmear de un lado a otro, batiendo el terreno como un hurón y sin dejar de vigilar su espalda. Por esas miradas hacia atrás, supusieron que le perseguían e, intrigados, se preguntaban por qué perdía el tiempo de esa forma, en vez de subir corriendo y ganar la seguridad del poblado.

Pero luego vieron cómo aparecían dos hombres más, dando traspiés entre una niebla que poco a poco iba aligerando y desvaneciéndose. Uno era un serrano de elevada estatura, con una barba imponente y manto rojo, que cargaba al hombro un cadáver de ropas amarillas. El segundo, un griego, a juzgar por su atuendo, le cubría las espaldas con sus armas.

Los centinelas, al reconocer a Behor Cutúa y Eutiques, y ver que el cadáver era el del lidio Ardis, se preguntaban perplejos qué estaba ocurriendo. Porque esos no eran los que estaban antes de guardia, sino su relevo, e ignoraban que aquel grupo de forasteros hubiera salido de Ruga.

Xanto les estaba apremiando con gestos enérgicos. Behor Cutúa, espada en puño, subía resoplando —podían ver cómo soltaba, a cada paso, grandes

bocanadas de vapor—, en tanto que Eutiques no cesaba de volverse a todos lados, el hacha dispuesta. Se oían de nuevo gritos en la hondura, desde diversos puntos, y al poco llegaron tres hombres más.

Uno era un céltico grandote, de casco adornado con tres plumas, que blandía un hacha. Otro, un bárbaro de las mesetas del norte —moreno y de manto negro— con una espada en la mano. El tercero, flaco y de aire salvaje, con media cabeza calva y una gran cola de pelo suelta a la nuca, blandía dos palos de lanzar. Retrocedían juntos, despacio y de espaldas, manteniendo a raya a lo que a los vigías, desde sus posiciones, les pareció una muchedumbre de enemigos.

Más arriba, en la cuesta, aparecieron dos serranos, con los mantos ondeando como si fueran fantasmas. Eutiques se apartó de Behor Cutúa para plantarles cara mientras Xanto bajaba a saltos en su ayuda. El sol, al subir, inundaba de luz las laderas. El cielo había pasado del gris al azul, las brumas se disipaban, el rocío brillaba sobre las hojas y los pájaros llenaban ya de trinos el aire de primera mañana.

Hasta los parapetos llegaban, de forma muy débil, las exclamaciones, los gritos y el chocar de armas. Xanto y Eutiques habían puesto en fuga a sus dos enemigos, mientras Behor Cutúa, los dientes apretados, seguía su ascenso paso a paso, con el cadáver auestas, y los otros tres contenían, a fuerza de armas, a un número muy superior de contrarios.

Algún vigía, pisando con precaución, por la humedad, se había asomado al borde mismo de los cantiles a ver si podía arrojar un dardo. Pero los demás les gritaban que no lo hiciesen, porque los serranos, aunque llevaban armas arrojadizas, no habían hecho ni un tiro; movidos sin duda por ese orgullo que, para esas gentes de la sierra, pobres y feroces, valía cien veces más que la propia vida.

Otros ruganos, más impulsivos, habían saltado ya los parapetos y, cada cual por su cuenta, bajaban corriendo a apoyar a los fugitivos. Pero también estaban sumándose más serranos, que salían de entre los árboles del fondo, aullando y blandiendo hierros, para subir a largos trancos, a unirse a los que luchaban contra Sembeles y sus amigos.

Los primeros en llegar abajo quisieron ayudar a Behor Cutúa con el

muerto porque parecía a punto de desplomarse de puro cansancio, pero él les rechazó con muy malos modos. Ellos, que ya conocían su genio, tampoco perdieron tiempo en encogerse de hombros y corrieron a unirse a los otros tres, que se veían en apuros cada vez más serios.

Con todo el escándalo desatado, cada vez acudía más gente a los pretilos de piedra. Nuevos guerreros bajaban con los hierros en claro y, como tampoco dejaban de llegar serranos, chapoteando en el torrente, no tardó en organizarse allí abajo una escaramuza en toda regla.

Los de Ruga retrocedían despacio, todos juntos, mientras los suyos les animaban desde lo alto. Se cruzaban las armas con gran estruendo y los muertos caían rodando por la pendiente aunque los defensores hacían lo posible por sujetar a su gente y llevárselos consigo.

Los perseguidores, aun siendo más numerosos, llevaban la peor parte, porque tenían que combatir en posición baja. Algunos trataban de rebasar por los lados, a la carrera, pero los pocos que lo lograban eran rechazados por Xanto y Eutiques. Uno, incluso, logró llegar hasta Behor Cutúa para acometerle con el hacha. Pero el atacado, con un revés de la espada, le mandó malherido y dando tumbos, cuesta abajo. Entretanto, Sembeles, Borma y Mancorio Bordorice seguían en primera línea de refriega. Los ruganos habían intentado hacerles pasar atrás, pero ellos se habían empeñado en aguantar ahí a toda costa aunque tenían no pocas heridas. Se les notaba más que agotados y la sangre les corría ya por los brazos.

El sol, según ganaba altura, iba deshaciendo los últimos retazos de niebla. Los peñascos se recortaban contra el azul, las espesuras eran una explosión de verdes y castaños, y los buitres pardos trazaban círculos en lo alto. Los defensores se replegaban hacia su poblado, pisando con suma precaución y sujetándose unos a otros cuando alguien resbalaba. Mientras, sus enemigos no cesaban de acudir en más número, de forma que la lucha en la cuesta parecía desde lo alto una batalla de hormigas.

Algunos atacantes, encorajinados, se arrojaban a pecho descubierto intentando quebrar la defensa. Pero los de Ruga, tras una pared de escudos y hierros, les rechazaban con facilidad, de forma que los heridos caían dando volteretas entre riadas de gujarros y polvo.

Hacia arriba, la pendiente se volvía aún más abrupta, entre roquedales y pedreras. Y fue ahí, a pocos pasos ya de los parapetos, donde se produjeron los momentos más apurados. Porque, por culpa de lo empinado del terreno, los ruganos tuvieron que deshacer su piña defensiva y todo acabó en una lucha rabiosa hombre contra hombre.

La confusión no podía ser más tremenda, entre gritos, polvareda y resonar de armas, y cada cual podía velar poco más que por sí mismo. Desde lejos, los serranos que llegaban cruzando el torrente, al levantar los ojos, veían una ladera larga, encajonada entre cantiles, aún en umbría, rebosante de hombres que luchaban como insectos enloquecidos con un clamor que resonaba en leguas a la redonda. Más y más defensores saltaban los pretilles de piedra. Eutiques, Behor Cutúa, Xanto, apenas lograron poner al cadáver a salvo, pese a la fatiga, volvieron a bajar corriendo, como hombres que tuviesen que demostrarse algo los unos a los otros.

Sembeles, con reveses de escudo, había lanzado a un enemigo cuesta abajo, luego a otro, y luego aún a otro. Después, entre el tumulto de gritos, forcejeos, escudos pintados, hierros que subían y bajaban, el lusón advirtió la presencia de un hombre con el manto rojo, las armas de los indígenas y un casco corintio de cimera bermeja que luchaba espada en puño.

Le perdió por un instante. Volvió a verle. Aquel debía de ser el griego Prolampo, supuso, y trató de llegar hasta él abriéndose paso a golpe de espada. Pero la lucha era en exceso feroz y apenas era posible dar un paso sin tener que verse las caras con un nuevo rival. En aquella vorágine, el hombre del casco cerrado volvió a desaparecer y, pese a todos sus esfuerzos, el lusón ya no pudo verle de nuevo.

Además, el combate iba decantándose a favor de los lugareños. Cada vez bajaban más guerreros del poblado y, entre todos, iban rechazando a sus enemigos cuesta abajo. Al cabo, gracias al respiro que les dio mandar dando tumbos por la ladera a sus contrincantes, pudieron retroceder y ganar todos juntos la seguridad de los parapetos sin dejar de cubrirse unos a otros.

El enemigo no parecía ya tener muchas ganas de reanudar la lucha. Estaban recogiendo a sus muertos y heridos, con ojeadas de resentimiento hacia los pretilles. Se retiraban despacio, al otro lado del torrente, mientras grupos

nutridos, dardos en puño, vigilaban en previsión de una salida que pudiese aumentar sus bajas.

Arriba, los ruganos estaban bailando ya la victoria. Cantaban subidos a los muretes de piedra enarbolando los hierros y escudos de cuero pintado. Xanto y Sembeles, a despecho del gran cansancio, se asomaron al pretil entre las piernas de los danzantes. La retaguardia de los sitiadores cruzaba ya las aguas, chapoteando entre los contraluces de la arboleda.

Allí, entre los últimos en pasar, pudieron ver al hombre de manto rojo y casco griego que, tras volverse, se cambió de mano la espada para apuntar con el índice de la diestra a lo más alto, hacia el poblado. Estuvo así un rato, señalando. Les volvió luego la espalda y él también atravesó el arroyo y se perdió entre los árboles.

—¿Qué era eso? ¿Alguna maldición griega? —preguntó el lusón.

—No que yo sepa, más bien es un aviso, una amenaza. —El guía se pasó los dedos por el cabello rubio—. Que digo yo que viene a ser casi lo mismo que una maldición.

* * *

Los actores de toda aquella aventura, más que cansados, se fueron derechos a las casas que ocupaban los tartesios y sus mercenarios, a curarse de nuevo, a tomar un bocado y descabezar un buen sueño. Los lugareños estaban celebrando esa pequeña victoria con gran algazara —que no consiguió despertarles, como hombres avezados que eran— y el propio Nader les mandó más tarde a un par de curanderos, a ver qué podían hacer por ellos. Pero los jefes tartesios, ya al tanto de todo, les impidieron el paso con la mayor de las cortesías, aduciendo que ya habían sido atendidos y descansaban, pues recelaban de que aquel par de hombres del jefe les envenenasen las heridas.

Durmieron a pierna suelta hasta bien entrada la tarde y ni siquiera después salieron, pues se quedaron a comer con los jefes tartesios. A la caída de la noche, empero, llegó un consejero del jefe a informarles de que los notables del poblado les llamaban a asamblea pública, algo a lo que no podían faltar so pena de insultar de forma grave a sus anfitriones.

Nader ocupaba el mismo sitio que el día anterior, con su manto y todas sus

alhajas metálicas, rodeado de ancianos y guardaespaldas, y con la gente común de pie, más atrás. Apenas aparecieron aquellos cinco, mandó que les sirviesen cerveza de su propia cántara —una buena señal—, antes de, con ademanes majestuosos, indicarles que se adelantasen.

Habían procurado adecentarse en la medida de lo posible, cepillando los mantos y peinando greñas y barbas. Y, aunque no habían querido llevar escolta tartesia para no ofender a sus anfitriones, cada cual se había ceñido sus armas. El jefe del poblado a su vez, que se había dado perfecta cuenta de todos esos detalles, alzó la mano y tomó la palabra en voz bien alta, para elogiar el valor demostrado por aquellos forasteros esa misma mañana.

—Todos hablan maravillas de vuestro comportamiento. Dicen que os retirasteis sin dar la espalda en ningún momento, a pesar de ser cinco contra muchos. También que no abandonasteis el cadáver de uno de vuestros amigos y que luchasteis para traerlo con vosotros.

—Tuvimos un mal encuentro, un poco más allá del torrente. —Behor Cutúa se relamía los labios, goloso, pues la cerveza del jefe era de calidad—. Ardis murió allí y su amigo Eutiques no quiso abandonarle. Y nosotros no quisimos entonces abandonarles a ellos dos —añadió entre la aprobación del gentío.

—Ardis y yo éramos amigos desde hace tanto tiempo... —asintió el corintio apenado, con la cabeza gacha—. ¿Cómo iba a dejarle allí, tirado?

—Todo eso es muy loable. —Cabeceó solemne Nader, haciendo resbalar las luces de las llamas sobre el bronce y el oro de sus alhajas—. Uno debe honrar a sus difuntos. Nuestros mismos antepasados veneraban tanto a sus muertos que les enterraban bajo el mismo suelo de sus casas para tenerles siempre consigo y preservarles de los saqueadores de tumbas.

Hizo una pausa, antes de seguir hablando.

—Como os digo, os respeto por todo eso que habéis hecho. Y tampoco me sabe mal la victoria de esta mañana sobre nuestros enemigos. —Volvió a detenerse por un instante—. Pero no puedo pasar por alto que ayer mismo vinisteis a nuestro poblado perseguidos por los hombres de Baubalud y nos pedisteis asilo. ¿Cómo se explica entonces que, al poco, os marcharais a la chita callando sin despediros y en la oscuridad de la noche, como los ladrones?

—Te confundes, Nader —replicó Behor Cutúa con el mayor de los descaros—. Tras el consejo de ayer, estuvimos hablando entre nosotros. Tenemos la plata y entre Baubalud y yo hay deudas de sangre pendientes: dos cuestiones que pueden atraer sobre este poblado la ira del curandero porque es un jefe poderoso. Quizá Totog, o quién sabe si él mismo, se presente a las puertas con el grueso de sus guerreros. Es por eso que decidimos irnos, de común acuerdo, para ahorrar así más combate y sufrimiento a tu gente.

—Un gesto muy noble. Pero ¿por qué irnos a escondidas?

—Porque suponíamos que, llevados de la generosidad, no consentiríais en que nos marchásemos —repuso el montañés sin cambiar de color.

—Una suposición muy bien fundada. —Aquel jefe obeso cabeceaba con igual aplomo que su interlocutor—. Somos de una raza antigua y guerrera, y nadie va a decirnos a quién abrir nuestras puertas o a quién sentar a nuestra mesa.

Behor Cutúa se arregló el manto rojo, luego la espada y el puñal, que llevaba en sus vainas, medio ocultos entre los pliegues de la ropa.

—No esperaba menos de ti ni de tu gente, Nader. Pero permite que te recuerde lo poderoso y lo vengativo que es Baubalud.

—Y yo te digo lo dicho: que venga —zanjó el otro alzando la mano mientras el público, siempre fácil de emborrachar con grandes palabras, aclamaba de forma escandalosa.

Daba así por concluida la audiencia y sus invitados, al poco, se retiraron. Sin embargo, no tardó en comenzar otro festejo en el que se comió, bebió y bailó hasta la hartura para celebrar la refriega victoriosa de esa misma mañana. No había sido más que un triunfo sin frutos, pero los ancianos de Ruga sabían cuán importante era el mantener la moral de su gente, sobre todo en vísperas de grandes combates. Por eso, esa noche no se escatimaron las provisiones ni los elogios a los guerreros.

En el transcurso de esa fiesta, Behor Cutúa volvió a reunirse con Nader, esta vez algo más en privado. El jefe del pueblo había ido a sentarse en un aparte, en la penumbra, a observar cómo su gente bailaba y reía entre el estruendo de tambores y los cánticos. Le acompañaban un par de notables y un joven de aspecto fiero, armado hasta los dientes, que debía de ser su

guardaespaldas.

—Siempre te tuve por un buen guerrero, Behor Cutúa. —El grueso personaje sonreía, aunque solo con la boca—. Pero ahora veo que, además de fuerte como un oso, eres también más taimado que un zorro. Te felicito.

—Gracias. Es un elogio que vale mucho más por venir de quien viene.

—Yo siempre he tenido en gran estima la astucia.

Ambos cabecearon con gravedad, mientras los presentes les observaban. Behor Cutúa no atinó a saber si los notables presentes habían captado la doble intención de esas palabras. Sonrió, antes de replicar con suavidad.

—Lo sé. Y, siendo así, supongo que aprobarás lo que voy a contarte.

—¿De qué se trata?

—Anoche, tras luchar en la otra parte del arroyo con los hombres de Baubalud, como vi que la cosa estaba apurada, y que teníamos pocas posibilidades de salir con vida del aprieto, me deshice de la plata.

Hubo un silencio muy largo. Al fulgor del fuego, todos contemplaban, con distintas expresiones, al montañés, que sonreía con maldad. Por fin, Nader carraspeó.

—¿Qué es lo que has hecho?

—La he ocultado ahí abajo, en alguna parte —y señaló en dirección al barranco—. Solo yo sé dónde con exactitud. Invito a todo aquel que tenga ganas de perder su tiempo a buscarla. A ver si es alguien capaz de encontrarla. Baubalud no la tendrá, haga lo que haga.

Otro intervalo de silencio.

—Te felicito de nuevo —sonrió luego, con algún esfuerzo, su interlocutor—. Aunque lograrse conquistar nuestro poblado, cosa que desde luego no hará, ese soberbio de Baubalud se quedaría con un palmo de narices. Es un hombre muy poderoso y admito que está tocado por los dioses. Pero se ha acostumbrado a imponer su ley y a tratar a los demás como si fuese el rey de las montañas, a su capricho.

Sus acompañantes asintieron entre gruñidos, mientras el montañés le daba también la razón con gesto más que hosco, al tiempo que acariciaba la empuñadura de su espada.

—No será Baubalud el que ponga un yugo a Behor Cutúa. —Rechinó los

dientes—. Ni él ni nadie.

—Así se habla. —Nader volvió a cabecear solemne, esta vez con sinceridad, entre murmullos de aprobación de los dos notables.

—Pero hay algo que quiero aclarar. Fluxe, el libofenice, que era compañero de estos, —señaló con la cabeza a Xanto y Eutiques, allá junto a las hogueras—, no vino con nosotros y, al regresar, no le hemos visto, ni sabido nada de él.

—Nada puedo decirte a tal respecto. —El jefe del poblado compuso expresión de perplejidad, antes de consultar con la mirada a los notables, que a su vez menearon de forma negativa la cabeza—. ¿Crees que prefirió marcharse por su cuenta?

—¿Quién sabe?

Y, tras eso, Behor Cutúa se apartó para ir junto a Sembeles, a beber y comer junto a una de las hogueras, y también a cuchichear por lo bajo. Y ya a media explicación saltó el otro como un resorte.

—¿Cómo que has escondido la plata? ¿Qué pasará si...?

Pero el hombrón le contuvo sonriente, alzando las manos antes de hacerse con un cuenco lleno de cerveza.

—No te pongas nervioso, que todo es mentira. Aún la conservo en mi poder.

—¿Entonces?

—De alguna forma tenía que asegurar nuestros pellejos. Pensad. ¿Para qué iba a intentar algo Nader contra nosotros, si ya no tenemos en nuestro poder el pacto de plata?

—Según esa forma de pensar, Baubalud tampoco tendría ya motivos para atacar el poblado. —Sembeles cruzó los brazos sobre el pecho, dudoso—. Pero, por lo que se veía desde aquí de la cara de Nader, no se ha ido precisamente contento.

—No tiene motivos para alegrarse porque Baubalud no va a creerle, aunque le hiciese llegar la noticia. Pensaría que Nader le está engañando, que es un truco para que no siga atacando Ruga. Y, además, Nader ha perdido su gran opción para evitar que los guerreros del curandero se presenten en masa ante estas puertas.

—Cuando hablas de opción te refieres a cortarnos el cuello, robarnos la plata y hacérsela llegar a Baubalud.

—Eso es.

—¿Y si Nader no se traga el cuento?

—Allá él. Puede hacernos matar y, luego, comprobar si de verdad tengo o no la plata encima. Pero, si se equivocase, no habría forma de enmendarlo. No sacaría nada y, además, se enemistaría con los tartesios. No creo que se vaya a arriesgar.

Al tiempo que asentía ante esas razones, el lusón se envolvió en su manto negro porque corría viento y, apenas se apartaba uno del fuego, sentía el mordisco del frío. Se entretuvo unos instantes contemplando a los danzarines, que cabriolaban armas en alto entre el revuelo de pavesas ardientes.

—Pero tú sigues en peligro. Tienes asuntos de sangre pendientes con Baubalud y Nader puede hacerte asesinar para, al menos en parte, contentarle.

—Poco le iba a contentar con eso. Peor. Podría creer que me había matado para quedarse en secreto la plata. Baubalud es un sujeto receloso y Nader es de los que se piensan mucho las cosas antes de actuar. No es un hombre impulsivo, para nada, así que de momento estoy a salvo, al menos de los asesinos.

—¿Y la plata?

—La llevo encima. Nuestro pacto, al menos en lo que a mí respecta, sigue en pie. De hecho, esta pieza está maldita, así que prefiero entregártela.

—Para que sea yo quien cargue con la posible maldición —casi gruñó Sembeles.

—No. Tú has recibido la misión sagrada de devolverla a su tumba. Estás a salvo de cualquier posible maldición.

—Entonces luego me la das, cuando no nos vea nadie. —Hizo una pausa, arrebuñado en su manto negro—. ¿Qué habrá sido de Fluxe?

—Supongo que ese gordo de Nader, al ver el cariz que tomaba la situación, le habrá hecho matar en secreto, para no verse comprometido ante su gente.

—Pudiera ser. —De repente, el lusón se encogió de hombros, como quien de golpe desdeña todas sus preocupaciones—. Bueno. Vamos ahora a beber,

que ya sabes lo que se dice en estos casos: hay que aprovechar ahora, no sea que mañana ya estemos muertos.

—Así se habla. —El serrano se pasó los dedos por la barba, sonriendo—. Pero puede que yo esté poco rato.

—¿Y eso?

—Mira —señalaba con el mentón a unas cuantas mujeres presentes en la celebración—. Te apuesto un eslabón de plata a que no tardo mucho en tener compañía. Fíjate en cómo me mira aquella.

—Juegas con ventaja: yo no sé cómo es esta gente.

—¿Eso qué quiere decir?

—Hay muchos pueblos y muchas costumbres, amigo, y a mí me gusta saber qué terreno piso. He estado entre gentes donde las mujeres iban a su aire y no daban cuentas a nadie. En cambio, en el poblado vecino, a no más de dos mil pasos, si mirabas dos veces a una, podías acabar dándote de puñaladas con sus hermanos.

—Has viajado mucho...

—He sido escolta de las caravanas tartesias. He llegado muy al norte.

—La de cosas que habrás visto. Yo nunca he salido de la sierra, ni siquiera se me ha ocurrido nunca bajar a la costa. Algún día, si tenemos oportunidad, me gustaría que me hablases de tus viajes, de los lugares y las gentes que has visto. —Volvió a atusarse la gran barba, sin dejar de atender a cómo le miraba aquella mujer—. Pero, fíjate en lo que te digo, me apuesto el eslabón a que Nader ha mandado a esa chica a que me engatuse, a que me tire de la lengua y registre, si puede, mis cosas.

—Cuidado entonces —le conminó el hombre de negro, ahora algo inquieto.

—Tranquilo, que sé manejarme. Lo cierto es que este Nader nunca aprenderá. —Sonrió rencoroso—. Mucha palabrería, mucho halago, pero en el fondo sigue considerándome un gañán, un pastorazo, bueno para repartir palos y poco más. Pues va listo si piensa que me va a liar con un truco tan viejo como este.

—Que lo menosprecien a uno tiene sus ventajas —asintió filosófico el lusón—. Escuece, ¡qué duda cabe!, pero a cambio siempre puede uno sacarle

tajada.

—Eso sí que es algo que, desde luego, no voy a negar —volvió la vista a la mujer y esta le sostuvo la mirada, al resplandor de las llamas, con ojos oscuros y brillantes. Él sonrió, acariciándose la gran barba.

21

En los días que siguieron, pudo notarse bastante agitación en el campo de los sitiadores. Siempre había habido actividad entre las hermandades allí reunidas, porque esas bandas guerreras, de naturaleza inquieta, tan pronto se unían al asedio como, desanimadas, recogían sus bártulos y se iban. No había allí atisbo de organización, ni mucho menos de mantener aprovisionados a los hombres que asediaban, por lo que tampoco era de extrañar ese ir y venir según se les acababan los víveres.

Pero, en aquellas últimas jornadas, cualquiera que se asomase a los parapetos pudo ver que llegaban nuevos contingentes en son de guerra, con sus estandartes y sus caudillos a la cabeza. Los tambores redoblaban noche y día y, en la oscuridad, los observadores podían jurar que, en los alrededores de Ruga, ardían más hogueras que nunca. Se decía que el propio Totog, jefe de guerra de Baubalud, había hecho acto de presencia. Muchos afirmaban haberle divisado a lo lejos, alto y magro, con manto rojo y barba muy negra, enarbolando su famosa espada mágica. Algunos espías —que se habían deslizado de noche, entre los enemigos acampados— habían llegado a verle sentado ante una hoguera, junto a algunos jefes de bandas y unos cuantos renegados griegos, discutiendo detalles de asedio y asalto, a menudo de forma acalorada.

Quizá por consejo de aquellos últimos, de los griegos, había ahora un poco más de orden en el sitio. Las hermandades ocupaban un perímetro más amplio,

cerrando mejor el cerco, y se advertía la presencia de más centinelas, en previsión, sin duda, de una salida por sorpresa. También se habían acabado esos ataques espontáneos, tan estériles como sangrientos, que solo conseguían dejar montones de cadáveres a los pies de la muralla.

Se instaló así una tregua inestable, cargada de malos presagios, y, solo al amanecer del cuarto día, los serranos salieron en orden de batalla, por hermandades, haciendo acudir a los defensores a los muros a toda prisa. Pero los sitiadores se limitaron a amagar, entre demostraciones y algarabías, para acabar retirándose sin atacar.

Una parada semejante se produjo al día siguiente, y al otro. Los serranos acudían con enorme clamor hasta cierta distancia de los muros, fuera de tiro, a enarbolar armas y estandartes, mientras los ruganos, asomados a los pretilos, trataban de provocarles con burlas y pitas. Y, entretanto, Totog y algunos acompañantes —entre los que había, en efecto, un par de renegados griegos— lo observaban todo desde lejos, como halcones. Buscaban, con toda seguridad, los puntos más débiles, pero nada podían hacer los defensores respecto a eso. Lo cual no quiere decir que se quedasen mano sobre mano.

Ruga estaba formada por el poblado viejo —antiquísimo, de colosales muros y tamaño pequeño, convertido ahora en fortaleza y lugar sagrado— y luego una muralla mucho más larga que protegía moradas, rediles y necrópolis. Ante la inminencia de un ataque en masa, los ruganos habían guardado sus tesoros en el santuario, además de reforzar las defensas y abrir largas zanjas que rellenaron con maleza seca. En caso de que se produjese una irrupción violenta, hombres escogidos habrían de pegar fuego al ramaje, para que las llamas obstaculizasen el avance de los invasores.

Los jefes ruganos y los oficiales tartesios, a su vez, estudiaban el despliegue de enemigos tratando de sacar conclusiones. Ninguno dudaba que, pese a tanto alarde, el asalto no podía retrasarse demasiado. Las gentes de la sierra eran volubles e impulsivas, y Totog no podía contenerles mucho, no fuera que algunos atacasen por su cuenta o, aburridos, les diese de repente por marcharse. Eso sin contar con la sempiterna escasez de víveres.

Y, sin embargo, la sucesión de paradas no desembocó, como todos creían, en un asalto general, sino en un duelo a dos. Porque, a la cuarta vez, mientras

el enemigo se arremolinaba una vez más a distancia de los muros, agitando escudos y lanzas, Behor Cutúa salió del poblado con paso calmo mientras los defensores le aclamaban. Llevaba su manto rojo e iba acicalado, con todos sus adornos de cobre, bronce y oro, la espada en su vaina y en las manos rodela y dos soliferos largos y esbeltos.

Tras avanzar unas docenas de pasos, se desvió para pasear en paralelo a los muros, entre estos y las formaciones enemigas, hasta donde lo abrupto del terreno lo permitía. Al hacerlo, apuntaba a aquellas últimas con los dardos, a modo de desafío, y a intervalos lanzaba un grito resonante, a pleno pulmón, que recordaba a los relinchos de los caballos. Los serranos, apiñados, se alborotaban y muchos le devolvían el voceo, mientras blandían en alto sus armas.

El hombrón, que parecía disfrutar con esa situación, él solo frente a una muchedumbre de enemigos, seguía señalándolos con la punta de su lanza, yendo de acá para allá. Y Sembeles le veía hacer desde la muralla, mientras meneaba admirado la cabeza y, de vez en cuando, se tentaba el manto negro, para cerciorarse de que ahí seguía el bulto de la placa de plata. Sin duda, el serrano había querido dársela porque había tenido en mente salir en desafío desde el principio y no por simple gesto de osadía.

Porque un guerrero se había destacado ya del resto de sitiadores, a largos trancos, como el que camina furioso. Un gran clamor iba cundiendo entre los espectadores, tanto de un bando como del otro. De hecho, muchos, desde los parapetos, le señalaban cada vez más excitados.

—¡Mantelor! —se les oía gritar—. ¡Es Mantelor!

Sembeles y sus amigos, al escuchar aquel escándalo, también subieron a los parapetos, muertos de curiosidad. El lusón se quitó el casco rematado en cimera de crines rojas —lo había conseguido gracias a paisanos suyos, mercenarios como él de Argantonio, refugiados también en Ruga— e hizo visera con la mano tratando de distinguir algún detalle extraordinario. Pero no había nada de particular en el porte o el atuendo de aquel hombre; era tan solo otro serrano de cuerpo enjuto y cetrino, manto rojo y barba poblada, provisto de dardos y rodela.

—Así que ese es Mantelor —dijo con suavidad Borma, que se alzaba

como una torre a su lado, más alto aún gracias al casco de tres plumas—. Pues no parece que tenga nada de especial.

—La verdad es que no.

—Y sin embargo ese hombre era un caudillo, un jefe de hombres. Y fue capaz de dejar su rango y aun de traicionar a sus hermanos de sangre. Todo por una mujer.

—La culpa la tiene esa plata maldita —suspiró Eutiques, que llevaba el pelo cortado en señal de duelo—. Es como si pudiese cuanto toca: va de mano en mano sembrando la muerte y la desgracia.

—No digas eso, que trae mala suerte. —Con un escalofrío, Sembeles se palpó de nuevo bajo el manto, notando el bulto de la placa. Porque, al oír lo que decía el griego, no había podido dejar de pensar en su pariente Alongis.

Entretanto, Mantelot había llegado hasta Behor Cutúa y ahora estaban hablando. Caminaban el uno en torno al otro, muy despacio, con unos pasos de por medio y ya en guardia. La brisa de la mañana hacía ondear los mantos y, por sus actitudes y gestos, uno podía muy bien suponer que mantenían una de esas conversaciones acres y afiladas, llenas de desplantes y desdenes.

Estuvieron así largo rato, moviéndose en círculo y sin dejar de hablar. A veces, uno de los dos esbozaba un gesto y la punta del dardo destellaba al sol. Los mirones de ambos bandos, aun desde lejos, podían sentir cuán cargado de odio estaba el aire entre aquellos dos.

Luego, de repente, con un bramido de rabia que incluso llegó de forma débil hasta los muros, Mantelot arrojó con todas sus fuerzas una lanza contra Behor Cutúa. Pero este, sin apurarse, se hizo de lado y desvió el proyectil con la rodela al tiempo que lanzaba uno de sus propios dardos. El tiro, marrullero y mejor dirigido, fue a clavarse en el muslo de su enemigo.

Mantelot cayó de rodillas con otro grito, este de dolor. El otro ya había echado mano a su segundo dardo y el antiguo caudillo no llegó casi ni a ver el segundo tiro, que le entró por el pecho y le asomó por la espalda, ensartándole de lado a lado. Se desplomó al tiempo que las armas se le caían de las manos, y los que miraban pudieron ver cómo aún se revolcaba por el suelo, herido de muerte.

El vencedor se quedó quieto un instante, los ojos puestos en las filas de los

sitiadores, ahora mudos, mientras desde las murallas le aclamaban enfervorecidos. Pero nadie más salió a medirse con él. Entonces, casi morosamente, desenvainó la espada y se acercó con paso calmo al caído, que todavía conservaba un resto de vida.

Le clavó varias veces el hierro, puede que alguna más de las necesarias para tan solo rematar a un moribundo. Luego recogió la sangre del muerto en el hueco de las manos, se puso en pie y fue regando con ella la tierra, muy despacio, como en una ofrenda. El viento le agitaba el manto colorado y la gran barba negra mientras, como un sacerdote salvaje, dejaba gotear el rojo por entre los dedos. Parte de los montañeses estaban ahora vitoreándole haciendo redoblar sus armas.

—¿Por qué le aplauden? —preguntó asombrado Borma.

—Aclaman al hombre que ha vengado a sus amigos —repuso Xanto, que era el que más había viajado por esas tierras y el que mejor conocía a sus habitantes—. Esta gente es así.

Behor Cutúa, acabado el derrame, mantuvo sus manos ensangrentadas en alto. Luego se volvió y, tras secárselas en la ropa del muerto, le despojó antes de recobrar sus dardos y regresar a la seguridad de los muros, entre la algazara de los defensores, al paso sereno con el que había salido.

* * *

Aquel duelo había sido un golpe para la moral de los sitiadores; un revés para la causa de Baubalud, dado lo tornadizo que era el humor de aquellos guerreros. Y casi nadie en Ruga dudaba de que Totog, cuya autoridad sobre las hermandades era más que precaria, se vería obligado a ordenar un gran ataque al día siguiente. Un temor que cobró cuerpo apenas clarear, cuando los vigías alertaron sobre movimientos en el campo enemigo. Los jefes ruganos, a la primera voz de alarma, mandaron tocar los tambores llamando a todos a las armas. Porque allá a lo lejos, entrevisto a las primeras luces del día, se advertía un hervor de hombres y enseñas, así como de jinetes al galope, y hasta los parapetos llegaba el batir de timbales y el bramido de las trompas, mientras las aves, asustadas por tanto estrépito, alzaban el vuelo por bandadas.

Como en días previos, los serranos se habían desplegado en orden de batalla ante los grandes muros del poblado, agrupados en hermandades. Pero, en esta ocasión, todo parecía anunciar la inminencia del ataque: los gestos rotundos de los jefes, los gritos y el blandir de armas, los sones largos de las trompas, el tremolar de estandartes. Los defensores, asomados a los pretilos de piedra, aprestaban hierros ante el avance del enemigo y el aire de la mañana estaba tan cargado de tensión como en los momentos previos a una gran tormenta.

De repente, un grupo de guerreros comenzó a bailar, contagiando enseguida a los más cercanos, y nadie en los muros tuvo ya duda alguna de que iba a producirse un ataque. Porque las gentes de la sierra, lo mismo que sus parientes del llano, los tartesios, bailaban siempre antes de entrar en batalla.

Pronto todos estuvieron bailando, de forma que, desde la muralla, veían un mar de hombres exaltados que se movían al compás, como olas batiendo contra la costa, adelante y atrás, entre cánticos y mugir de trompas. Una multitud de guerreros de piel renegrida y espesas barbas, con mantos rojos o blancos que ondeaban al danzar, cargados de alhajas —cobre, plata, bronce y oro, si en algo era pobre la sierra, no lo era precisamente en metales—. Saltaban, giraban, hacían sonar hierros contra escudos, y los cabecillas les arengaban cantando al combate mientras ondeaban en alto las enseñas de las hermandades.

La muchedumbre de danzantes iba llegando lenta, muy lentamente, como una marea incontenible, mientras los defensores les observaban desde arriba manoseando sus armas. Fueron acercándose más y más, hasta pisar cerca de los taludes que conducían a la muralla. Entonces la masa se rompió y, en formaciones cerradas, corrieron con enorme vocerío contra los muros, blandiendo lanzas y con los escudos en alto. Flechas, dardos, piedras, comenzaron a volar enseguida, en una y otra dirección.

Totog, o quizá los renegados griegos, había dispuesto un ataque general por todos lados, por lo que, mientras el grueso de las fuerzas se lanzaba impetuoso contra los puntos más flacos, algunos contingentes rondaban el resto del perímetro, amagando sin atacar, para distraer así a una parte de los defensores, que no podían acudir en refuerzo de las zonas más comprometidas.

La batahola era espantosa. Masas de guerreros llegaban junto a las grandes piedras de la muralla cubriéndose con los escudos, pues desde arriba les arrojaban toda clase de proyectiles. Pero ellos aguantaban sin arredrarse y aun tiraban sus propios dardos contra lo alto. Muchas de esas armas llevaban correas de lanzar y subían con rapidez, girando, para ir a clavarse con fuerza tremenda en los escudos de los defensores, traspasándolos en ocasiones de lado a lado.

Cuando un grupo cedía bajo la lluvia de dardos y piedras, algún otro ocupaba en el acto su lugar, de forma que los ruganos no tenían un instante de respiro. Totog había organizado, aunque fuese de forma mínima, aquel caos de bandas, por lo que estas acudían en oleadas por todas partes del muro llevando consigo troncos y escalas. Muchos, estorbados en el combate, apartaban sus mantos para luchar con solo un lienzo en torno a cintura y muslos, y no pocos lo hacían desnudos tras sus escudos multicolores.

Los defensores no cesaban de arrojar hierros contra esa multitud, llamándose a los sitios más comprometidos mientras pedían a grito pelado, una y otra vez, repuesto de proyectiles. Cargadores, con manojos de dardos y serones llenos de piedras, corrían resoplando a reponer, en tanto que las mujeres, armadas como hombres, sacaban a rastras a los heridos más graves. En ciertos lugares, muy apurados, habían arrojado haces de leña ardiendo al pie de la muralla, para estorbar a la masa de atacantes.

Llovían dardos y los muertos rodaban por los taludes, pero los serranos no cedían y volvían una y otra vez vociferando. Se agolpaban impetuosos ante las murallas, alzando escudos y tratando de apoyar escalas, mientras otros, en formaciones prietas, cruzaban proyectiles con los defensores del poblado. Más lejos aún, arqueros de levante, desnudos y pintarrajeados, lanzaban sus flechas con acierto diabólico sembrando el terror en los pretilos.

Troncos y escalas tocaban los muros, guerreros enardecidos se lanzaban por todas partes al asalto, gritando a voz en cuello, y algunos, en el furor del combate, querían trepar aferrándose a los resquicios entre las piedras. Pero de continuo los rechazaban y sus escaleras eran abatidas mediante hachas y horcas, de forma que los hombres caían rodando por tierra. Sin embargo, se luchaba por tantos lados y la presión era tanta que, al cabo, un grupo de

serranos consiguió llegar arriba para entrar al hierro con los defensores.

Estos, apiñados, les hicieron frente con sus armas de hoja al tiempo que la multitud de atacantes empujaba hacia lo alto adelantando escudos. La confusión era total, se atropellaban intentando subir y los defensores, a hachazos, sembraban la muerte entre ellos, de forma que los cuerpos caían sobre los que se apretujaban abajo. Tras lucha encarnizada, los atacantes fueron desalojados y sus escalas abatidas. Pero ya otros abrían brecha por otro punto.

La escena se repetía continuamente. Los sitiadores, a fuerza de número, llegaban a las murallas y, alzando escalas, se lanzaban al asalto cubriéndose con los escudos del diluvio de dardos. Los defensores se agrupaban enarbolando sus hachas, y los invasores, aun luchando con furia, eran rechazados con pérdidas considerables. Pero siempre, de nuevo, acudían más serranos, sin dar un respiro.

Las trompas resonaban entre el chocar de metales y el griterío. Los arqueros tiraban sus flechas allá donde podían hacer más daño para obligar a los defensores a resguardarse, y jinetes salvajes corrían a galope tendido por el campo animando al asalto con largos gritos. No pocos, agotados sus propios proyectiles, recogían los que encontraban en el suelo para volverlos a lanzar mientras las faláricas, con largas colas de humo negro y fuego, pasaban como meteoros llameantes sobre los combatientes.

En algún momento, los montañeses lograron abrir un gran hueco entre los defensores. Había no menos de media docena de escalas y postes apoyados contra el muro, los guerreros subían a racimos con las armas entre los dientes, y un grupo había conseguido, a fuerza de hierros, hacer pie en lo alto.

Se reprodujo entonces una de esas luchas enmarañadas, de hombres tan apretados unos contra otros que, soltando los escudos, asían las hachas en corto, o echaban mano a los puñales para poder seguir combatiendo. Disputando cada palmo de muralla, forcejeaban resollando al borde mismo, pisoteaban a los caídos y no pocos, agarrados aún a un enemigo, resbalaban y se iban de cabeza abajo.

Los sitiadores acudían en masa, tratando de ampliar la brecha y apoyar más escalas. Aquellos guerreros, de sangre siempre ardiente, se estaban

lanzando ahora en tromba a los pies de la muralla, olvidando cualquier precaución. Pero los hombres de Ruga, hechos a defenderse tras sus muros, no perdían la cabeza y, por los lados, saeteaban a los serranos con dardos causando gran mortandad.

Pese al ataque masivo de los montañeses, que cada vez se agolpaban en mayor número abajo, gritando y blandiendo sus armas sin reparar en los proyectiles que les lanzaban, los defensores comenzaron a imponerse poco a poco. En lucha encarnizada, con muchas bajas por ambos bandos, iban empujando por los dos flancos a sus enemigos. Una escala fue derribada, luego otra. Los asaltantes eran desalojados a hachazos y arrojados, y muchos, al verse en tal aprieto, saltaron. En poco tiempo, la muralla quedó limpia por completo de enemigos, pues incluso a los cadáveres los lanzaron por encima del borde para que cayesen sobre los que aún estaban debajo.

Aquel fracaso descorazonó a los serranos, que, como hombres impulsivos que eran, cambiaban con facilidad de humor. Ya muchos retrocedían en desorden alejándose de las murallas, y solo los de mayor presencia de ánimo se detenían a recoger a los heridos mientras algunos defensores, subidos a los pretilos, cantaban ya victoria repicando varas contra los escudos.

En mitad de aquella retirada caótica, con los hombres dispersos por todo el campo, se abrieron de golpe las puertas del poblado y los mercenarios de los tartesios salieron en tromba. Se trataba de un centenar de hoplitas griegos —armados con pesadez, con grandes escudos redondos, cascos, lanzas largas—, apoyados por un grupo de itálicos y otro de bárbaros, de allende las fronteras de Tartessos. Habían estado en retén, no fuera que los serranos lograsen irrumpir, pero ahora, vista la ocasión, los jefes de la defensa los lanzaban contra las hermandades en fuga sabiendo que ese repliegue no suponía más que un respiro.

Cayeron en un latido sobre aquel hormiguo de enemigos desconcertados y los arrollaron. Los hoplitas, hombro con hombro, blandían sus largas lanzas adelante y atrás, como un muro de hierros en movimiento y, a puntazos, derribaban a cuanto serrano se interponía ante ellos. Los itálicos y los bárbaros —de armas más ligeras y formaciones más sueltas— les flanqueaban, aumentando la matanza. Había algunos que se revolvían contra

ellos, pero casi todos les habían dado la espalda y huían a la carrera mientras en lo alto de los muros bailaban.

Sin embargo, los que estaban más alerta, desde los pretilos, pudieron ver que un nuevo contingente de serranos irrumpía en aquel campo tumultuoso de batalla. Totog, por consejo de sus amigos griegos, había dejado gente en reserva; guerreros de total confianza a los que ahora, al ver el apuro, lanzaba al combate.

El propio Totog les conducía con su espada mágica entre las manos y, aunque irrumpieron con tanta algarabía y resonar de rompás como sus paisanos, blandiendo hierros y escudos, no llegaron al choque con los tartesios. Al contrario, guardaban distancias con las lanzas griegas y corrían en redor de los mercenarios disparando sobre ellos una lluvia de dardos.

Casi todos los serranos se habían desbandado sin volver la vista atrás, pero algunos hubo que volvieron al combate al darse cuenta de lo que estaba pasando. A los del poblado, ante el cariz que tomaba la liza, les faltó tiempo para volver a cerrar las puertas, con lo que dejaron fuera a los mercenarios.

Estos, muy apurados, se abrieron paso hasta la parte de los barrancos, para defenderse entre estos y la muralla. Los hoplitas se habían agrupado tras sus escudos redondos, aunque las armas arrojadas no dejaban de hacerles daño, en tanto que los auxiliares, de defensas livianas, estaban sufriendo aún más bajas. Desde arriba, los de dentro lanzaban nuevos proyectiles contra los serranos tratando de ayudar a sus aliados.

Cada vez acudían más sitiadores, y los recién llegados, yendo cada cual a su aire y nada atentos a las órdenes de Totog, entraron enseguida al cuerpo a cuerpo de forma que los demás ya no pudieron seguir acosando con sus dardos y se organizó una tremenda batalla campal a la sombra de los muros. Porque allí cada uno luchaba por su cuenta, todos revueltos, y solo los hoplitas supervivientes, ahora en círculo, mantenían una sombra de orden.

El combate se mantuvo largo tiempo indeciso pese a la diferencia de número y a que los serranos, ebrios de batalla, luchaban con fuerzas renovadas. Pero los mercenarios, ante una muerte cierta, se defendían como fieras en la trampa. Se combatía en desorden, hombre contra hombre, y siempre, allá donde la pelea fuese más encarnizada, se veía a Totog, con su

manto rojo y holgado, y esa espada mágica suya. Aunque a simple vista no era más grande ni más fuerte ni más ágil que los guerreros que le rodeaban, los que acudían a enfrentarse con él caían ante su filo como aceitunas a golpes de vara.

Luego creció aún más el griterío y, los que se volvieron a mirar entre el tumulto de armas pudieron ver cómo nuevos combatientes entraban de repente en escena. Un grupo de hombres resueltos, entre los que estaba Behor Cutúa, a la vista de lo que estaba pasando, se habían lanzado a los senderos, por la parte de los barrancos, para sorprender a Totog y a los suyos por la espalda.

Llegados como el huracán, herían a diestro y siniestro con hachas y lanzas, y no tardaron en hundir al bando enemigo en la más absoluta confusión. Unos huyeron mientras otros se volvían a plantar cara.

Ahora la algarabía era espantosa, el suelo estaba sembrado de cuerpos, a veces caídos unos encima de otros, y el polvo suspendido nublaba el combate con un velo pardusco. Sembeles y sus compañeros, que también estaban allí, habían tratado en un principio de permanecer juntos, pero, al poco, aquella lucha confusa les fue separando, cada cual demasiado enfrascado en combatir como para preocuparse de nada más.

En medio de esa balumba de gritos, hierros, sangre, hombres que forcejeaban tratando de acuchillarse y heridos que se revolcaban en la tierra reseca, el céltico Borma puso los ojos en un guerrero tocado con un casco corintio de gran cimera bermeja. Adivinado que aquel era Prolampo, el griego, se abrió paso hasta él enarbolando el hacha.

Al ver que se le venía encima ese gigantón, aún más alto gracias a las tres plumas del casco, el otro le salió al paso. El céltico cayó sobre él en tromba, con un hachazo aterrador, de arriba abajo, que el otro bloqueó con el escudo en diagonal. Y, aprovechando el ímpetu de su contrario, el renegado se dejó ir por lo bajo, para chocar contra el céltico y hundirle por dos veces la espada en el vientre. Borma cayó rugiendo, las manos sobre la herida.

Pero Prolampo no pudo rematarle, porque Xanto, que lo había visto todo, cargaba ya contra él blandiendo la falcata. Más que vengar al céltico, le movía la curiosidad. Porque él también le había reconocido y, habiendo oído hablar tanto de ese hombre misterioso, sentía ganas de medirse con él. Cruzaron filos

un par de veces, pero, rápidamente, otros combatientes les separaron y, por más esfuerzos que hizo el guía, ya no pudo llegar al renegado y acabó por perderle de vista.

En cambio, los que parecían atraerse inexorablemente el uno a otro a través del campo de batalla, eran Totog y Behor Cutúa. Los dos serranos se abrían paso con sus armas, como toros, tumbando a todos los que no se apartaban, acercándose aun sin verse, como arrastrados al encuentro por una piedra imán. Por fin, fueron a encontrarse al pie de los barrancos, entre los hombres que luchaban mezclados.

—Ja! ¡Pero si es Totog! —rugió Behor Cutúa, rechazando con un revés de espada a un enemigo que trataba de cerrarle el paso—. Anda, hombre, ven, que te voy a dar yo a ti espada mágica.

El jefe de guerra de Baubalud arremetió contra él sin decir esta boca es mía alzando el hierro. Pero el marrullero Behor Cutúa le lanzó por sorpresa la cetra contra las piernas, a modo de disco, haciéndole tropezar. Y, mientras el otro trastabillaba, dejó caer la espada y se arrancó el manto con ambas manos para echárselo encima como si fuera una red.

Mientras su enemigo se debatía entre las vueltas del manto, Behor Cutúa se arrojó contra él y, recurriendo a sus artimañas, le zancadilleó, le hizo perder el equilibrio y, con todas sus fuerzas, le lanzó por encima del borde del cortado, al vacío. El otro cayó aún enredado en el manto, fue golpeando contra las peñas y, por fin, desapareció entre la maleza del fondo.

Hubo un momento de silencio estupefacto. Luego, estalló el grito de que Totog había muerto, voz que corrió como las llamas entre los combatientes. Los serranos volvieron la espalda y huyeron, muchos de ellos tirando incluso las armas, acosados por los vencedores. Unos y otros se alejaron en la persecución y, en muy poco tiempo, el terreno ante la muralla quedó desierto. Un extraño silencio, después de tanto alboroto, cayó sobre aquel lugar. Fue todo tan rápido, tan veloz la transición, que más de uno de los presentes, de no ser por los cuerpos desparramados y los ayes de los heridos, hubiera podido creer que todo lo sucedido no había sido más que un sueño.

* * *

Bastante después, de regreso de la persecución, al buscar entre los muertos, el lusón Sembeles encontró a Borma. Al céltico aún le quedaba un soplo de vida y, al ver cómo se inclinaba sobre él esa aparición de barbas y manto negros, creyó que se trataba del dios de los muertos, que venía ya a buscarle de entre los caídos en batalla.

—Aún no —le desengañó su compañero de aventuras, tras arrodillarse junto a él—. Tan solo soy yo, Sembeles. Pero me da la impresión de que no te queda mucho, amigo.

—No. Ese griego de los demonios me ha dejado listo.

—Eres demasiado impulsivo y eso, a veces, es malo, sobre todo cuando hay que luchar.

—Creo que ya no tiene remedio. —Trató aún de sonreír—. Sembeles, quiero que me hagas un favor.

—Tú dirás.

—Necesito que alguien vaya a la casa de mi padre y les diga a los míos que Borma ha muerto en batalla y que, mientras estuvo con vida, se portó siempre con valor.

—¿Y quién va a dudarlo, hombre?

—Confío en que nadie. Pero es mejor que alguien vaya en persona y lo diga en público... Después de todo, uno es hijo de rey.

—Dalo por hecho. Un mensajero, si es que no puedo hacerlo yo mismo en persona, irá a casa de tu padre para que todos sepan del valor de Borma.

—Gracias. Acércame mi hacha. Pónmela en la mano, por favor, que ya no me quedan casi fuerzas.

—Aquí tienes.

—Gracias. Ahora, vete —musitó, estrechando el arma contra el pecho—. Déjame estar, que me muero.

—Adiós, Borma. —El lusón se puso en pie y se sacudió el polvo del manto, que ahora llevaba suelto para mitigar el calor, en cuadril a la cadera, sujeto con fibulas, dejando al desnudo el hombro derecho—. Háblale bien de mí al Dios Negro.

Se alejó dejando solo al céltico entre los cuerpos tendidos. Mientras deambulaba, al volver los ojos hacia la caída de los barrancos, descubrió a

Behor Cutúa, que se estaba descolgando por lo escarpado, con solo un lienzo de tela roja en torno a cintura y muslos. Le miró unos instantes, los brazos en jarra, observando cómo bajaba agarrándose a las matas que crecían en los resquicios, y supuso que descendía en busca del cadáver de su enemigo vencido, Totog.

—¿Pero a dónde vas, hombre? ¡Te vas a caer y te vas a matar, si no lo hacen por ti los hombres de Baubalud, que seguro que hay unos cuantos ahí abajo! —le gritó y, como veía que no le hacía caso, añadió—. ¿Qué es lo que quieres? ¿La cabeza de Totog? Si seguro que se le ha reventado con la caída.

Solo entonces alzó el otro el rostro, sudoroso por el esfuerzo, a pesar de que estaba bajando por la parte de la umbría.

—¿Qué cabeza ni qué...? —replicó, la voz alargándose en ecos a lo largo de los cortados—. ¡Lo que yo quiero es recuperar mi manto, que es del mejor paño!

Con un encoger de hombros, el lusón se apartó del borde para seguir vagabundeando por el campo de batalla. Al poco, con un suspiro de desaliento, descubría también a Mancorio Bordorice entre los cadáveres, fácil de reconocer incluso de lejos. Fue a él e incluso le puso los dedos encima, pero estaba claro a simple vista que el sefe había muerto.

Sintiéndose de repente cansado, Sembeles fue a sentarse en un pedrusco próximo. Aunque había más gente extramuros, por allí, aparte de los muertos, se encontraba solo. A lo lejos se alzaban espesas humaredas porque el campamento de los sitiadores había sido entregado a las llamas. Hacía calor, los insectos chirriaban de nuevo entre la maleza y, como apenas corría viento, flotaba aún mucho polvo en el ambiente, de forma que cada bocanada de aire dejaba en los labios un regusto de lo más áspero.

A solas, sentado al sol y en la quietud de la media tarde, con la cetra y la espada entre las manos, volvió con los ojos al sefe, pensando tanto en él como en Borma. Esos dos habían sido sus compañeros de aventuras en los últimos meses, habían pasado muchas juntos y establecido, por tanto, ciertos lazos. Por eso, aunque el lusón había visto morir a muchos hombres, mientras estaba allí sentado, se sintió de repente muy solo.

22

Con Totog muerto y su campamento quemado, los serranos habían huido y se habían dispersado para no volver. Aun así, en Ruga estuvieron todavía unos días alerta y sobre las armas, a puerta cerrada, hasta que los espías y algún viajero suelto volvieron con noticias de que la revuelta contra los tartesios iba tocando a su fin. Todo había sido al cabo uno de aquellos estallidos, una tormenta pasajera, tal como habían augurado los más veteranos. Y, según se decía ahora, al saber de la derrota ante Ruga, así como de la muerte de Totog, los volubles guerreros serranos estaban abandonando en masa la causa de Baubalud, de forma que se volvía cada cual al refugio de su hermandad o a su poblado.

Los cabecillas rebeldes, a espaldas de Baubalud, negociaban ya un tributo de paz con los tartesios y los caminos volvían a ser transitables, al menos más que antes, cuando los recorrían bandas en son de guerra. Cada uno —fenicios, griegos, tartesios— se disponía a volver a su casa y Sembeles, por su parte, había intentado que sus antiguos camaradas le acompañasen a Tartessos.

—Aunque se haya acabado la revuelta, hablar de paz es una exageración —les decía a todos—. Los caminos son tan peligrosos como siempre, aún quedan guerreros por ahí y quizá tengamos que luchar para llegar a los llanos. Y no sé yo si Baubalud, con lo testarudo y rencoroso que es, no mandará a sus guerreros a cerrarnos el paso. Tal vez aún quiera apoderarse de la plata. —Y, al decir esto, sin poder evitarlo, se palpó bajo el manto negro.

Eutiques, el primero con el que pudo hablar, rechazó la oferta.

—Te doy las gracias, pero yo me voy hacia la costa.

—No será trabajo de balde. Habrá una buena recompensa para los que quieran unirse a nosotros. Tendremos quizá que luchar, pero ya sé que no eres de los que se echan atrás por algo así.

—Tengo otros planes.

—Como quieras. —No insistió más, aunque, tras un instante de duda, le ofreció—. Oye, espera a que hable con alguno de los jefes tartesios. Aceptaste escoltar la plata cuando intentamos salir de Ruga y, aunque no lo conseguimos, creo que se te debe algo.

—No me debes nada.

—Por lo menos algo para que vayas tirando. Ya sé que, con todo este asunto de la plata, te has quedado sin nada.

—Sin nada. No lo sabes tú bien. Pero déjalo correr. No estuve tan ocupado el otro día como para no aligerar a un par de muertos de sus alhajas. —Se le escapó una sonrisa distraída—. Me ayudará a llegar a la costa. Una vez allí, no te preocupes, que ya me las apañaré.

—Lo que no sé es qué se te ha perdido en Mainake. Allí no hay nada para ti y, en cambio, con nosotros tienes oro que ganar.

—No me has entendido bien. No voy a Mainake, sino a las colonias fenicias de la costa.

—¿Y a qué, si puede saberse?

—A buscar a cierta mujer.

—Ahh. —El lusón, sorprendido, no supo qué decir. Se estuvo un instante callado, antes de, como en un pronto, decir—. Griego, cambiemos anillos.

—¿Cómo?

—Cambiemos anillos. —Se sacaba ya uno del meñique—. Hagámoslo en prenda de amistad y porque, en cierta forma, hay algo que compartimos. Por culpa de la plata yo fui traicionado por un pariente y tú perdiste a un amigo. Ambos hemos sufrido por su culpa. Vamos a cambiar anillos. Nos dará suerte.

—De acuerdo. Mal no nos hará —Se quitó uno de los suyos y lo intercambió con el del bárbaro.

Luego Sembeles se dirigió a Xanto con la misma proposición.

—No sé. —El guía puso la mano en el pomo de la espada, dudoso—. Lo cierto es que mis esposas, las dos, tienen mal genio. No les gusta que falte tanto tiempo de casa y menos que vuelva con las manos vacías. Y la verdad es que de todo esto he sacado palos y ninguna ganancia.

—Razón de más. Vente con nosotros y podrás llevar algún regalo a tus esposas.

—Si el precio me conviene...

—Ya sabes que eso, con los tartesios, no es problema. —El lusón se frotó las manos—. Me alegra que estés con nosotros. Te he visto luchar y dicen que eres uno de los mejores guías de por aquí.

—Uno de los mejores, sí. Ese soy yo.

Por último se lo propuso a Behor Cutúa, que no cesaba de admirar la espada de Totog, ahora suya. Una falcata de factura primorosa; una de esas espadas corvas, con el filo interior aguzado, que, cada vez en mayor número, estaban fabricando los herreros indígenas de la costa.

—¿Ves? —Encantado, paseaba las yemas de los dedos por la hoja, así como por los detalles de la empuñadura—. Dicen que es mágica.

—Eso dicen.

—No si será verdad o no. Pero tiene un buen filo —la blandió en alto— y está muy bien equilibrada, que es lo que de verdad importa en una espada.

—Cierto. Oye. Argantonio sabría apreciar los servicios de alguien como tú. Ya sabes lo generoso que es con sus guerreros. Vente con nosotros, hombre.

—Ni hablar.

—¿Y qué vas a hacer? Baubalud es tu enemigo y tiene mucho poder. Sin duda, enviará a más hombres a matarte.

—Yo nací aquí. —Volvió a alzar la espada, para admirar de nuevo el filo interior curvo—. Lucharé contra todos si es preciso.

Sembeles, suspirando, acabó dándose por vencido. De repente, el otro, le preguntó por el pacto de plata.

—Aquí lo llevo —repuso algo sorprendido, llevándose ya la mano al pecho.

—No, no lo saques. Que yo no lo vuelva nunca a ver, ni a saber más de él.

—Siempre andáis todos diciendo que está maldito... y ya no sé si daros la

razón. He estado pensando y, ¿quién en todo este asunto ha sacado algún beneficio? Todos hemos perdido y nadie ha ganado.

Hubo un silencio.

—Argantonio —contestó después Behor Cutúa, pensativo—. Argantonio es el único que ha sacado algo de todo esto. Por empeñarse en conseguir la plata, su enemigo Baubalud ha perdido a su jefe de guerra, hombres, una hija y buena parte de su reputación entre los guerreros de por aquí. Esta revuelta ha fracasado, aunque indirectamente, por culpa de la plata. Argantonio ha ganado.

—Quizá porque no la ha visto ni tocado.

—O porque tiene la suerte de un diablo. Y un hombre, digan lo que digan los tontos, vale lo que vale su suerte. Todo lo demás son zarandajas.

Se quedaron callados. Pasó una ráfaga alborotando los mantos.

—Bueno, Sembeles. —El serrano desechó cualquier cavilación—. Tu espada está al servicio de los tartesios. Si nos vemos de nuevo, quizá sea en el campo de batalla y tenga que matarte. Así que, con la mano en el corazón, te digo que espero no volver a verte.

—Siendo así, yo también lo espero, fanfarrón —repuso el hombre del manto negro con una sonrisa, alzando las palmas de las manos. Y el otro, también riendo, puso las suyas contra las de él en gesto de paz.

Después, separándose, cada cual siguió su camino.

Notas

[1] Eutiques: Buena suerte, en griego. [Volver](#)